

El idílico viaje a lugares paradisiacos se convierte
en una terrible pesadilla para todos

ORQUIDEAS DE SANGRE

CARMEN FERNANDEZ ALSASUA

ORQUÍDEAS DE SANGRE

CARMEN FERNÁNDEZ ALSASUA

Título registrado: ORQUIDEAS DE SANGRE
“ODISEA EN EL PACÍFICO”

Nº de Asiento Registral: LO-125-2021

Primera edición: 2023

Autora: Carmen Fernández Alsasua

Portada: Pablo Rodríguez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico o mecánico, por fotocopia, por grabación, o cualquier otro medio, sin el previo permiso escrito del titular del copyright.

«Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro».
Emily Dickinson

A TODA MI FAMILIA, VIAJEROS POR EXCELENCIA

ÍNDICE

PRÓLOGO: Diana

PARTE I. Singapur

La Bahía.

PARTE II. Bali

La anciana

En una isla desconocida

En Bali y sin Victoria

Ayuda inesperada.

En la isla de Seni.

Ujan

Buscando a Baasin

Despedida de Bali.

PARTE III. Singapur

Regresa Gerardo.

Ana y Gerardo.

Sobre el archipiélago

Epílogo: Diana

PRÓLOGO

DIANA

La desesperación de Diana no encontraba sosiego. Hacía ya una semana que Victoria, su pequeña, su única hija, se había desvanecido sin dejar rastro, como si se tratase de un espíritu.

Al despertar aquella mañana, incluso sonrió, al no ver a Victoria metida en su cama.

Todos los días, desde que llegaron a Singapur, era ella la que se despertaba primero. Iba al dormitorio de Diana y se introducía entre las sábanas, tratando de no despertar a su madre.

Diana pensó que el día anterior había sido agotador, incluso para ella, que con sus diez años parecía inagotable, por eso seguía durmiendo, sin alborotar con su alegría fresca y sus deseos de absorber tantas novedades como le estaba deparando ese viaje.

Decidió arreglarse antes de despertarla. No haría ruido.

Cuando un último vistazo ante el gran espejo del cuarto de baño le devolvió una imagen que consideró bastante satisfactoria, pensó que ya era hora de llamarla, para compartir con Ana y Gerardo el desayuno en el porche.

Se dirigió al dormitorio de Victoria. Le extrañó ver la puerta de su dormitorio entreabierta, pero desde allí no se veía la cama. La abrió despacio para no asustarla; la despertaría con sus besos como era su costumbre en Madrid, cuando era ella la primera en levantarse.

Le sorprendió no verla en la cama, pero no le preocupó, pensó que estaría en la otra habitación, habría ido a buscarla a su dormitorio y, al sentirla en el cuarto de baño se habría quedado en su cama esperándola.

Pero allí tampoco estaba.

Entró en el baño concibiendo sorprenderla, con idéntico resultado, y ya, un poco nerviosa comenzó a llamarla mientras revisaba de nuevo las distintas piezas de que se componía el bungalow.

Pero Victoria no contestaba.

Buscó debajo de las camas, dentro de los armarios, tras las cortinas, convencida de que se había despertado juguetona o ¿quería gastarle una broma?

—¿Dónde te has escondido? —gritó, sin querer alterarse demasiado. Miró en la terraza trasera.

Allí tampoco estaba.

Salió al porche, esperando encontrarla ya sentada a la mesa, en la terraza principal.

Allí no había nadie.

Vio llegar a Ana, su amiga, seguida de Gerardo, su marido, y aún confió en que Victoria apareciera detrás de ella.

Ana la saludó con la alegría de siempre. Cambió el gesto, al detectar que algo anómalo y no bueno le pasaba a su amiga. Diana tenía arqueadas las cejas los ojos abiertos de forma desmesurada y una mueca extraña en la boca.

—¿Pasa algo Diana? —fue Gerardo el que preguntó, mientras Ana arrugaba la frente a la espera de saber por qué su amiga parecía tan preocupada y no se había sentado a la mesa.

—¿Te has enfadado con Victoria? —preguntó Ana, al no verla junto a su madre.

—No la encuentro —murmuró Diana recelosa, como si no creyera lo que estaba diciendo.

—¿Cómo que no la encuentras?

—¡No está! La he buscado por todo el bungaló y no está.

—¿Que no está? Pero... eso no es posible. ¿Cómo no va a estar? Seguro que te está gastando una broma, en este caso pesada, pero no es su estilo, vamos dentro. Yo también me enfadaré con ella por darnos este susto...

Volvieron a revisar todo. Primero indignadas, después preocupadas. Fue inútil, Victoria no estaba allí, tampoco faltaba nada de lo que ella usaba, solo el pijama y las zapatillas.

—¿Se habrá ido a la piscina?, ayer no le apetecía salir de allí —añadió Gerardo.

—¡Victoria sola! ¡Imposible!

—No obstante, si no está ahí dentro, recorreremos los jardines y las piscinas. Les diremos a los camareros que nos ayuden a buscarla, no se la ha podido tragar la tierra. —fue Gerardo quien lo dijo, pero a Diana le evocó una imagen terrible—. Se llevó las manos al corazón, que palpitaba de forma desbocada, mientras se decía: «¡Imposible!, no está pasando. Tiene que haber una explicación, siempre la hay».

Aquel día, 25 de febrero, fue el comienzo de una incesante, desesperada e infructuosa búsqueda, que hasta este momento no había dado ningún resultado. Y ya había transcurrido toda una semana.

A lo largo de esa semana, su amiga y Gerardo no la habían abandonado ni un momento, tampoco los amigos de Gerardo, habían dejado de hacer gestiones para encontrarla.

¿Cómo había podido desaparecer de su entorno? Era lo máspreciado que tenía. Ella nunca se hubiera despegado de su madre voluntariamente. La cabeza de Diana era un caos.

Alguien tenía que haber aprovechado un descuido para entrar en su apartamento y llevársela durante la noche. Tal vez esa misma mañana. No cabía otra cosa.

Tras el revuelo que se produjo aquel día, en todas las instalaciones del hotel, buscando a Victoria y sin encontrar ni rastro de ella, pasaron a la denuncia. También el hotel lo hizo por su cuenta.

Victoria había desaparecido de su habitación.

Diana recorría una y otra vez los jardines, las piscinas, las terrazas. Sentía que caminaba a ciegas y con una carga de culpabilidad insoportable por no haber sabido cuidarla de forma más adecuada. Sus ojeras eran cada día más pronunciadas y empezaban a teñirse de morado.

Diana veía la situación como si se tratara de una terrible pesadilla. No sentía que sus pies rozaran el suelo. Le extrañaba poder respirar y, sin embargo, estaba respirando.

Al volver de su recorrido buscándola, se apoyaba en la pared y se dejaba deslizar hasta quedar sentada en el suelo. No tenía fuerzas para caminar y tampoco aguantaba estar de pie.

«¡No es posible! ¡No puede ser! ¡Quiero volver a la realidad! ¿Dónde estás Victoria?».

Aun desesperada e impotente, Diana sacó fuerzas para hablar y presionar ante el cónsul honorario español en Bali, donde, por cierto, casi nadie hablaba español.

Joaquín, socio y amigo de Gerardo, español que residía en Bali, la puso en contacto con el vicecónsul. Ana la acompañó, pero, una vez explicada la situación, ya solo Diana intervino en el diálogo.

El cónsul honorario español, que ni siquiera era español, le aseguró que había tomado el

asunto como propio, dada su gran amistad con Joaquín, y le informaba de que allí no se daban los raptos con ánimo de desplumar a los turistas; en los tres años que llevaba en Bali era el primer caso, eso dijo.

—Por otro lado —añadía el cónsul—, nadie les ha chantajeado u ofrecido devolver a la niña a cambio de una cantidad de dinero.

—¡Pero alguien se la ha llevado! —insistía Diana, impotente, inhábil para poner en marcha la maquinaria que necesitaba, mostrando solo el dolor, el desaliento y la impaciencia que la invadía.

—Bali es una ciudad próspera y el trabajo no falta. Sus ciudadanos, debido al tradicional sistema social que rige, tienen cubiertas algo más que sus necesidades primarias y no se dan situaciones como esta —insistía, como si lo que estaba ocurriendo fuera solo pura fantasía o delirio de una madre chiflada—. Estoy seguro de que se trata de cualquier otro problema.

—No comprendo qué otro problema ha podido hacerla desaparecer de la vista de todos, porque nadie dice haberla visto ni la ha encontrado hasta ahora. Tampoco comprendo cómo ha podido suceder, si la dejé en su habitación, cansada y muerta de sueño cuando me fui a la mía; ni se me ocurre por qué, si nadie pide nada a cambio de devolverla —continuaba Diana, mientras se limpiaba con rabia los ojos, que dejaban escapar lágrimas de forma persistente.

Ana masajeaba su espalda tratando de calmarla o animarla y Diana agradecía su presencia en esos duros momentos, en que sentía que sus fuerzas la abandonaban y necesitaba un apoyo.

—Si la niña no fuera tan niña..., podría pensar que había decidido vivir por su cuenta. Pero... con diez años..., a esa edad los hijos no quieren desprenderse de sus padres..., a menos que estos los maltraten —se le ocurrió, con muy poco tino, añadir al cónsul, aumentando el terrible disgusto de Diana.

Diana lo miró a los ojos, arrugó la nariz mostrando con un gesto, el desagrado que le habían ocasionado unas palabras, tan impropias de un diplomático.

—¿Acaso está poniendo usted en duda el entrañable trato, la relación de madre que me une a mi única hija? —dijo sin poder contenerse, indignada, elevando la voz y levantándose del sillón que ocupaba frente al vicecónsul.

Él debió de comprender que su poco afortunado comentario, dicho en semejantes circunstancias, había sido como un bofetón cuando se espera una caricia, y se excusó raudo.

—Disculpeme, Diana. No pensaba en este caso, sino en general. Lamento que haya creído que me refería a su hija.

—¿Pues de qué estábamos hablando? —tronó Diana.

—Lo siento, Diana, cálmese, por favor.

Aceptó sus disculpas, pero le dejó tanta angustia, con tan mal sabor de boca, que desde ese momento decidió que no era ese el interlocutor adecuado y mucho menos la persona que podría ayudarle a buscar a su hija.

Desde el infierno particular en que se encontraba, no quiso ser grosera, pero, sin volver a sentarse, se despidió tratando de contener la indignación, que incrementaba ese dolor profundo que se había instalado en su pecho aquella mañana. Ana la siguió sin añadir otra cosa que un escueto saludo de despedida.

Gerardo fue el que se ocupó de denunciar a la policía la extraña desaparición de Victoria.

De vuelta a su habitación, Diana, apenas sin fuerza para otra cosa que no fuera pensar en

cómo había podido ocurrir, repasó de nuevo todo lo sucedido. Sentía que algo se le escapaba.

«La cama de Victoria ya estaba abierta, yo lo hice, pero tenía claras señales de haber sido usada, faltaban su pijama y sus zapatillas, lo que indicaba que se había metido a la cama con su pijama..., pero nunca lo hubiera hecho con zapatillas.

» Es más lógico pensar que se había levantado de la cama y se había calzado por cualquier motivo, como ir al baño; mucho más lógico que pensar que se había ido a dormir con las zapatillas puestas.

» Por tanto, había estado en la cama, pero ya no estaba cuando alguien la raptó. Seguía con las zapatillas.

» Y si estaba levantada..., tenía que haberse dado cuenta de la entrada en su habitación o en el salón de una persona extraña. ¿Cómo no había chillado?

» A menos que previamente la hubieran drogado... ¿mientras dormía?

» ¿Le habían puesto las zapatillas después de que la droga hiciera su efecto? ¿Tenía eso sentido?».

» Pero si no es por dinero, ¿qué pretenden hacer con ella? ¿Por qué y para qué se la llevaron?».

Y Diana volvía a refugiarse en el llanto, desolada, como cada vez que repasaba los datos de aquella noche, o de la mañana siguiente. Todo era desaliento y preguntas retóricas.

¿Quién le iba a responder?

Los casi dos meses que habían pasado en Singapur habían resultado unos días maravillosos para Victoria. Pero al llegar a Bali... ¿Por qué había desaparecido al llegar a Bali?

¿Cómo había empezado todo?

PARTE I SINGAPUR

Madrid, 10 de enero de 2020

Pequeños copos de nieve vestían la ciudad de blanco, con la lentitud de una novia remisa a engalanarse para la ceremonia.

También el color blanco predominaba en los baúles que Ana había mandado bajar del attico y que poco a poco iban llenando las habilidosas manos de Diana.

El frío ambiente del exterior no impedía que en aquella villa, próxima a la capital, alguien soñara con cálidos y refulgentes días, mientras guardaba con mimo toda aquella ropa que, ya seleccionada, descansaba sobre la cama. Un equipaje en consonancia con sus sueños, propio de un tórrido verano.

La sonrisa de Diana Juncal parecía irradiar luz. Una breve mirada a través de la ventana consiguió arrancarle un gesto burlón en su simpático rostro. Era como si el contacto con aquellos tejidos blancos y ligeros, casi etéreos, la hiciera desafiar al tiempo climatológico, con la seguridad de que iba a ser ella la que acabaría ganando el reto.

Había estado a punto de no realizar el fantástico viaje que su amiga y jefa, Ana Mazo, y su marido, Gerardo Rico, le habían propuesto.

Gerardo

Gerardo había heredado de su padre un importante estudio de arquitectura, que hizo crecer y multiplicó. Además del estudio heredado se asoció con compañeros de la misma carrera, que estaban dispuestos a vivir en cualquier lugar donde se les permitiera triunfar y, decididos, abrieron estudios en Singapur, con ambiciosas perspectivas. Mas tarde se expandieron por Java, e incluso Bali, aunque este último estaba más especializado en paisajismo e interiorismo.

Gerardo acababa de sufrir un grave fracaso, que no deseaba confesar a sus socios instalados en el sur de Asia, pero en un momento de debilidad se lo descubrió a uno de ellos, a quien rogó que le guardara el secreto, hasta ver si conseguía arreglarlo.

Gerardo estaba acostumbrado a los éxitos y no se sentía capaz de confesar su fracaso a sus socios, ni de enfrentarse con aquellos clientes que siempre habían considerado que su padre se lo había dado todo hecho. Sentiría que les daba la razón.

Su socio y ahora confidente, Fernando, tras pensarlo detenidamente, le ofreció una solución. No era muy ética, pero era una solución, y nunca se la hubiera ofrecido de no haberlo visto tan desesperado. Así se lo confesó, añadiendo que nadie se enteraría, pero necesitaba que pasara al menos un par de meses entre Singapur y Bali.

—Veré si puede acompañarme mi esposa, es demasiado tiempo para estar separados, ella podría sospechar algo.

—¿Y no es mejor que se lo cuentes? Ella tiene dinero y puede ayudarte —preguntó su socio y amigo—, este es un asunto que puede tornarse peligroso. Te lo advierto.

—Supongo que se hará peligroso si no cumplimos con el contrato, pero si lo hacemos, ¡y lo haremos!, no veo por qué.

Cuando Gerardo le propuso este viaje, Ana estaba segura de que él tendría que dejarla sola con demasiada frecuencia, para acudir a las reuniones con esos socios empresarios con los que acostumbraba a pasar tantas horas siempre que eran ellos los que acudían a Madrid. Y la estancia prometía ser larga. Demasiado larga para estar sola.

Acostumbrada a compartir con Diana su tiempo de ocio y su trabajo, propuso a su amiga que la acompañara. Gerardo estuvo totalmente de acuerdo, y lo organizó todo de la mejor manera posible, pensando en Diana y su hija Victoria.

—Solo si tú me acompañas, seré capaz de disfrutar como turista, además de poder ambientarnos y documentarnos para la nueva novela que se va a desarrollar en aquellas latitudes —le había asegurado Ana.

Diana, pensando en su hija de tan solo diez años, no se atrevió a aceptar el viaje, a pesar de resultarle tan atractivo. Pero Gerardo no cesó en su empeño, le aseguró que ya habían contado con la compañía de la niña y Diana pudo comprobar que los dos habían pensado en todo. No había motivos para renunciar a tan maravilloso periplo.

Viajarían a Singapur e Indonesia, concretamente a las islas de Java y Bali. Los socios con los que Gerardo tenía que verse eran españoles en su mayoría y, a pesar de encontrarse bien adaptados al lugar donde vivían, se nutrían de compatriotas para los trabajos y servicios de más confianza.

Victoria no tendría ningún problema con el idioma, ni con las costumbres de las personas que en un momento determinado tuvieran que tratar o hacerse cargo de ella. Diana empezó a disfrutar del proyecto de viaje junto a su hija.

Diana y Ana

La relación entre Ana y Diana era casi tan antigua como ellas mismas. Diana y Ana estudiaron en un buen colegio. En el mismo.

No se parecían físicamente, pero las dos eran igualmente atractivas y su temperamento encajaba a la perfección.

Diana nació en el seno de una familia de clase media. Estudió Filología Inglesa e Hispánica.

Ana siempre había amado la literatura. Al finalizar la carrera de Derecho, su deseo de ser escritora adquirió total firmeza.

En el rostro de Diana, de proporciones armónicas, destacaba su espléndida sonrisa. Dientes perfectos..., casi, y pequeños hoyuelos se trazaban bajo el centro de sus pómulos. Pelo castaño y ojos como la miel rematados con largas pestañas.

Esbelta, no delgada, y de elegante y seguro caminar.

Ana, rubia natural, de ojos verdes y risueños, cejas bien arqueadas, nariz pequeña y boca bien definida.

Ana adoraba a Diana y a Victoria la sentía un poco hija suya.

Cuando terminó de escribir su primera novela, convenció a su amiga para que trabajase con ella. En esta primera ocasión lo hizo como correctora, después ocupándose de su relación con la prensa y siendo su asistente personal. Acabó participando en cada una de las historias que Ana creaba. Su criterio era muy importante para Ana.

El magnífico currículum de Diana ya le había proporcionado un buen trabajo, incluso antes de terminar su carrera, pero Diana aceptó lo que interpretó como un reto. Apostó por su

amiga. Y no se equivocó.

Se complementaban muy bien y consiguieron que sus novelas se vendieran con tanto éxito que se tradujeron a diversos idiomas y se vendieron en todo el mundo.

Lo único que alteraba a las dos era la relación con los medios de comunicación, especialmente los audiovisuales.

Buscando la fórmula para hacerlo relajadas, aunque fuera bajo presión, acordaron acudir a unos cursos de Control Mental. No es que lo tomaran muy en serio, todo lo contrario, pero, ¡por probar!, no perdían nada. Tratarían de aprender a relajarse.

Coincidiendo con el comienzo de ese curso, Diana conoció a Armando, otro interesado en el control mental. Se enamoró de él.

Y poco tiempo más tarde, Ana también encontró el amor, aunque Gerardo era un arquitecto que nada tenía que ver con ese curso mentalista.

Diana se casó profundamente enamorada de Armando; un ingeniero de caminos, que la adoraba y continuamente se lo demostraba. Un año más tarde tuvieron una hija, Victoria, lo que completó o amplió su felicidad.

Pero seis años más tarde Armando murió en un accidente de trabajo y Diana quedó completamente destrozada. Su hija, Victoria, suponía para ella un gran consuelo, tenerla la obligaba y la ayudaba a seguir viviendo, «era todo lo que le quedaba de Armando». Ana fue en todo momento un gran apoyo.

Los padres de Diana hicieron lo imposible para ayudarla a pasar tan duro trance. Pero ella no deseaba que cargaran con su pena y se mostraba fuerte ante ellos. Esto le suponía un esfuerzo añadido.

Con Ana no tenía que fingir y con Victoria no fingía, tenerla a su lado era como disfrutar de un pedacito de Armando, eso la consolaba, incluso llegaba a hacerla feliz, todo lo feliz que podía sentirse en esas circunstancias.

Su fidelidad le había hecho cerrar la puerta al amor y tirado la llave para evitar que se colase por alguna rendija.

Y solo tenía 31 años.

EL VIAJE.

—¿Cuándo viene Victoria? ¿Está nerviosa por el viaje? —Ana irrumpía con unas cajas que deseaba añadir al contenido de los baúles que estaba preparando Diana.

—Viene ahora con la tata. Está muy impresionada. Enseguida saca a pasear su imaginación y no veas lo que se inventa, parece más hija tuya que mía. ¡Qué imaginación!

—¡Ya me gustaría que fuera mi hija! ¡Es encantadora! Tan graciosa, tan natural y tan inocente. ¡Qué suerte tienes! Es listísima y muy divertida.

—Bueno, bueno, ya sabes que no es oro todo lo que reluce. Se nota que le falta una figura paterna con suficiente autoridad como para imponerse, yo reconozco que me rindo pronto y ella lo sabe, soy demasiado blanda.

—¡Anda, no digas tonterías! Lo estás haciendo muy bien.

—¿Tú crees?

—Sabes cuánto siento que hayas tenido que hacerte cargo de ella tú sola, mucho más si tenemos en cuenta los dones que adornaban a tu marido. Pero eso no te ha impedido hacerlo muy bien. — Los ojos de Diana se enturbiaron un poco —Perdona, creo que no es momento de recuerdos tristes. Con el viaje que nos espera.

—No te preocupes, me encanta recordarlo, y sé que tú llegaste a apreciarlo tanto como él a ti. Pero sí, vamos a seguir organizando este maravilloso viaje, del que no dudo saldrá un nuevo libro con el éxito asegurado. Como los anteriores. Todo el mundo lo querrá leer.

—Sabes que una parte de mis éxitos los debo a tu buen criterio y a tu profesionalidad.

—Gracias, Ana, pero las dos sabemos que sin tu imaginación y tu forma de contar las historias no existirían esos libros exitosos.

Justo cuando daban por terminado el equipaje, llegó Victoria acompañada de su tata. Se frotaba las manos enguantadas, a pesar de ir abrigada con un grueso abrigo rojo de lana. Una diadema del mismo color sujetaba su melena rubia.

El parecido con su madre era bastante acusado.

Singapur, 12 de enero

La llegada a Singapur, sin incidentes, no impidió que todos respiraran satisfechos al bajar del enorme pájaro que los había transportado.

No había amanecido. Aun así, les invadió el calor; un calor húmedo que gracias a un ligero vientecillo no les produjo ningún agobio. Incluso lo agradecían al recordar que en Madrid nevaba mientras se dirigían al aeropuerto. Ahora empezaba a tener sentido toda aquella ropa tan ligera que habían seleccionado, dudando en algún momento de lo acertado de la elección.

Una limusina del hotel los recogió en el aeropuerto para trasladarlos al hotel Marina Bay Sands, situado frente a la bahía del mismo nombre.

Solamente Gerardo había estado ya en Singapur, así que fueron ellas las sorprendidas por la atrevida y novedosa arquitectura que invadía el espacio. Eso, a pesar de conocer la isla por fotografías, reportajes televisivos y películas.

La infinidad de rascacielos que contemplaban parecían querer competir en altura y espectacularidad. Los coloristas letreros de neón en caracteres chinos añadían a tanta innovación arquitectónica una mezcla de exotismo y cultura antigua, que impresionaba al visitante neófito.

Visto desde la avenida que los llevaba al distrito Marina Bay, el hotel parecía desafiar las leyes de la gravedad, se asemejaba a un monumento megalítico, a un trilito concretamente, pero adornado con muchos puntos de luz. Ese debía de ser el efecto que pretendían producir sus arquitectos.

A medida que se fueron acercando, apreciaron claramente que las tres grandes piedras colocadas en sentido vertical, como un nadir, y una cuarta en horizontal, acimut, cubriéndolas, eran tres rascacielos, y una enorme terraza con forma de barco en horizontal que daba la sensación de haber sido colocado encima de ellos. Todo les parecía espectacular. Y lo era.

Victoria se sentía como en la ciudad encantada de un cuento de hadas. Miraba todo y lo aceptaba con una amplia sonrisa, como si aquello, a pesar de su preponderancia, fuese algo con lo que ya contaba y se sintiera satisfecha porque nada le había defraudado.

En el hotel tomaron el ascensor que en recepción les aconsejaron como el más cercano a sus suites, aun así, recorrieron un largo pasillo enmoquetado hasta llegar a sus dependencias.

En cada *suite* un hermoso ramo de orquídeas, la flor emblemática de Singapur, les daba la bienvenida. También un cesto con ricas frutas tropicales, autóctonas, una cubitera con hielo y una botella de champán casi helado.

Pero lo que más les gustó a las dos amigas fueron sus bañeras.

Un suave perfume las había sorprendido al abrir la puerta de sus respectivos cuartos de

baño. El agua cubría una cuarta parte de la gran bañera circular, y en ella flotaban pétalos de rosas en cantidad considerable.

Después del sueño reparador, aunque corto, para adaptarse cuanto antes al nuevo horario, y una vez disfrutado el baño entre pétalos de rosas, sus cuerpos estaban ya entonados y dispuestos a conocer Singapur.

A esas horas, la bahía, con la luminosidad de mediodía, se mostraba espléndida; les pareció una delicia. Se sintieron seducidas por aquellas vistas.

—Tranquilas, tendréis tiempo de disfrutarlas —les aconsejaba Gerardo—, además, la piscina del hotel tiene la misma vista, pero más espectacular, porque se encuentra en el último piso. No os faltarán ocasiones para contemplar la bahía.

—Pero ¿por qué no quieres que comamos aquí? —preguntó Ana, un poco molesta, por su empeño en dirigir las a otro lugar.

—Hoy quiero llevaros al restaurante más alto de Singapur. Tiene un comedor giratorio desde donde podréis apreciar casi todo Singapur mientras comemos. Se mueve con lentitud suficiente como para que podáis apreciar la ciudad sin perder detalle.

—¿Y qué tal es su cocina? Ya sabes que deseo probar la cocina autóctona —insistió Ana.

—No es una maravilla, pero tampoco se come mal, si no os mostráis muy exigentes. Merece la pena para un primer contacto con la ciudad. De noche aún son más atractivas y espectaculares las vistas, pero he elegido la comida porque durante el día apreciaremos mucho mejor todos los detalles.

—No sé por qué nos tenemos que mover de aquí. ¿No pretenderás marearnos?

—Anda, Ana, no protestes más; tendrás tiempo de sobra para comer aquí y hacer lo que os apetezca. Sabes que voy a disponer de poco tiempo para estar con vosotras.

Ya en el restaurante, comprobaron que lo de menos era el menú (cocina continental ligeramente afrancesada): tenían una vista completa y espectacular, dado que toda la pared circular era de cristal.

Se trataba de dos círculos concéntricos, uno enorme y con movimiento de rotación muy lento: el comedor; otro, el del centro, mucho más pequeño, fijo y con diversas funciones como cocinas, *office*, barra de bar, servicios... Aunque desde cualquier mesa del restaurante solo se podían apreciar el *office* y la barra del bar, o el pasillo, dependiendo de la fase en que se encontrara la vuelta del comedor.

—Impresiona pensar en una caída desde aquí. ¿A qué altura estaremos? —quiso saber Diana.

—Pues sí, porque son 170 metros los que nos separan del suelo —respondió el que parecía saberlo todo de Singapur.

Mientras comían, la atención que prestaban a los distintos platos que les servían y a las inmensas cristaleras, a través de las cuales, lentamente, descubrían la ciudad estado, se repartía de forma desproporcionada a favor de las vistas.

—¿A que ahora estáis encantadas de haber venido, o no? —Ana no evitó reconocerlo. Estaban entusiasmadas con toda la panorámica que desfilaba ante sus ojos.

Cuando terminaron de servir el segundo plato, Victoria tiró de la blusa de su madre con mucho sigilo.

—¿Qué quieres, cariño?

—Mira ese hombre, mamá, nos está mirando —musitó Victoria con el tono más bajo de que era capaz.

—¿Un hombre? ¿Dónde lo ves? —Diana trataba de apreciar la figura de un hombre a través de los ventanales—. ¿Dónde, cariño?, no veo ningún hombre.

—No, mamá, en una mesa, ahí enfrente, hay cuatro hombres, pero uno, el calvo, no hace más que mirarnos.

—¿A nosotras? —se asombró Diana—. ¿Pudiendo contemplar estas vistas?, ¿estás segura? Yo creo que está buscando una camarera, lo que pasa es que estamos enfrente y ha visto que aquí había una niña muy bonita y se ha detenido a mirarte —sonrió Diana, divertida, después de haber dirigido con disimulo la mirada hacía la mesa que le indicaba su hija, sin encontrar motivo de preocupación. Vio que aquellas personas hablaban animadamente entre ellas, sin prestar atención a otra cosa. Ni siquiera a las vistas.

Gerardo y Ana se miraron con una incipiente sonrisa, sin dar tampoco mayor importancia a los comentarios de la niña. Ella se ruborizó al darse cuenta de que la habían oído, a pesar de hablar muy bajito, para que solo la escuchara su mamá.

Al terminar de comer, Gerardo dijo que él únicamente iba a tomar un café, cuando los demás terminaran con el postre.

—Me vais a disculpar, pero mientras lo tomáis voy a ir al servicio, no puedo esperar más.

—Tranquilo —dijo Ana con la mirada puesta en su esposo. Después miró a Diana, le guiñó un ojo—. No pensamos movernos de aquí, ¿verdad?

Un instante más tarde, de aquella mesa que tenían enfrente se levantó uno de los comensales, muy alto y de gran envergadura, con una barba que resultaba demasiado pequeña para sus proporciones. Su cabeza parecía totalmente rasurada. Era el caballero que había señalado Victoria unos minutos antes.

Diana pensó que tal vez su hija tenía razón y por algún motivo aquel hombre de grandes dimensiones se estaba dirigiendo hacia ellas. Pero, aunque pasó casi rozando su mesa, no se detuvo a su lado; se dirigió al pasillo por donde también había salido Gerardo, camino de los servicios.

Pensó en lo fácil que era confundir la actitud de los desconocidos. Y no se le ocurrió pensar que existiera ningún tipo de relación entre ellos en un acto tan frecuente.

Gerardo, al volver a la mesa, advirtió el rostro satisfecho de Victoria, que estaba saboreando su helado de distintos colores. Sonrió al observar el cuidado que ponía en cada cucharada, para no repetir color.

Acababan de servir los cafés.

A pesar de la atención que la niña ponía en el trasiego de su cuchara y en el efecto menguante de su copa, no le pasó desapercibido el señor alto que, poco después, volvió a ocupar el lugar que había abandonado; lo hizo apenas salió Gerardo. Pero esta vez Victoria no hizo ningún comentario.

—¿Quieres otra copa, Victoria, o prefieres que nos marchemos en busca de nuevas vistas? —preguntó Gerardo.

—Me ha gustado muchísimo, pero... casi prefiero que nos enseñes más cosas.

—Podemos tomar dos *rickshaws*, para recorrer el barrio chino, o acercarnos en un taxi hasta el lugar donde se toma el teleférico para ir a isla Sentosa. Es un lugar de ocio donde podréis pasar muy bien un día completo. Tiene bonitas playas, donde se practica toda clase de deportes acuáticos. Podéis visitar algunas atracciones. Posiblemente os atraiga volver otro día, pero al menos uno es más que obligado. Os gustará. Seguro.

Las tres mostraron una sonrisa de aceptación.

—Si vamos al monte Faber, Victoria podrá tener una idea del viajecito que os recomiendo, y si no le convence ir colgada de unos cables, cogéis el tren o el bus. ¿Qué me dices? —Esperó la respuesta de la niña.

Victoria miró primero a su madre y después a Ana.

—¿De verdad que puedo decidir?

—¡Ja, ja, ja! ¡Eres un amor! ¡Pues claro que puedes decidir! —le animó Ana.

—Podemos ir en esas bicicletas a ver el barrio chino y después al teleférico. O..., mejor, no vamos a ese monte hasta mañana. Seguro que me va a gustar, un día me monté en Barcelona en uno con mi mamá y mi papá y me gustó muchísimo. Fuimos del puerto de Barcelona a la montaña de Montjuic.

—Pues tú mandas —zanjó Gerardo—. ¡Salgamos a la calle a buscar los *rickshaws* y recorramos Chinatown!

Abandonaron el restaurante tras una última mirada a través de aquellas inmensas cristalerías, que seguían girando lentamente, para mostrar una vez más la espectacular panorámica de la isla.

Tras un ambiente con aire acondicionado propio para pingüinos exigentes, y unos cristales tintados que no permitían que los comensales sufrieran los efectos de los rayos del sol, al salir a la calle la temperatura y la humedad del ambiente de Singapur a esas horas de la tarde era como pasar del cielo al infierno, aunque, bien pensado, ¿quién sabe cómo es eso?

De nada servía la rapidez con la que se movían los *rickshaws*, propiciando que el aire se comportara como impulsado por un ventilador.

Pero nada los hizo desistir de esa excursión. Gerardo, a gritos desde su vehículo, les indicaba las peculiaridades del lugar, con tal orgullo que hacía pensar en su participación de forma activa para conseguir el resultado de todo aquello que les mostraba.

—Fijaos en la diferencia de estas calles, sus casas, las tiendas, esos puestos de comida y restaurantes. Viendo esto, ¿quién diría que Singapur es considerado uno de los cuatro tigres asiáticos y uno de los centros de comercio mundial? Pero si levantamos la vista, ahí tenemos vigilantes a lo más vanguardista de la arquitectura y la ingeniería mundial. Fijaos en esa especie de *scalextric* que pasa por encima de esas viviendas. ¿A que resulta impactante? —El tono apasionado con que se expresaba Gerardo contagió a las tres mujeres, que se dejaron llevar por su admiración y deformación profesional.

Volviéron al hotel al anochecer, tras una cena rápida. Ellas, deseosas de poder dormir de una vez, al menos ocho horas seguidas.

El recorrido por Chinatown había resultado en verdad agotador, si bien pudieron concluir diciendo que había sido muy interesante, incluso divertido.

Gerardo mostró su deseo de quedarse unos minutos en uno de los salones de la planta baja a tomar una copa antes de acostarse, las invitó a acompañarlo sabiendo muy bien que no aceptarían. En efecto, ellas prefirieron dirigirse a sus habitaciones mientras Gerardo tomaba esa última copa.

Entró en un salón en penumbra, donde unas manos se deslizaban sobre las teclas del piano de cola, produciendo cadenciosos sonidos que llenaban el aire de nostalgia. Si Victoria hubiese entrado en aquel lugar, seguro que no le habría pasado por alto la persona de gran volumen y con la cabeza afeitada frente a la que se sentó Gerardo.

LA BAHÍA

DIANA

Singapur. 13 de enero

La hermosa mañana invitaba a pasear cerca de la bahía. Y las tres deseábamos poder conocer los atractivos del entorno del hotel que tanto nos había llamado la atención la pasada noche. Dudábamos entre pasar el día en isla Sentosa o pasear por aquellos Jardines de la Bahía.

La oferta era inmensa: jardines de frutas, de flores, jardín malayo, colonial, jardín de las palmeras. Con decisión salomónica, optamos por repartir el tiempo. Las primeras y menos calurosas horas las dedicaríamos a recorrer uno solo de aquellos jardines y después visitaríamos la isla.

Pronto sentimos que el calor iba en aumento y aún no estaban nuestros cuerpos preparados para un cambio tan brusco.

—¿No creéis que, con esta temperatura, las próximas visitas deberían ser a una hora más temprana o al atardecer, una vez pasado el trastorno del *jet lag*? —sugirió sofocada Ana.

—¡Uf!, es cierto, creo que será preferible que nos dirijamos al monte Faber para tomar el teleférico a isla Sentosa —reconocí—. Seguro que en la isla, junto al mar y con unos buenos chapuzones, disfrutaremos mejor de esta temperatura. —Victoria se limitó a asentir con la cabeza.

En el monte Faber corría un airecito propio de la altura en que nos encontrábamos, lo que hizo que nos demorásemos, ante las espectaculares vistas que se podían apreciar.

A pesar de habernos levantado temprano, la mañana se nos fue de las manos sin darnos cuenta.

Una vez en Sentosa, buscamos un lugar para poder comer cerca del agua. Queríamos además, que el restaurante nos resultase atractivo, cosa que allí no parecía entrañar demasiada dificultad.

—¿Qué os parece este? —pregunté—. Está junto al mar y dispone de una terraza espectacular a la sombra

—¡Es genial!, ¡me encanta!, la sombra es debida a la arboleda. Se supone que la brisa que viene del mar moverá sus ramas y estaremos de cine —suspiró Ana aliviada, mientras se abanicaba con la mano. «Tanta maleta y no metimos ni un abanico», pensé.

—A mí me gusta mucho. ¿Podré salir a jugar con la arena? —preguntó mi hija queriendo saltarse ya la comida.

—Veamos si hay sitio para comer aquí, Victoria.

Entramos. El restaurante tenía los costados de cristal. El interior daba la sensación de transparencia gracias a la pared, también de cristal, del fondo, aunque entre la barra y las baldas, que servían de base a las botellas, únicamente se apreciaba la iluminación artificial en varios colores, algo a lo que empezábamos a acostumbrarnos.

—Creo que el problema será que hay demasiada gente esperando una mesa libre. Me temo que tendremos que buscar otro restaurante —se lamentó Ana.

En aquel lugar no faltaban restaurantes, pero ese nos había gustado a las tres. Además estábamos sedientas y muy deseosas de sentarnos a la sombra. O jugar con la arena en el caso de

Victoria.

Un atractivo joven vestido con pantalón y polo blanco se acercó para decirnos en inglés que, si estábamos esperando mesa, tenía una para tres. Sentí que su mirada se detenía en mí, después sonrió mostrando una atractiva sonrisa.

Tenía los ojos de un azul tan intenso que me costó desviar la mirada.

—¡Vaya ejemplar ¿Te has fijado? —me preguntó Ana con disimulo.

«Era un camarero... ¡Vaya, como los demás camareros!, pero ¡santo cielo!, ¡qué mirada!». Todo él estaba como envuelto en una aureola. ¡Vale! Quizás era un efecto del sol rebotando en los cristales que tenía a su espalda. No sé, pero lo cierto es que me pareció deslumbrante, el tío más guapo que había visto nunca. Claro que también llevaba mucho tiempo sin fijarme en los tíos.

«No soy la persona más propicia para dejarse seducir y menos con una sola mirada.

» Nos ha conseguido una mesa a pesar de la fila que hay esperando para disfrutarlas, y dice que él nos va a atender durante toda la comida. Más me vale disimular el impacto que me ha causado, si no quiero ser objeto de las bromas de Ana.

» Aunque simule que me resulta indiferente, Ana no tardará en darse cuenta, me conoce demasiado bien. Estaría encantada al comprobar que puedo ser sensible a los encantos masculinos. Ella, la perfecta celestina, a la que tengo que ir esquivando continuamente».

Unas horas más tarde, estaba tumbada sobre una toalla-esterilla, bajo un frondoso árbol junto al mar. Aún experimentaba la sensación de dulce letargo. Había algo relajante en el ambiente. Lo sentía.

A mi lado, Ana había pasado a un nivel más profundo, llevaba casi media hora durmiendo, con su sombrero de paja tapándole la cara.

Un poco más a la orilla, pero también a la sombra, Victoria jugaba al fin con la arena, haciendo y deshaciendo castillos.

Al girar la cabeza para seguir observando mi relajante entorno, sentí un escalofrío. Tuve que incorporarme. Y miré de nuevo lo que había a mi alrededor, como si lo viera por primera vez.

El restaurante que durante la comida era una gran terraza con los costados de cristal, ahora era como una caja de cristal. Parece que su frente principal podía esconderse hasta desaparecer, así estaba cuando entramos a comer. Pero en esos momentos habían bajado las cristaleras frontales. ¡Era una casa de cristal! ¡Como mi laboratorio!, el que creé para el Control Mental.

Estaba sobre la arena, bajo un frondoso árbol que me daba sombra y junto al mar; un mar tranquilo que solo tenía unas suaves olas, apenas perceptibles, gracias a unos islotes artificiales, que impedían mayor oleaje y convertían esa zona en un reducto seguro donde los niños no corrían ningún peligro.

El lugar en el que me encontraba era exacto a aquel que, unos años atrás, llegué a crear en mi mente como el espacio perfecto. ¡Pero este era real! De nuevo un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Esta extraña casualidad quiere decir algo?

Ana se despertó de su siesta, había retirado su sombrero del rostro. No tardó en comprender que algo me ocurría.

Mientras, yo, allí sentada, intentaba asimilar esa extraña casualidad. Ana se estiró en su toalla para acercarse más a mí y preguntar qué me pasaba. Debía de ser evidente lo impactada que me encontraba.

—No te preocupes, solo estoy impresionada, dicen que las casualidades no existen..., cuando

consiga entenderlo, te lo explicaré.

—¿Seguro que no debo preocuparme? —insistió, ya inquieta.

Con una sonrisa traté de confirmarle mis palabras. Volvimos a tumbarnos sobre nuestras toallas. Ana apretó mi mano. Supongo que trataba de darme ánimo, creyendo que estaba recordando a Armando.

Aunque no encontré explicación lógica y tuve que conformarme con recurrir a la casualidad, pude explicar lo que me ocurría, sin gran esfuerzo. Ana me comprendió de inmediato.

—Diana, ¡tengo la carne de gallina! ¡Es verdad!, este entorno parece el que tú creaste. Lo recuerdo muy bien. Incluso en alguna de mis novelas he pensado plagiarte. Si un día descubro que estoy en un lugar idéntico al que yo me había imaginado..., no sé, ¡me daría un síncope! —rio mi amiga, también emocionada.

—¡Ja, ja, ja! No me extraña, Ana, si no recuerdo mal, tú te bañabas desnuda en la lava de un volcán, ¡ja, ja, ja! No, si lo tuyo viene ya de fábrica. ¡Menuda imaginación! Menos mal que no había que contárselo a nadie.

—Oye, ¿qué te parece si entramos en tu «laboratorio de cristal» a tomar un refresco? ¡Estas emociones me han dado sed!

—Me parece muy buena idea. Podemos continuar hablando frente a un buen batido o un zumo de fruta. También a mí me apetece mucho.

—A ver si nos vuelve a atender ese guapo y amable camarero con esa sonrisa de espectacular encanto —Ana me guiñó un ojo al decirlo.

Las dos coincidíamos en que el guapo joven que nos atendió durante la comida no parecía nativo. Sus ojos, tan grandes e intensamente azules, ni siquiera recordaban a un oriental. También estábamos de acuerdo en que había sido muy amable, sobre todo con la niña. Hasta se esforzó por entenderla en español. Nosotras estuvimos utilizando el inglés para, entre plato y plato, hacerle preguntas relacionadas con su país.

—Voy a decirle a Victoria dónde vamos. Seguro que prefiere seguir con la arena y con los nuevos amiguitos.

—Desde tu «laboratorio de cristal» podemos seguir vigilándola. Afortunadamente aquí no hay peligro para los niños —rio Ana.

Victoria, tal como suponía, deseaba seguir jugando junto a sus recién estrenados amigos. Volví al restaurante inquieta. Aquellos ojos azules tenían la culpa.

Sentosa, 13 de enero

Era un despropósito, pero estaba deseando volver a verlo y hablar con él. ¿Qué me ocurría? Era pura química. Me había resultado «muy interesante», tanto su aspecto como su conversación, y tenía una sonrisa realmente cautivadora. Ana me esperaba en la puerta.

A esa hora el aire acondicionado invadía la caja de cristal, sumida en una penumbra. El restaurante se había transformado en cafetería, donde también se ofrecía un gran surtido de cócteles, batidos y zumos tropicales.

Al vernos entrar, el camarero al que acabábamos de alabar hizo un gesto con las manos a dos de sus compañeros que estaban tras la barra. No pasó desapercibido para nosotras ese movimiento de *stop*, lo que nos provocó una sonrisa de simpatía. Estaba claro el mensaje enviado a los otros camareros, quería atendernos él.

—¡Hola de nuevo a mis clientas españolas! ¿Qué deseáis tomar?

—Tenemos sed, ¿podrías recomendarnos el batido o zumo de frutas más refrescante? —preguntó Ana, mientras yo trataba de recomponerme del efecto «ojos azules».

—Sí, voy a preparar una novedad que espero os guste, si no es así, prepararé otro, o los que haga falta hasta que dé con el que calme vuestra sed. Solamente os cobraré los que os gusten.

—¿Seguro? Mira que si se entera tu jefe, te puede despedir. Es más, yo lo haría si un empleado mío se dedicara a hacer batidos gratis en sus horas de trabajo —le reprendí, muy segura de que ya había tomado el mando sobre mi sistema nervioso.

Ante la mirada sería del camarero, sentí que no lo había hecho tan bien. Me había pasado. Sabía perfectamente qué me había ocurrido, pero eso daba igual, porque no se lo podía explicar.

«¡Claro que yo no soy así! He correspondido a su amabilidad con un comentario de lo más antipático. ¿Así pensaba disimular esa atracción que siento?», me pregunté a mí misma, sin hallar contestación.

—No te ofendas —añadí a modo de disculpa—, es que no necesitas tratarnos con tanta solicitud, hemos comido muy a gusto con tus sugerencias y no necesitas invitarnos a un segundo batido.

—No, qué va, no me he ofendido, todo lo contrario. Si decides quedarte en Singapur y necesitas trabajar, me ofrezco a ser tu socio, siempre y cuando tú misma dirijas al personal.

—Eso ha estado muy bien —sonrió aliviada Ana—, seguro que no te arrepentirías del fichaje. —La mirada de Ana por poco me descalabra. No sé si ha sido para tanto.

Cuando el camarero desapareció tras la barra para llevar a cabo su amplia promesa, Ana mostró su extrañeza por mi salida de tono:

—¡Con lo encantador que ha sido el camarero, sobre todo con Victoria! —dijo, volviendo a mirarme en plan enemigo.

No tuve más remedio que reconocer que me había pasado un poco, a pesar de haber intentado arreglarlo.

—Me ha resultado muy ingeniosa la forma que ha tenido... ¿cómo se llama? Bueno, la forma que el camarero ha tenido de resolver tu antipático comentario.

—Michel, el camarero se llama Michel —le recordé rápidamente a Ana.

—¡Ah! Es verdad, lo había olvidado —sonó burlona la respuesta de Ana. Y su silenciosa sonrisa parecía resonar en mis oídos, más fuerte que una carcajada.

Noté que me sonrojaba. «¡Qué bruja! ¡Qué bien me conoce! ¿Lo ves? ¡Ya se ha dado cuenta!».

El camarero, después de haber estado manipulando frutas y batidoras, volvió con su seductora sonrisa a la mesa en la que esperábamos charlando. Portaba dos grandes copas de unos tonos suaves y diferenciados, como si algo separase unos colores de otros, con una bonita flor junto a la pajita.

—Probadlo y decidme que he acertado, para no tener que hacer otro o faltar a mi palabra, mi jefe está mirando y..., quién sabe, tal vez me esté jugando el puesto y ya no tenga ocasión de veros mañana... si es que volvéis.

Creo que las dos caímos en la trampa, miramos a la vez hacia la barra, tratando de ver al jefe, pero no lo localizamos. Allí solo seguían los camareros. Seguro que había sido una broma, pensé.

Cogimos las copas dispuestas a probar su contenido y, como si tuviéramos la respuesta ensayada, dijimos al unísono, en cuanto tomamos el primer trago:

—¡Delicioso, está delicioso!

En esta ocasión nos reímos los tres por la exacta coincidencia del comentario.

—¿Y no es extraño que no tengáis ahora clientes? —indagó Ana—. Sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que resultaba conseguir una mesa a la hora de la comida.

—No, esto es lo habitual. Es hora de descanso. Aún tardará una hora por lo menos en empezar a animarse con los clientes de la tarde. Es el calor y el sopor de la comida. Apetece tumbarse y descabezar un sueñecito.

—Cierto, a mí me ha sabido a gloria —comenté por si a alguien le interesaba.

—Si me lo permitís, y aprovechando que estamos tranquilos, me gustaría invitaros a un cóctel, es mi especialidad y tiene mucho éxito. —Me miró con ese profundo azul, mientras continuaba hablando en un tono más severo—. Yo le pido primero permiso a mi jefe. ¿Aceptáis mi oferta?

—La verdad es que no tenemos mucha prisa, nuestros maridos nos tienen un poco abandonadas con sus propios negocios —aseguró Ana, que por lo visto no veía la necesidad de más explicaciones. Realmente no la había—. Así que disponemos de mucho tiempo. Pero nos gustaría conocer toda la isla, aunque lo haremos con tranquilidad a lo largo de la semana. Seguro que también nos puedes recomendar qué es lo que más merece la pena.

—Si no me interpretáis mal —me miró de nuevo al decirlo, lo que hizo que volviera a sonrojarme, ¡qué castigo! —, me ofrezco para acompañaros un rato, a partir de las seis, que es cuando vienen otros camareros y yo acabo aquí mi trabajo.

—Hay tanta oferta atractiva sobre el papel... y nos gustaría aprovechar bien ese tiempo —intervino de nuevo Ana.

—Podríais seguir haciéndome preguntas sobre las peculiaridades de los habitantes de esta isla, mientras os indico lo más destacado.

—No te pedimos tanto, vale con que nos sugieras lo que resulta más interesante —quise dejarlo claro—. No queremos incordiarte.

—No me siento obligado a acompañaros. Si os apetece, no será un incordio, lo haré con mucho gusto.

—Pues yo creo que es una gran idea, siempre que no te ocasione ningún problema —le sonrió Ana al decirlo. Si no la conociera, pensaría que trataba de seducirlo con su amplia sonrisa.

—En absoluto. Además de las muchas atracciones que vais a conocer, también hay aquí una que seguro les encantaría a vuestros maridos en el caso de que se decidieran a acompañaros: Fort Siloso. Es un museo de temática histórico militar —añadió—, donde se pueden ver tanques y otras unidades de artillería. Se encuentran en un fuerte construido y utilizado por los británicos durante la Segunda Guerra Mundial.

—Se lo diremos, igual se animan —aseguró Ana, que parecía dispuesta a confundir a todos. A mí incluida.

Aproveché un momento en el que Michel no nos miraba para darle a mi amiga un buen codazo, mientras le preguntaba bajito, qué pretendía.

La conversación resultó muy amena y, sobre todo muy instructiva para nosotras. En algún momento de la charla el camarero pasó a ser llamado por su nombre, aquel con el que se había presentado en el primer momento que contactamos con él esa mañana: «Mi nombre es Michel y voy a ser vuestro camarero durante toda la comida».

Victoria no hizo acto de presencia durante el tiempo que pasamos en la caja de cristal. Tuvimos que llamarla para hacer la corta ruta que habíamos previsto con el «amable camarero».

Se colocó junto a él en cuanto iniciamos la marcha. No tardó en buscar su mano como si

temiera que fuese a desaparecer. No dejaba de hacerle preguntas a las que Michel contestaba divertido por la curiosidad y ocurrencias de mi hija.

—Sí, soy soltero y sin compromiso, Victoria. ¿Qué pasa? ¿Estás buscando novio? —contestaba Michel a una pregunta que no habíamos escuchado, debido a lo mucho que Victoria había bajado el tono al hacerla.

—Ja, ja, ja, qué tonto, si solo tengo diez años.

A su vez, Michel se interesaba por cosas que Victoria le contaba con sumo gusto.

Entre otras, le dijo que era huérfana de padre. Así se enteró de que hacía cinco años que yo era viuda y no tenía ningún novio.

—Sí, hemos venido con Ana, porque Gerardo, su marido, está en Singapur para hacer negocios. Mi madre y Ana escriben novelas, aunque el nombre de mi madre solo aparece en las últimas páginas.

Nosotras escuchábamos divertidas el gracioso español de Michel; aun así, creí necesario dar un toque de atención a mi hija.

—No te pongas pesada, Victoria, no has parado de hacerle preguntas a Michel desde que hemos salido del restaurante.

—Él también me hace muchas preguntas. ¿Verdad?

—Claro que sí, porque somos muy buenos amigos y nos gusta conocernos. Por cierto, Victoria, hace tiempo que has comido y tú no has tomado nada más, que yo sepa. ¿No tienes apetito? —Mi hija lo miró como si esperase que le relataran el final de un cuento, conocía muy bien esa mirada—. ¡Si me da permiso tu mamá...! —otra vez esos ojos azules clavados en los míos—. ¡Ahora mismo te voy a invitar a un lugar muy especial, donde sirven unos deliciosos *fingers* de pollo y unos perritos calientes aderezados con infinidad de cosas buenas! ¿Qué me dices? ¿Tengo tu permiso?

Mientras Victoria aplaudía, nosotras nos miramos resignadas. El entusiasmo de mi hija no me permitía negarme. Estaba claro que el camarero sabía cómo contentar a una niña.

Entramos en un establecimiento, sin duda, una de esas franquicias americanas, semejante a otras muchas de cualquier parte. Michel animó a Victoria a que ella misma pidiera lo que más le apeteciese de las imágenes del cartel. Los distintos platos tenían un número y ella sabía contar en inglés.

—Ya me imagino que no es esta la cena que deseáis —dijo al salir Victoria de nuestro círculo—, pero conozco un sitio donde se sirve una excelente comida tailandesa y tiene un pequeño teatro para niños. Mientras ellos disfrutan... o se duermen, los padres pueden cenar sin problemas. ¿Os apetece?

Vi a Ana encantada con la invitación y dispuesta a aceptarla. Decidí adelantarme.

—Lo siento, ha sido un día estupendo al que sin duda tú has contribuido, y te doy las gracias de todo corazón, pero...

—¡Vaya, hay un pero!

—Ha sido una jornada demasiado larga para la niña, que hoy no ha descansado con una siesta como nosotras. Todavía no estamos adaptadas a este horario y será preferible volver al hotel temprano. Allí, mientras ella duerme, Ana puede cenar con su marido, y yo puedo tomar algo ligero en la habitación.

Mi amiga no tuvo más remedio que aceptar lo que dijo ser una muy sensata respuesta, pero no se resistió a añadir:

—Bueno, aceptamos la propuesta para mañana o cualquier otro día más tranquilo,

¿verdad, Diana?

Esta vez fui yo la que no tuvo otra posibilidad que asentir. Repetí las gracias por el día tan estupendo que habíamos pasado, sobre todo mi hija.

—Entonces, ¿puedo acompañaros al teleférico?, yo ya no tengo obligaciones que cumplir.

—Sí, claro que puedes —afirmó Ana, sin siquiera mirarme.

Camino del teleférico, un pequeño establecimiento de helados con todo su frente abierto al paseo por el que caminábamos fue de nuevo motivo del arrebato de Victoria.

—¡Un helado, porfa, porfa! ¡Es que esos son los que más me gustan del mundo mundial!

—¿Desde cuándo sabías tú de su existencia? —me burlé ante el exagerado entusiasmo de mi hija.

—Os aseguro que son excelentes y sanos, están hechos con productos naturales. Si me lo permitís... —se volvió a ofrecer Michel—. ¿De qué os apetece a vosotras? —preguntó antes de acercarse al mostrador—. Os recomiendo cualquiera de los que han sido hechos con nuestras frutas.

Esta vez aceptamos.

Antes de que recogiese nuestros helados, alguien sorprendió a Michel. Se acercó a él desde el paseo. Tras un saludo muy amistoso, refirió un problema surgido por el importante compromiso con unos españoles que querían comer en el Raffles. Le habían asegurado que estaba completo toda la semana.

—Este encuentro ha sido providencial, ¡por favor!, consígueme una mesa de cinco para el viernes por la noche en el restaurante del Raffles, y te deberé una.

—No te puedo prometer nada, pero lo intentaré.

—Llárame a cualquier hora del día, pero no me puedes fallar.

—¡Vale! Te llamo cuando hable con mi padre. Me costará una buena bronca, pero no te preocupes, intentaré solucionarlo, aunque tenga que ir yo mismo a servirte.

—Te creo capaz. ¡Ja, ja, ja!, espero tu llamada —se despidieron de la misma forma afectuosa que se habían saludado.

La conversación había sido en inglés y nosotras lo hablábamos fluidamente. No preguntamos nada y él no nos dio explicaciones, pero quedó flotando en el ambiente una extraña sensación.

¡Michel era un camarero un tanto peculiar!

Pero a la persona que las estaba siguiendo desde que salieron del hotel, no era eso lo que le preocupaba. Él sabía perfectamente quién era aquel camarero.

Ana esperó hasta llegar al hotel para preguntarme algo que, por lo visto, la inquietaba bastante. ¡Normal!, ¡me inquietaba a mí!

—¿Se puede saber qué te ocurría con Michel? Ha sido un encanto en todos los sentidos. Es un tío espectacular. Nos ha facilitado el día, nos ha dado información valiosísima y ha hecho feliz a Victoria —lo dijo mirándome con un gesto muy adusto que no me gustó nada—. Tú, en cambio, has resultado bastante borde. Si no te conociera, pensaría de ti que eres una persona poco agradable, pero te conozco y no me encaja nada. ¿Se puede saber qué te pasaba?

—Tienes razón, no era yo, pero no podía evitar sentirme... rara con él, a pesar de su innegable simpatía. —Yo pretendía ser sincera con mi amiga, pero ¡cómo le iba a explicar que me sentía como una adolescente que descubre al que cree que será su primer amor!, eso hubiera sido más difícil de entender, conociéndome como me conocía—. No sé... —dije al fin—, había

algo... De todas las formas, ¿tú crees que se comportaba como un camarero? —traté de desviar ese tema—. ¿Y la conversación que mantuvo junto al puesto de helados? No sé, algo no me encaja.

—En eso tienes razón. Yo no tengo ni idea de cómo se comportan los camareros en Singapur, o en isla Sentosa, pero la conversación con el que se ha encontrado estando en la heladería no parecía la de un camarero. Aunque puede ser que su padre sea también camarero de ese famoso restaurante...

—Tienes razón, no se me había ocurrido.

—Entonces..., si eliminamos el final, ¿qué pasaba? ¿Es posible que te haya gustado demasiado y te sientas culpable? No estaría mal que empezases a fijarte en algún individuo después de cinco años.

—Calla, Ana, no empieces con tus aficiones celestinas, dame tiempo.

—¡Que no te estoy pidiendo que lo empujes al altar!, pero ya va siendo hora de que le des una alegría a tu cuerpo.

—¡Cómo eres, Ana!

—La vida sigue, Diana, no lo olvides. Y no se trata de reemplazar a nadie.

—No lo olvido, tampoco me dejas que lo olvide. Pero estoy desentrenada. ¿Y si empiezo a tontear y me enamoro?, ¿tú crees que sería este el lugar idóneo para desmelenarme? Ya sé que solo me estás hablando de echar un polvo.

—Te estoy hablando de que ya es hora de que te fijes en un tío bueno. ¡Un romance, un polvo, amor eterno! ¡Qué más da! Por algo tendrás que empezar algún día. ¿Por qué no ahora? Sé que te ha impactado, y eso es ya algo excepcional tratándose de ti.

«¡Buf! ¿Quién la para ahora?», pensé agobiada.

Aquella noche, Diana soñaría con unos ojos azules que la perseguían por Sentosa. A la caída del sol, mientras una luz dorada iluminaba su caja de cristal, ella trataba de esconderse en su laboratorio, pero allí estaban los ojos azules mirándola burlones.

Singapur, 30 de enero

Además de repetir la experiencia de isla Sentosa, los siguientes días y durante más de dos semanas, hicimos los recorridos próximos a nuestro hotel, aprovechando las primeras horas de la mañana. Aún a riesgo de soportar las bromas de nuestros amigos, también nos hicimos unas cuantas fotografías y algunos selfis, junto a la estatua-fuente de Merlión, el león-sirena símbolo de la ciudad, que vierte sus aguas a la bahía. Gerardo ya nos había indicado que Singapur significa «ciudad de león».

También visitamos el Museo de Arte y Ciencia, situado justo frente a nuestro hotel. La estructura llamaba la atención, también su altura estaba en claro contraste con la ciudad, donde dominaban los rascacielos, pero su forma de flor de loto junto a la bahía definía muy bien la modernidad espectacular de esta ciudad estado. No nos entretuvimos mucho en su interior.

Sí, teníamos prisa por llegar a isla Sentosa, como si la isla estuviera a punto de despegar y temiéramos que no nos esperara; así que dejamos los inventos de Leonardo da Vinci que contenía para otro momento más oportuno.

A Victoria no hacía falta preguntarle qué quería hacer al día siguiente, era como si su mundo siempre hubiera sido aquel y no quisiera cambiar. La complicidad con Michel era total. A mí me producía gran satisfacción comprobar lo feliz que era Victoria.

Ana también parecía satisfecha, y se dejaba llevar. Estoy convencida de que le divertía mi actitud, siempre en guardia frente a Michel. Seguro.

31 de enero

Ese último día de enero, habíamos decidido quedarnos en el hotel. Era algo que todos los días lo aplazábamos para el siguiente, pero, al fin, tomamos la determinación de que esa mañana romperíamos con todo lo que ya se había transformado en costumbre. No iríamos a isla Sentosa, ni siquiera saldríamos del hotel. Disfrutaríamos de aquella espectacular piscina durante la mañana y por la tarde visitaríamos las impresionantes tiendas y recintos que brindaba el propio hotel. Resultó muy cansado: hicimos y compramos tantas cosas...

Pero aquella noche, al terminar la cena, Victoria, en un tono que parecía de súplica, y arrugando su graciosa naricilla, nos preguntó a las dos:

—¿Mañana podremos ver a Michel?

—¿Es que no lo has pasado bien hoy con nosotras? —fue la respuesta trampa de Ana.

—¡Claro que sí!... Lo he pasado muy bien..., pero... ¿vamos a ir mañana a isla Sentosa?

Mi hija y yo nos miramos, ella suplicante y yo buscando una excusa.

—Ya veremos, Victoria, aún no hemos decidido lo que vamos a hacer mañana. Hemos estado todos los días y durante más de dos semanas en Sentosa, y volveremos de nuevo otro día. Pero no tiene por qué ser mañana.

—¿Por qué no mañana? Quedamos con Michel. ¿No lo recuerdas?, ¿o es que acaso no te apetece? —se extrañó Ana de mi esquivada respuesta.

—Está bien. Mañana volveremos a Sentosa. —Me resigné a mi suerte, aunque en el fondo sentía que ese plan era mucho mejor que el que yo les pensaba proponer. Sentí que me apetecía demasiado volver a verlo.

Sentosa, 1 de febrero

Y de nuevo en isla Sentosa. Durante la mañana, las tres habíamos estado en distintos lugares de atracciones acuáticas, practicamos de nuevo surf en una playa de olas artificiales y comimos en el mismo restaurante de los días anteriores. ¡Cómo no! Victoria pronto se fue a jugar con unos amiguitos.

—¡Junto al mismo mar y bajo el mismo árbol, como en tu laboratorio! —exclamó Ana tras reprimir un inoportuno bostezo—. Diana, ¿has tenido tiempo de recapacitar el motivo de tu actitud con Michel? Son muchos días y sigues sin ser tú misma. No es normal —¡ya estaba la pesada de mi amiga metiendo el dedo en la llaga!

Dudé antes de contestarle. En el fondo, siempre quería ser sincera con ella, sabía muy bien que todo era a causa de su preocupación por verme feliz. Pero sentía vergüenza.

¡Vergüenza a mis años!, pero es que siempre me había negado a cualquier sentimiento que pudiera desplazar de mi corazón a Armando, y Michel me había impactado más de lo que yo hubiera querido.

—Claro, he tenido tiempo de hacerlo —contesté al fin en un rasgo de sinceridad... limitada—. En realidad, lo que más me preocupa es que me gusta demasiado, y estoy tan empeñada en que no se note que, ya ves, acabo comportándome de manera poco justa con Michel. Algo hay en él que me recuerda a Armando.

—¡Tal vez es precisamente eso lo que te molesta!, hacer comparaciones de un extraño

con Armando.

—¡Puede que esa sea la clave! Pero a veces siento que hay química entre nosotros, y eso me aturde.

—Pues va siendo hora de que seas tú misma. Esta vez creo que podría ir en serio. Hasta ahora no te he visto interesarte por nadie.

—Pero no puedo... o, mejor, no quiero sentir por nadie nada parecido a lo que ya he sentido por Armando. Tengo a Victoria para recordarlo cada día y eso me basta.

—No, Diana. No te engañes, eso no será siempre suficiente. Victoria volará y tú te sentirás abandonada de nuevo. ¿Te bastarás a ti misma? Porque a ella deberás dejarla volar.

—Puede que tengas razón —acepté.

—La tengo, no lo dudes —concluyó tajante Ana, como si con esas palabras hubiera dejado arreglada la paz del mundo.

—También me sigo sintiendo un poco intrigada por su forma de actuar en el restaurante. Pienso que no se comporta como el resto de los camareros.

—Es que él es distinto, creo que tiene un poder magnético que hace que todos lo aprecien y respeten sus deseos.

—Pero ¿ese empeño por atendernos personalmente? No sé si te has fijado cuando he probado a solicitar un ingrediente a otro camarero pero ha sido Michel quien ha acudido solícito para traerlo.

—Creo..., no, estoy segura, de que le gustas y tal vez ha llegado a un acuerdo con el resto de los camareros para tener la exclusiva de esa mesa —opinó Ana, riendo abiertamente.

—O, tal vez, se trata de alguna apuesta con sus compas. —Ana me miró severa—. No me mires así. Puede que sea mal pensada. Pero es que tengo una revolución de sentimientos y sensaciones poco afortunados.

—Victoria está encantada con esta situación —dijo Ana, con una sonrisa tan pícara que parecía que era ella la que se estaba divirtiendo sobremanera. Después, agitó en el aire su sombrero de paja como un brindis al sol y lo colocó sobre el rostro, lo que indicaba que se disponía a hacer la consabida siesta.

La voz de Michel llamando a Victoria para que acudiese a tomar un helado interrumpió mi duermevela. Del restaurante sacaba una bandeja con cuatro hermosas copas de gélido y variado contenido, que depositó en la arena. Estaban primorosamente decoradas con frutos secos molidos y tostados con miel, amén de alguna otra chuchería que aportaba más colores.

—¡Una delicia! —así opinaríamos más tarde.

Michel repartió las copas, dejando la última para mí.

Al entregármela, se demoró más de lo necesario en retirar la mano. El roce deliberado y grato de sus dedos me ocasionó una descarga eléctrica. La sentí con tal fuerza y de forma tan inesperada que retiré bruscamente la mano. La copa estuvo a punto de caer a la arena, pero Michel, con muy buenos reflejos, la recogió con su mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba con igual fuerza mi mano electrizada, que yo intentaba retirar..., sin esforzarme demasiado, la verdad.

Nuestras miradas se cruzaron con intensidad.

No fueron conscientes de la pícara sonrisa de Ana. Victoria estaba ya pendiente de su copa, en la que había introducido la cuchara, y no pudo apreciar el fenómeno físico que se había

producido entre aquellos dos cuerpos, a pesar de estar ambos en contacto con la arena, buen aislante de la electricidad.

Tras el helado, Michel nos propuso alquilar unas bicicletas con motor eléctrico para recorrer la isla y poder remontar las cuestas sin demasiado esfuerzo. A pesar de la tecnología, al anochecer estábamos fatigadas. Nos despedimos de él. Se sorprendió al saber que al día siguiente no iríamos a la isla.

—¡Qué casualidad!, yo pensaba trabajar mañana solo para atenderos, pero si no vais a venir, me tomaré mi día de descanso. ¿Se puede saber a qué vais a dedicar el día? Podría invitaros a comer o a cenar junto al río, podéis elegir el pescado o el marisco vivo, y lo cocinarán en vuestra mesa. Esto es algo que a todos los extranjeros les encanta.

—¡Muchas gracias! ¿No te cansas de ser amable con nosotras? —dije en tono serio pero presionando un poco mis labios para evitar sonreírle abiertamente, que era lo que realmente me apetecía.

—Te lo agradecemos —fue Ana quien lo dijo—, pero no queremos ocasionarte más molestias, iremos de compras.

—Sí —me apresuré a comentar—, nos han hablado de unos establecimientos que tienen sedas naturales magníficas y a muy buen precio. Algo aburrido para vosotros, los hombres. ¿No? —insistí en la idea.

—No creas, yo acompaño a mi madre a la modista y las dos me suelen pedir opinión. No se me debe de dar muy mal. Después os puedo invitar a comer. —Sin duda, era persistente.

—En esta ocasión comeremos con mi marido y otra pareja. Pero... se me ocurre que podríamos ser nosotras las que te invitásemos. Le he hablado a mi marido de ti, de la suerte que hemos tenido encontrándote, y seguro que estará encantado de poder conocerte —resolvió Ana, muy en su línea.

—Me parece un poco embarazoso, a menos que sea yo quien invita

«¿Eso no es machismo?», pensé, pero me abstuve de meter más pullas.

—Pero eso no tendría sentido. La mesa ya está reservada —insistió Ana. Michel estaba reticente, yo no me decidía a decir nada, hasta que a Victoria se le ocurrió insistir:

—Por favor, Michel, las comidas de mayores son muy aburridas, si vas tú seguro que nos divertiremos más.

—Está bien, pero me tenéis que prometer algo: que me aceptareis esa comida o cena junto al río, seréis mis invitadas.

—De acuerdo, la aceptamos. —Ana me miró, debió de parecerle que yo también estaba conforme—. Prometido. Te esperamos mañana en el hotel. Iremos los cuatro. Mi marido irá directamente al restaurante con su socio.

Michel se dio cuenta un poco tarde de que no sabía el nombre del restaurante al que pensaban ir. Sabía que el hotel en que se alojaban era el Marina Bay, incluso la zona de ascensores que utilizaban, y era ahí donde habían quedado. Tampoco tenía demasiada importancia... Pensó que, con la cantidad de restaurantes que había, ¿sería demasiada casualidad...!

Singapur, 2 de febrero

«Me gusta Diana. Llamó mi atención desde que la vi entrar en el restaurante», pensaba

Michel mientras las esperaba cerca del ascensor.

«Cada día que pasa me siento más atraído por ella. Lo que me inquieta es esa actitud que muestra en ocasiones. La mayor parte del tiempo es encantadora, su conversación es amena e inteligente, pero, de repente, cuando más confiado estoy, me dice algo que me descoloca.

» Y, sin embargo, creo advertir que es una actitud impostada. Lo noto.

» Estoy seguro de que no es por Victoria, sé que en ella tengo una aliada. Se ha volcado conmigo rápidamente, eso debería jugar a mi favor. Pero me pregunto, ¿qué siente Diana?

» Detecto como una chispa a punto de saltar cuando estamos cerca. Estoy seguro de que ella también siente algo por mí, que no le soy indiferente.

» Decididamente, esta misma tarde buscaré la forma de confesarle de una vez mis sentimientos... La quiero en mi vida. Y ella tendrá que responder de alguna manera.

» Ahí están ya, saliendo del ascensor. ¡Es preciosa!».

Victoria, al verlo, corrió a sus brazos como si fuera lo que más la ilusionaba.

—¡Michel! —exclama Victoria mientras lo abraza.

Michel rio a gusto pensando que la actitud de la niña no podía ser mayor afirmación de su último pensamiento.

Un taxi estaba a la puerta esperándolas, ellas lo habían pedido previamente. El portero del hotel ya le había dado la dirección a la que pretendían dirigirse.

Aunque Michel quiere hacerles ver lo innecesario del taxi, ya que él ha acudido al hotel con su coche, le dicen que ya no tiene remedio. De cualquier manera, tendrá que volver al hotel para recogerlo.

«Tal vez no sea tan mala idea, puede ser un buen momento para hablar a solas con Diana», piensa ahora.

El taxi paró frente a un espectacular restaurante. Las tres españolas bajaron del vehículo expectantes. Michel lo hizo con aspecto resignado.

Las puertas correderas se abrieron al acercarse los cuatro y un semicírculo de guapas jóvenes, delicadamente ataviadas con la ropa tradicional de Singapur, les saludaron juntando las manos a la altura del pecho, con una ligera inclinación de cabeza.

La sonrisa que le dedicaron a Michel fue algo visiblemente más especial. Él también les sonrió al devolverles el ceremonioso saludo.

Cuatro jóvenes, una a una, acompañaron a los cuatro clientes por el espacioso y sobrio salón, hasta una recóndita mesa, ocupada por tres personas, que se levantaron al verlos. Dos de ellas, más sorprendidas que si hubieran entrado unos astronautas en traje de faena.

—¡Michel! ¡Qué sorpresa! ¿Pero eres tú el invitado? Acabo de hablar con tu padre, le he preguntado por ti y no me ha dicho nada de que pensaras venir. —La conversación, que se desarrollaba en inglés, dejó bastante desconcertados al resto de comensales.

—¡Hola, David! Ni siquiera yo sabía que iba a venir aquí y mucho menos que fuerais tú y tu encantadora esposa los que acompañabais al esposo de Ana. ¡Singapur no es tan grande como nos quieren hacer creer!

—Ya veo que al único que no conoces es a mi marido —intervino Ana, superando su sorpresa—. Permíteme que te lo presente.

Siguieron las presentaciones. Mientras comentaban lo casual de aquella situación, otro señor de ojos claros y facciones nada orientales, con aspecto elegante, y severamente ataviado con un traje negro, se acercó al grupo con una sonrisa y los brazos ligeramente abiertos. Michel adoptó

una actitud parecida, se tomaron de las manos con expresión cordial. Para Ana y Diana resultó un saludo poco habitual. Más tarde, David les explicaría que el saludo oriental estaba bastante occidentalizado:

—Para el oriental no es correcto el contacto físico en un saludo y nunca se dan palmadas en la espalda ni se abrazan, no está bien tocar el brazo, pero han acogido la costumbre occidental de saludar dando la mano. Aunque siempre hay que esperar a que el asiático te tienda el brazo con ese objeto.

Aún les pareció más extraño cuando Michel lo presentó:

—Es mi padre. Padre, te voy a presentar a estas encantadoras damas, buenas clientas del restaurante de Sentosa, y también muy buenas amigas. Aunque te cueste creerlo, son ellas las que me han invitado. ¿Qué te parece?

—No dejas de sorprenderme, hijo.

—¿Por qué pensaba yo que tu padre era un camarero del Raffles? —preguntó Ana—. Michel sintió que enrojecía hasta el cabello, mientras David rompía a reír.

—Pero ¿qué les has contado a tus amigas? El padre de Michel no es uno de los camareros del Raffles, sino uno de los socios del hotel y los restaurantes Raffles, además, de ser el dueño de este y algún otro restaurante de Singapur —dijo dirigiéndose a las damas—. Ya veo, sigues con tu empeño de ser un camarero que se gana el arroz con el sudor de su frente —rio sin que a nadie más le hiciera gracia su comentario burlón.

Sonrió el padre, pero miró a su amigo moviendo la cabeza, reprobando la burla a la que parecía querer someter a Michel. Poco más tarde se despidió; aseguró que se verían antes de que finalizase el almuerzo, tenía que atender algunos asuntos.

Pidió al *maître* que antes de la comida los obsequiase con unos aperitivos en su nombre, ya que no podía acompañarlos. Dio algunas órdenes y unos cuantos camareros se movieron con agilidad sirviendo una serie de platos variados mientras el sumiller cataba y les daba a probar distintos vinos.

A Victoria se la veía feliz. Lo miraba todo intentando disimular la sorpresa que le ocasionaba el ambiente y la forma de servir tantos y tan variados platos, aunque en pequeñas cantidades. No se parecía a ningún restaurante conocido hasta ahora. Claro que de Singapur conocía pocos más que el de Michel y el que giraba.

Casi sin respiro, jóvenes como las que les habían recibido a la entrada se encargaban de que tuvieran sus tacitas de té siempre llenas. Michel explicó a su jovencísima amiga, en su gracioso español, que aquella era una de sus costumbres, beber té a lo largo de toda la comida, y que resultaba muy saludable.

Terminaron el almuerzo a una hora en la que ya se empezaban a preparar las mesas para la cena. Michel acordó con David que, dado que él tenía que recoger su coche en el parking del Marina Bay, podría acompañar hasta el hotel en un taxi a Diana y a su hija, mientras David y su esposa llevaban en su vehículo a Ana y su marido.

Aunque no había mucho trayecto, era hora punta, por lo que el taxista, que no mostraba tener demasiada prisa en llegar a destino, se demoró más de lo que cabía calcular, lo suficiente para que Victoria llegase dormida profundamente. Antes de que su madre tratara de despertarla, Michel le pidió que no lo hiciera.

—Es una pena despertarla. Si me permites, yo la subiré hasta la habitación para dejarla en su cama. No es ninguna molestia. —Diana dudó un momento antes de salir del coche, pero Michel ya había pagado al taxista y se disponía a tomar a la niña en brazos. Lo hizo con suma

delicadeza. Inició el camino que Diana no tuvo más remedio que indicarle.

—Es como una pluma —dijo sonriendo al dejarla sobre la cama.

—Te estoy muy agradecida. No merezco tanta amabilidad. Creo que a veces soy un poco borde contigo sin ningún motivo —se sinceró Diana.

—¡Ah!, ¿sí? Pues no me había percatado —sonrió burlón—. Yo pensaba que era tu forma de decir que te resulto encantador.

—¡Qué vergüenza! —notó cómo enrojecía—. Te puedo asegurar que no soy así, pero... tienes razón, a veces, al responder o hacerte un comentario siento el impulso de ser antipática. Y por lo visto lo consigo.

—Tranquila, sé que no te parezco tan desagradable, aunque desconozco el motivo por el que pretendes que yo lo piense.

—¡Es difícil de explicar, Michel!

—¡Ah, pero hay una explicación! Pues, me encantaría conocerla, porque yo disfruto con tu compañía a pesar de todo. Estos días he esperado impaciente la hora de veros entrar en mi restaurante. No me importa que a veces trates de ser tan ácida conmigo, detecto que no te resulto tan enojoso.

—¡Qué va! Si nosotras también estamos muy a gusto contigo, Michel —dijo tras unos segundos de duda—. Por eso vamos casi cada día a tu restaurante. Bueno, por eso... y porque se come muy bien —añadió en tono de broma, pero con miedo a decir más de lo que deseaba.

—Algo es algo —musitó él mientras alzaba los hombros, resignado con la respuesta.

—Para mí, Diana, tú eres algo muy especial. —Esperó inútilmente que ella dijera o hiciera algo que alentara sus esperanzas, pero Diana escuchaba, sonreía y callaba—. Necesito que sepas cuáles son mis sentimientos hacia ti, aunque creo que ya los has adivinado.

Michel no dejaba de mirarla de frente, directamente a los ojos, y Diana sentía que aquella mirada la desarmaba, pero tampoco deseaba dejar de percibirla.

Estaban tan cerca que Diana podía sentir su envolvente perfume. Aturdida, le sostenía la mirada sin parpadear, como si él la hubiera hipnotizado.

Michel se acercó un poco más. Ella siguió sin moverse al sentir el calor de unos labios que rozaban los suyos, apenas un aleteo de mariposa; cerró los ojos para sentir la tibieza de aquel contacto. Los labios de Michel permanecían sobre los suyos con una levedad que le hacía dudar de su permanencia, a pesar de sentir una respiración cálida cruzándose con la suya.

Tras unos segundos, se retiró confusa mientras abría los ojos.

—¡Eres preciosa, Diana! —dijo Michel mirándola con arrobó.

Ella no contestó. Pero su mano, sin atender a la lucha que se libraba en su interior, acarició suavemente el rostro que tenía frente a ella, él apoyó la suya sobre la mano de Diana y presionó con fuerza para advertir aquella caricia más profundamente.

Deseó besarla de nuevo, de una manera más intensa y apasionada. Pero se contuvo.

—Creo que me estoy enamorando de ti —soltó a bocajarro Michel, en un tono ronco e íntimo. La rodeó suavemente con los brazos tratando de acercar más sus cuerpos.

¡Michel! —dijo Diana, queriendo recuperar su dominio y su espacio—. Lo siento, pero no estoy preparada... Se separó levemente de él y volvió a mirarle a los ojos. Deseó decirle cuánto le había gustado que la besara, pero frenó su impulso.

—Está bien, Diana, me doy por satisfecho. Descansa, ha sido una comida muy larga. Espero que mañana volváis a mi restaurante, todavía tengo cosas que enseñaros.

Diana no quería que se fuera todavía. Había empezado a sincerarse, pero necesitaba

explicarle el motivo por el que no estaba preparada. Merecía que fuera sincera con él. Tal vez no hubiera otra ocasión para hacerlo.

—¿Te vas? ¿No te apetece tomar algo? No sé qué te puedo ofrecer para mostrarte mi agradecimiento. Ha sido un gesto muy bonito prestarte a subir en brazos a Victoria para no despertarla.

—No hay nada que agradecer, ni es eso lo que espero de ti. Y siempre es un placer. Otro día que no estés tan cansada aceptaré tomar una copa, aquí, contigo.

Al salir, tomó las manos de Diana, le costaba soltarlas. Hubiera querido abrazarla de nuevo.

También Diana lo deseaba, aunque no quisiera reconocerlo en ese momento.

Diana

«¿Por qué me resistía a separarme de él? He debido de resultarle tan ridícula... ¡Patética! Eso he resultado. ¡Patética!».

Unos golpecitos en la puerta me sacaron de mis poco amables reflexiones. Me dirigí a ella mientras decía «pase», pensando que era el servicio del hotel. Se repitieron los golpes en la puerta y decidí abrir sin más dilación. Aunque yo no había pedido nada. ¿Sería Michel, que había decidido volver?, pensé ilusionada. Para qué me voy a engañar.

Al abrir, lo que encontré fue la cara sonriente de Ana.

—David y Gerardo deseaban tomar una copa para continuar con sus negocios y nosotras éramos incapaces de seguirles el ritmo. Así que a la esposa de David la hemos dejado en su casa, y yo iba a mis habitaciones. ¿Te molesto? —preguntó.

—Qué va, para nada. Pasa, siéntate.

—He visto ahora a Michel saliendo del hotel.

—Sí, se acaba de ir —reconocí.

—¿Ha ocurrido algo? Me ha parecido que salía muy triste. ¿Le has vuelto a dar un despalante? Supongo que no te ha gustado nada saber que nos había estado engañando haciéndonos creer que era un camarero, pero yo creo que no debemos ser muy duras con él, hay que entenderlo, huye de las amistades que pueda hacer a causa de su posición, creo que él tiene suficiente encanto como para no necesitar adornos familiares o monetarios. ¿No dices nada?

—¡No me dejas!, estoy esperando a que termines para contarte lo estúpida que soy.

—¿Se puede saber de qué hablas? ¿Qué has hecho esta vez? —preguntó seguramente resignada a escuchar cualquier otra insolencia.

—De qué voy a hablar... Creo que me estoy dejando seducir en contra de todas mis convicciones y deseos.

—Pero, Diana, ¡eso es magnífico! —Ella parecía feliz.

—Déjame seguir ahora que estoy tan furiosa conmigo misma, si se me pasa no sé si seré capaz de reconocer lo que está ocurriendo.

—¡Por favor, te escucho!

—Me ha dicho que creía que se estaba enamorando de mí —Ana fue a hacer un comentario, pero yo lo corté en seco poniéndole la mano en la boca—. No. No digas nada o me arrepentiré de lo que te quiero decir.

—Me ha besado y yo lo he permitido... No es solo eso..., me ha gustado, incluso lo he acariciado y, cuando ha decidido salir de la habitación, he deseado retenerlo. ¿No es terrible?

—¡Lo has acariciado y besado! —sonrió asombrada Ana—. Al fin alguien ha conseguido romper tu absurda oposición. Déjate llevar por lo que sientes.

«¡Mira, me vuelve loca su mirada azul!», estuve a punto de contestarle, pero lo que salió de mi boca fue:

—¡Y yo qué sé lo que siento! Estoy muy confundida.

—Deja de resistirte al amor y acepta de una vez que Armando aprobaría encantado que volvieras a ser feliz. Recuerda que hasta su restaurante coincide con lo que tú has creído el lugar perfecto.

—Ojalá yo lo tuviese así de claro, pero te aseguro que no es tan fácil. Gracias de todas formas por escucharme, soy muy afortunada al tenerte como amiga.

Sentosa, 8 de febrero

Pocos días después, mientras la brisa acariciaba sus rostros ya morenos y tomaban un refresco esperando a que Michel diera las últimas instrucciones a sus empleados, Ana aprovechó para hablar de él sin tapujos.

—Conclusión: ¡además de con un hermoso ejemplar, hemos dado con la persona más encantadora y amable que existe bajo la capa del cielo! —aseguraba, mirando de frente a Victoria, pero vigilando a Diana con el rabillo del ojo—. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—¿Sobre qué buscas el consenso? —Se acercó Michel a la mesa que ocupaban las tres féminas mientras lo esperaban.

—Sobre ti. Estábamos diciendo que..., según tu amigo y tus rasgos, no eres asiático, tal vez tus ojos sean un poco más rasgados que los nuestros, pero... nada más, eres alto y tu color es dorado... Pero, claro, tu padre tampoco es asiático. —Diana empezó a respirar más tranquila, temía de su amiga cualquier inconveniencia con tal de ponerla nerviosa, o de dejar claro lo que en silencio estaba ocurriendo entre ellos.

—Pues es cierto, solo soy asiático en una cuarta parte: mi padre es nacido aquí, pero sus padres vinieron de Estados Unidos cuando se casaron. Mi madre, también nacida en Singapur, pero solo es mitad asiática —sus rostros expresaron sorpresa.

Ana mostró su deseo de conocer un poco más de esas historias, pero las tres estaban interesadas aunque por distintos motivos.

—Podrías servirme de inspiración para alguno de los personajes de mis novelas. Debe ser una experiencia interesante, pasar de vivir en América a hacerlo en Asia. Tan distantes y tan distintas culturas.

—Yo no tengo inconveniente en hablaros de mi familia, pero tal vez os apetezca que vayamos a algún otro sitio.

—La verdad, estamos cansadas —se quejó Diana—, ha sido una mañana intensa, y en este lugar se está tan bien... Bajo este árbol, oyendo de fondo el suave murmullo de las olas...

—¡Qué poética, Diana! Ya ves, estamos encantadas. ¿Por qué no aprovechas ahora para hablarnos de tus orígenes? —insistió Ana.

—Está bien, lo haré para que conozcáis a la vez algo sobre la génesis de Singapur, también servirá para ambientarte si situas la acción en otra época.

—Eso sería perfecto —lo animó Ana.

—Me remontaré al momento en que mi abuelo y su hermano vivían en California y Singapur estaba bajo la soberanía del Reino Unido, soberanía que duró hasta 1963. Nuestra

familia tenía en el valle de San Joaquín unos viñedos no muy extensos y una bodega de tamaño suficiente para elaborar las uvas que daban aquellos viñedos...

De vez en cuando paraba su explicación y observaba a sus oyentes. Nadie parecía mostrar desinterés.

—... mi abuelo se casó con veintidós años. Vinieron aquí de viaje de novios, era 1954, nueve años después de finalizada la Segunda >Guerra Mundial, y nueve años antes de que Singapur declarara su independencia del Reino Unido quedando como parte de Malasia...

» Mi padre nació aquí, en el 57, y en cuanto tuvo la edad adecuada mi abuelo lo inició en sus negocios. En ese negociar con los distintos caldos que ofrecía, conoció a la familia de mi madre, que era una italiana casada con un nativo.

— ¡Italiana! Ahora comprendo tu español —se adelantó a decir Ana, cuando Diana estaba pensando lo mismo—. Perdona la interrupción. Sigue, por favor.

—De acuerdo. La de mi madre es una historia muy similar a la de mi padre...

Cuando Michel dio por terminada la historia de su familia, se produjo un silencio que Diana rompió curiosa:

—Aquí es donde entras tú en la saga, ¿no?

—Bueno mi historia no tiene ningún interés. Intento ser digno hijo y nieto de mis padres y abuelos. Ahora solo necesito una amante compañera que comparta mi esfuerzo y sus resultados —miró sin ningún disimulo a Diana que se sofocó intensamente.

Tomó la mano de Diana y la oprimió mientras miraba sus ojos esperando su reacción, pero Diana se limitó a sonreír haciendo aflorar los hoyuelos en sus mejillas. Aún continuó Michel:

—Esta es la más clara demostración de que ni las razas ni las distancias son nunca impedimentos para lograr nuestros propósitos, cuando además hay auténtico amor. ¿No os parece?

Ana hizo un gesto afirmativo, aunque estaba segura de que lo de menos era lo que ella opinase, pero Diana no respondió, tampoco abandonó su sonrisa. En cambio, Victoria no perdió la ocasión de mirar a las dos y decirles:

—Sí. Nosotras te queremos aunque seas un poco chino, ¿verdad, mamá?, ¿verdad, Ana?

Los tres rieron a gusto la ocurrencia de Victoria, quitando así solemnidad a las sentidas palabras pronunciadas por Michel.

Mientras, Gerardo volvía a reunirse con su amigo. En esta ocasión le apremió para ir a Bali, como tenían previsto.

—Sí, todo está organizado, falta la última entrega de dinero. La última mercancía ya está llegando a los almacenes. Así que prepáralo todo cuanto antes. Nos vemos en Bali. Ya sabes cómo te tienes que poner en contacto conmigo. Yo salgo mañana.

—No te preocupes, estaba esperando a que me avisaras, esta misma noche lo comunicaré a la familia y en dos días estaremos en el hotel que acordamos.

Singapur, 22 de febrero

Que algo había cambiado en la relación entre Diana y Michel resultaba evidente. Diana no trataba de retirar su mano cada vez que Michel la tomaba entre las suyas, y esto no era algo puntual, se había convertido en una costumbre que ya todos veían con naturalidad.

Otras veces era una leve caricia con el dedo índice, remarcando el óvalo facial de Diana. Miradas llenas de ternura, frentes que se aproximan hasta rozarse.

La mayor parte de los días comían en el restaurante de Michel y cenaban en Singapur. Solo cuando raramente Gerardo compartía el día con ellas hacían excursiones a distintos lugares y sin la compañía de Michel, aunque en alguna de esas ocasiones también acudía él a la excursión.

Por eso se sintió dividida cuando esa noche Gerardo, al finalizar la cena que compartían con Michel, les recordó el viaje que tenían previsto a Bali.

—Dentro de dos días haremos el viaje, nos iremos pasado mañana de madrugada para aprovechar el día en Bali. A ti, Michel, te veré a la vuelta, confío en que puedas seguir acompañándonos, mis damas no dejan de alabarte y de decir la suerte que han tenido conociéndote, sobre todo Victoria. No te quiero engañar, pero me siento un poco celoso. Creo que en estos momentos Victoria te prefiere a ti, y eso duele —utilizó un tono simpático y dio un suave pellizco en la mejilla de Victoria, que reaccionó dándole un beso en la cara.

Cuando Diana aceptó el viaje, Bali era el lugar que más ilusión le hacía. Tal vez podría decirse que ella influyó en Victoria. Lo cierto era que madre e hija soñaban con aquellos parajes tan exuberantes, que habían contemplado en un reportaje de la agencia de viajes.

Claro que ninguna contaba con la presencia en su vida de Michel, y ahora que en lo más profundo de su corazón ella ya había aceptado, sin rebelarse, la atracción que sentía por él, pensaba que Bali había perdido parte del interés.

Esto no lo quería reconocer ante nadie, y tampoco quería prescindir de visitar aquella isla junto a Victoria. Ella seguía igual de ilusionada.

Michel sabía que ese viaje estaba planificado desde que Gerardo y Ana trazaron la ruta, pero lo había olvidado y su gesto de decepción fue muy evidente.

—En esta ocasión volveré pronto —lo animó Diana mientras pensaba lo distinto que sería cuando partieran hacia España.

—Está bien, mañana no trabajaré, vendré a buscaros para el desayuno y no me despegaré de ti en todo el día.

Todos trataron de disfrutar del día que les quedaba en Singapur. Michel les sugirió ir a conocer Little India. Hubo consenso general. Recorrieron sus callejuelas y, después de visitar el templo más antiguo y valioso para la comunidad hindú, Sri Veeramakaliamman, comieron en uno de sus restaurantes.

A pesar de que Michel eligió con cuidado el menú y solicitó que fuese con poco picante, no consiguió su propósito. Pero resultó una comida muy divertida, aunque no fuese más que por las caras de las comensales como reacción a los sabores picantes de la comida. Victoria fue la que más se burló de las caras de ellas. El postre helado les ayudó a refrescar la boca, de la que Ana dijo:

—Estoy a punto de soltar llamaradas como cualquier dragón que se precie.

Continuaron las visitas por el barrio indio, hasta que llegó la hora de ir a dormir.

La noche era soberbia, una hermosa luna la iluminaba. Michel y Diana se despedían hasta la vuelta de Bali. Ana, presagiando la intimidad de la conversación entre ellos, había tomado de la mano a la pequeña Victoria para acercarse a oler las hermosas flores que adornaban una parte del hotel, cerca de la entrada que ellas utilizaban y por las que Victoria se interesaba. ¿Cómo se llamaban aquellas plantas que daban unas flores de tan espectacular tamaño y penetrante perfume?

—¿De verdad no puedes evitar el viaje a Bali? A mí me va a resultar muy duro no veros durante tantos días.

—Michel, no olvides que yo he venido aquí como asistente personal de Ana, aunque aquí no necesito ocuparme de su agenda o de la relación con los medios, la acompaño y tomo notas para su próxima novela, como habrás podido apreciar en más de una ocasión. Para Victoria y para mí, están siendo unas preciosas vacaciones.

—Aún confiaba en convencerte para que tú te quedaras aquí conmigo.

—Tengo que confesar que conocerte ha sido una gran suerte, no solo porque estás siendo una compañía insuperable, sino por la ilusión que has hecho renacer en mí, cuando ni siquiera lo deseaba. Te prometo que me siento feliz a tu lado. Pero deseo conocer Bali y, sobre todo, mostrárselo a Victoria, seguro que flipamos, como diría ella.

—¿Y si yo os acompañara? ¿Le parecería mal a Gerardo?

—Es a mí a la que no me parece bien, llevas más de un mes custodiándonos casi todas las tardes y alguna mañana, creo que no es lógico que desatiendas tu negocio para continuar acompañándonos. Estaremos juntos de nuevo cuando regresemos, pero tú tienes aquí tu vida y debes continuar con ella, sin que la nuestra te la trastorne.

—Diana, mi vida se trastornó en el mismo momento en que apareciste en ella. —Su espontaneidad y emoción no permitían dudar de su sinceridad. Pensó que debía usar su escudo de protección si no quería sucumbir—. Algo sabes de mis sentimientos por ti. No sé si lo has pensado, pero podría seguir haciendo de cicerone en Bali. Cualquier excusa me sirve para seguir a tu lado. Dime que tú no estás a gusto conmigo.

Diana se limitó a mirarlo intensamente y sus dos hoyuelos adornaron la sonrisa que iluminó por un instante su rostro, lo que animó a Michel a insistir.

—Visito con frecuencia Bali, a pesar de la distancia. Estoy muy bien relacionado en esa isla, porque pretendo extender allí mi negocio, también a Java. Es una ruta que hacen la mayoría de los turistas europeos y americanos que llegan a Singapur.

—De verdad, Michel, no insistas —dejó que en su rostro luciese de nuevo una de esas sonrisas con hoyuelos—. Estaremos pronto de vuelta.

—¿Podríamos, al menos, tomar en tu saloncito una copa de despedida después de acostar a Victoria?

—Michel, es mejor que nos despedamos aquí y ahora.

—No. No creo que sea mejor, pero si no hay más remedio...

—No es el momento, Michel.

—Solo una copa de despedida.

—Vamos, no lo hagas más difícil, despídete del resto y no protestes más. Pronto estaremos de vuelta.

Se acercaron al parterre donde estaban Ana y Victoria, que le dio un abrazo interminable, mientras Michel le decía: «Vuelve pronto, Victoria».

Ana se despidió a la española, con el clásico beso en cada mejilla, y volvió a tomar de la mano a la pequeña para entrar en el hotel.

Diana pensaba hacer lo mismo que su amiga, pero Michel la detuvo a la mitad del movimiento besando su boca. Le correspondió y percibió que todo su ser se estremecía. Sintió cómo la estrechaba con fuerza retrasando el momento de dejarla ir. Ella no deseaba que la dejara.

Cuando al fin se desprendió de sus brazos, lo hizo muy lentamente, demorando la falta de su contacto, y con gran esfuerzo para no cambiar de opinión e invitarle a subir, para seguir el camino que su amiga y su hija ya habían emprendido.

Al llegar a la puerta no evitó volver la mirada, que chocó con la de Michel, que le

enviaba un beso con la punta de los dedos.

II PARTE

BALI

24 de febrero

El vuelo desde Singapur había sido breve y cómodo, poco más de dos horas y media, pero todavía no habíamos tenido tiempo de conocer nada de aquella preciosa isla, solo lo que pudimos apreciar desde el avión y el corto trayecto hasta el hotel. Suficiente para aumentar nuestras expectativas sobre el lugar.

En los jardines abundaban las flores de gran tamaño, como las que la pasada noche habíamos admirado en el hotel de Singapur. La brisa de la mañana traía aromas de mar mezclado con el perfume de aquellas flores.

Habíamos terminado de desayunar en los jardines del hotel, frente a un mar de aguas turquesas y palmeras doblegadas de forma reverente sobre la fina y blanca arena. Gerardo nos anunció solemnemente:

—Ana, Diana, Victoria, esta mañana tengo preparada una bonita sorpresa de postre.

Sin saber de qué se trataba, nos trasladó caminando a un lugar cercano, donde se representaba teatro clásico del lugar: *La Danza del Barong*.

La obra se desarrollaba al aire libre, en un espacio idílico, parecido al que acabábamos de abandonar. Pivotaba sobre dos actores: el Barong, un león mitológico que representaba el bien, rey de los buenos, y una bruja de pelo rubio, conseguido con la estopa de las mazorcas, que representaba el mal (nos sorprendió conocer el criterio del lugar: el mal siempre lo representaban con el pelo rubio).

El bien y el mal, junto con sus adictos y seguidores, luchaban entre sí mediante bellas danzas, realizadas con absoluta maestría. En esta representación no podría afirmarse que el bien siempre gana, en realidad se trataba de una demostración del equilibrio que rige en el mundo gracias a fuerzas opuestas como el bien y el mal. Todos disfrutamos del brillante espectáculo que, escenificado en aquel marco, aromado por las flores del entorno, le aportaba aún mayor fascinación.

Era una historia ingenua, pero la belleza de sus bailes tradicionales, de gran prestigio en Bali, según nos contó Gerardo, y el resto de la parafernalia que los envolvía, como las espectaculares ropas de seda llenas de color que lucían las danzarinas; el *Gamelan*, compuesto por doce músicos que, con xilófonos, metalófonos, flautas de bambú, gongs e instrumentos de cuerda frotada y pulsada, aportaban la tensión que cada escena requería; sus ropas de brillante seda, amén de sus vistosos pañuelos artísticamente atados a un lado *peci*, contribuían a que el espectáculo mereciese la consideración de inolvidable. La delicadeza de movimientos resultaba insuperable; destacaban sus manos, donde cada dedo se movía con total independencia del resto y sus brazos parecían girar 360 grados.

Victoria, a pesar de sus diez años, daba la sensación de disfrutar y asombrarse más que cualquiera de nosotros. No dejó de preguntar a Gerardo por un sinfín de cosas que le habían resultado chocantes.

Yo la observaba satisfecha, y con una sonrisa que me nacía del alma, al verla tan

interesada. Pero también dispuesta a parar un poco aquella catarata de consultas que caían sobre Gerardo.

—Nunca he tenido ocasión de explicárselo a nadie tan minuciosamente —dijo Gerardo entre risas—. ¡Ya tenía ganas de hacerlo y desquitarme de una vez con alguien que pusiera auténtica atención a mis palabras! —Nos unimos a sus risas.

Volvimos al hotel dando un corto paseo y comimos en uno de los restaurantes enclavados en aquellos hermosos jardines.

Ana coincidió conmigo al expresar lo impresionada que estaba con las distintas jóvenes que nos atendían. Llamaba nuestra atención, sobre todo, el porte y elegancia de aquellas lindas camareras, que, sonrientes, acudían presurosas, al advertir el ánimo del cliente en solicitar cualquier cosa.

De nuevo Gerardo hizo gala de su conocimiento sobre las costumbres de la isla:

—Seguro que alguna de ellas ha participado en el teatro que presenciemos esta mañana —afirmó.

—¿Tú crees? —dijo asombrada Ana. A mí también me sorprendió.

—Aquí todos son artistas de una manera u otra. Saben pintar o tallar madera, o tocar al menos un instrumento, pero, además, la danza es una asignatura obligatoria. Tanto los niños como las niñas saben mover sus cuerpos y, sobre todo, sus brazos y sus manos de esa forma tan especial que habéis podido apreciar durante la representación.

»Son ritos tradicionales o, más bien, danzas rituales, que permanecen inmutables a través de los siglos, y cada movimiento tiene un significado preciso; eso aporta a sus menudos y flexibles cuerpos la gracia y elegancia que ya habéis advertido. Son como figuras de porcelana.

—La verdad es que se mueven con una delicadeza que asombra —dije convencida.

—Ninguno de los que nos atienden es solo un camarero o camarera, seguro que practica algún arte, además de saber de danza —continuó Gerardo.

»El arte está en su propia naturaleza, forma parte de su ADN, y si tuviera que definir con una sola palabra Bali entendida en su conjunto de personas y hábitat, la palabra sería: armonía. La veréis en todos los ámbitos.

Después de comer, nos dejamos seducir por las amplias camas, de cortinas y techado transparente, que filtraban los rayos ultravioleta. estaban instaladas en torno a una piscina de enormes dimensiones y al lado del mar.

Pasamos la tarde bañándonos en las distintas aguas que nos rodeaban. Victoria, en mi compañía, luchó con las olas que iban a morir con suavidad en la orilla, e hizo infinidad de visitas al bar semisumergido en medio de la piscina y rodeado de banquetas.

Creo que sentada en una de ellas llegó a probar todas las clases de zumos naturales que aquel bar ofrecía,

Durante la cena vimos danzas balinesas, que tenían muy merecido el calificativo de bellas. Ellos y ellas danzaban acompañados de un gamelán, con los instrumentos propios del lugar, que ya habíamos conocido aquella mañana.

Se confirmó lo que Gerardo nos había contado, al reconocer en una de las bailarinas a la joven que tan primorosamente nos había atendido durante la comida.

Al terminar el espectáculo, Victoria llamó su atención con un entusiasta ¡hola!, como si fuera su mejor amiga, y ella se acercó sin perder en ningún momento la sonrisa. Saludó a todos con sus manos unidas y una ligera inclinación de cabeza.

—¡Hola! —repitió Victoria—, ¡me ha gustado mucho, qué bien sabes bailar!

—¿Te ha gustado? —respondió la danzarina en un español bastante aceptable.

—¡Hablas nuestro idioma! —mostré mi sorpresa; pero vi que todos estaban tan gratamente sorprendidos como yo.

—Sí, somos muchos los que hemos elegido como tercer idioma el español. —Su voz sonaba dulce y melodiosa.

—¿Cómo te llamas? —se interesó Victoria.

—Mi nombre es Bakar.

—¡Qué bonito!

—Pero ¿cómo hacéis para trabajar, bailar, tan primorosamente como hemos visto y, además, aprender idiomas? —Esta vez fue Ana la que puso voz a nuestra sorpresa.

—Sí. Ahora el inglés es nuestro segundo idioma obligatorio, el tercero lo elegimos de forma individual y conseguimos tiempo gracias a que nos turnamos. Hoy a mí me ha correspondido atender a la comida y bailar a la cena, mañana solo bailaré y pasado solo atenderé a la cena, al día siguiente descansaré todo el día y vuelta a empezar, pero, en los tiempos de descanso en el trabajo, practico la danza, un idioma y pinto. También en estas actividades nos turnamos para que unas mismas instalaciones nos sirvan a todos.

Con gusto hubiéramos seguido hablando con ella mucho más, pero la danzarina debía regresar para cambiarse de ropa y volver a su casa, no podían prolongar más la conversación.

—Y vosotras, ¿no estáis cansadas? —preguntó Gerardo

Al conjuro de la pregunta todos fuimos conscientes de que lo estábamos. Había sido aquel un día de holganza muy activo; además, habíamos madrugado.

Decidimos solucionarlo volviendo a nuestros bungalós.

Estos estaban estratégicamente diseminados por los inmensos jardines que poseía el hotel a lo largo de la playa, de forma que podía respetarse la privacidad de cada cliente. Estaban unidos dos a dos, compartiendo una misma terraza-porche y un mismo jardín privado, dentro del jardín común.

La entrada a los recintos privados se producía a partir del jardín principal, que se bifurcaba en dos caminitos enlosados, con direcciones opuestas.

Cada uno de ellos avanzaba de forma sinuosa por entre las distintas plantas, hasta desembocar en los costados del edificio, donde se hallaba la puerta de entrada, lo que permitía recorrer la corta distancia sin pisar el césped.

En la parte que podía considerarse trasera, disponíamos de sendos yacuis que, al verlos, provocaron palmadas de alegría por parte de Victoria cuando entramos en ellos aquella misma mañana.

Nos despedimos al abandonar el jardín principal, desviándonos cada uno hacia nuestro costado.

Noche del 24 de febrero

Victoria no advertía lo muy cansada que estaba. Le dominaba la euforia por las situaciones de las que había disfrutado a lo largo de aquel día, se encontraba alterada por tantas emociones, y pensaba lo mucho que le hubiera gustado que Michel se encontrara allí también; seguro que poder compartir todas esas cosas con él hubiera sido mejor aún. Lentamente se fue relajando.

Cuando el sueño empezaba a rendirla, creyó escuchar un siseo que provenía del jardín; parecía como si alguien estuviera hablando junto a su ventana. Tuvo que hacer un esfuerzo para

tomar impulso, incorporarse en la cama y poner los pies en el suelo. El ejercicio en esos momentos de agotamiento precisaba de empeño y coraje, pero a ella, que era inquieta y puro nervio, le podía la curiosidad.

Con los pies descalzos, Victoria se acercó al ventanal próximo a la cabecera de su cama; de allí parecían provenir los cuchicheos. Junto a su ventana no había nadie. La luz escondida entre las plantas iluminaba unas piernas bastante cercanas, teniendo en cuenta que aquel era su jardín privado. Los cuerpos quedaban desdibujados entre las plantas en la penumbra de aquella noche sin luna.

Permaneció unos segundos tratando de ver, más bien adivinar, sus rostros; no advertía pantalones ni faldas. Pensó que parecían de hombre. Pero ¿quiénes se habían parado en su jardín para hablar?

Sin detenerse a calcular las consecuencias, decidió asomarse a la puerta del bungaló, desde donde podría verlos sin que la viesan. Calzó las lindas zapatillas que, a juego con el pijama y la bata, su madre le había comprado para este viaje. Dudó si ponerse también aquella bata, pero al fin la desechó pensando en el calor que había pasado ese día, cuando no se encontraba dentro del agua. Arrastrando los pies ya calzados, y tratando de no hacer ruido, salió de su habitación al saloncito que, en su extremo final, se comunicaba con el exterior por medio de un pequeñísimo vestíbulo.

Lo hizo sin tropezar con nada, a pesar de la oscuridad, levemente aplacada por la tenue luz que lograba atravesar las contraventanas del saloncito que daban al jardín. Una vez en el espacio que servía de vestíbulo abrió con cuidado la puerta. Desde allí tampoco conseguía ver nada. Salió con precaución, pegada a la pared hasta la esquina del bungaló. Seguía viendo piernas, pero no pudo apreciar las caras. Trató de enterarse de lo que hablaban. Escuchó decir algo de elefantes y colmillos. Parecía que se estaban despidiendo, seguramente estaban quedando para ver algún espectáculo de elefantes, pensó Victoria. Al cambiar los desconocidos de postura para iniciar la retirada, pudo ver una de las caras. Le tranquilizó reconocer a Gerardo en una de aquellas personas de las que, hasta ese momento, solo veía sus piernas. Estaría preparando otra sorpresa para mañana, se entusiasmó. Pero cuando se disponía a volver a su habitación... vio la otra cara...

Victoria ya la había visto en otra ocasión.

Era inconfundible: más alto de lo normal y de gran envergadura, con una barba demasiado pequeña para sus proporciones —Victoria la catalogó «de chivo»—, y coronado por una calva brillante y redonda. Quedó inmóvil por la sorpresa. Era el mismo hombre que las estaba mirando el primer día que llegaron a Singapur. Estaba en el restaurante que daba vueltas. Aquel hombre de rostro huraño ya le había causado mala impresión al ver cómo las miraba desde otra mesa mientras comían, ¡pero no los había saludado! Verlo ahora junto a Gerardo en Bali la había dejado paralizada; era como el presagio de que algo malo les iba a ocurrir. Se asustó más al ver que Gerardo se encaminaba a sus habitaciones y el desconocido se disponía a hacerlo en sentido contrario, es decir, hacia ella. El miedo le impidió reaccionar a tiempo y entrar en su bungaló antes de que la viese. Sería mejor no moverse, no llamar su atención. Él pasaría de largo.

Pero no pasó..., la vio.

—¿Qué haces ahí, mocosa? —oyó la profunda voz del desconocido, sorprendido y enfadado, que utilizaba un tono bajo para que nadie más que ella lo escuchara, lo que la hacía parecer más tenebrosa. Y se acercaba amenazador—. ¿Desde cuándo nos vigilas? ¡Yo te voy a

enseñar para que no andes espiando a la gente!

La cabecita de Victoria ahora trabajaba rápido. Pero dudaba: chillar o echar a correr. Ella correría más que él, seguro, siempre había destacado en el colegio cuando hacían carreras. Correría, lo burlaría y volvería a su cama como si no hubiera ocurrido nada.

El conocido desconocido ya estiraba sus brazos amenazantes para cogerla. Ella se escabulló de entre sus manos. Corrió y corrió sin mirar atrás escuchando esa voz amortiguada pero que pregonaba su enfado. ¿Dónde se podría esconder? Tal vez entre las plantas podría pasar desapercibida, pero la iluminación del jardín no parecía adecuada para un buen escondite. Dos o tres veces sintió, asustada, que una mano quería retenerla, pero ella seguía corriendo sin que nada la detuviera. La planta se soltaba quedándose a veces con un pequeño jirón de su ropa. Algunas ramas la golpeaban sin fuerza, lo que añadía mayor espanto a su necesidad de escapar. Escuchó a su izquierda el suave arrullo que identificó con las olas. Había ido dejando a un lado la iluminación que podía delatarla hasta llegar a la playa. Notó que sus lindas zapatillas se estaban mojando, enseguida fueron los pies al completo, sentía el alegre saludo de las olas que acariciaban sus pies ajenos a su angustia. No se escuchaba ya la voz de su perseguidor, pero eso no quería decir que no estuviera cerca. De pronto, tropezó con algo que la hizo trastabillar, aunque no llegó a caerse, había tropezado, con un bulto.

Estaba en aquella inmensa playa que había visto durante el día y se asustó por lo inesperado, creyó por un instante que se había topado con su perseguidor. La tranquilizó comprobar que el bulto no era humano. Se trataba de una de esas canoas de madera típicas entre los pescadores indonesios; no lo meditó, se tiró en zambullida dentro de la *jukung*, se cubrió con la tela que había movido con su peso y se acurrucó entre bultos, pegada a la madera del barco. El golpeteo de su corazón llenaba todo el espacio, temió que ese ruido la delatara, pero debió de arrullarla, le sirvió de nana junto con el suave chapoteo de las olas. El sueño y el cansancio acabaron por rendirla.

Se mecía en una hamaca que pendía de dos altísimas palmeras. Un hombre de rostro terrible se estaba acercando y acrecentaba su tamaño a medida que se aproximaba. Estiró sus enormes brazos. Trató de cogerla. Ella quería huir. Imposible moverse. Ninguno de sus músculos respondía. Al fin, la hamaca se movió hasta dar la vuelta y ella cayó al suelo. Se despertó con un sobresalto.

Había dormido con la cabeza tapada, trató de descubrirse, pero lo que fuera que tuviese encima apenas se movía. Lo que tenía sobre su cabeza no parecía el edredón, ni una sábana... De pronto recordó. Estaba en una *jukung* en la playa. La canoa se mecía. Seguro que había subido la marea y las olas eran las que al golpear la barca la obligaban a balancearse. ¿Cuánto tiempo hacía que se había quedado dormida? Posiblemente todavía estuviese por allí el hombre que la estaba siguiendo. Permaneció lo más quieta que pudo. Parecía que fuera había algo de luz; tendría que asomarse con cuidado para no ser vista. Sacó su manita al exterior para recoger un poco aquella tela que la cubría. Infinidad de gotas de agua mojaron su mano, incluso su brazo. Impresionada, lo metió rápidamente bajo la fuerte tela. Luego, consciente de que se trataba del chapoteo de las olas, volvió a abrir con menos cuidado y menos miedo. Solo vio mar. Solo mar.

Tenía brillos o destellos hermosos. Tímidos rayos de sol casi la cegaban al estrellarse contra la pequeña parte del océano que alcanzaba su vista. ¡Ya no era de noche! Preocupada por haberla pasado fuera de su habitación, fue haciendo el hueco más grande hasta que el espacio le permitió sacar por completo la cabeza. Lo que vio la dejó pasmada.

Un hombre estaba sentado en un extremo de la canoa, y todo su entorno era agua. Solo agua.

Empezó a comprender que se había quedado dormida en la barca donde se escondió y su perseguidor la había encontrado. Sintió miedo. ¿Qué pensaba hacer con ella? El ruido de fondo, a pesar del cual había seguido durmiendo y con el que se acababa de despertar, se correspondía con el motor de aquella canoa mezclado con el ruido del agua al ser desplazada de su espacio natural. Descubrió un poco más la tela y pudo apreciar que, junto a ella, y a su alrededor, había sacos, cestos, paquetes...

¿Dónde estaban? ¿A dónde la llevaba su perseguidor?... No, aquella persona no era el que por la noche la perseguía. Este parecía alto pero era delgado. Llevaba un sombrero de sol bastante deteriorado, pero no era necesario que se lo quitase para saber que ni era calvo, ni era el que la perseguía. Ahora era ya de día y alguien que desconocía que ella estaba escondida se estaba dirigiendo a algún sitio que la alejaba de su madre. ¿Qué debía hacer? ¿Llamar su atención para que la devolviese a su casa o sería mejor permanecer callada hasta que parase? La primera opción, sin duda, era la mejor; cuanto antes se hiciera notar, antes darían la vuelta para volver a la playa. ¿Y si la tiraba al mar para no tener que preocuparse en dar la vuelta por su culpa?

Antes de que pudiera tomar una decisión, observó que no muy lejos se veían palmeras y pájaros de colores y largos picos revoloteando. Respiró aliviada. Tal vez se había preocupado sin necesidad. Aquel hombre había salido a navegar y ahora regresaba a la playa. Volvió a respirar un poco más tranquila y decidió esperar pacientemente hasta llegar a la orilla. Allí ya no le importaba mucho lo que le pudiera decir aquel hombre, aunque se enfadase, ella correría hacia su bungalow y su madre la defendería, seguro que ya estaba despierta... y preocupada. ¿Qué hora sería? «Ojalá que todavía no se haya despertado», pensó al ser consciente del susto que se llevaría al ver su cama vacía y comprobar que no estaba en ningún sitio.

La *jukung* ya estaba parada, pero aquello no parecía una playa, había unas tablas sobre unos troncos que surgían del mar, el hombre la ataba a uno de los troncos y al volverse para ir a destapar la canoa, el marino descubrió desconcertado aquella cabecita asomando entre el toldo que guarecía las provisiones que trasladaba. Su sorpresa le impidió reaccionar con rapidez. Ella fue saliendo muy despacio de su escondite y con miedo a lo que pudiera hacer o decir aquel marino.

LA ANCIANA

Indonesia, 25 de febrero

Cuando el marino reaccionó, empezó a hablar de una forma extraña para Victoria: gritaba algo incomprensible, no sabía si estaba asustado o muy enfadado, tampoco conseguía entender lo que le estaba diciendo.

Victoria, confusa porque aquel lugar no era la playa en la que esperaba que la *yukung* le dejara, y asustada por los incomprensibles gritos de su dueño, fue saliendo muy despacio de su escondite, con miedo a lo que le pudiera hacer aquel marino. Trató de hacerse entender y elevó un poco la voz para justificar su inesperada presencia.

—Me llamo Victoria, me escondí anoche aquí, un hombre me perseguía, ¿puedes llamar a mi mamá? —trató de hacerse entender, y repitió lo que había dicho, subiendo la voz todo lo que le permitían su preocupación y, sobre todo, su miedo.

Aquel hombre sorprendido, que tampoco había entendido nada, la tomó del brazo sin ningún miramiento y la arrastró hasta el lugar donde el barco se unía a las tablas que hacían de embarcadero. Saltó él primero y, al tirar de ella sin miramientos, hizo que la niña también saltara. Ella no tuvo otra opción que dejarse arrastrar, cada vez más asustada.

El aspecto que ofrecía Victoria al salir de su escondite era realmente lastimoso. El lindo e impoluto pijama que había estrenado para ir a dormir estaba sucio y algo rasgado; durante su carrera nocturna habría sufrido rasguños al engancharse con algunas plantas. Sus zapatillas todavía tenían restos de arena y algas. El pelo, enmarañado y con restos de algo procedente, sin duda, de la lona que la había cubierto durante la noche; en su cara, cuyos ojos permanecían desmesuradamente abiertos, se advertía, además del estupor, cansancio, miedo...

Una mujer menudita con apariencia de anciana, debido a sus muchas arrugas y acartonado rostro, acudió a los gritos y cruzó con el visitante unas cuantas frases que Victoria tampoco comprendió. Vestía una camiseta azul de manga corta, ajustada, que dejaba adivinar cada uno de sus huesos, y una falda larga del mismo estilo que las bailarinas que había visto el día anterior. Intentó hablar con ella, pero no se entendían. Victoria trató de decir alguna cosa en inglés, pero ellos seguían contestando en una jerga incomprensible. Por lo visto ellos no habían estudiado español como la danzarina, pero tampoco inglés.

La anciana, mientras hablaba, señalaba a la niña con cara compasiva. Unas cuantas frases entre los desconocidos parecieron ir devolviendo la calma a quien la había llevado hasta allí. Entonces él trató de hacerse entender por el idioma universal de los gestos. Pero la niña, nerviosa, seguía sin entender nada. El barquero optó por volver a la canoa para entregar parte de la mercancía que le había traído desde Bali a la anciana.

Sacó del barco dos cestos y un saco, que la mujer agarró para trasladarlo a otro sitio. A pesar de su aspecto de anciana escuálida, demostró tener energía y fuerza suficiente para mover aquellos bultos sin más esfuerzo que el realizado por el hombre que los había transportado. El barquero, mirando a Victoria, señaló los bultos que había descargado y se llevó las manos al pecho, hizo el gesto varias veces; después, señaló el resto de los bultos e hizo otro gesto como si le quisiera mostrar el mar. Victoria interpretó que, al igual que había llevado esos bultos a la anciana que estaba a su lado, tenía que llevar los otros a otros sitios para otras personas.

Entonces, movió afirmativamente su cabecita diciendo: «De acuerdo, te entiendo», e hizo mención de ir a montarse de nuevo en la barca para acompañarlo en su reparto antes de volver a Bali. Pero la persona que la había llevado hasta allí se lo impidió. Sintió que sus manos fuertes la sujetaban por los hombros y la obligaban a darse la vuelta. Vio que le señalaba a la anciana. Pero ella no se movió. Él la fue empujando poco a poco, hasta dejarla junto a la persona que habitaba en aquella isla, que la tomó suavemente de una mano tratando de que la siguiera, aunque tenía que darle algún tironcito para conseguirlo. Quería mostrarle orgullosa su cabaña de bambú, rodeada de frondosos árboles.

Volvió a tironear de su mano con mimo para separarla del embarcadero. Victoria se resistió de nuevo. Con un giro rápido e inesperado para la anciana, dio la vuelta para intentar saltar a la barca, pero ya no era posible, la había desatado y separado de las tablas sobre las que habían desembarcado, y giraba a punto de continuar su rumbo. Ella comenzó a gritar diciendo: «¡Bali!, ¡Bali!». De nuevo, los gestos de él con la mano, como si quisiera parar algo invisible, parecían pedirle que lo esperase.

Victoria interpretó que pensaba volver en cuanto entregase lo que llevaba en el barco, pero no podía estar segura de haberlo entendido bien. Y aunque así fuera, tampoco podía saber si de verdad pensaba volver a recogerla, ni si lo haría enseguida o tendría que esperar más tiempo del necesario para que su madre no tuviera que preocuparse por su ausencia. Ella intentó pedirle con palabras y gestos que volviera pronto para que la dejara en el mismo lugar donde estaba su barca aquella noche. Pero no sabía qué más hacer para que la entendiera, la impotencia al comprobar la falta de resultados de su intento hizo que comenzara a llorar de forma desconsolada, porque ¿de verdad que se iba a molestar en volver a por ella, o la pensaba dejar para siempre con aquella anciana, tan apegaminada como las momias que había contemplado no hacía mucho en un museo, y totalmente desconocida para ella?

La anciana la tomó de nuevo por los brazos, mientras el hombre, con el motor ya en marcha, comenzaba a navegar sin volver la vista atrás ni una sola vez. Pero Victoria no se movió mientras pudo seguir con la mirada a la canoa, intentando no perderla de vista.

Cuando se fundió con el horizonte, la mujer volvió a empujarla pasando el brazo por su espalda, después tiró de su mano para que avanzara hacia la cabaña, al fin, ella se dejó llevar sin parar de derramar lágrimas, que también le dejaban sabor a mar al cruzar apresuradas por sus labios. Estaban en una amplia explanada que permitía ver de frente un camino. A la izquierda, una cabaña hecha con cañas de bambú, y escoltada de frondosos árboles con frutos: plátanos, aguacates...; a la derecha, un grupo de palmeras con hermosos racimos de dátiles, varios cocoteros con sus esferas verdes, y más plátanos.

Esto último sería lo primero que divisaría desde la cabaña. Era fácil suponer que detrás de aquellos guardianes silentes se encontraba de nuevo el océano, aunque ellos, celosos de su intimidad, no permitieran verlo.

La anciana le mostró una silla al lado de la puerta, haciendo gestos para que se sentara, luego sacó del interior un cuenco de madera con trozos de algo que Victoria no intentó saber qué era. La anciana le acercó el cuenco a la cara, sin duda esperando que su olor y su vista le hiciesen interesarse por comer. Olía a mar o a pescado, pero la niña lo rechazó sin mirarlo. Retiró el cuenco de su lado, dejando a la anciana un poco sorprendida —seguro que para ella aquello era un manjar—, pero también debió de entender la tristeza de Victoria y su falta de apetito por esa misma causa.

Volvió a entrar en la cabaña y salió sonriente mostrando una piña pequeña que ofreció a la niña y que ella volvió a rechazar una y otra vez. Pasó de nuevo al interior. Cuando regresó junto a Victoria, llevaba la piña partida en cuatro pedazos dentro de un cestillo de junco trenzado de forma muy rudimentaria. La piña desprendía un profundo olor que la invadió antes de que el cestillo descansara en una rústica mesa.

La anciana empezó a comer uno de los trozos, animando a Victoria para que la imitase. Las pequeñas piñas le recordaron el feliz día que llegaron a Singapur, lo que acrecentó su tristeza y su llanto.

Con gran paciencia, la anciana esperó a que se calmara, sin hacer otra cosa que mirarla con una sonrisa. Al fin, la mirada de Victoria se posó en las ramas de un árbol, donde unos coloridos pájaros de pico largo y curvado, muy parecidos a los tucanes que ya conocía, junto a unos periquitos y otros pequeños pájaros, ajenos al drama de la niña, parecían felices y emitían sus alegres gorjeos y trinos. Entre hipos, tomó un trozo de piña, que encontró muy dulce y sabrosa; se dio cuenta de que tenía hambre y además estaba muy buena, así que acabó comiendo los otros dos trozos, ante la mirada satisfecha de la anciana, que, animada al verla comer, no solo sacó más piñas, también se acercó al plátano y cortó unos cuantos de aquel mazo. Los plátanos eran igualmente pequeños, pero Victoria pudo comprobar que eran sabrosos y estaban en su punto, como a ella le gustaban: duros pero dulces. Alternó las frutas con auténtico apetito y placer.

Cuando terminó de comerlas, la anciana la tomó de nuevo de una mano para que se levantara y la siguiera; con la otra mano tomó un balde de plástico. Victoria la siguió sin resistirse, qué más daba, mientras esperaba la vuelta del hombre al que dio en llamar *marino*, le seguiría la corriente a aquella amable anciana. Ella no tenía culpa de nada, y si lo pensaba bien, el *marino*, tampoco.

Caminó resignada junto a su anfitriona, a través de un sendero de ligera cuesta arriba; el suelo era de tierra y hierba muy aplastada. Ligeras ramitas y trozos de hojas secas crujían bajo sus pies, estaba delimitado por la densidad de distintas plantas y arbustos desconocidos para ella, hasta ese momento.

Victoria no percibía la fragancia del aire ni la belleza del camino que estaban recorriendo. Solo miraba a su derecha para vigilar cualquier movimiento en el mar que se divisaba a través del ramaje que lo bordeaba. Pararon para recoger unas piñas salvajes que crecían cerca, en una orilla del sendero, y continuaron caminando. Victoria comenzó a escuchar un ruido que aumentaba a medida que avanzaban. El ruido la obligó a dirigir la vista hacia la izquierda, que era de donde procedía. Descubrió una cascada que deslumbraba al chocar contra unas rocas graníticas, a las que el sol robaba destellos que se descomponía en variados colores.

El agua se deslizaba y zigzagueaba después de forma casi imperceptible, hasta un remanso de amplias proporciones y aguas cristalinas. Allí se desbordaban escapando entre murmullos, para corretear cantarinas entre las plantas formando un cauce; en su lecho podían apreciarse pequeñas piedras pulidas y brillantes. Un poco más adelante, unas terrazas a distintas alturas recibían también las aguas dulces, que habían escapado antes de llegar a la cascada, evitando el precipicio al que parecían destinadas. La caída del agua de unas a otras terrazas, a distintas alturas, resultaba tan espectacular como la propia cascada de la que habían huido. Victoria, a pesar de su angustia, sintió al fin la fragancia que flotaba en el ambiente y supo apreciar la belleza del lugar.

—*Beras* —dijo la anciana señalando las terrazas donde crecía el arroz—. ¿*Saya mau*

makan nasi goren?

Victoria no respondió. No solo porque no entendió que la anciana le decía que aquello era arroz y después le preguntaba si le gustaba el arroz frito, sino porque ya había desistido de comprender lo que ella o el marino le pudieran decir.

Dentro del cubo que portaba la anciana había un tazón de madera, lo llenó en aquel remanso para ofrecérselo a Victoria, que lo bebió con fruición; estaba fresquísima y le supo a poco, ella misma se agachó para llenar de nuevo el tazón y beberlo, esta vez con más calma, ante la abierta sonrisa de la anciana, que exhibió una dentadura blanca y sana. Enseguida le mostró el cubo y le hizo señas para que con el tazón, que todavía estaba en su mano, fuera llenándolo.

Para Victoria fue como un entretenimiento que la distrajo de su desconsuelo. La belleza y placidez del lugar debieron de producir también algún efecto en su ánimo, Victoria empezó a relajar la angustia que sentía.

Cuando lo llenaron, la anciana cogió una especie de hoja larga y dura, con los bordes dentados y muy afilados, puso una de las piñas sobre la piedra lisa que sacó del agua y con aquella hoja la cortó sin ningún esfuerzo. Se la ofreció a Victoria y de nuevo en otra piedra hizo lo mismo con otra de las piñas que habían recogido en el camino. Las saborearon sin prisas.

Al terminar, la anciana se puso en pie y Victoria la imitó, entonces, señalando el cubo, tomó la mano de la niña y se la acercó hasta el asa. Ella entendió el mensaje, estaba casi lleno de agua y lo cogió dispuesta a cargar con él todo el camino; pero comprobó que pesaba más de lo que había calculado, casi no lo podía mover, aunque se afanaba por hacerlo. Dejó que el cubo permaneciera en el suelo.

La mujer fue consciente de la escasa fuerza de la niña, cogió su mano y la volvió a apoyar en el asa, esta vez al lado de la suya, y así la llevaron entre las dos hasta la cabaña.

Aun con ayuda, para Victoria fue un gran esfuerzo acompasar su paso al de su compañera, amén del peso al que no estaba acostumbrada. Se sentó cansada al llegar a la cabaña.

Olía a mar y a fruta en su sazón. La vista desde allí era idílica. Enmarcado en frondosas hojas de los plátanos, se veía un inmenso mar azul con transparencia y efectos de lupa. Tenía calor y sintió deseos de sumergirse entre aquellas cristalinas aguas, pero nunca lo hacía sin que su mamá estuviera presente; este pensamiento la entristeció de nuevo y algunas lágrimas voluntariosas escaparon de sus lindos ojos canela.

Pasadas unas horas, la anciana sacó unos paquetes del cesto que el marino le había traído, entró en la cabaña y, al cabo de un corto espacio de tiempo, salió con otro rústico cestillo que contenía lo que Victoria conocía como pan de gambas; alguna vez lo había comido en un restaurante chino de Madrid. No necesitó que la animase, le encantaba. Sacó también dos cuencos de arroz frito, *nasi goren* —volvió a decir la anciana—, y una salsa que, aunque en un principio no se atrevió a comer, el olor que emanaba la animó a probarla.

Los pequeños plátanos sirvieron otra vez de postre. Al terminar, la anciana volvió a tomarla del brazo. En esta ocasión Victoria se dejó conducir por ella, que le mostró un jergón cubierto con una tela gruesa de algodón: unió las manos y apoyó en ellas la mejilla. Victoria dijo que no, que ella esperaba despierta a que llegase el *marino*, que su madre estaría muy asustada buscándola por la isla, pero no acompañó a sus palabras ningún gesto que la dulce anciana pudiera interpretar. Esta, después de acariciar con ternura su cabecita, dejó a la niña junto al jergón y fue a acostarse en otro lecho semejante al que le había mostrado.

Victoria salió de la cabaña para sentarse en la puerta a esperar la llegada del *marino*; crecían su angustia y sus dudas. Vio oscurecer el día, la atmósfera se había vuelto más fría y

húmeda, apenas había apreciado el cambio del sonido de la selva. La anciana roncaba en el interior sin demasiado estrépito. De pronto, fue consciente, y los ruidos de la noche, cuya procedencia desconocía, la asustaron un poco más y sintió la necesidad de refugiarse en un espacio más protegido, por lo que entró en la cabaña resignada, sin olvidar al *marino*. Esa noche ya no pasaría a recogerla. Al final se tumbó en aquel jergón que no era tan cómodo como su cama pero resultaba mucho más confortable que la silla.

Las fragancias del exterior se mezclaban con los olores del interior: especias y aceites que utilizaba la anciana para las comidas, la mezcla en su conjunto no resultaba desagradable, pero tampoco los asociaba con olores familiares. Lloró bajito hasta que el sueño la venció entre hipoes.

Isla de la anciana, 26 de febrero.

Despertó con el trajín de su anfitriona preparando el desayuno. En esta ocasión no tuvo duda de dónde se encontraba. Saltó de su jergón y corrió al embarcadero con miedo a que el *marino* pudiera estar esperándola y se empezara a cansar. No, no estaba. Nadie surcaba aquellas aguas en todo el espacio que abarcaba su vista.

Convencida de que no tardaría en verlo llegar, se sentó al borde del embarcadero, dejó colgando las piernas y sintió el gratificante golpeteo del agua en los pies, todavía calzados con aquellas otrora lindas y delicadas zapatillas, que su madre le había comprado para usar en los hoteles.

La agradable sensación de frescor y aquella preciosa vista mitigó en parte su zozobra, le reconfortó pensar que si su mamá estuviera allí con ella, aquel lugar le parecería un paraíso y que no tardaría en regresar a su casa y le podría contar aquella aventura que estaba viviendo.

La anciana se acercó con una tabla ovalada en la que portaba dos cuencos, conteniendo té y leche de coco y un dulce desconocido, que colocó sobre las tablas de aquel arcaico embarcadero; Victoria lo tomó agradecida, sin perder de vista el horizonte por donde el día anterior había visto desaparecer la barca con el *marino*.

El sol caía cada vez más perpendicular, lo que la obligó a moverse buscando la sombra protectora de una palmera, pero siempre mirando en la misma dirección. Cuando terminó de tomar todo lo que la mujer le había ofrecido, esta recogió la bandeja y los cuencos. La vio ir hacia un costado, donde desapareció entre unas plantas de plátano.

Tras unos minutos esperando verla aparecer de nuevo, se levantó intrigada y fue al cercano lugar donde se había internado hasta ocultarse a su vista.

La impenetrabilidad aparente de aquellas plantas no le impidió verla en la misma orilla del mar. Había unas cuantas escaleras hechas con gruesos tubos de bambú cortados por la mitad. Allí estaba ella lavando los tazones que Victoria había utilizado para desayunar. A su lado había un balde que se parecía al que el día anterior habían portado con agua del remanso. Los aclaró en esa agua transparente; seguramente trataba de eliminar los restos de sal que debían de haber quedado de su paso por el agua de mar.

Descendió por las escaleras de bambú y admiró la densidad de las plantas tan cerca del agua; volvió al embarcadero, desde el que pensaba seguir oteando el horizonte hasta que apareciese el *marino*.

La anciana se acercó a ella, apoyó su huesuda mano en el hombro de la niña y le hizo unas señas, le mostraba el océano, luego a ella y de nuevo el mar. Victoria no dio muestras de

comprender nada, esto hizo que la anciana moviera la cabeza con aire contrariado. Después se soltó esa especie de pañuelo que llevaba atado a la cintura, haciendo las veces de falda, como las danzarinas que había visto en Bali. Sus piernas, flacas pero musculosas, quedaron al aire, se correspondían con el resto de su cuerpo.

Sin recogerlo del suelo ni quitarse la camiseta de manga corta, se tiró al agua. Victoria creyó entender entonces que había intentado que ella la acompañara, la invitaba a bañarse en aquellas aguas tranquilas, y realmente le apetecía muchísimo; no parecía que fueran muy profundas, podía ver con claridad el fondo de arena con alguna piedra oscura y algunas plantas que parecían largas hierbas, pero no se atrevía.

La anciana repitió el salto después de volver a hacerle señas para que la siguiera. Victoria en esta ocasión realizó el movimiento negativo de cabeza, aunque deseaba seguirla cada vez más. De nuevo la anciana subió al embarcadero, y en esta ocasión se tiró al agua como la más consumada campeona de natación.

Este salto sorprendió doblemente a Victoria. Primero, porque le pareció imposible que una anciana fuera capaz de hacerlo así; le recordaba a las jóvenes que se preparaban en su colegio para competir, seguro que más de una desearía poder zambullirse con tanto estilo; y segundo, porque consideraba peligrosa semejante zambullida teniendo en cuenta la escasa profundidad que había en esa parte del océano.

Pasaba el tiempo y la anciana no salía. A pesar de la transparencia del agua, ella no la veía. Podía distinguir con claridad los peces de distintos colores, que se movían incansables, de acá para allá, sin rumbo, como si cambiaran continuamente de criterio en la dirección a seguir, o como si no encontraran el camino que buscaban, pero a la anciana no alcanzaba a verla por ningún sitio.

Victoria empezó a temer que se hubiera dado un golpe con alguna de aquellas piedras o que se hubiera ahogado. Los minutos le parecieron eternidades. Una sensación de congoja y desolación se apoderó de ella, hasta que, al fin, la vio emerger distante del lugar donde se había tirado y ella la esperaba a punto de desmoronarse.

La anciana nadó hasta alcanzar el embarcadero. La vio salir llevando en una bolsa, tipo red, atada a su cintura, que hasta ese momento había pasado desapercibida para ella, unas conchas de gran tamaño que Victoria nunca antes había visto; en la mano llevaba una langosta.

¡Había estado sumergida buceando durante tanto tiempo! Victoria con una respiración profunda, se planteó qué sería de ella si le pasaba algo a la anciana y el *marino* no aparecía enseguida.

La excelente nadadora, después de poner a buen recaudo los productos capturados, repitió la invitación a bucear con ella. En esta ocasión, Victoria la aceptó. Con sorpresa pudo apreciar que la transparencia del agua le había engañado en cuanto a su profundidad.

Nadó junto a ella sin miedo, como cuando lo hacía junto a su mamá, tenía la tranquilidad de estar protegida por alguien que conocía muy bien aquel espacio líquido tan sugestivo y profundo.

La anciana nadadora la dirigió hacia una zona de espectacular belleza. Peces de diversas formas, con atractivos y variados colores, pasaban a su lado sin asustarse y ella por primera vez disfrutó de aquel baño sin pensar en otra cosa que no fuese descubrir la cantidad de colores y formas extrañas que la rodeaban.

Cuando la nadadora dio por terminado el tiempo de baño, la tomó de una mano para dirigirla por el agua hacia otro lugar cerca de donde estaban las escaleras de bambú, a unos

metros de ese lugar que su anfitriona utilizaba como fregadero para limpiar los utensilios de cocina y los recipientes que usaba a modo de vajilla.

Descubrió que se trataba de una pared rocosa, un acantilado, pero ella le mostraba una parte donde las rocas también tenían forma de escaleras que terminaban en un pequeño espacio con arena blanquísima.

Una pequeña playa entre rocas con el fondo de plátanos. Sus grandes hojas la separaban del particular fregadero y eso le había impedido divisar aquella recoleta zona.

Victoria se tumbó en la arena, a la sombra de los plátanos y bananos, permitiendo que la brisa acariciase su rostro y secase la única ropa de que disponía, su pijama y sus zapatillas, de las que no se había desprendido en ningún momento.

La anciana se internó entre la espesura del follaje para dejarla descansar un buen rato. Cuando volvió, le mostró un balde vacío y le hizo señas para que fuera a llenarlo. La cara de susto de Victoria debió de moverla a compasión, porque ella cogió otro balde y tiró de su mano para ir juntas al mismo lugar que el pasado día.

La niña aceptó, con miedo a que mientras se iban del embarcadero llegase el *marino* y no lo vieran, pero aquella mujer era insistente y la empujaba, aunque sin mostrar mucha fuerza.

Esta vez cada una portaba un balde. La anciana le dio el tazón indicándole el nivel del agua que debía alcanzar y que era menor que el del día anterior. Dedujo que se trataba de que pudiera transportarlo con facilidad. Así lo hizo. Con una sonrisa la mujer mostró su complacencia. Victoria pudo disfrutar de nuevo de aquel paradisiaco lugar.

Pero en todo paraíso...

Al volver a la cabaña, en un punto del camino, la anciana la obligó a parar tan bruscamente que casi tiró el agua del caldero.

A Victoria le costó comprender el motivo por el que había estirado su brazo frente a ella, como si fuera una barrera, impidiéndole avanzar. Después, al mirarla sorprendida por la rudeza con la que le había obstaculizado seguir su camino, vio que tenía puesto un dedo en los labios, indicándole silencio, y con la otra mano apuntaba a un lugar próximo donde se advertían unos movimientos sinuosos.

Le mostraba una serpiente negra y amarilla que, muy despacio, se descolgaba de uno de los árboles del camino y reptando salía de la maleza y cruzaba el sendero por el que ellas pretendían avanzar.

Permanecieron muy quietas hasta que el reptil terminó de cruzar el camino y desapareció de su vista entre los arbustos.

Victoria no era miedosa, y en la casa de una amiga incluso había tocado a una serpiente, pero le impresionó ver cruzar junto a ella aquel reptil de dimensiones considerables, aunque desconocía si era o no venenosa.

En cuanto desapareció de su vista la anciana volvió a hacer señas para que continuara caminando.

Victoria pensó que le gustaría saber si era peligrosa o inofensiva; si allí había muchas serpientes venenosas; si la isla era grande o pequeña; si no vivía nadie más en toda la isla y un sinnúmero de cosas más referentes a aquel lugar, en las que no había pensado antes, porque creía que el *marino* volvería en unas horas y sabía que llegar a entenderse le llevaría mucho tiempo.

Tal vez debería dedicar un poco de ese tiempo que parecía sobrarle a intentar entenderse con su amable anfitriona. Había visto con su madre algunas películas como *Tarzán*, donde lo primero que hacían era conocer su nombre.

En cuanto dejaron los baldes en su sitio la anciana empezó a preparar la comida. Victoria decidió que mientras comían trataría de saber cómo se llamaba la anciana y también le enseñaría a decir su nombre. Le daba igual que no sirviera para nada, eso indicaría que ya había llegado el *marino* para llevarla a casa; una amplia sonrisa se dibujó en su rostro moreno por el sol de aquellas latitudes.

Comieron la langosta que la propia nadadora había cocinado al vapor y que acompañó con unos cuencos de distintas salsas y otro de arroz. También el contenido de aquellas conchas grandes, tanto que había que trocearlas para poderlas comer. Sabían a mar. A Victoria no le gustaron demasiado, aunque, como tenía hambre, dio buena cuenta de todo. No encontró el momento para iniciar esa conversación que había planeado.

Su anfitriona había sacado unos palillos para comer, pero también dos tenedores y una cuchara, muy similares a los que conocía y usaba habitualmente, solo que los mangos parecían de madera con nudos y muy brillantes.

Más adelante conocería que casi todo procedía del bambú, menos los platos, que eran de madera de teca.

Al terminar, la anciana hizo comprender a su pupila que quería que la acompañase para limpiar entre las dos los utensilios utilizados.

Accedieron al mar por las escaleras de bambú. Después que dejaron todo limpio, la obsequió con dos pequeños plátanos que cortó de una de las mazas que colgaba de la planta que tenían al lado.

Victoria retiró las hojas de aquel árbol y se sentó en la arena para saborearlos mirando al mar. Hizo señas a la anciana para que la acompañara y ella la siguió. Pronto comprendió lo que la niña quería.

Victoria inició la conversación al estilo: Tú, Jane; yo, Tarzán.

—Yo, Victoria. ¿Tú?

Los golpes en el pecho, mientras decía: «yo, Victoria», repetidos hasta la saciedad, dieron su fruto.

—Yo, Seni.

Había costado, pero ya estaba puesta la primera piedra: Tú, Seni; yo, Victoria.

A Seni le costaba decir «Victoria», de hecho, no lo decía, pero se parecía bastante.

Victoria regresó al embarcadero a la zona de sombra, satisfecha por lo conseguido, pero enseguida volvió a ser consciente de sus circunstancias.

Ella podía esperar a que llegase el *marino*, estaba bien, hasta había conseguido disfrutar en algunos momentos, pero ¿qué estaba pasando con su madre? Cuánto estaría sufriendo sin saber qué había sido de ella. Deseó con todas sus fuerzas abrazarla, tranquilizarla, decirle que ella no estaba mal.

Miró hacia el lugar donde esperaba ver pasar al *marino* con un deseo que era una oración sentida. «¡Ven, *marino*, necesito que me lleses junto a mi mamá!».

El día transcurrió sin que el *marino* apareciera. Y Victoria volvió esa noche al jergón cansada y decepcionada. Empezaba a perder la fe en la vuelta del *marino*, pero cada vez que intentaba preguntar por él a la anciana, esta le mostraba los sacos que le había traído y le señalaba que había ido lejos, muy lejos, a dejar más sacos.

27 de febrero

Victoria volvió a despertar con el sonido atenuado de la madera entrechocando. Tazones y platos de teca ya estaban preparados para contener el desayuno. De nuevo, su intención fue correr al embarcadero, pero esta vez primero saludó a su anfitriona:

—¡Hola, Seni! Buenos días. Voy a ver si ha llegado el *marino*.

La anciana, llena de buena voluntad, imitó el saludo, intentó decir: «Hola, Victoria» y, la verdad, fonéticamente se parecía mucho. Victoria sonrió ante lo que consideró su logro. Corrió al embarcadero ansiando ver cerca al *marino*.

Tras otear de forma minuciosa el horizonte y comprobar desilusionada que no había indicios de barco por ningún lado, volvió a la cabaña. Seni le hizo gestos que no comprendió. Como empezaba a ser habitual, la tomó de la mano para acercarla a uno de los árboles y le señaló una parte concreta de la corteza. Victoria tardó en comprender qué era lo que le enseñaba. Ella pasaba una y otra vez su dedo índice por un tramo corto del árbol diciendo: «*Satu, dua, tiga*». Por fin logró apreciar que lo que le mostraba eran simplemente tres rayas marcadas en la corteza del árbol.

—Sí, Seni. Tres. —Y contó con una mano tres dedos de la otra mano.

La anciana sonrió. Mostró sus dos manos e hizo el mismo gesto que Victoria, pero con todos los dedos de ambas manos.

—Uno, dos y tres —dijo Victoria.

—*Satu, dua, tiga* —dijo Seni, y continuó mostrando el resto de sus dedos—, *empat, lima, enan, tujut, delapan, sembilan, sepulut*. —Miro a Victoria sonriendo y volvió a repetir los diez primeros números en su idioma indonésico.

Sonrió de nuevo a la niña cuando esta intentó repetirlo, pero Seni siempre se paraba en el tercero: «*tiga*», luego se iba al último dedo, el meñique de la otra mano para decir: «*sepulut*». Victoria creyó comprender cuando Seni hizo el gesto de remar al tiempo que repetía «*sepulut*». Ese era el tercer día que estaba en la isla y el marino no volvería hasta que allí hubiera diez rayas. Tal vez no fuera esa la interpretación correcta, pero parecía encajar. El gesto triste de la niña le dio la pauta a Seni, supo que había entendido.

La primera reacción de Victoria fue la tristeza que se reflejó en su rostro. Luego lloró diciendo que no podía ser, que su madre se desesperaría, que tenía que volver antes. Seni esperó paciente a verla un poco más calmada, luego le dio la mano. Ella se dejó arrastrar hasta el embarcadero. La anciana le hizo gestos para que se sentase allí, como el día anterior y volvió a la cabaña a recoger el desayuno que había preparado antes de que ella despertase.

Y al igual que el anterior día, lo llevó a su lado y lo dejó sobre las tablas. Victoria tardó en reaccionar, pero al fin decidió no desairar a la buena anciana y comenzó a tomar su desayuno, mientras Seni, después de una risita, volvía a contar del uno al diez, sin detenerse en ningún número.

Comprendió que la anciana quería seguir enseñándole su idioma igual que lo había intentado ella el pasado día. Esto la hizo dudar del significado que había atribuido a las expresiones numéricas. Tal vez Seni no había querido decir que faltaban siete días para que volviera el *marino*, o que ya habían pasado tres días de los diez que tardaría en regresar. Un rayo de esperanza se manifestó en su sonrisa. Seni, al ver que sonreía, se animó a dar otro paso y no paró hasta hacerle entender que la invitaba a sumergirse con ella para mostrarle su forma de buscar diariamente su alimento.

La anciana eligió dos palos un poco menos largos que ella y, con la misma herramienta que usaba para cortar las piñas, le fue sacando punta al palo. Cuando estuvo bien afilada se la

entregó a Victoria, haciéndole notar que debía tener cuidado con la punta, estaba muy afilada.

Volvió a repetir la operación con el otro palo y cuando terminó la invitó a sumergirse con ella, poniendo cuidado en lo que iban a hacer.

28 de febrero

A la mañana siguiente, a Victoria la despertó un ruido que solo podía proceder del motor de un barco, saltó de su camastro y salió al embarcadero. Seni aún dormía, el ruido no parecía haberle afectado.

Salió emocionada dando saltos de alegría, hizo señas de bienvenida al *marino*, que parecía no verla, tal vez a causa de las alas del sombrero de paja que llevaba puesto y que le protegía del incipiente sol de la mañana.

Pronto observó que la dirección que llevaba la barca no cambiaba para acercarse al embarcadero, parecía que iba a pasar de largo.

Comenzó a chillar de forma desesperada para llamar su atención y recordarle que ella estaba allí, esperándolo. No podía creer que el *marino* se hubiera olvidado de recogerla.

Extremó sus gritos temiendo que el motor de la barca los pudiera amortiguar y el *marino* regresase a Bali sin ella. Al fin, el hombre que la dirigía se volvió a mirar hacia el lugar de donde procedían los gritos; hizo un giro para poder dirigirse al embarcadero, cuando advirtió que una niña trataba de llamar su atención chillando con todas sus fuerzas.

Al llegar le hizo señas para que montase en su *jukung* mientras le decía algo que, como estaba siendo habitual, ella no entendía.

Feliz por lo cerca que estaba de regresar junto a su madre, y a punto de saltar, quedó paralizada al ser consciente de que, en su prisa y emocionada por la perspectiva que le esperaba, se iba sin despedirse de la persona que tan bien se había portado y tanto se había preocupado por ella: Seni.

En ese momento la anciana salía de la cabaña con los brazos en alto amenazantes, corría y gritaba palabras de esas que Victoria no podía comprender.

Aún se sintió más sorprendida cuando ella se apresuró a sujetarle con fuerza un brazo. Tuvo la impresión de que aquella mano se había transformado en una garra que le impedía el movimiento de saltar a la *jukung*.

Esa actitud y la forma de gritar hicieron dudar a la niña sobre las intenciones de la anciana. Aquella visita tan esperada por ella, no era del agrado de su anfitriona; su actitud parecía amenazante, incluso era posible que lo estuviera insultando o diciéndole que se fuera sin ella. ¿Qué pretendía? ¿Por qué no la dejaba ir?

Una vez que tuvo sujeta a Victoria —aunque ya sin ejercer demasiada fuerza, puesto que la niña, asustada y sorprendida, no se resistía demasiado—, siguió con el otro brazo en alto, el puño prieto y sin dejar de gritar. El barquero tomó un remo y esta vez fue él quien hizo gestos que parecían amenazar a la anciana.

Victoria, que no estaba entendiendo esta actitud por parte de ninguno de los dos, apreció de pronto que no se trataba del joven *marino* que ella esperaba con religioso fervor. ¿Cómo no se había fijado?

A primera vista los dos se parecían, no podía apreciar bien la estatura, pero los dos estaban más bien delgados, aunque sus caras... El *marino* tenía un rostro más bien simpático; incluso cuando se enfadó con ella y la hizo salir del barco, su expresión nada tenía que ver con

aquella cara desagradable, no sabía por qué, tal vez sus despobladas cejas, o sus ojos como dos líneas rectas desde una nariz aplastada, o casi inexistente.

Pero el *marino* que ella esperaba no venía a buscarla. Pensó que quizás debía aprovechar la ocasión y agradecer que aquel otro barquero pudiera llevarla junto a su madre.

Trató de hacerse entender por ambos, diciendo que tenía que volver a Bali; y él repetía: «Bali» y con movimientos oscilantes de cabeza decía que sí, que iba a Bali, pero la anciana no consentía que la niña se moviese de allí.

Seni tenía un gesto adusto que hacía destacar sus abundantes arrugas y los escasos labios escondidos al apretarlos con fuerza.

La niña no sabía interpretar si estaba asustada o enfadada; lo que sí quedaba claro es que le negaba la posibilidad de subir a la barca.

Victoria se debatía entre hacer caso al desconocido que la invitaba a subir o a la anciana que trataba de impedirlo. Sintió miedo de tomar una decisión equivocada. Al fin, aunque llena de dudas, decidió quedarse a esperar al *marino*.

El barquero, una vez convencido de que la niña no se iba a ir con él, puso en marcha de nuevo el motor de su barca y se fue alejando del embarcadero.

Victoria vio como tiraba con fuerza el remo dentro de la barca con claro enfado y hacía gestos amenazantes hacia la anciana, con manifiesto mal humor, profiriendo palabras cortas con tono desabrido, que posiblemente fuesen insultos, pensó la niña.

La anciana soltó a Victoria, pero continuó hablando en un tono similar al del barquero; el frunce casi imposible de sus cejas conseguía apiñar un número considerable de arrugas y sus manos alzadas, que agitaba como si estuviera tratando de pegar o capturar inexistentes seres diminutos y voladores, dejaban patente su enfado.

Se encaminó a su cabaña, sin cambiar su ceño, cuando la canoa empezaba a perderse en el horizonte.

Victoria temía haber perdido su oportunidad de volver a casa, sentía que su deseo de abrazar a su madre estaba muy lejano, incluso empezó a pensar que ahora aún le parecía más imposible.

Tenía un nudo en el estómago y de su garganta agarrotada no salía el sollozo que pugnaba por brotar, como si se hubiera formado una presa que le impidiera destilar esa amargura gota a gota, aun estando a punto de desbordarse.

Al fin, surgió un quejido casi animal que rebasó todos los límites y se extendió por la isla y el océano..., que continuaron su curso sin inmutarse por ello lo más mínimo.

En el interior de la cabaña una anciana se tapaba los oídos con impotencia y rabia. También a ella le dolía. Aunque los motivos no eran los mismos.

En la pequeña playa, escondida entre la abundante vegetación, Victoria lloraba sin descanso; lloró y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas.

La anciana estaba muy enfadada. Hablaba y lo hacía en un tono que delataba su pérdida de dulzura, y miraba a la niña con rencor, no podía entender la desesperanza de Victoria, ni sus lamentos, ni su forma de llorar; ella no tenía hijos y la estaba tratando como una madre, creía que estaría contenta con su trato y que le gustaría quedarse en su compañía.

Seni estaba pensando en voz alta, lo hacía a menudo; le gustaba oír el sonido de alguna voz, aunque fuera la suya. Si Victoria pudiera entender el idioma de su anfitriona, se enteraría de lo que la anciana estaba pensando.

—Cuando Zaki Bin la trajo a mi isla, me pareció que la madre naturaleza me había enviado el regalo que desde hace muchos años le pido todas las noches sin desfallecer.

» Yo siempre había pensado que cuando llegara el momento y la madre naturaleza me obsequiase por fin con una niña desamparada y necesitada de compañía, yo la acogería como mía y le enseñaría todo lo que he ido aprendiendo con los años: a buscar perlas, a pescar con y sin red, a cocinar los pescados y crustáceos... Pero he visto que la niña se quería ir de mi lado. Y no lo entiendo.

» Quedé con el joven Zaki Bin, que había traído a la niña hasta mi pequeña isla, en que él volvería en diez días; ese era el tiempo que tenía para conquistar a la chiquilla. Si al volver a por la niña, ésta prefería quedarse conmigo, él respetaría mi decisión, si no, sería yo la que tendría que resignarme y esperar otra ocasión para conseguir la compañía que tanto tiempo llevo esperando.

» Pero, teniendo en cuenta el aspecto que presentaba la niña cuando salió del barco, lo lógico era pensar —seguía maquinando Seni en voz alta— que era una huérfana o una niña abandonada y que lo que yo le ofrecía era una buena vida.

» Lo primero que yo haría sería encargarme al joven Zaki Bin ropa para vestirla adecuadamente —Seni, sonreía imaginando a Victoria con trajecitos balineses—, por lo que, hasta ese momento, yo había estado segura de cuál sería la decisión de la niña, a la que todavía no he querido poner mi nombre, a la espera de que se cumpla el plazo acordado.

» Cumplido el plazo, y con la niña a mi lado para siempre, invitaría a los vecinos más próximos a mi isla y realizaríamos un gran ceremonial, donde le impondría el nombre de mi familia y ya sería de mi propiedad, nadie me la podría arrebatar. Al morir le dejaría mi preciosa isla.

Los días siguientes fueron muy extraños. La anciana se desvivía por enseñarle a bucear y atrapar peces con el palo que, previamente, habían estado afilando hasta conseguir una punta fina. También la adiestraba en coger conchas buceando en lugares de poca profundidad.

Pero a veces la mandaba sola a traer dos viajes de agua con dos calderos, que portaba llenos solo hasta la mitad y que Victoria soportaba sin una queja. Pero vigilaba el camino cuando ella creía estar sola, para evitar que la mordiera alguna serpiente.

Le enseñaba a cocinar y luego la mandaba a que lavase los platos y tazas que habían utilizado en la comida.

Le mostró frutas tropicales que ella nunca había visto y que crecían sin necesidad de plantarlas o de cuidarlas. Y un lugar en el que desovaban las tortugas.

La ayudó a apreciar las distintas clases de camaleones pacíficos e inofensivos; todo ello sin darle tregua, para evitar que pensase en volver a Bali.

La cara de la anciana a veces ya no era tan dulce, sin embargo, consiguió que la niña se interesase por todo aquello que trataba de enseñarle.

Victoria veía transcurrir el tiempo, cada día más desesperanzada, solo recuperaba la esperanza cuando Seni le mostraba una nueva hendidura o raya marcada en el árbol y repetía su cuenta hasta diez. Eso quería decir que faltaban menos días para que volviera el *marino*. ¿Sería así?

A veces lamentaba no haber sido capaz de saltar a la barca, seguramente ya estaría junto a su madre. ¿Por qué no había sido más decidida? Pensaba que ella no era miedosa, pero la forma en que se desarrolló todo en el embarcadero la asustó. Sintió miedo del que dirigía la barca.

Se acercaba el día en que iba a volver el *marino*. El árbol en el que la anciana iba marcando los días que pasaban —ya tenía siete rayas—, pero ella no estaba segura de haber conquistado a esa chiquilla que era lista como un rayo y ponía mucho interés en aprender todo lo que ella le enseñaba.

Recapacitaba, como siempre, en voz alta:

—Tendría que mostrarme más amable y cariñosa. Como al principio. Pero mi enfado al comprobar que Victoria estaba dispuesta a irse con el primero que pasaba por su lado, cuando yo creía que todo iba muy bien, me ha dejado hundida, reconozco que cada vez que recuerdo la escena del embarcadero, me enfermo, y toda la simpatía y cariño que siento por la niña desaparece, y solo soy capaz de aplacar mi rabia mostrándome huraña.

Aquella noche se durmió con el propósito firme de cambiar de actitud. Al día siguiente sería muchísimo más amable con ella durante todo el día. Necesitaba conquistarla para que no deseara salir de su isla.

Isla de Seni, 2 de marzo

Los sonidos de la noche no alteraban el silencio de la isla, formaban parte de ella.

A poca distancia, el ajeno ruido del motor de una canoa fue acallado y un par de remos, manejados con cautela, la hicieron avanzar sin romper el silencio de la noche. Unas manos la sujetaron a un arbusto junto a la pequeña playa, y unos pies pisaron su arena y con sigilo llegaron hasta la cabaña.

Con la luz del móvil, el visitante alevoso y nocturno pudo comprobar que en aquel jergón dormía la niña que venía a buscar. Con la mano libre, le aproximó a la nariz un pañuelo empapado en un líquido, para inducirla a continuar con un sueño más profundo, y antes de que la niña pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo trató de taparle también la boca, por si el efecto de aquel líquido no era lo suficientemente rápido.

Con el mismo sigilo la trasladó al barco, donde ya había previsto un espacio con mantas para que pudiera descansar sin sufrir ningún deterioro. Era una mercancía muy valiosa y como a tal pensaba tratarla.

Dos horas más tarde, Victoria dormía sobre otro jergón muy similar al que había abandonado, dentro de una cabaña, mucho más amplia que en la que había vivido los últimos días, pero construida de idénticos materiales.

3 de marzo

Victoria despertó cuando el sol estaba casi en su cenit. Le costaba abrir los ojos. Intentó incorporarse, pero no se encontraba muy bien y, al no escuchar ningún ruido dentro de la cabaña, entendió que era demasiado pronto y decidió dormir un poco más.

Pero no pudo ser. Una voz extraña sonó a su lado. Se incorporó pensando que, al fin, allí estaba el *marino* esperado. Sintió un mareo que la obligó a tumbarse de nuevo, consecuencia de la droga que le había suministrado para dormirla; enseguida pudo abrir los ojos.

Junto a ella estaba el barquero que se había ofrecido a llevarla a Bali, ocasionando el gran enfado de Seni. Esto no la tranquilizó nada, mucho menos cuando fue consciente de las dimensiones del lugar donde se encontraba. Aquel lugar no era la cabaña de Seni.

Victoria preguntó por la anciana, pero de nuevo tropezaba con la misma piedra, daba igual lo que le respondiera, no comprendía nada. Se incorporó en la cama, ya completamente asustada.

La actitud burlona de aquel hombre, con los ojos casi cerrados y un cigarrillo haciendo equilibrios entre los labios caídos, no mitigaron la desazón que la estaba invadiendo.

Siguiendo su instinto, saltó del camastro y echó a correr. No sabía hacia dónde dirigirse y tomó la misma dirección que si hubiera salido de la anterior cabaña, pero allí no estaba el embarcadero.

Se internó entre la densa vegetación de aquella isla. Se movía con sigilo entre las plantas tratando de llegar a un lugar que le resultase conocido; pero nada se parecía a lo que ella conocía.

Paró entre unos árboles que consideró anchos, lo suficiente como para poder esconderse tras ellos, y cuando creyó que ya estaba a salvo, unas manos fuertes la sujetaron por la espalda.

Se resistió dando patadas hacia todos los lados; de algo tenía que servirle su preparación física. Mordió la mano que sujetaba su brazo..., nada fue suficiente. Una desagradable risa enmarcó el triunfo de la fuerza y no le cupo otro remedio que rendirse..., de momento. Fue al desistir de su esfuerzo cuando sintió que todo se desvanecía a su alrededor.

Cuando volvió a despertar, estaba tumbada en la cama y pensó que todo había sido un mal sueño, pero la cadena atada a una de sus piernas le habló con más claridad que el hombre que se la había puesto.

Estaba atada, en una cabaña distinta, de otro lugar de la isla o de otra isla y a merced de la persona que se había ofrecido a llevarla a Bali. ¿Qué había ocurrido? ¿Y qué iba a ocurrir ahora?

EN UNA ISLA DESCONOCIDA

3 de marzo

—¿Ya te has despertado? —preguntó en su idioma el pescador. Victoria todavía no entendía ese idioma, aunque había conseguido aprender alguna palabra suelta gracias a la anciana Seni.

El pescador puso cerca de la cama una mesa con unos cuantos tazones de distintos contenidos, algunos ya conocidos por la niña, como la leche de coco y el té, también un cesto con frutas.

Victoria pensó que ahora la soltaría para que pudiera comer, pero el pescador se limitó a señalar la mesa y en su idioma le dijo algo de lo que nada entendió. Después salió de la cabaña.

Victoria oyó el motor de una barca, quedó expectante. ¿Vendría alguien a socorrerla? Trató de ver qué pasaba fuera de la cabaña, un fuerte tirón en la pierna le dejó clara su situación: estaba atada a una cadena que no le permitía salir de allí, solo podía llegar hasta la puerta, pero desde la puerta no se veía el mar; esperó ver que alguien se acercaba o escuchar voces de alguna persona, pero el silencio era total, el pescador había desaparecido de su vista.

Vio pasar el tiempo sin que nada alterase la quietud de aquel lugar, tampoco su soledad. Cuando sintió que su estómago estaba quejoso, se acercó hasta la mesa y fue probando el contenido de los distintos tazones, después comió la fruta que no necesitaba ser partida con cuchillo, porque no le había dejado ninguno, ni siquiera una cuchara, por eso no había probado el arroz. Pero los plátanos estaban muy buenos, y los mangos... Comenzó mordiendo y tirando la piel del primer mordisco, hizo lo mismo con el siguiente, hasta que dejó de prestar atención a este detalle y siguió comiéndolos sin discriminar el exterior.

Cansada de moverse en todos los sentidos que le permitía la cadena y una vez calmado su estómago, se sentó en la cama, después subió la pierna que sujetaba la cadena, porque empezaba a sentir que el roce le estaba produciendo dolor.

Observo una rojez, casi una herida. Terminó por tenderse en la cama y, a pesar de la angustia que no la abandonaba, se quedó dormida de nuevo.

No había luz cuando despertó, la luna parecía una pequeña cata de melón cubierta con un velo tupido que casi no dejaba pasar su escaso resplandor. Tampoco se oía otra cosa que el peculiar ruido de la noche, al que ya se había ido acostumbrando: búhos, lechuzas, grillos, monos, cálaos...

Aun así, sintió miedo, un miedo profundo que no tenía nada que ver con aquellos seres que poblaban la noche de sonidos.

Se preguntaba qué había hecho para que la castigaran así. La anciana siempre la había tratado bien, eso que fue ella la que irrumpió en su isla sin que nadie la invitase, pero ¿por qué estaba ahora allí sola y atada, como si fuera alguien temible o hubiera hecho algo malo?

Y si aparecía una de esas serpientes como las que se solían cruzar con ellas, ¿qué podía hacer? Tenía los ojos acuosos, pero el miedo le impedía llorar, necesitaba estar muy despierta por si veía algún animal peligroso.

Cuando estaba con la anciana, ella se apresuraba a indicarle con gestos lo que debía hacer. A veces los acariciaba y la animaba a que ella hiciese lo mismo. Había visto lagartos de gran tamaño, iguanas muy raras, incluso unos monos las visitaban a los pocos días de estar en la

isla, cuando ya habían cogido confianza con ella.

Creyó entender a la anciana que antes los monos la visitaban a menudo, aunque tardaron en atreverse cuando ella llegó a la isla. Pero con las serpientes siempre le advertía de una manera u otra para que tuviese cuidado y las evitase.

A pesar de tanta inquietud, tanta angustia y miedo, o quizás por todo ello, Victoria terminó durmiéndose.

Esta vez su sueño fue muy inquieto y sobresaltado, a veces confundía la cadena con un reptil y saltaba de la cama, el tirón que sufría volvía a recordarle que su pierna estaba sujeta a una cadena, pero de nuevo recuperaba el sueño inquieta.

4 de marzo

Escuchó el ruido del motor sin tener muy claro si era parte del desazonado sueño o era real. La fuerte voz de su raptor la sacó de dudas, parecía alegre. Tiró sobre su cama unas bolsas de muy ligero peso. La animó a abrirlas con gestos muy elocuentes.

La curiosidad de Victoria no le permitió negarse; empezó a abrir la primera con cuidado. El raptor, impaciente, tiró de los extremos de aquella bolsa y un vaporoso vestido blanco con puntillas cayó sobre la cama.

Victoria miró sorprendida al hombre esperando sus indicaciones. Él tomó el vestido y lo puso pegado al cuerpecito de la niña, de él se desprendió una especie de pantaloncito corto también con puntillas, que a Victoria le pareció el equivalente a una braguita con encaje. Entre los dos abrieron el resto de los paquetes.

Había dos cajas, una contenía unos bonitos zapatitos blancos, la otra unas ligeras sandalias de un plástico transparente de color rosa. De otros paquetes surgieron un traje de baño, una bata de felpa, un par de braguitas, un cepillo para el pelo y otro vestido mucho más sencillo, de color rosa. Victoria se atrevió a mirarlo a la cara y tímidamente preguntó:

—¿Para mí? —Y consciente de que no la entendía, comenzó a darse ligeros golpecitos sobre el pecho con una mano, mientras con el índice de la otra señalaba la ropa que descansaba en el jergón.

Él afirmó con la cabeza, mientras dejaba entrever una especie de sonrisa que subrayaba sus dientes amarillos y desiguales.

Victoria mostró con tristeza la cadena, y su raptor fue consciente de la herida que empezaba a sangrar a causa de la argolla. Metió la mano en su bolsillo para sacar una llave y con ella abrió el candado que sujetaba la cadena, se la retiró con sumo cuidado, fue a por un algodón, que empapó en un líquido, con el que le limpió la herida.

Era un hombre de aspecto rudo y fuerte; aquellos movimientos no parecían estar en consonancia con lo que Victoria conocía de él.

Le mostró los restos de los alimentos que quedaban del día anterior y vio que le señalaba otro paquete que permanecía cerrado sobre aquella mesa. Lo abrió y al ver que se trataba de una bandeja de dulces, entendió que, al igual que la ropa, también eso era para ella.

No recordaba cómo los llamaban pero ya los había probado en alguna ocasión y sabía que le gustaban. Los había que se parecían a las empanadillas que preparaban en su casa, pero estas eran dulces —sintió un ramalazo de dolor en el vientre, pero no quiso que la tristeza le impidiese disfrutar de aquel momento, seguramente todo se iba a arreglar—, algunos llevaban coco y otros eran como la tarta de manzana, pero con otra clase de fruta.

Se deleitó probándolos todos mientras su raptor la miraba con esa extraña sonrisa que parecía indicar satisfacción, lo que contribuyó a que la niña siguiera comiendo esperanzada.

Cuando dio por satisfecho su apetito, se dirigió al lavabo para quitar de sus manos la pegajosidad que se le había quedado adherida. Una vez se hubo secado, vio que su raptor la había seguido y ahora estaba a su lado, observándola.

La asió por la mano para conducirla a un rincón de la cabaña. Victoria recordó a la anciana que utilizaba el mismo sistema para indicarle o enseñarle cualquier cosa, y se dejó llevar igual que hacía con ella.

Él recorrió un poco una cortina plastificada. Una alcachofa empezó a soltar agua en cuanto el raptor abrió la llave que había en la pared de cañas.

El suelo estaba elevado con anchas tablas, y entre ellas, estrechas medias cañas bien ensambladas. El agua debía de estar encauzada al exterior de la cabaña, porque fuera de las tablas no se veía ni una gota.

Cerró del todo la cortina y mostró a la niña una toalla que colgaba junto a ella. Le entregó un tubo de champú. La invitó a entrar mostrando la ducha e inclinándose con un gesto respetuoso, que más bien parecía el saludo de un caballero a una dama de otra época.

Victoria comprendió que pretendía que se asease antes de ponerse aquellos lindos vestidos.

Hubiera preferido usar el bañador y bañarse en el mar, pero una ducha también le apetecía. Llevaba al menos nueve días sin hacerlo, lo sabía porque veía como la anciana hacía muescas en un árbol cada día que pasaba y ella también las contaba.

Mientras dejaba caer los chorros de agua sobre su cabeza llena de espuma, pensaba desconcertada qué podía significar aquel cambio para ella.

Por unos instantes había pensado que el marinero, o pescador, la iba a llevar a Bali con su madre y no quería que la vieran con los harapos en que se había convertido su pijama y sus lindas zapatillas.

Lejos de sentirse alegre y esperanzada, percibió una inquietud que le producía angustia e iba creciendo en su pecho; algo la avisaba de que las cosas no estaban tan claras como para disfrutar por aquellos regalos inesperados.

Volvió a sentir miedo. Tomó la toalla y tras secarse salió tapada con ella.

El raptor la estaba esperando. Le mostró la ropa que seguía sobre su jergón y la animó a ponérsela, pero, levantando la mano con un gesto de *stop*, le acercó la bata de felpa y el cepillo del pelo. Ella lo aceptó y fue hacia el espejo, por lo que él entendió que la niña estaba dispuesta a seguir sus instrucciones.

Pero ella no se movía, se dio cuenta de que lo miraba como esperando algo más. Comprendió y fue hasta la puerta de entrada. Allí quedó de espaldas a Victoria mientras ella se decidía a ponerse la braguita y la bata.

A Victoria le costó un gran esfuerzo desenredar sus cabellos después de tanto tiempo sin usar otro peine que sus dedos, pero al fin su melena estaba perfectamente cepillada.

Miró a su alrededor buscando un lugar donde dejar aquellas zapatillas que se iba a quitar por primera vez desde que se las calzó en el hotel de Bali. Sus ojos se humedecieron con el recuerdo, ¡tan próximo y tan lejano! Tras su inspección decidió colocarlas debajo de su catre. Estaban destrozadas e irreconocibles, pero no quería desprenderse de ellas totalmente.

Se quitó la bata para ponerse el traje de baño y el vestido rosa, también los zapatos del mismo color. Cuando consideró que había terminado, trató de llamar la atención de su raptor,

que todavía permanecía en la entrada; tiró de su camisa con intención de pedirle que le dejara tomar el aire y tal vez bañarse.

No esperaba Victoria la brusca reacción que se produjo.

Al volverse hacia ella, lo hizo con aquel gesto que se parecía a una sonrisa, pero su mirada fue directa a la ropa que llevaba y lo que trataba de parecer un gesto cordial, se transformó en algo muy desagradable.

Frunció el ceño y tiró al suelo con rabia el cigarrillo que estaba fumando, lo pisoteó varias veces, después agarró con fuerza la mano de la niña, hasta hacerle daño, y le mostró el vestido blanco, cogió los zapatos blancos y los tiró con fuerza contra ella. Solo impactó uno contra su brazo. Victoria emitió un quejido sordo.

Victoria no entendía nada. El raptor miró su reloj al mismo tiempo que con su cabeza parecía querer negar algo. Cogió a la niña con las dos manos por la cintura y la sentó sobre el jergón con brusquedad, le quitó las sandalias y las lanzó contra las cañas que formaban la pared, recogió los zapatos blancos que habían terminado en el suelo y, sin ningún miramiento, los puso encima de la niña, golpeándola con ellos en las rodillas, hizo lo mismo con el vestido blanco, aunque con él no pudo hacerle daño.

Victoria, cada vez más asustada, se puso los zapatos y lo miró, necesitaba saber si era eso lo que quería, o se iba a enfadar más.

Él hizo un gesto de aprobación e insistió en ponerle encima el vestido blanco. Volvió a mirar el reloj mientras Victoria, con vergüenza, se quitaba el que llevaba para colocarse el que le indicaba su raptor. No se atrevió a esperar que la dejase ponerse el vestido sin mirarla, como antes.

Fue ella la que se dio la vuelta. Se quitó también el traje de baño y lo sustituyó por el pantaloncito blanco esperando no volver a enfadarlo.

Una vez vestida y calzada de blanco, aunque asustada, se puso delante de él tratando de dominar su miedo. Apareció de nuevo aquella sonrisa en la adusta cara del raptor. Eso pareció tranquilizarla un poco. Lo vio encender un nuevo cigarrillo, que dejó colgando entre los labios.

Victoria continuó mirándolo, quería saber qué más esperaba de ella. Pero él, sin decir ni hacer nada más, salió a la puerta.

Ella permaneció sentada sin atreverse a mover ni un músculo, temía enfadarlo de nuevo y que, como consecuencia, volviera a ponerle la cadena.

Así estuvo un tiempo que le pareció interminable, sin saber qué hacer, con miedo a que cualquier movimiento volviera a enfadarlo. Hasta que el ruido de un motor se escuchó atronador. Él se movió rápido después de volver la cabeza para mirarla.

Se oyeron voces cada vez más cerca, hasta que vio las siluetas de dos hombres que pararon al coincidir con su raptor, que les saludó con una inclinación de cabeza; después, los tres se fueron acercando a la cabaña.

Victoria había ido saliendo al exterior, para ver de quién se trataba.

Uno de ellos tenía rasgos parecidos a los de su raptor, aunque era más bajo y más grueso; el otro se parecía más a Gerardo, incluso en la ropa que usó el día que llegaron a la isla: llevaba pantalón corto y polo a juego, como Gerardo en Bali. Aunque Gerardo tenía más pelo y su rostro era más grato. Victoria miró a este un poco esperanzada.

El pescador se acercó a Victoria para darle la mano y mostrarla a sus visitantes. Lo hizo con orgullo de creador cogiéndola de un dedo y haciendo que se diese la vuelta.

El recién llegado que se parecía a su raptor señaló la pierna donde había tenido la cadena.

Algo preguntó que fue respondido con titubeos. Volvía a parecer amable, sonreía sin tregua, pero sin mostrar sus dientes amarillos, y bajaba con frecuencia la cabeza como si los saludara con una reverencia.

El mismo que había señalado su pierna herida, se acercó a ella, acarició sus cabellos y le hizo levantar la barbilla y abrir la boca. La inspeccionó con detenimiento, Después hizo que levantara los brazos, palpó su cuerpecito con reprimida lujuria. Parecía satisfecho. Hablaba con su raptor y este le contestaba.

Victoria no sabía qué pensar, entendía que quien la había robado quería mostrarla limpia y bien vestida. Aquel debía de ser un médico que la estaba revisando, para ver si estaba enferma, pero no entendía por qué.

Después de una detenida inspección, sacó un fajo de billetes y empezó a contar. El otro hombre, el que se parecía a Gerardo, que no había hecho otra cosa que mirar con gesto serio hasta ese momento, puso una mano sobre los billetes que estaba contando su compañero y este dejó de contar, se acercó después a la niña y con una sonrisa le dijo:

—*Come on, come, with me.*

Le tendió la mano y Victoria sintió que confiaba en aquella persona. Se dejó llevar hasta la sombra de un hermoso árbol, a poca distancia, la suficiente para que no oyeran lo que hablaban.

—¿Hablas español? —Victoria sorprendida, sintió una alegría inmensa, no se había equivocado, por fin se iba a poder entender con alguien que la llevaría con su madre.

—¡Si, soy de Madrid! —exclamó entusiasmada—. ¿Me vas a llevar con mi mamá?

—¿Dónde está tu mamá?, ¿en Madrid?

—No, está en Bali, un hombre me quería hacer daño y me escondí en una barca, el dueño de la barca no me vio hasta que paró en una isla, iba a venir a buscarme para volver a llevarme a Bali, pero este hombre me robó y me trajo aquí.

—¿Sabes dónde estás? —Victoria movió la cabeza negativamente y un poco preocupada, qué importaba eso, él ya lo sabía, lo tenía que saber.

—¿Y sabes cómo se llamaba el barquero que te sacó de Bali o a qué isla te llevó? —la niña volvió a negar con la cabeza cada vez más confundida.

—No, solo sé que la isla es de Seni. ¿La conoces?

—¿Con quién fuiste de Madrid a Bali, además de con tu mamá? —Obvió la pregunta de Victoria.

—Con Ana y con Gerardo, son amigos de mi mamá, además, mi mamá ayuda a Ana a escribir sus novelas. —Esta vez Victoria respondía con entusiasmo, esas preguntas le hacían recuperar la ilusión de que esos hombres la llevarían junto a su madre—. Todos estarán muy preocupados por mí sin saber dónde puedo estar.

—¿Le has contado a la persona que te trajo cómo se llaman tu mamá y sus amigos o en qué hotel estabas? —de nuevo la cabecita de la niña se movió negando.

—Ellos no me entienden, pero tú me vas a llevar a Bali con mi mamá, ¿verdad?

El interrogado solo mostró una sonrisa y acarició levemente la mano que tenía sujeta entre las suyas; luego soltó la mano de Victoria, que lo miraba repleta de esperanza y regresó junto a los dos hombres que permanecían confundidos y llenos de curiosidad.

Victoria, que lo seguía con atención, oyó que algo le decía al del dinero, pero no entendió nada, tal vez porque habló muy bajo, o lo hizo en otro idioma desconocido.

Vio que su compañero guardaba el dinero en el bolsillo. El que hablaba español se daba

la vuelta y se iba y el del dinero lo seguía sin responder o comentar nada. El raptor los alcanzaba hablando en voz muy alta, como cuando se enfadó con la anciana Seni; parecía interrogarles, pero los visitantes no le contestaron ni una vez.

Los siguió hasta donde tenían su embarcación, y Victoria, que también los seguía, vio por fin de cerca el mar. Y el barco, de buen tamaño, con las velas desplegadas. Permaneció muy triste y desorientada.

¿Para qué le había hecho tantas preguntas? ¿Sería para buscar a su madre? ¿Por qué no la llevaban con ella? Hablaban el mismo idioma, le podía haber explicado que iban a otra isla, ella ya sabía que había cerca de mil islas, pero no le había hablado de volver ni de ayudarla. ¿Por qué?

Los observó embarcar y soltar amarras sin mirarla ni una vez, mientras ella esperaba oírle decir al hombre que se parecía a Gerardo: «Vamos, Victoria, te llevamos con tu mamá».

Pero no escuchó la invitación. El barco comenzó a moverse con el consiguiente susto de Victoria.

—¡Por favor, llévame con mi mamá!, ¡llévame con mi mamá! —comenzó a gritar, una y otra vez, hasta que entendió que estaban demasiado lejos para oírla.

El barco se perdió en el horizonte. Victoria se volvió llorosa buscando consuelo.

El raptor fue hacia ella con el rostro contraído y un temblor que mostraba su rabia. Victoria levantó su carita por donde resbalaban las lágrimas y lo miró implorante. Él no parecía apenado por la niña, lejos de eso, le propinó un tortazo que la hizo tambalear.

Otra vez tuvo que escuchar los gritos, con aquel tono que tanto la asustaba. Lo miró de nuevo con la carita aturdida y la mano sobre la rojez de la mejilla golpeada. La cara que vio la hizo encogerse de miedo. Trató de correr confiando en escapar de aquel horrible hombre que tanto la asustaba al enfadarse.

Pero no tuvo tiempo, apenas dio dos pasos, el furor de su raptor ya había previsto su escapada. La frenó agarrándola de la melena y tiró con todas sus fuerzas hacia él. Otro sonoro tortazo la hizo caer al suelo. La recogió sin miramientos para dejarla sentada allí mismo de una manera brusca.

Victoria, dolorida, había quedado como petrificada con el segundo bofetón y no osaba moverse. Él le quitó el vestido con mucho más cuidado del que cabía esperar en una situación como aquella y lo sacudió haciendo que se desprendiese la arena que lo manchaba.

Con una mano sujetó el vestido, con la otra la agarró del brazo y tiró de ella sin esperar a que se levantara, no la miró ni una vez hasta que la situó dentro de la cabaña.

A Victoria le sorprendió ver colocar con mimo sobre una silla aquel precioso vestido blanco. ¡Debía de ser muy importante para él!, pensó con inmensa tristeza.

Entonces la cogió con las dos manos por la cintura y la dejó caer en el jergón sin contener su furor. De nuevo la ató a la cadena, aunque en la otra pierna. La pobre niña se dejaba hacer sin protestar. No reaccionaba.

En braguitas, con los nuevos zapatos blancos, que ya no lo eran tanto, su linda carita de ojos muy abiertos por la sorpresa o el desconcierto de los últimos minutos —como un perrito apaleado que espera la caricia de su maltratador—, era la estampa del desconsuelo y la impotencia. Por unos minutos había saboreado la vuelta con su madre y, en un instante, todo había vuelto a empezar, pero peor que nunca.

Ese hombre que le había pegado estaba realmente enfadado con ella y ella no sabía qué

era lo que había hecho mal.

Los visitantes se habían ido sin querer llevarla con su madre y después su raptor se había enfadado hasta el punto de tirarle del pelo y pegarle.

Le ardían las mejillas. Las sienes le palpitaban de forma desbocada. Sentía náuseas. Sus piernas estaban raspadas y le escocían.

Entendió la frase que había oído algunas veces y la había dejado pensando en su significado: deseaba desaparecer, que la tierra la tragase. Sentía que no podría resistir más si no encontraba el refugio de los brazos de su madre.

No comprendía nada, su raptor no quería que se manchase el vestido y, sin embargo, antes se había enfadado con ella porque no se lo había puesto. Se quitó los zapatos blancos, para no estropearlos, y para evitar nuevos golpes. Miró sus zapatillas que permanecían bajo su catre, pero no intentó ponérselas.

Empezaba a comprender que todas aquellas compras eran para que los visitantes la encontraran limpia y bien vestida.

Pero ella estaba limpia y bien vestida cuando ellos llegaron. ¿Qué había pasado? Ahora le había quitado el vestido porque ellos se habían marchado. No quería que lo manchara tirada por el suelo. Pero ella no tenía la culpa. Fue su raptor el que la tiró al suelo de una bofetada.

Pero ¿a qué venían?, ¿a verla? No les había gustado y por eso se habían ido. ¿Por qué no les gustó? Y si les hubiera gustado, ¿la habrían llevado a Bali? Su cabecita bullía, el palpito de sus sienes parecía el de una bomba a punto de estallar.

Lloró ante la imposibilidad de comprender qué estaba haciendo mal. Pensaba que nunca podría encontrar el medio para salir de allí, se dejó invadir por la desesperanza mientras un pequeño resquicio trataba de abrirse paso en su mente: podía ser que el *marino* fuera a buscarla, pero —de nuevo la desilusión— ahora nadie sabía dónde estaba.

Paró en seco su llanto. Bueno, alguien sabía dónde estaba y tal vez encontrara a su mamá. Y si sus visitantes buscaban a su mamá y se lo contaban... Rompió a llorar de nuevo. El desconsuelo no le permitía ver ninguna salida.

No, ellos no harían nada, no les había gustado y se habían ido. Eso era todo.

Noche del 4 al 5 de marzo

«No le he gustado. Pero yo estaba limpia, bien peinada y llevaba puesto ese lindo vestido que tanto le importaba a mi raptor.

» Si al menos no estuviera atada con esta cadena. Si pudiera hablar con alguien... ¿Cuándo se le pasará el enfado? ¿Me volverá a pegar? No volverá a ser amable, será imposible pedirle que me quite esta cadena. Si fuera como la anciana Seni. Si pudiera seguir buceando y pescando...».

Una lucecita se encendió en su estresado cerebro: recordó que su raptor llevaba la llave en el bolsillo de su pantalón. Tal vez en algún momento se la pudiera quitar, entonces podría ir a bucear cuando la dejase sola. O mejor, se escaparía.

Pero ¿a dónde iría? Podría ir recorriendo la isla hasta conocerla un poco, quizás todavía estuviese en la isla de Seni. La buscaría, al menos ella siempre la cuidaba, seguro que no permitía que su raptor le pegase.

Recordó que con la anciana habían recorrido la isla varias veces y ella no había visto ninguna otra cabaña. En la que estaba ahora era grande, no podía pasar desapercibida, así que no,

esa no podía ser la isla de Seni. Ella no estaría en aquella isla.

«Pero quizás alguien más viva por aquí, aunque sea lejos —siguió elucubrando, desesperada por encontrar una salida a su terrible situación—, o tal vez llegue alguien que también hable mi idioma como la visita de esta mañana, o ¿era por la tarde? Todavía no he tomado nada, solo el desayuno».

Hacía bastante tiempo que no oía moverse al pescador, volvió la cabeza con cuidado repasando la cabaña. Le pareció que estaba tumbado en su cama. Respiró un poco más tranquila. ¡Ojalá se durmiera!

Su cabecita se puso a trabajar de nuevo. Primero, tratando de superar el pánico que sentía, con solo pensar que en cualquier momento se levantaría y tal vez no se le hubiera pasado el enfado; más tarde, tratando de encontrar la manera de calmarlo, para evitar sus bruscas y dolorosas reacciones.

Se asustó al escuchar unos sonidos que la pusieron en guardia. Pronto los identificó como ronquidos y eso la calmó y avivó su deseo de escapar.

Tenía que aprovechar la ocasión, todavía no había oscurecido. Estaba atada, necesitaba la llave y sabía dónde encontrarla y, también, que aun atada a la cadena podía salvar aquella distancia, solo tenía que evitar toparse con algo, porque aquella cadena era de metal, podía hacer ruido y despertarlo.

Se incorporó despacio, quería ver si dormía con los pantalones puestos.

Con cuidado de no provocar un chirrido con el choque de los eslabones, se desplazó por la estancia hasta llegar junto al camastro donde dormía su raptor. Al lado, en un banco que hacía también las veces de mesilla de noche, había dejado sus pantalones. Rumió que esa era su ocasión para coger la llave, aun así dudó un instante, tal vez se estaba arriesgando demasiado.

Asumió que así era, pero quizás no se presentase otra ocasión como aquella en mucho tiempo.

Extremando su cuidado, levantó ligeramente el pantalón buscando el bolsillo derecho, donde le había visto guardar la llave. Justo al introducir la mano en el bolsillo, uno de los ronquidos sonó tan fuerte y tan cerca que dio un salto hacia atrás asustada. Al saltar arrastró con su mano el pantalón, y este, el banco en el que se había enganchado el cinturón.

Miró espantada al pescador creyendo ver su horrible rostro enfadado en aquella semi penumbra

Le tranquilizó comprobar que no se había despertado. Seguía roncando.

Metió la mano de nuevo en el bolsillo; era muy amplio y llevaba demasiadas cosas; le daba aprensión hurgar entre todos aquellos objetos extraños, pero trató de eliminar los pensamientos que cruzaban por su cabecita y, a pesar de su miedo, asco y nerviosismo, dio con la llave; la sacó con sumo cuidado.

Recordó que el banco no había hecho ruido al moverse sobre aquel suelo de tierra y, sin dudar, lo volvió a colocar en su sitio y puso encima el pantalón. Regresó a la cama lo más deprisa que pudo, teniendo en cuenta la situación, apoyaba en el suelo solo los dedos de los pies y avanzaba de puntillas, como una bailarina de ballet.

Una vez en el jergón fue calmándose y cogiendo confianza en sí misma. Todavía con mano temblorosa, trató de abrir el candado. En cuanto acertó a introducir la llave, el candado cedió sin ofrecer ninguna resistencia.

De inmediato, al sentirse libre, pensó en echar a correr, pero el miedo le recomendaba prudencia. Sentía un pavor atroz a ser descubierta sin tener ningún plan. ¿Qué haría con ella si la

pillaba huyendo? Y, aunque no la pillase, ¿a dónde iría?

Decidió que por el momento dejaría el candado abierto y devolvería la llave a su sitio, debía pensarlo muy bien. Seguro que, si tenía paciencia, en algún momento él volvería a irse a algún otro lugar, entonces sería la ocasión de conocer lo que la rodeaba, no estaría de más practicar el buceo; si aguantase tanto tiempo como la anciana, él no la podría encontrar.

Con el mismo cuidado que al cogerla, pero sin tirar nada, devolvió la llave al bolsillo de aquel extraño pantalón.

Una vez tumbada en su jergón, comenzó a pensar en un plan. ¿Cómo conseguiría salir de allí? Si no llevaba mal las cuentas, era 24 de febrero cuando llegó a Bali y 25 cuando apareció en la isla de Seni, ese año era bisiesto y habían transcurrido 9 días, por lo tanto, era 5 de marzo. El día 6 iría el *marino* a buscarla, según las cuentas de Seni. «Si pasara por esta isla y me viera...».

5 de marzo

Encontró la ocasión mucho antes de lo que esperaba. El ya conocido ruido del motor de la barca la despertó. Se había quedado dormida sin sentir la llegada del sueño. En este caso la suerte la acompañaba. No había tenido que sufrir el mal humor de su raptor al despertarse.

Escuchó con cautela antes de retirar el candado que había dejado abierto y que la dejaba en libertad para salir al exterior. No se oía nada, ningún movimiento.

Se puso el traje de baño sobre las braguitas y se calzó las sandalias de plástico rosa. Las que fueron sus bonitas zapatillas ya no podían servirle. Buscó algo punzante o cortante con lo que pudiera defenderse, pero que no fuera de gran tamaño.

Encontró algo parecido a una navaja, probó a abrirla, le costó encontrar el mecanismo, pero al fin pudo comprobar que el sistema no podía ser más sencillo, solo era cuestión de conocerlo. Se la guardó entre la braguita y el traje de baño.

Cogió un par de piezas de las frutas que quedaban sobre la mesa y una empanadilla dulce, a la que le dio un buen mordisco.

Salió con cuidado, probaría para ver hasta dónde podía llegar nadando y cuánto tiempo podría aguantar sin respirar buceando. Estaría muy atenta a cualquier ruido de motor por si volvía antes de lo esperado.

Su intención era la de no volver si encontraba a alguien que la pudiera proteger, pero, si no, tendría que estar allí antes de que él regresase. No podía enfadarlo de nuevo, tembló al pensarlo.

En línea casi recta caminó desde la cabaña mientras comía uno de los plátanos, tras acabar con la empanadilla. Anduvo hasta ver de nuevo el mar. Un poco más a su izquierda estaba el embarcadero.

La primera vez que llegó hasta él no pudo apreciar nada, estaba demasiado disgustada rogando que la llevasen con su mamá, pero, ahora, Victoria era consciente de todo su entorno, tenía que conocer muy bien todo lo que la rodeaba. Se fijó en que el embarcadero era mucho más nuevo, o mejor cuidado, que el de la anciana.

Se acercó a él con ánimo de tirarse de cabeza y bucear. Parecía que la profundidad era similar, pero sabía por experiencia cómo engañaban esas aguas tan transparentes. Allí no se veía ninguna piedra, pero sí peces de colores.

Dejó en la orilla el otro plátano, que no le había dado tiempo de comer, pensando volver a por él enseguida, y se lanzó al agua recordando y tratando de imitar la zambullida de la

anciana.

Buceó lamentando no tener forma de saber el tiempo que aguantaba, y solo salió a la superficie cuando se lo exigieron los pulmones.

Siguió nadando en paralelo a la isla, sin alejarse demasiado de la orilla, para poderla alcanzar con rapidez cuando lo creyese necesario. Hasta que sintió la necesidad de salir del agua para descansar.

No tenía ni idea del tiempo que había estado sumergida disfrutando de aquel líquido y de sus pequeños y coloridos habitantes. La parada coincidió con un grupo de gramíneas, a cuyos tallos pudo agarrarse para salir del agua a tierra con más facilidad.

Allí permaneció sentada descansando a su sombra, con el oído muy atento a cualquier ruido, muy especialmente al de motor.

¿Qué haría, pensó inquieta, si ahora mismo oyera acercarse una barca. Debía de estar muy lejos de la choza, no le daría tiempo para volver, ponerse la cadena y meterse a la cama... Entonces, no tendría más remedio que esconderse.

Estaba segura de que con todo lo que había nadado no la encontraría tan fácilmente. Mientras lo pensaba jugueteaba con los bambúes verdes y flexibles, curvándolos y dejándolos volver a su lugar tras unos instantes de bamboleo. Recordó que llevaba aquella especie de navaja curvada y comprobó que seguía muy sujeta gracias a la elasticidad del traje de baño. Probó a cortar un tallo. «¡Fantástico! —pensó—, qué bien corta. Pero ¿seré capaz de defenderme si algo o alguien me quiere hacer daño?».

Observó que el tallo, aunque delgado, era hueco por dentro e inmediatamente vino a su cabeza una imagen. Si cortaba otro un poco más grueso y largo, podría bucear con él, o esconderse en la orilla si veía venir a su raptor sin darle tiempo para volver a la choza.

En alguna película lo había visto.

Volvió a sumergirse con un tallo más grueso para poner en práctica su idea y pudo comprobar entusiasmada que le resultaba fácil permanecer dentro del agua respirando por ese bambú.

De esa guisa recorrió algunos metros, descansó de nuevo y volvió a sumergirse, ya más relajada, a pesar de que empezaba a sentirse muy cansada. Aún trató de alejarse un poco más para medir sus fuerzas.

Muy cerca se apreciaba una zona donde parecía comenzar una playa; siguió nadando hasta alcanzarla. Se tumbó sobre la fina arena blanca, pero le daba el sol y de nuevo buscó un lugar a la sombra. Observó su entorno. Nadie. Nada.

EN BALI Y SIN VICTORIA

Diana

—¡Es angustioso! Por más que le doy vueltas no recuerdo ni un solo ruido extraño durante la noche. La distancia entre nosotras no era tanta como para no oír cualquier ruido extraño. Tengo el sueño ligero. Alguna vez, durmiendo, Victoria habla en alto y yo la oigo, aunque no entienda lo que dice.

» Utilizamos dos habitaciones, ¡pero están al lado!, en el mismo bungaló. Aunque la drogasen, ¿cómo podrían llegar a ella para hacerlo y después atravesar su habitación, el saloncito y salir al porche con ella, sin realizar ningún ruido...?

» ¿Estaba dormida y le pusieron las zapatillas después de que la droga hiciera su efecto? Esta es la idea que más ocupa mi cabeza. Nada tiene sentido. Voy a volverme loca.

» No sé si podré soportar este desafío del destino sin consumirme, como la vela recién encendida que se yergue orgullosa retando a la oscuridad y va entregando en el empeño todo su ser, y se va derramando, vaciando, dejando de ser, casi sin percatarse, hasta que todo se oscurece porque ella ha dejado de ser, de existir.

» De pronto, aparece Victoria en plena noche, llamándome, y yo la escucho y sigo su voz, pero no la encuentro. Otras veces, de repente, noto que me abraza, y yo la estrecho fuertemente entre mis brazos, hasta que veo que no hay nadie. Mis brazos están vacíos. Vacíos. Victoria ha vuelto a desaparecer.

» Y son tan reales estas escenas..., hasta puedo oler el perfume de sus cabellos recién duchada. Aunque están secos.

» La veo jugando en el césped del parque mirándome con esos ojos tan expresivos, como preguntándome por su vida, su futuro; con ojos eternos que acaban de estrenar un paisaje recortado, ojos destinados a descubrir las paradojas y lo insólito de la vida, sus grandes refutaciones, y desacuerdos, sus disparatadas decisiones. “¿Por qué no estás conmigo mamá?”.

» Y pasan los días, y yo sigo repasando cada dato, cada minuto, salto de la piscina en la que se está bañando al momento en que nos despedimos a la puerta de su dormitorio, pero entro a descubrir su cama, estiro bien las sábanas y ella pasa al baño después de regalarme un beso mimoso, con sus ojos casi cerrados, agotados de tanto mirar, de tanto observar, de tanto querer descubrir lo que hay detrás de todo lo que ve, pletóricos de sueño que se desborda entre los pliegues que se han formado en su terso rostro. Y sigo buscando algo que me haga comprender el motivo de su desaparición, una pista de dónde puede estar.

» Pero nada encaja. Tan solo habíamos estado aquí un día escaso, no existen recuerdos que respondan a la pregunta de a dónde le gustaba ir o con quién solía hablar. Sí, he probado a buscar a la bailarina que tan bien nos atendió en la comida. La recuerdo hablando con ella, como se recuerda un tesoro escondido que contiene la respuesta a un interrogante vital. La encuentro. No tiene la respuesta. Ha sido difícil. Ha quedado afligida cuando le he preguntado si había vuelto a verla. La recordaba perfectamente, pero no, no había vuelto a verla. Nadie la ha visto. ¿Cómo es posible que nadie la haya visto? ¿Es que no existe?, ¿tan solo ha sido un sueño? ¿He soñado que tenía una hija que se llamaba Victoria?

» El silencio de la persona que se la ha llevado me deja sin ninguna posibilidad de

maniobra.

» Recuerdo mi firme negativa para aceptar el viaje que me ofrecía mi amiga Ana, precisamente por mi hija...

» Como en una película, pasan por mi mente todos aquellos impedimentos que yo había argumentado para justificar mi negativa, todos efecto del miedo a que a Victoria pudiera ocurrirle algo en un país lejano, de idioma y costumbres desconocidas. ¡Y le ha ocurrido!

» ¡Cómo podía imaginar lo que pasaría en Bali, con lo feliz que ha sido mi hija durante todo el tiempo que hemos estado en Singapur!

Bali, 4 de marzo

Aquella fatídica mañana de 25 de febrero, tras largas horas de estar buscando a Victoria sin ningún éxito, Gerardo decidió ir a la policía para denunciar su desaparición, y después acudió a la cita que tenía con su amigo Fernando.

La sorpresa fue terrible y muy preocupante. Por él supo cómo y por qué había desaparecido Victoria, y ¡se sintió tan culpable! Fernando le contó lo que había ocurrido la pasada noche después de que se despidieran en el jardín, y Gerardo se sintió completamente hundido por lo que su amigo le relató.

—¿Por qué no me avisaste anoche de lo que había ocurrido?, te hubiera ayudado a buscarla —le gritó asustado al conocer la realidad de los hechos.

—¿Y por qué iba yo a pensar que no volvería a su casa esa misma noche? ¿Y cómo te iba a avisar, llamando a la puerta de tu bungalow y despertando a tu mujer? O mejor, os despierto con el teléfono...

—Si no la hubieras asustado... ¿Dónde habrá ido? Seguro que trató de esconderse.

—Es fácil que se metiera en el agua..., posiblemente se haya ahogado —respondía Fernando con frialdad, para mayor preocupación de Gerardo.

—¿Qué dices? No lo vuelvas a repetir. Lo que hace falta es que nos ayudes a encontrarla.

—Está bien, no se me ocurre qué hacer para encontrarla, pero la buscaré. Ahora, que conste que nos puede dar problemas. Ya te advertí que esa niña podía darnos problemas.

—¡Claro, me lo advertiste! Pero se te olvidó decirme que la ibas a asustar con tu enorme presencia para que huyese despavorida en plena noche.

Fue una conversación que lo sumergió en una confusión irresoluble. Debería contárselo a la policía, o por lo menos a Ana. Pero entonces tendría que explicar otras cosas. Tal vez apareciera ese mismo día, pensó para su tranquilidad.

—Yo acabo de denunciarlo en la policía —dijo, pesaroso.

—¡¿Qué has hecho qué?! ¿Tú sabes lo que significa eso para nuestro negocio? La policía va a meter las narices en todo lo que hagáis y os tendrá vigilados, siempre sospechan de los más cercanos.

—Pero ¿qué querías que hiciésemos?, ¿buscarla en secreto, sin que nadie se enterase de que había desaparecido?

—Tengo que ponerme en contacto con nuestros socios. Hay que parar todo el entramado. Y tú no debes comunicarte directamente con ellos. Yo buscaré la forma de encontrarnos sin levantar sospechas, pero nadie más se pondrá en contacto contigo. No me quiero imaginar la reacción de nuestros socios, de lo que estoy seguro es de que esto lo pagaremos caro.

—Pero aquí el único culpable eres tú. Así que trata de encontrarla cuanto antes.

Desde aquel diálogo ya habían transcurrido ocho días, no, nueve, este año febrero era bisiesto —calculaba Gerardo.

Y Victoria seguía sin aparecer.

Él estaba haciendo todo lo humanamente posible, pero sin ningún resultado. No había olvidado la recomendación de sus amigos y había repartido dinero entre la policía con la promesa de recompensarlos generosamente si la encontraban con vida.

Ese era su mayor temor, encontrarla cuando fuera demasiado tarde. Y todo por aquel negocio que requería de tratos a escondidas y con gente de esa calaña.

Diana

Mientras, Diana no dejaba de pensar en los distintos pasos que había dado para localizar a su hija y en la poca efectividad de todos ellos.

Después de haber visitado una vez el consulado español en Bali, Bernabé, otro amigo socio de Gerardo, residente en Java, le recomendó que nos pusiéramos en contacto con la Embajada de España en Indonesia, situada en Yakarta, ya que el cónsul honorario español en Bali no le merecía demasiada confianza.

Y yo era de la misma opinión.

La embajada de Indonesia dio cuenta a la Interpol, por si se trataba de un delito contra menores. Le aseguraron que ellos emitirían *notificaciones amarillas*, que era lo que hacían para ayudar a rastrear o tratar de localizar niños desaparecidos.

Mientras, yo permanezco pegada a mi teléfono, pendiente de cualquier noticia. Y si el teléfono pasa de lo que yo considero demasiado rato sin sonar, soy yo la que llama a unos y otros.

Tengo varios números de teléfonos: de la embajada, de la policía, de dos detectives privados. De todos y cada uno de ellos hago uso constantemente: «Pero ¿no ocurre nada nuevo? ¿No tienen nada que decirme...?», «¿Ninguna novedad?», «¿No hay nuevas pistas?...», «¿Se puede saber a qué se dedican?...», «¿A nadie se le ocurre dónde buscar?...».

Camino por los jardines, por las piscinas... fijándome bien en las niñas, esperando ver una niña concreta, pero nunca llego hasta la orilla del mar.

A veces tengo tal sensación de irrealidad que incluso parece que floto, que me he salido del guion de un escritor de terror. Que no soy real. Que nada de lo que ocurre tiene importancia porque todo es mentira. Victoria está conmigo. Pero ¿dónde?

Ana ya no sabe cómo darme ánimos, lo intenta continuamente, me dice que no puedo estar pegada a la mesa de la terraza o dando paseos a lo largo de esta. Pero yo sé que ella también está desesperada.

Lo observo todo con ojos de búho esperando detectar cualquier señal que pueda servirme de ayuda, y no se me escapa que ella muestra unas ojeras parecidas a las que veo cuando tengo que mirarme al espejo.

Permanezco vigilante, convencida de que en cualquier momento aparecerá mi niña y todo volverá a la normalidad. Desde donde me encuentro, yo seré la primera en divisarla.

A veces creo verla y me levanto como impulsada por un resorte, pero, hasta ahora, todas han sido falsas alarmas. Eso no me desanima a seguir esperando verla aparecer, pero durante un tiempo, corto, me deja hundida.

Me informan de que la Interpol estaba moviendo sus brazos, pero sin ningún resultado,

creo que ni siquiera sospechan qué ha podido ocurrir. Claro que, como dice Gerardo: pienso que, aunque lo supieran, tampoco nos lo dirían hasta dar con ella.

No puedo dormir, no me entra ningún alimento sólido, lo único que consigo que mi estómago acepte son líquidos: batidos, zumos, té, cafés solos o con leche.

Ana me animaba también a darme un baño en el mar o en la piscina: «Yo vigilaré el teléfono, te llamaré inmediatamente si suena», me dice. O me sugiere que lea un libro y que mientras tome el sol, para distraer la espera de resultados. Tampoco me sirve. No puedo concentrarme en ninguna otra cosa.

¡Es que ni soporto el sol!, ¡su brillo es demasiado escandaloso! ¡Me molesta! Diría que prefiero el atardecer, cuando empieza a esconderse, pero tampoco es lo que deseo, porque entonces llegan las sombras y me impiden divisar la llegada de Victoria.

—¡Si por lo menos comiera algo sólido e hiciese algo de ejercicio, unos paseos por la playa!, pero ella tiembla cuando se lo propongo —escucho que le dice a Gerardo, olvidando mi buen oído.

Pero a mí me asusta la posibilidad de que el mar me devuelva el cuerpecito de Victoria sin vida. Por eso ni paseo por la playa. Y mucho menos me baño. Todo son imágenes tenebrosas. ¡Qué horror! No, no quiero ir al mar, prefiero verlo desde la terraza.

Trato de eliminar esas imágenes, pero tardo en conseguirlo. Estoy mejor en tierra firme.

—¿Por qué no se ha llenado Bali con la fotografía de mi hija poniendo «Se busca» —pregunto.

Dicen qué voy a tener que estar atendiendo al teléfono con llamadas que me van a dar falsas esperanzas. ¿Y qué otra cosa más importante tengo que hacer que atender a esas llamadas? Alguna será verdad.

¿A nadie se le ocurre un sitio donde ella se haya podido ir? ¡Pero si no conoce la isla! ¿Quién se la ha llevado?

Victoria, 5 de marzo

Victoria abrió los ojos, sin recordar dónde estaba, ni por qué se encontraba allí; seguía bajo el influjo de los sueños y todavía no los diferenciaba con la extraña realidad que vivía.

No reconocía aquella playa, sin hamacas ni camas con tules. Allí no había nadie. Fue comprendiendo que se acababa de despertar en otra isla. El reconocimiento de su situación actual volvió con rapidez a su cabecita bien amueblada.

Tras tanto tiempo nadando, el esfuerzo la había dejado exhausta, y la vista de la playa vacía la invitó a quedarse un rato tumbada; se había quedado dormida en calma y había soñado, y aunque no recordaba sus sueños, tenía una sensación apacible, como si tuviera la esperanza de que algo bueno iba a ocurrir.

En un instante fue consciente de por qué estaba allí, quería encontrar una salida, escapar del hombre que la había robado de la isla de Seni. Se desesperó estirando los brazos con fuerza, el sol estaba muy alto, casi no había sombra.

Cruzó la playa en dirección a la zona selvática que la limitaba, avanzó observando con atención el lugar, tenía la percepción de que había atravesado aquella isla de un extremo a otro, la playa parecía el final.

Después de pensar con una claridad impropia de sus pocos años, entendió que, si avanzaba, acabaría en el lugar de donde había escapado.

Aun así, decidió volver. Pero esta vez haría el recorrido por tierra, y por la otra orilla tratando de no perder de vista el mar; lo malo sería si la isla era demasiado ancha para poder oír el motor del barco.

La isla no parecía muy ancha, por el momento alcanzaba a ver las dos orillas, parecía más bien pequeña, bastante plana y con poca vegetación para ser una selva, ¿sería una selva?

No se veían terrazas para cultivar arroz, como en la isla de Seni, ninguna montaña destacaba desde el lugar donde ella se encontraba. Sin embargo, desde la orilla observó que ya no estaba a ras de mar como en la playa y que más adelante aumentaba la altura con relación al mar, aunque no se apreciara la subida.

Cuando llevaba un rato caminando, recordó el plátano que había dejado junto al embarcadero, sentía hambre y ese recuerdo multiplicó su avidez. O tal vez fue al revés. Miró en derredor. Ningún fruto comestible se ofrecía a su vista.

Apreció que algunos pequeños animalitos huían al acercarse a ellos, no le daba tiempo a distinguir de qué clase de animales se trataba, pero, por la forma rápida en que se movían las plantas, estaba segura de que no eran serpientes, que era las únicas a las que temía; ellas se movían con sigilo. Las iguanas ni se inmutaban a su paso y los pajarillos cantaban sin cesar. Pero nada con que alimentarse.

Estaba segura de que tenía que haber algún fruto, a esa conclusión podía llegar gracias a las explicaciones gestuales de la anciana, unido a las muchas demostraciones prácticas con las que había sido instruida durante los días que estuvo en la otra isla, pero nada veía que pudiera ser comestible.

En su observación durante el camino de vuelta, reparó en que frente a ella, con el océano de por medio, se podía apreciar un pequeño islote. Le pareció que estaba cerca, tal vez pudiera llegar nadando; si fuera así, tendría otra forma de esconderse de su raptor hasta que un barco cualquiera pasara por la isla.

Era una idea para escapar de allí, pero primero tendría que comer algo, no podía arriesgarse a nadar sin antes haberse alimentado, le fallarían las fuerzas, aunque tal vez necesitara practicar más la natación.

Dio vueltas a la idea tentadora de poner aquel brazo de mar por medio, pero se sentía a punto de desfallecer. No tendría fuerzas para llegar hasta la isla a pesar de que parecía bastante cercana. Había estado mucho tiempo nadando y buceando, no sabía cuánto, pero sí sabía lo cansada y hambrienta que se encontraba.

Desistió de momento de la idea, siguió buscando cualquier fruto comestible mientras avanzaba camino de la cabaña. Empezaba a pensar en las habilidades que le había enseñado Seni para conseguir comida en el mar, sería cuestión de encontrar el palo adecuado y sacarle punta. Podía intentarlo.

Pensó en cómo lo cocinaría, aunque Seni a veces comía el pescado crudo. También su mamá cuando la llevaba a un japonés, aunque ella prefería lo que sacaban caliente en una cestita.

Sintió un cosquilleo en la tripa al pensar en su madre, pero enseguida pensó en otra cosa. ¿Buscaba pescado y lo comía crudo o intentaba encontrar unas piñas de esas que crecían sin plantar?, piñas silvestres, eso eran.

Siguió avanzando y mirando el suelo mientras lo decidía. Apreció que la forma de la isla tenía muchas curvas, al menos por ese lado; nadando no lo detectó, tal vez solo fuera por esa orilla.

De pronto y no muy lejos, destacaban unos cocoteros, avanzó hacia ellos. Llegó a un

claro de aquella casi selva, no tuvo que buscar la forma de cogerlos del árbol, sería imposible con su estatura. El suelo lucía con la abundancia de estos frutos; quedaba claro que algunos llevaban tiempo esperando ser recogidos y, en esa espera, acabaron germinando, pero también se apreciaban los recién caídos.

Con su navaja curvada y después de haberle proporcionado numerosos golpes contra una de las piedras, pudo terminar de partir un coco, con cuidado para beber el agua que contenía — volvió a recordar a Seni—, bebió y después lo comió con ansia, estaba buenísimo.

Miró de nuevo hacia donde había visto la isla unos minutos antes, pero la isla ya había desaparecido de su punto de mira. Debía de ser minúscula, pensó; retrocedió unos metros hasta volver a verla. Si desde ella fuera capaz de vigilar las entradas y salidas de su raptor, podría irse allí mientras él estuviese y volver a esta isla cada vez que él se fuera, pero ¿dónde dormiría?, ¿habitaría alguien aquella isla? Solo podría saberlo visitándola.

Tal vez lo más sensato en esos momentos fuera volver a su cabaña, comer y dormir en ella y en cuanto su raptor se fuera de nuevo, intentar ver aquella isla y sus posibilidades. ¿Sería capaz de llegar hasta allí?

Avanzando sin alejarse de la orilla del mar, por un camino con aspecto de poco transitado, descubrió varios árboles con sus mazos de pequeños plátanos. Parecían estar esperando a que alguien los recogiese, cortó unos cuantos y fue saboreándolos por el camino.

Ya no se veía la otra orilla, en algún momento había dejado de preocuparse por esto, seguro que fue cuando sintió la necesidad de encontrar algo con que alimentarse.

Cuando pensaba que todavía le quedaba mucho por recorrer, vislumbró entre la vegetación una cabaña. No podía ser la suya, le había costado mucho tiempo llegar hasta la playa, y ahora la vuelta, contando el tiempo de descanso para comer el coco..., imposible pensar que había transcurrido tanto tiempo, ni muchísimo menos, alguien debía de vivir por allí, pero no podía saber si aquello era bueno o malo, sería precavida y trataría de observarlo todo para llegar a alguna conclusión.

Permaneció unos minutos tras un árbol por si veía moverse a alguna persona.

Cuando comprobó que no había nada que la hiciera pensar que alguien estaba en aquella cabaña, se sintió algo más segura, y se fue acercando con cuidado.

Todo lo que alcanzaba a ver le parecía que ya lo había visto antes.

Llegó a una parte en la que ya no le ofrecía dudas. Estaba junto a su cabaña y parecía que en los alrededores no había persona alguna. Con todas las precauciones posibles, fue hasta su cama, pero decidió no ponerse la cadena hasta no estar segura de que por allí no había nadie más y que su raptor no había vuelto.

Todo estaba como cuando ella salió a primera hora de la mañana.

Recordó el plátano que había dejado en la orilla, y se dispuso a recogerlo, si él lo veía podía tener más problemas.

Al volver esperó paciente, tumbada en la cama, pensando en lo que había aprendido en ese día: además de comprobar que era capaz de aguantar la respiración durante un buen rato, mientras buceaba, había recorrido la isla por uno de sus lados nadando; también había encontrado la forma de esconderse en el mar el tiempo que hiciera falta, gracias a los bambúes que crecían en las orillas.

No debía olvidar comprobar, antes de salir de la cabaña, que llevaba la navaja escondida entre la braguita y el traje de baño.

Siguió pensando qué forma tendría esa isla, sin duda era de pequeñas dimensiones, pero

posiblemente no fuera ovalada como ella se había imaginado, ni la playa en la que había estado tumbada estaba en el otro extremo de la isla. Nadando sin perder de vista la tierra, no podía saber si lo había hecho en línea más o menos curvada, lo que sí sabía era el poco tiempo que le había costado volver desde la playa a la cabaña.

¿Qué camino tomaba su raptor cuando salía con su barco? Tendría que vigilar con cautela en cuanto saliera del embarcadero, y ahora también podría observar de dónde venía. Recordó que desde la cabaña no se veía el mar, y ella no podía esperarlo fuera.

En esos pensamientos estaba cuando oyó en la lejanía el ruido de un motor. Quiso ubicar ese sonido para saber de qué parte venía, pero le resultó imposible, sobre todo porque, a pesar de llevar tiempo esperando escuchar aquel ruido, ahora se daba cuenta de que no estaba preparada para enfrentarse de nuevo a un hombre como aquel, capaz de tratarla con amabilidad unas veces y de pegarle otras.

Su nerviosismo era evidente, también el miedo que se iba adueñando de todas sus articulaciones. Estaba llegando y no sabía qué le iba a hacer, cómo la iba a tratar.

Le costó poner el candado en la argolla que rodeaba su pierna, las manos le temblaban, se arrepentía en esos momentos de haber vuelto a la cabaña, consiguió agarrar la manta y taparse hasta la cintura.

Trató de hacerse la dormida, pero su raptor entró dando voces; ella volvió a temblar con un miedo que no podía controlar.

Se dio cuenta de que el semblante del hombre no indicaba que estuviera muy enfadado, pero no podía hacerse ilusiones de lo que le esperaba. No sería la primera vez que la sorprendía con su brusquedad.

Lo vio acercarse a la mesa que tenía junto a su jergón, donde permanecían los restos de la comida del día anterior. Entre otras cosas, alguna empanadilla dulce que, a pesar de lo mucho que le gustaban, no había sido capaz de probar al volver.

Cierto que había comido un coco y unos cuantos plátanos, pero a esas empanadillas nunca decía que no.

Seguramente se le habían pasado las ganas en cuanto entró en la cabaña.

Con gestos calmados, el hombre retiró todo lo que había en la mesa, incluso cogió un trapo y limpió los restos que quedaban. Después sacó dos recipientes de plástico les quitó la tapa y, tras dejar unos palillos en la mesa, le puso un tenedor en la mano.

Le hizo señas para que se sentara en la cama a comer, y hasta le acercó un banco por si prefería comer al otro lado de la mesa.

Victoria estaba confundida, pero, sobre todo, asustada. Tenía el pensamiento rápido y sabía lo que significaba sentarse. El hombre se daría cuenta de que el candado no estaba cerrado. ¿Qué hacer?

Arrastró la manta sujetándola con las dos manos a la vez que bajaba las piernas de la cama. La mantuvo sobre sus rodillas como si tuviera frío. Miró hacia sus pies. No, no se veía la argolla ni el candado. Pero no consiguió calmar su inquietud, continuó angustiada mirando al que en estos momentos estaba interpretando el papel de buen anfitrión.

Lo vio sacar del bolsillo un papel y empezar a leer. No intentó entenderlo hasta que captó alguna palabra que conocía, entonces prestó atención.

—¿Tú entender mí?

La cara de Victoria, su parpadeo y movimiento de cabeza, evidenciaron su falta de comprensión por lo que había dicho. Él volvió a hablar.

—*Yo aprender español mal, tú no entender mí.*

—¡Sí, sí, te entiendo! —respondió Victoria muy sorprendida y esperanzada, al tiempo que movía la cabeza en señal de asentimiento.

—*Tú, mañana guapa con vestido* —volvió a leer—, *amigo vendrá, tú no hablar nada. Tú no entender nada. Tú sonrrreir solo.*

La sonrisa que había ido naciendo en el rostro de Victoria, tanto por la grata sorpresa como por la mala pero graciosa dicción, se eclipsó.

Otra vez vendrían a visitarla y otra vez se enfadaría con ella si el visitante no hacía lo que aquel hombre esperaba. ¿Qué podía hacer ella?... Pensó en la isla cercana.

—*Comer, comer mucho. Dormir y mañana bien* —repetía la frase que ya había conseguido memorizar.

A Victoria no le apetecía comer nada, pero el hombre insistía con gestos y utilizando, de forma excesivamente reiterada el infinitivo. Tuvo claro que no tenía más remedio que hacer un esfuerzo para evitar su posible enfado.

No tenía ni idea de qué estaba comiendo, tampoco le importaba, no sabía mal, su componente principal era el arroz, por lo que se esforzó en simular que comía con ganas. Dejó el tenedor cuando sintió que un bocado más la haría vomitar.

El hombre pareció satisfecho por la cantidad ingerida y dijo: «Tú dormir», y se fue tranquilo a su cama, luciendo una sonrisa de satisfacción.

Victoria daba vueltas en su jergón temiendo lo que le esperaba y rumiando qué podía hacer. Pensaba que, una vez amaneciera, su raptor no se iría, ya que esperaba visita, por lo que ella tenía que decidir entre huir esa noche o permanecer en la isla a merced de lo que pudiera ocurrir con el visitante.

Cabía la posibilidad de que este también hablase español, pero... ¿de qué iba a servir? Le había prohibido hablar y, aunque hablara, seguramente él tampoco la querría llevar junto a su madre.

Escuchó sus primeros ronquidos..., era el momento de escapar, pero de noche no se atrevía a adentrarse en el bosque. Recordó que no había visto ninguno de los animales habituales de la otra isla, pero sabía que durante la noche eran más activos, lo había leído cuando su mamá le dijo a dónde pensaban viajar.

Los ruidos que hacían por la noche eran muy similares en las dos islas, por lo que era lógico pensar que los animales que la habitaban serían muy parecidos, aunque no los había visto cuando la atravesó. No obstante, si lo pensaba bien, ella había recorrido la isla en su mayor parte por el exterior nadando, y otra parte más corta, caminando por la orilla.

Bueno, pues eso es lo que debía hacer: huir por la orilla, cortar un bambú, por si se tenía que esconder en el agua, y tratar de llegar a la islita vecina cuando empezara a amanecer, para ver con claridad suficiente por dónde iba y dónde se metía. Permanecería paciente unas horas en su jergón, para que no se le hiciese interminable la espera en el bosque.

El problema podría ser que su raptor se despertara antes de lo previsto y no le diera tiempo a escapar, necesitaba dormir un poco, pero sentía miedo de no despertarse a tiempo, o sea, antes que él.

Llegó a la conclusión de que debía esperar despierta, pero cansada como estaba, se quedó dormida casi sin terminar de haberlo decidido.

Su sueño durante la noche era inquieto, y un ronquido que más bien parecía el estertor de un moribundo la despertó.

6 de marzo

Tal como lo había decidido, retiró la manta y se dispuso a soltar la argolla del candado. Una luz tenue entraba ya por las dos ventanas, suficiente para lo que se disponía a hacer.

Pero la argolla no se abría.

Miró el candado y lo que vio le encogió el corazón, sintió la necesidad de llorar; el candado se había cerrado, así no podía escapar, tenía que volver a robarle la llave, que seguramente seguiría en los pantalones, pero en esos momentos le pareció extremadamente arriesgado.

Él debía de estar a punto de despertarse, a juzgar por la luz, el griterío de los monos y el canto de los cálaos, que eran los sonidos que aprendió a distinguir; esos ruidos escandalosos anunciaban que estaba a punto de clarear la mañana. Y ella veía que la mañana ya estaba clareando.

Sus dudas se acabaron pronto, porque él se levantó y, tal como recordaba Victoria, volvió a repetirse el ritual del día que tuvieron la primera visita: quitarle la cadena, desayuno, ducha, vestido y zapatos blancos y a esperar la visita.

Llegó pronto. O se lo pareció a Victoria. En esta ocasión solo era una persona; sus rasgos no se parecían a los de su raptor, tampoco a Gerardo.

Tenía finos labios y pómulos prominentes, en contraste con una casi inexistente nariz, unos ojos como líneas rectas que no dejaban ver su color y que a Victoria le hicieron dudar de que el nuevo visitante pudiera ver a través de esas rendijas. Otra vez la exhibición, las vueltas mostrándola orgulloso, la inspección del visitante, las sonrisas edulcoradas que la confundían.

Su pelo parecía atraer la atención del desconocido de forma singular. Varias veces lo desplegó como si fuera un abanico, luego lo llevó hacia el rostro, lo olió y lo volvió a retirar. Llegó la repetición del momento en que se iban aparte, hablaban bajito y la visita sacaba del bolsillo un fajo de billetes.

Pero, esta vez, el que había venido a verla los contó e hizo dos paquetes, aparentemente iguales. El raptor hizo un gesto que pareció de enfado.

Victoria se asustó. Otra vez iba a tener que sufrir los malos tratos de aquel hombre, ¿por qué había vuelto?, ¿por qué no se había escondido en algún lugar de la isla? Pero algo le dijo el visitante que tranquilizó al vendedor, aunque no a la niña.

Vio que al fin le daba a su raptor uno de los paquetes de dinero, y guardaba el otro en el mismo bolsillo de donde habían salido. Gesticulaba mucho y, por los movimientos de mano, Victoria hizo su propia interpretación, en la que se reafirmó cuando lo vio montarse en su lancha y hacer muecas. Entendió, gracias al escaso vocabulario que había aprendido con Seni, que decía algo así como: vuelvo pronto, o enseguida regreso, o te veo luego.

Victoria esperaba con miedo la reacción del hombre que, por lo visto, quería venderla. No entendió las razones por las que el comprador, a pesar de pagar, se iba solo, pero sí entendió que volvería a por ella. Este hombre también se había marchado, pero le había dado dinero y ella no había dicho ni palabra, cierto que tampoco le habían preguntado.

Pero ellos se entendieron en una mezcla del idioma que hablaba Seni y algo parecido al inglés, y ella había conseguido entender alguna cosa, lo suficiente como para comprender que el enfado del anterior fue porque no le había pagado nada. Seguro que se habían arrepentido y decidieron no comprarla porque no les había gustado, pero al de hoy sí le gustaba.

Ella ya había escuchado de casos en los que un matrimonio no podía tener hijos y

compraban niños que no tenían padres. Algo así debía de ocurrir con aquellos hombres, pero ella sí tenía a su mamá.

Observó al raptor y su gesto alegre le confirmó que todo había ido de acuerdo a lo esperado. Empezaba a perder el miedo, pero se dio cuenta de que no sabía qué le esperaba si ese hombre se la llevaba a su casa como hija. Tenía que huir, tenía que encontrar la manera de reunirse con su mamá, porque si alguien la compraba no era para devolverla a su familia, así que, por muy bien que la tratase, no volvería a verla.

La angustia volvió a oprimirle el pecho. Tenía que huir antes de que la volviera a atar. No sabía si se podría presentar otra ocasión. Ahora él estaba contento y distraído contando el dinero que acababa de recibir. Podía ser el momento adecuado.

Pero recordó sus planes y no estaba preparada, la navaja estaba bajo su jergón y ese vestido le impediría nadar con comodidad, necesitaba ponerse el bañador y coger la navaja, tendría que ganarse su confianza.

Pensando que él había aprendido palabras en español, intentó decirle si se podía dar un baño, quitarse el vestido y ponerse el bañador, pero por lo visto ninguna de esas palabras entraban en el vocabulario aprendido el día anterior, así que tuvo que acudir a los gestos de nuevo.

Venciendo sus escrúpulos, le dio la mano con la correspondiente sorpresa para él y lo llevó al interior de la cabaña, le mostró el traje de baño que se había quitado poco antes para ducharse, ya que teniendo intención de huir no se había despojado de él para dormir. Hizo mención de desprenderse del blanco vestido.

—*Tú guapa con vestido. Tú entender.*

Victoria tomó el traje de baño y lo puso sobre su cuerpo, miró a su raptor preguntando: «¿Puedo?». Y ante el silencio de su interlocutor, dio unas brazadas como si estuviera nadando. Como seguía sin dar muestras de entender, hizo mención de comenzar a quitarse el vestido. Lo miraba con precaución esperando que reaccionara dándose la vuelta y, a la vez, temiendo que se lo negara y lo hiciera con enfado, por quererse desprender del blanco vestido.

Al fin, el raptor pareció haber comprendido. Su rostro seguía mostrando la satisfacción por el dinero que llevaba en la mano, lo que tranquilizó un poco, tan solo un poco, a Victoria.

Vio su movimiento de cabeza, que interpretó como aceptación, y ella volvió a hacer el gesto de ir a quitarse el vestido.

Él fue hacia la puerta dándole la espalda, como hizo en la otra ocasión, momento que aprovechó Victoria para, además de ponerse el traje el baño, introducir la navaja repitiendo los movimientos del día anterior. Se puso las ligeras sandalias de plástico rosa. Necesitaba proteger sus pies. Pensó que ya estaba preparada para lo que intentaba hacer.

Se acercó a su raptor y, salvando de nuevo su repugnancia, le agarró el brazo. Cuando este la miró, Victoria simuló nadar de nuevo y esperó su reacción, con instintivo temor a otro enfado, pero él la miraba imperturbable.

—¿Sí? ¿Puedo? —Y volvió a simular que nadaba. Esta vez, él le hizo un gesto para que esperara.

Cogió un salvavidas, que tenía colgado con una cuerda a la entrada y se lo dio. Victoria lo aceptó con una sonrisa agradecida. Dedujo que él pensaba que no sabía nadar muy bien. Eso la favorecía, nunca se le ocurriría pensar que se escondía bajo el agua y mucho menos que era capaz de nadar hasta la isla.

En realidad, ella tampoco estaba muy segura de poder lograrlo. De lo que sí estaba segura

era de que allí no podía seguir y esperar que se la llevaran a otro lugar para siempre. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¡Para siempre!, ¡para siempre!, resonó en su cabeza una voz interior.

Victoria no lo dudó, se puso el flotador y acompañada de su raptor fue hasta el embarcadero. Se descolgó desde las tablas y se metió con cuidado en el agua, para reforzar la idea de que no sabía nadar muy bien. Él la observó y, cuando vio que se podía fiar de dejarla sola porque llevaba puesto un salvavidas, entró en la cabaña para preparar la comida, mientras palpaba satisfecho el bolsillo en el que había guardado el dinero.

Victoria aprovechó el momento, salió del agua unos metros más arriba y cruzó hasta la otra orilla de la isla. Sabía por su experiencia del día anterior que allí, en la parte donde se encontraba, la isla no era muy ancha. Cuando fuera a buscarla lo haría por el lado en que la había dejado nadando. Para cuando se le ocurriera buscarla por el otro lado ella ya contaría con una ventaja.

Ahora tenía que llegar al punto donde estaban los plátanos y luego a la explanada de los cocoteros, un poquito más adelante se vería la isla. Trataría de llegar antes de que se diera cuenta. Nunca se le iba a ocurrir buscarla allí.

Corrió para salvar las distancias que la alejaban de su raptor y la acercaban a la vecina isla. A la velocidad que caminaba, pronto se encontró con los lugares de referencia, solo hizo una parada cuando divisó un grupo de bambúes, parada que le sirvió de descanso.

Mientras cortaba y limpiaba la caña que le pareció más adecuada, no dejaba de observar su entorno y escuchar los ruidos de su alrededor por si advertía que su raptor la llamaba o estaba cerca. No se apreciaba nada anómalo. Posiblemente, todavía no la había echado en falta.

El corazón le latía con fuerza. Aun así fue capaz de cortar también unos juncos muy largos y finos que trenzó con increíble habilidad, como cuando peinaba a sus muñecas. Imposible haber adivinado que aquella actividad lúdica podría servirle algún día para salir de tamaño aprieto. Pasó un extremo del trenzado en torno al flotador, lo unió con la cuerda de la que había estado colgado en la cabaña entre los juncos, y siguió trenzando. Cuando acabó de trenzar los juncos con la cuerda, ató el otro extremo del trenzado a su cintura. Si se cansaba, podría descansar un poco con su ayuda.

Estaba llegando a la explanada de los cocoteros cuando empezó a escuchar los gritos fácilmente identificables de su raptor. Sintió que el miedo se apoderaba de sus articulaciones impidiéndole moverse todo lo deprisa que necesitaba para que no alcanzara a verla. Un esfuerzo más y llegaría a la orilla desde la que tenía previsto lanzarse al agua.

Los chillos se escuchaban cada vez más cerca, pero ella todavía no había alcanzado el lugar que calculó como más próximo, teniendo en cuenta que «la línea recta es la más cercana entre dos puntos». Sin duda se había entretenido demasiado trenzando los juncos. Decidió poner en práctica el buceo con la caña de bambú.

Sumergida junto a la orilla y respirando por la caña, escuchó, amortiguados por el agua, los chillos del ladrón de niñas, temió que se acercara demasiado y apreciase que una caña sobresalía del agua.

Los gritos se fueron apagando hasta desaparecer. Seguramente había desistido de buscarla sin llegar al lugar donde se encontraba. Antes de salir quiso asegurarse de que no estaba allí esperando a que se moviera o saliera del agua. Lo hizo muy despacio y con miedo de toparse con aquel desagradable rostro frente al suyo.

Victoria estaba entumecida. Sentía que necesitaba moverse, no podía aguantar más en la

posición en que se encontraba.

Salió a la superficie, aún temerosa de volver a ver la cara de aquel odioso ser. No parecía que hubiese nadie. Una mirada a su alrededor junto con el silencio empezó a tranquilizarla.

Se sentó al borde de la roca que sobresalía. Y respondiendo a una necesidad imperiosa, comenzó a mover brazos y piernas. Se había asustado sin motivo. Seguro que no había llegado hasta aquel lugar.

Necesitaba descansar un poco antes de iniciar aquella travesía. También estaba impaciente por alcanzar la isla. Cuando se sintió mejor, recorrió el espacio que faltaba para ver la isla frente a ella.

En esa orilla recogió el flotador del que se había soltado al oír los gritos y que había dejado camuflado entre la maleza. Avanzó hasta el punto donde consideró que mejor se divisaba la isla, y, sin necesidad de pensarlo ni una sola vez, se tiró al agua. La altura no llegaba a un metro.

Comenzó a nadar con ganas, hasta que se sintió cansada y desaceleró el rápido ritmo de sus brazos, que se batían contra aquel mar que no le era hostil. Ya no se oía más que el rumor cadencioso de las olas.

La isla parecía burlarse de ella, se alejaba cada vez más, o tal vez fuese a ella a la que le parecía que se encontraba cada vez más lejos. No quería dejar de nadar y continuó con mucho esfuerzo, hasta que se rindió a la evidencia.

Necesitaba descansar. Tiró del trenzado de juncos para tumbarse encima del flotador. Las aguas eran tranquilas y, con medio cuerpo apoyado en el salvavidas, pudo recuperar fuerzas. Aún tuvo que hacer un par de paradas más, antes de llegar a la isla.

Se tumbó exhausta en la orilla de una pequeña playa. Lo había conseguido, estaba libre de aquel mercader de niñas con madre. Podía descansar tranquila. Sonrió al pensar en el fracaso del negocio de su raptor. Cuando el comprador volviera a por ella...

Cerró los ojos durante unos minutos sintiéndose libre y sin pensar en qué le esperaba a partir de ese momento. Sin abrir los ojos, su radar de ruidos la hizo ponerse en guardia, creyó oír que las plantas cercanas se movían, a pesar de la falta de viento.

El miedo la hizo retrasar el momento de abrir los ojos para asegurarse de que estaba sola, de que nadie andaba cerca, de que su raptor no la había seguido. El corazón volvía a palparle velozmente solo con imaginar que estaba cerca de ella. Los abrió al fin.

Sin levantarse de la arena, pudo comprobar que su raptor no la había seguido, allí no había nadie. Se dio la vuelta para apoyar la cabeza sobre su brazo. Pero observó que algo movía ligeramente la maleza y ella no advertía ni la más ligera brisa.

Puso toda su atención en aquel sutil movimiento que solo se producía a su derecha, hasta que vio una cabeza y luego otra y otra más. Eran serpientes verdes que se camuflaban perfectamente entre el ramaje y la hierba.

Recordó los consejos gestuales de la anciana Seni. Hasta que ellas desaparecieran, no debía moverse. Pero ellas estaban avanzando. ¿Cuál era su camino?, ¿hacia dónde se dirigían? Parecía que su destino era el mar. Tal vez ella estaba precisamente en medio de ese camino. Avanzaban muy lentamente, pero tenía la sensación de que la miraban y ella era su destino.

No debía sentir miedo, ellas lo notarían, pero eso era más fácil de decir que de hacer.

Con cuidado se fue arrastrando a su izquierda, buscando otro lugar que se pudiera considerar más seguro y no entorpeciera el recorrido de aquellos reptiles.

De pronto, unos tonos como el coral y el amarillo destacaron a su izquierda. Claramente

se trataba de otra especie de serpientes.

Una amiga tenía en su casa un terrario con una serpiente parecida a las que estaba viendo de color coral y anillas negras y blancas y no eran venenosas, pero ese recuerdo no la tranquilizó nada. ¿Hacia dónde podría moverse si ellas también avanzaban en su dirección?

Casi sin tiempo de asimilarlo, vio, esta vez horrorizada, una enorme serpiente negra o tal vez azul muy oscura con estrechos anillos amarillos. Estaba enroscada en un árbol próximo al que ella se había acercado.

Se arrepintió de haberse movido. Lo había hecho para protegerse de las primeras serpientes que había visto moverse hacia ella. Y esa oscura y enorme serpiente, ahora estaba descendiendo del árbol. ¿Qué camino tomaría?

Los sonidos que ahora llegaban hasta ella eran de índole totalmente desconocida. Se correspondían con serpientes como la cascabel, o la tigre, que silban mientras inflan y desinflan su cuerpo. Ella lo desconocía, pero no necesitaba identificarlos para tener más miedo del que ya sentía, viendo cómo algunas de las distintas especies que alcanzaba su vista se le iban acercando, a pesar de permanecer inerte como aconsejaba Seni.

Victoria estaba más que inmóvil. ¿Dónde podría esconderse? Pretendía volver al agua, pero tal vez ellas también querían alcanzar el mar. Y... una vez en el agua, ¿a dónde se podría dirigir?

El miedo la tenía paralizada. Era la misma sensación que cuando soñaba que quería correr y no podía ¿Estaría soñando? No. Aquello era muy real. Aquella parte de la isla estaba llena de serpientes de toda clase.

Trató de deslizarse arrastrándose con lentitud para no alterar a las que ya estaban cerca y buscó el refugio de un arbusto, confiando que pasaran de largo hacia el mar. Como el avestruz, escondió la cabeza y cerró los ojos para no ver cómo se le acercaban, ni sentir que se arrastraban a su lado, demasiado cerca, así estuvo un tiempo, hasta que sintió que algo se deslizaba entre sus piernas.

AYUDA INESPERADA

Bali, 5 de marzo

Como todas las mañanas desde su llegada a Bali y con excepción del día que Victoria desapareció, desayunaban en la terraza que tenían en común y que se había convertido en una especie de cuartel general, desde donde las iniciativas para encontrar a la niña tomaban forma.

Desde allí partían órdenes, llamadas informativas, entrevistas con distintas personas y medios, todo encauzado a localizar cualquier indicio que los acercase a Victoria, o al menos que les diera un hilo de donde tirar.

En esos momentos Diana seguía acompañada de su amiga Ana. Gerardo apenas había desayunado y ya hacía rato que se había ido, seguramente para continuar haciendo gestiones que les ayudaran a encontrar a Victoria.

Un nuevo día, pero con las mismas perspectivas y esperanzas que los anteriores. Sin embargo, una sorpresa le iba a hacer sonreír por primera vez desde que Victoria desapareció.

Gerardo estaba de vuelta, se estaba acercando con otra persona a su lado. Diana solo tenía ojos para mirar expectante la cara del marido de su amiga, tratando de adivinar si las noticias que traía eran buenas.

Escrutando el rostro de Gerardo, Diana no advirtió quién era la persona que lo acompañaba..., hasta que lo tuvo casi a su lado.

—¡¡Michel!!

La sorpresa la dejó casi sin palabras, se levantó como impulsada por un resorte y lo abrazó llorando. Él la estrechó con fuerza, y después, consternado, besó las lágrimas que resbalaban incontenibles por su rostro y la retuvo unos instantes, lamentando que fuera algo tan doloroso lo que le estaba permitiendo expresar sin represión sus sentimientos.

—¡Cómo lo siento, Diana!, estoy abatido, Victoria ha conseguido todo mi cariño, haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a encontrarla. Anoche conocí la historia, pero no he podido coger un vuelo hasta casi la madrugada.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Diana, mientras se despegaba de sus brazos.

Michel sintió un dolor profundo al advertir el cambio que había experimentado Diana. No era solo su rostro demacrado y con marcadas ojeras de color violeta. Era su cuerpo, su actitud abatida, como sin fuerza para soportar la carga que arrastraba, aunque esta fuera invisible. Toda su vitalidad había desaparecido, junto con su sonrisa.

—¿Por qué no me has llamado inmediatamente? —a pesar de su tono dulce y sosegado, más que una pregunta era un reproche, un lamento—. Sé que estás deshecha, ¿cómo si no? Esperoerte útil. Me pongo a vuestra entera disposición.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Por quién te has enterado? —quiso saber Diana. Un poco de esperanza se reflejó en el ligero brillo que apareció en sus ojos.

—Gerardo me ha puesto al corriente de cómo está todo y me parece algo tan extraño... —Diana miró con agradecimiento a Gerardo, incluso añadió un «gracias»—. Sé que, a pesar de que el cónsul pinte Bali como un paraíso, aquí pasan cosas. Algunos turistas se quejan de que en sus habitaciones se han cometido pequeños hurtos, teléfonos, portátiles, etc., aunque eso suele ocurrir más bien en pensiones u hoteles con poca vigilancia.

»Lo que es más problemático aquí es el tráfico de animales exóticos, sobre todo de los que están en peligro de extinción. Nada que tenga que ver con niñas de diez años. Por eso, esto parece algo más puntual, y más difícil, porque no hay método conocido.

»Yo espero poder ayudar. Ser asiático es un punto a mi favor para que la policía se tome más interés por este caso. Para ellos, y en un principio, no deja de ser el problema de unos turistas extranjeros. Algo que a ellos, de entrada, no parece afectarles demasiado. Aunque Gerardo ya estaba al corriente de que aquí, en Bali, para que funcione la policía con eficacia, hay que estimularla ofreciéndole dinero. Y lo ha puesto en práctica.

—¿Quieres decir que la policía es corrupta? —se sorprendió Diana.

—Pues así es. Incluso la llamada *Tourist Police*, que se creó con el propósito de ayudar a los turistas y evitar que los estafasen, ha acabado siendo de las peores. Ellos mismos obligan a pagar por cualquier gestión que es gratis.

—Gerardo no ha dicho nada al respecto —Diana parecía hablar con más ánimo. Sin duda contar con la ayuda de Michel le había insuflado un poco de vida.

—No me ha parecido necesario. Pero así es —afirmó Gerardo.

—Por cierto, he visto al venir que habéis puesto carteles con la foto de Victoria.

—Sí, precisamente ayer decidimos hacerlo a pesar de que no nos lo recomendaban las autoridades, para evitar falsas llamadas, dijeron. De hecho, ya hemos recibido un par de ellas que se han demostrado infundadas. ¡Resulta terrible!

—Sí, claro, es un riesgo que a veces conviene correr.

Continuaron hablando y haciendo planes, escuchando y dando sugerencias. Gerardo, pasados unos minutos, miró su reloj.

—Tendréis que disculparme, he quedado con alguien que quizás pueda ayudarnos.

—Muchas gracias, Gerardo. Por todo. —Diana le estaba realmente agradecida, no era solo por ayudarle a buscar a su hija—. La presencia de Michel en estas circunstancias significa mucho para mí —en esos momentos lo advertía con claridad.

Seguramente se lo habría sugerido Ana a su marido, pero la cuestión era que Gerardo se había preocupado de llevarlo a su lado. Pensó en el poco tiempo que hacía que lo conocía y la serenidad y el ánimo que le aportaba. Pero así era, sentía que con la ayuda de Michel sería más fácil encontrar a su hija... También soportar su ausencia, hasta que la hallaran.

Una hora más tarde, en otro lugar de Bali

—Gerardo, no sé por qué insistes en encontrar a esa niña, seguro que se metió en el agua y se ahogó, pero si no fuese así, nos podría dar muchos problemas.

—¡No digas eso! ¡Victoria no se ha ahogado! ¡No seas tan bruto! —Había rabia y desesperación en aquellas tres frases.

—No te alteres, esa no es la solución.

—Pero ¿por qué te empeñas en que la pequeña Victoria nos puede dar problemas?, dudo que pudiera escuchar nada, pero, aunque lo escuchase, tampoco entendería qué queríamos decir, o de qué hablábamos, es una niña muy inteligente, pero una niña al fin. Sería fácil desmontar cualquier interpretación de lo que oyó, si es que oyó algo.

—Entonces, ¿por qué huyó?

—Mira, de eso estoy seguro, la asustaste, no sé cómo lo hiciste, pero sé que la asustaste, ¿cómo se te ocurre acercarte por la noche a una niña que no te conoce? Yo mismo me asustaría si

no te conociera y aparecieses una noche oscura a mi lado.

—¡Déjate de bobadas! Algo entendería que la asustó.

—No sigamos con esta discusión. Tú ayúdame a encontrarla, yo te aseguro que sabré cómo hacer que la historia que escuchó, si lo hizo, sea una bonita historia que no entendió. ¡Y no me digas más que se ha ahogado, no lo puedo soportar! ¡Además, no es cierto!, el mar ya la hubiera devuelto como devuelve a todos los que se ahogan en sus playas.

—Está bien, he intentado averiguar dónde fue a esconderse, pero no he conseguido nada. Nadie tiene ni idea de haber visto a esa niña y ya no se me ocurre qué más puedo hacer para encontrarla, pero lo seguiré intentando. De cualquier manera ya te advertí que esa niña podría darnos problemas.

— ¡Otra vez! ¡Claro, me lo advertiste! Pero también yo te contesté que se te había olvidado decirme que la ibas a asustar. ¡En plena noche!

—Gerardo, me preocupó desde que vi en el restaurante que no me perdía de vista. La observe con el rabillo del ojo y estoy seguro de que se fijó en que te seguí a los servicios, tengo buen ojo para esto. Además, ya te dije que nuestros socios del marfil no se fían de nadie y que desde el primer día os estarían espiando a todos para saber con quién hablabais y qué hacíais.

—No insistas. Me irritó saberlo y me sigue molestando. Pero si es cierto que nos siguen a todos, ¿por qué no la siguieron a ella cuando escapó de tus garras?

Seguramente alguien vigiló hasta que os fuisteis a dormir.

—¿Y no vigilan también nuestro sueño? —preguntó con sarcasmo Gerardo—. ¡Pues ya es mala suerte! Ahora sabríamos dónde está Victoria.

—Lo que no puedes es cargar contra mí, ya te advertí del tipo de personas con los que íbamos a hacer negocios y tú no le diste importancia. ¿Qué daño nos van a hacer?, dijiste.

—¡Ya te dije!, ¡ya te advertí! ¡No sabes decir otra cosa! —gritó Gerardo, cada vez más histérico—. Pero si nosotros cumplimos religiosamente con lo acordado, ¿por qué tienen que meterse en nuestra vida privada? ¿No te di unos talones la primera noche en el hotel, por la cantidad que me apuntaste en el restaurante?

—Sí, ¿y qué?

—¿No quedamos en que haría la segunda entrega aquí, en Bali?

—Se nota, Gerardo, que es la primera vez que tratas con este tipo de gente.

—¡Y la última, te lo aseguro!

—Es que, además, acertaron a la primera, porque ya ves con quién se juntaron e hicieron amistad desde el primer día tus damas, como tú las llamas. Precisamente con una de las personas que más amistades influyentes tiene en Singapur. Si la niña aparece y les cuenta lo que oyó, ya podemos dar por terminado el negocio.

—Pues, mira, le he hecho venir de Singapur para ayudarnos a buscarla y acabo de dejarlo en el hotel. Pero todo eso no te exime de tu comportamiento con la niña. ¡Eso sí que nos está dando problemas! ¡Y más te vale que la encontremos!

—¿Qué dices, que lo has traído a Bali? Donde tenemos las reuniones con los socios. ¡Tú debes de estar loco! Además, tú eres el principal culpable, por citarme donde me citaste.

—En eso puede que tengas razón. Pero ¿cómo iba yo a pensar que, cuando se suponía que estaba agotada y sabiendo que duerme como un lirón, iba a salir al jardín? Era fácil para mí salir al jardín con la excusa de fumarme un cigarrillo, tiempo suficiente para entregarte lo acordado sin que Ana sospechase nada —dijo más para sí que para justificarse ante Fernando—. Realmente, se sentía culpable por no haber previsto lo que podía ocurrir, pero después volvía a

culpar a Fernando por su falta de tacto en el trato con niños.

—Si te hubieras limitado a pasar de largo, ahora Victoria estaría con su madre, y nosotros no habríamos tenido que paralizar la operación y hubiéramos tenido tiempo para seguir con el negocio que motivó nuestra conversación nocturna, y yo seguiría feliz con la compañía de Victoria.

Gerardo era sincero, quería a aquella niña inteligente y espontánea que le hacía disfrutar doblemente de todo lo que él ya conocía pero a lo que no había prestado demasiada atención y que había redescubierto gracias a los entusiastas comentarios de la niña.

En esos momentos algo cambió en su perspectiva. Todo lo relacionado con aquel importante negocio del que tanto esperaba conseguir, adquiriría de repente tintes demasiado oscuros.

Empezaba a deplorar haberse dejado subyugar por un negocio que, si lo llamaba por su nombre, era tráfico ilegal. Dicho así le producía un malestar profundo.

¿Cómo reaccionarían sus «simpáticos socios» si les insinuaba que admitiría una penalización, pero que prefería dejar ese negocio?

Aún no había tenido ocasión de hablar con ellos directamente. Se lo habían prohibido y utilizaban a Fernando como mediador, debido a que en estos momentos la policía investigaba sobre la desaparición de la niña que lo acompañaba. No se podían arriesgar a que los asociasen con ellos.

EN LA ISLA DE SENI

6 de marzo

Zaki Bin amarró su barco en la isla de la anciana Seni. Ella lo estaba esperando. Era el décimo día, salió de su cabaña en cuanto escuchó a lo lejos el ruido de un motor.

Antes de que Zaki desembarcase, Seni le empezó a poner al corriente de lo ocurrido con la niña Victoria. Zaki Bin escuchó su nombre por primera vez: Victoria.

—¿Y no tienes idea de quién se la ha llevado?

—Solo puedo sospechar de un pescador al que no conozco ni sé en qué isla vive, pero sí que lo he visto más veces pasar cerca de la mía. Seguro que tiene una isla en esta misma latitud.

La anciana Seni relató el incidente que había tenido lugar con el pescador. Había ocurrido dos o tres mañanas antes de descubrir que Victoria no estaba en la cabaña ni en sus alrededores.

—Ella no se levantaba antes que yo, solo ese día. Creo que escuchó el motor de un barco que pasaba cerca y debió de pensar que eras tú. Quería irse con él, porque tú no venías, pero no la dejé, no me podía fiar de un desconocido, y su empeño por llevarla a Bali me parecía sospechoso. Así que aquella mañana, en cuanto vi su cama vacía y me asomé al embarcadero buscándola, me acordé de aquel pescador.

—¿Esos son todos los datos que tienes para culpar a ese desconocido? No creo que sea suficiente, estás acusando a alguien de rapto.

—Seguro que se levantó temprano porque volvió a oír el motor de su barco. Y no sé por qué, pero tuve el presentimiento de que él se la había llevado. Cuando recorrí todos los sitios a los que solíamos ir, sobre todo los que a ella más le gustaban, y no la vi, ya no tuve dudas, ¿quién iba a venir a por ella si, además de él, solo tú y yo sabíamos que la niña estaba aquí?

—¿Y no pudo ocurrir que se escapase o que se ahogase? Conozco a todos los habitantes de esas pequeñas islas a las que atiendo, pero el archipiélago se compone de tantas islas que es imposible conocer a todos, y con los datos que me has dado, Seni, no se me ocurre de quién podría tratarse.

—No. No, estoy segura de que no se escapó, ella estaba contenta conmigo. Le enseñé muchas cosas, principalmente a bucear, aguantaba mucho tiempo, y nadaba muy bien y muy rápido, pero siempre conmigo. Era muy lista. Además, no creo que ella hubiera madrugado para bañarse. Nunca lo hacía en solitario. Le encantaba pescar a mi lado. Aprendió mi nombre y yo el suyo... y el de su madre. Fue una sorpresa saber que tenía madre.

—Seguro que quería volver a Bali con los suyos.

—Sí. Claro que quería estar con su madre, pero ella sabía que tú estabas a punto de venir. Mira las muescas que yo hacía por cada día que pasaba. Aprendió a contar hasta 10 en nuestro idioma, ya te digo que era muy lista. Y yo, con los dedos de las dos manos, le indicaba el tiempo en que volverías a buscarla. Estaba muy contenta cuando le dije que solo faltaban dos días.

A mí me daba pena que no se quedase conmigo, pero pensaba que tal vez en esos dos días podría convencerla para que fuese mi niña, aunque solo fuera a ratos, en vacaciones... No sé, le había cogido cariño y yo creo que ella estaba a gusto.

—Lo siento, Seni, de verdad, pero tengo que ir a Bali cuanto antes. ¿Tienes preparada la lista de lo que quieres que te traiga? Los ramos de plátanos ya veo que los tienes aquí,

esperándome. Si no te importa, haremos cuentas a la vuelta. Me he entretenido más de lo previsto y se me hace tarde.

—Siempre vas con prisas, pero hoy te ibas a llevar a Victoria y eso te hubiera entretenido mucho más, ¿no?

—La verdad es que tenía pensado ayudarla a buscar a alguien que la conociera o que conociera a su familia, si la tenía, aunque tuviera que quedarme a dormir en Bali, pero ya que no está, haré lo de siempre, comprar durante el día y navegar por la noche. Además, esta noche lucirá la luna. Pero a la vuelta te prometo investigar sobre esa persona a ver si soy capaz de localizar quién es.

Mientras hablaba recogió la lista que Seni tenía preparada, y cargó en su *jukung* los seis ramos de plátanos ya listos para transportar. Él estaba fuerte y podía con cada uno haciendo un esfuerzo, pero nunca comprendería de dónde sacaba las fuerzas Seni, para arrastrarlos sin deterioro desde el árbol al embarcadero, debía de tener algún sistema que quería mantener en secreto.

—Seguiremos con este asunto a la vuelta. A ver si te enteras de algo en Bali. estoy muy preocupada por Victoria —dijo Seni a modo de despedida.

—Sí, te lo prometo. No me siento bien con lo que me cuentas. Tenía que haber pensado más en la niña y menos en ti —se despidió Zaki Bin, saliendo del embarcadero hacia Bali.

La de Seni era la última isla que visitaba al volver a Bali y la primera donde paraba al salir. Él se dedicaba a surtir de cualquier tipo de mercancía a las pequeñas islas. A aquellas cuyos propietarios tenían algún tipo de dificultad para comprar habitualmente sus provisiones: no disponían de un barco seguro para llegar hasta Bali, no podían navegar, eran mayores o resultaba mucho más cómodo y seguro hacer el encargo que pasarse el día navegando.

Al llegar a Bali, en la misma playa, llamó su atención el rostro conocido de una niña que lo miraba desde distintos árboles, la playa estaba plagada de carteles con su rostro y una leyenda en distintos idiomas: «Se busca a esta niña». La promesa de una recompensa y dos números de teléfono completaban la llamada de socorro.

Zaki Bin no lo dudó. Le respondió una voz de mujer que se encontraba a poco menos de un kilómetro del lugar donde él había desembarcado, pero eso no lo podía saber porque el idioma no les ayudaba a entenderse.

Diana se encontraba al lado de su amiga y de Michel cuando sonó el teléfono. Pero fue Ana quien lo cogió. Justo acababan de desayunar y Gerardo ya se había ido.

Zaki Bin preguntó por Diana, así le había dicho Seni que se llamaba la madre de la niña, y ella Victoria, pero entre la forma en que Seni había pronunciado estos nombres, el modo en que lo entendió él y la manera en que ahora lo pronunciaba preguntando por ellas, la persona que estaba al otro lado del teléfono no entendía nada.

En ese momento, Diana escuchaba impaciente, también desesperanzada, las palabras de su amiga al teléfono.

—Sí, Victoria. *Do you speak english?... Do you speak spanish?...*

Le habían llamado tantas veces con informaciones que luego habían resultado falsas que, a veces, se arrepentía de haber puesto esos carteles, pero los mantenía con la idea de que con solo uno que diese una pista ya estarían justificados.

Ana hizo una seña con la mano a Michel y le pasó el teléfono.

—Por favor, a ver si tú lo entiendes —Michel escuchó un momento e inmediatamente su gesto delató que algo bueno estaba escuchando.

Quedaron en encontrarse en el jardín, junto a la fuente de una estatua balinesa. Representaba una danzarina en una postura muy artística y a la vez muy familiar para los balineses.

La fuente de la estatua estaba a la vista de la terraza donde ellos desayunaban, podían verlo llegar sin moverse de allí, pero no quería dar la dirección exacta de dónde estaban hasta no estar seguros de que aquella persona no trataba de engañarlos.

Pronto vieron que junto a la estatua se situaba un chico joven y fuerte con indudable aspecto de nativo. Michel se dirigió a él, y casi de inmediato los vieron acercarse a su mesa. Michel lo presentó dando el nombre de Zaki Bin y se dispuso a hacer de intérprete.

El recién llegado, un poco intimidado por la situación inesperada y tan distinta de la que había supuesto, explicó a Michel en balinés, cómo y cuándo conoció a la niña, y que hasta esa misma mañana no había sabido ni su nombre, no hablaban el mismo idioma.

—Creí que era una niña abandonada, que, no teniendo un techo donde guarecerse durante la noche, se había refugiado en mi *jukung*.

Les contó en qué estado tan lamentable se encontraba cuando la descubrió al amarar en la isla de Seni, y que no pudo hacer otra cosa que dejarla al cuidado de la anciana.

—Le prometí a Seni que a los diez días volvería para, si ella quería, llevarla al mismo lugar donde ella se había introducido en mi *jukung* como un polizón. Pero no pensé que alguien pudiera estar buscándola. ¡Parecía tan desamparada!

Evitó decir el trato al que había llegado con la anciana. De vez en cuando se interrumpía el relato del nativo y Michel, *motu proprio*, o a instancia de Diana, le pedía detalles del estado de ánimo de la niña, pero sobre todo datos para identificarla, para estar seguros de que se trataba de Victoria.

Una ropa rota y unas zapatillas viejas, como Zaki Bin la había descrito, no encajaba con el primoroso conjunto que su madre le había dejado aquella noche sobre su cama, lo que les ocasionó alguna duda. Pero la descripción de la niña era correcta; claro que las fotografías también podrían servir para describirla, sin necesidad de haberla conocido.

Diana escuchaba la traducción de Michel ansiosa y desazonada, deseando creer cuanto aquel joven le contaba, y a la vez temiendo sufrir de nuevo una desilusión. Temblaba por la emoción y solo de pensar que su hija estaba bien y que enseguida podría abrazarla, se impacientaba con las comprobaciones.

—Dice que, según la anciana, es una buena niña y muy lista que aprendía todo con rapidez. —Este dato fue el que más les convenció de que era Victoria. Se ilusionaron, aunque con algún reparo, debido a las decepciones ya sufridas.

—¿Y no te pidió que la trajeses junto a su madre? —preguntó Michel, esperando algo contradictorio.

—Sí, muchas veces dijo Bali y la palabra «mamá» y lloraba, pero yo ya había llegado a mi primer destino y no podía volver a Bali y desviarme de mi camino. Mis clientas me esperaban.

Los ojos de Diana iban del joven nativo a Michel y a la inversa, esperando la confirmación de que se trataba de Victoria. La cabeza de Michel se movía afirmando.

—¡Victoria!, ¡es Victoria! ¡Hija mía, al fin! —sollozó Diana.

—Las compras las hago gracias a que salgo antes de amanecer y así puedo iniciar la vuelta al anochecer —Zaki Bin continuaba explicando.

—¿Y no se te ocurrió traerla de vuelta? —preguntó Michel, cortando el relato.

—Aunque se lamentaba por mamá, no parecía que la tuviese. Pensé que tal vez se

acababa de quedar huérfana. En la isla de Seni, estaría bien, ella ama a las niñas y está sola. Lo último que se me podía ocurrir, viendo el estado tan lamentable en que se encontraba, era que la tuviera y además perteneciera a la clase privilegiada que vive en este tipo de hoteles.

—Aun así, ¿no era más lógico devolverla al lugar de dónde partisteis? —Diana ponía toda su ansiosa atención tratando de entender antes de que Michel tradujese. Imposible.

—No podía. Había cosas que se hubieran estropeado de haber perdido todo el día, además, no podía volver con ella y dejarla sola en la playa. Yo no sabía por qué se había escondido en mi barca, pero, por su aspecto, estaba seguro de que no tenía dónde ir, ni dónde pasar la noche.

—¿Y no se te ocurrió llevarla a la policía?

—No me fiaba —dijo, después de dudar un rato en si hacía bien contestando a aquella pregunta. Podía ser peligrosa—. Tampoco Seni hablaba el idioma de la niña, por lo que no podíamos conocer nada de su situación.

—¡Ya! —murmuró Michel sopesando el entorno y situación que aquel joven le explicaba.

—Así que para mí era una gran complicación volver con ella a Bali. Sin embargo —continuó—, hoy era el día que debía traerla, ya tenía advertido a mis clientas que quizás tardaría un poco más en volver, hoy tenía previsto disponer del tiempo que fuera preciso hasta dejarla en un lugar seguro. Pensaba buscar a alguien que hablase su idioma y acomodarla en Bali.

—¿Quieres decir que sigue en esa isla con la anciana?

—No, lo siento mucho, ya no está en la isla.

Zaki Bin, lamentó tener que contarles lo que Seni le había dicho.

A Michel le costaba un gran esfuerzo no derrumbarse ante el giro que había tomado la situación de Victoria, precisamente cuando empezaban a ilusionarse creyendo que ya tenían localizado su paradero.

—Pero ¿qué ha dicho?, ¿dónde está ahora?, ¿por qué no la ha traído? Preguntó inquieta Diana, ante el silencio de Michel, que había dejado de traducir lo último que el balinés había dicho.

Los rostros ansiosos pero felices cambiaron de expresión cuando Michel dijo en tono de derrota:

—Victoria ya no está en la isla. Alguien se la ha llevado.

—¿De la isla de Seni? —preguntó pasmada Diana, a punto de derrumbarse. Le costaba hablar. De nuevo su mundo se desmoronaba—. ¿Se la han robado a esa anciana?

Después de escuchar a Zaki Bin, Michel les explicó lo que, según le contó Seni, había ocurrido, y todas las ilusiones que se habían hecho se desplomaron de nuevo.

—¡Estamos como al principio! —dijo Ana con decepción—, tratando de dar sonido a lo que pensaban todos.

—No, como al principio no —se apresuró a depurar Michel—, sabemos que hasta hace tres días estaba viva en una isla donde la cuidaban, y sabemos que alguien se la ha llevado. ¿Con qué intenciones? Nadie ha dado señales de vida. Y Zaki Bin dice que no conoce al hombre del que sospecha Seni, pero ambos suponen que vive en una isla que debe de estar en la misma ruta que la suya, porque alguna vez lo ha visto pasar cerca de su isla. Es un dato. Ya tenemos un sospechoso.

—Sí, es un buen dato —dijo Diana poniéndose en pie con brío, como tratando de iniciar una contienda contra todo lo que la rodeaba y volviendo a ilusionarse tras el desencanto sufrido

—. ¡Sé que estaba viva! ¡Mi hija ha estado bien! ¡La han cuidado!, hay que ir a buscarla por todas las islas. ¡Vamos!, ¡buscad alguien que nos lleve! Yo, mientras, llamo a la policía para contárselo.

—¡Cálmate, Diana! Creo que la policía podrá empezar a trabajar con este dato. Pero yo los llamaré. Me atenderán mejor. Ya te he explicado que ellos no sienten demasiada simpatía por los turistas que les traen problemas.

Michel sacó un plano que llevaba en su cartera y Zaki Bin marcó en él la zona donde se encontraba la isla de Seni, le dio las coordenadas, latitud, longitud, incluso se ofreció a acompañarlo hasta la isla y presentarle a la anciana.

—Necesito tu número de teléfono —dijo Michel, al tiempo que le daba una espléndida propina—. También quiero que estés atento a las llamadas, porque seguramente a la policía le gustará hablar contigo.

Zaki Bin recibió con una enorme sonrisa el dinero que Michel le entregó y, sorprendido por el volumen, lo contó allí mismo (era el equivalente a dos meses de su trabajo).

—Muchas gracias —dijo un poco aturdido por lo que entendió como generosidad, ya que no había sido capaz de devolverles a la niña.

—Y no se preocupe por el tiempo que le podamos hacer perder, le aseguro que le compensaremos con generosidad.

—Le prometo que estaré a su disposición y les ayudaré con mucho gusto. Lamento no haber podido ir antes a por la niña, eso hubiera evitado que otra persona la robase. —Siguió sin explicar que hasta ese día no había intentado ayudar a la niña, solo había pensado en que no se estropeasen sus mercancías y en el beneficio de Seni, que era una buena persona y se sentía muy sola, además, era una de sus mejores y más antiguas clientas.

La llamada de Michel a la policía tuvo rápida respuesta. Se desplazaron al embarcadero del hotel en el que se encontraban, para recoger el plano que los llevaría hasta la isla de Seni.

A Michel le costó convencer a Diana para que no los acompañara. Sobre todo, porque lo pedía con llanto desesperado. Quería ser ella la primera en localizarla. La primera persona que viera su hija cuando la encontraran. Tal vez, el ver a la policía la asustase aún más de lo que ya debía estar.

—Imagina que, mientras, llega alguien con Victoria y tú no estás aquí —dijo Michel, para convencerla—. Si la encontramos nosotros, me verá a mí. ¿No crees que también se alegrará de verme?

Michel dio una buena propina al policía que le ayudó a subir a la lancha. Aceptaron de buen grado que él los acompañara, seguramente por el dinero, pero también les parecía que era el más adecuado para saber con seguridad si la niña de la que hablaba Zaki Bin era la niña que buscaban. Además, preferían tratar con un asiático que hablaba su idioma que con un europeo que hablaba inglés, se entenderían mejor.

Junto a la policía, Michel recorrió en una veloz lancha patrullera la distancia que lo separaba de la isla de Seni.

Fueron unas horas de ilusión y angustia que se le hicieron eternas.

En la isla de Seni, Michel no tuvo ninguna dificultad para hablar en el dialecto de la anciana, que se deshacía en elogios hacia Victoria. Michel la reconocía en muchas de las anécdotas que ella le refería.

Escuchó, junto con la policía, las sospechas de la anciana, que cargaba las tintas en

desdoro del pescador. Los policías se miraban entre sí como tratando de limpiar el relato de exageraciones, para quedarse con el perfil del supuesto raptor y tratar de identificarlo con algún caso similar.

Cuando dieron por terminada la entrevista, la policía siguió la ruta que Seni les indicaba y visitaron unas cuantas islas solitarias, algunas vacías, otras con una familia o dos.

La patrulla llevaba emparedados en previsión de que pudiera prolongarse la búsqueda de la niña, eso les permitiría aprovechar mejor el tiempo. Michel aceptó compartirlos con ellos; aunque no sentía ninguna necesidad de comer, tenía el estómago ocupado por la ansiedad que le ocasionaba creer que Victoria estaba cerca, pero no sabían dónde.

Recorrieron diversas islas próximas, cuyas coordenadas podían coincidir con el recorrido junto a la isla de Seni. Pero la investigación estaba resultando infructuosa. Tendrían que organizar la búsqueda de otra manera.

Decidieron volver a Bali con intención de organizar una exploración más ordenada entre islas poco habitadas para el día siguiente.

Michel estaba consternado. Tener que ser portador de noticias que suponían una nueva decepción, precisamente para la persona de la que cada día se sentía más enamorado, y que en esos momentos tenía puestas en él tantas esperanzas, era desalentador. Resultaba muy duro volver sin haber podido recuperar a Victoria, ni siquiera aportar algo que los acercase más a ella.

Diana se encontraba como era lo habitual, en el porche del bungaló, junto a sus amigos. Había empezado a oscurecer.

—Sé que no está en esa isla a la que han ido para hablar con Seni, pero confío en que, desde allí y con los datos que tienen, puedan encontrar por fin a Victoria. Me siento esperanzada. Solo de pensar que Michel va a encontrar a Victoria..., que podré abrazar a mi hija, ya me siento feliz —decía a sus amigos.

Lo vio llegar sin Victoria. Aún confió en escuchar que la habían localizado. Pero de nuevo la duda la invadió y sintió que perdía su fuerza.

Michel la abrazó con el dolor que le ocasionaba haber fracasado, mientras le decía:

—Lo siento, amor, no sabes cómo lamento no haber podido traértela. Pero mañana mismo seguiremos buscándola. Daremos con ella. ¡La encontraremos! ¡Te lo prometo! Tener que decirte que todavía no la hemos encontrado y ocasionarte otra decepción es la peor misión que he tenido en mi vida.

Diana dejó caer sus brazos, ya dispuestos para abrazar a su hija, sin fuerza para nada, y dejó que el torrente de sus lágrimas contenidas se desbordase. Parecía inconsolable. Cuando se fue calmando, quiso saber algo más que lo que les había dicho Zaki Bin sobre su hija.

—¿Qué te ha contado de Victoria la anciana? —decía entre hipos—. Porque era ella, ¿verdad?, la llevó Zaki en su barca a esa isla, ¿no?

—Sin duda, era ella.

Escuchó entre hipidos lo que Michel le contaba de la anciana.

—Si algo ha quedado claro es que era ella, sí. También el cariño que he apreciado en la anciana. No sabes con cuánto orgullo hablaba de Victoria, de lo que ella le había enseñado y de lo mucho que había aprendido.

—Cuéntame más de Victoria. ¿Qué le ha podido enseñar esa anciana?

—A bucear, a pescar, a diferenciar de otros animales los sonidos de los búhos y las lechuzas en la noche... —Era un bálsamo de poco efecto para Diana, pero sonreía entre hipos

imaginando a su hija viva y divertida con aquellas funciones.

—¿Y no lloraba pidiendo volver? —No le saciaba lo que le contaba Michel, quería saber más de su hija y no dejaba de preguntar.

—El primer día, sí, pero Seni le enseñó a contar hasta diez y le explicó que el día 10 Zaki Bin la traería a Bali. Ella se conformó y disfrutó de la isla.

Cierto que no habían dado con la isla en la que se hallaba Victoria. Aunque algo más sabían. Tenían la certeza de que era ella la niña que había estado sana y salva en la isla de Seni.

—Seguiremos recorriendo las islas hasta que demos con ella. Contrataremos al número de personas suficientes para visitar una por una todas las islas cuyo rumbo para llegar a Bali sea pasando por la isla de Seni, o por sus inmediaciones. Vamos a organizar una importante batida junto a la policía. Pero tenemos que organizarnos para no dejar una isla sin explorar palmo a palmo. ¡Seguro que mañana la encontramos!

—¡Pobre Victoria! —se lamentaba su madre—. ¿En qué condiciones vivirá ahora?

Bali, 6 de marzo, esa misma noche

En otro lugar de Bali, un español desvelado daba vueltas a sus pensamientos sin conseguir eliminarlos para conciliar el sueño, pensaba en las consecuencias que podía haber tenido lo que estuvo a punto de hacer dos días atrás.

«Yo siempre he sentido que mi excesiva inclinación por las niñas no era sana, pero nunca me he manifestado de palabra ni con hechos», pensaba tratando de justificarse ante sí mismo.

» Lo descubrí claramente mientras leía la novela de Vladimir Nabokov *Lolita*. Esa historia que aún no he llegado a comprender si se trata de una historia de amor, el de un adulto por una niña, o es algo más perverso, como una historia de pederastia.

» No estoy pretendiendo culpar a la novela, pero su lectura, más tarde su análisis y, por fin, ese querer vivir en mis propias carnes todos aquellos sentimientos que me parecían arrebatadores estimularon lo que sin duda ya estaba en mí.

» Pero nunca había dado ese paso, aunque lo haya deseado. Muchas veces he sentido esa atracción de lo prohibido, pero siempre me ha dado miedo descontrolarme.

» Decidí hacer este viaje y dejarme llevar por mis inclinaciones más recónditas de forma deliberada. Viviría y sentiría libremente, sin barreras, mi propia perversión, y me deleitaría llevando a cabo cualquier propósito, por muy depravado que pareciera.

» Pero nada ha sido como me lo imaginaba y sigo sin haber llevado a cabo mis deseos, aunque sí di los pasos necesarios para que ocurriera.

» ¡La oferta era tentadora! y la tentación demasiado fácil, y lejos de mi tierra, de mis gentes. Pensé que nadie se enteraría. Un nativo me iba a acompañar para comprarla y más tarde se quedaría con ella. Y nunca nos volveríamos a ver. Podía llevarla al hotel, o disfrutarla en la casa del nativo, un solo día o mientras permaneciese en Bali. El precio iba a ser el mismo. Por primera vez estaba dispuesto y deseoso de dejarme llevar por mis pasiones, por mis vicios más íntimos.

» Pero llegado el momento no pude. Sentí miedo. La niña era española, como su madre y todos los que le acompañaban hasta que alguien la robó.

» Al igual que yo, habían venido de Madrid. La niña, ajena a mis apetitos, solo deseaba que la llevara a ver a su mamá. No era eso lo que yo esperaba. No había ido al otro extremo de la

tierra para iniciarme en la pederastia con una niña madrileña robada a su madre.

» La niña era lo más opuesto a lo que muchos entendemos por una lolita. Y lloraba desesperadamente cuando nos fuimos. Todavía creo escucharla. No me quiero engañar. El miedo y la decepcionante lolita fue lo que me impulsó a alejarme de ella cuanto antes.

» Sé que si hubiera sido una niña balinesa con un poco de picardía, que hubiera aceptado, simplemente resignada, su papel, ahora estaría en mi poder.

» Pero, sobre todo, me asustó pensar que alguien conocido pudiera descubrir mi depravación, la que tanto esfuerzo me había costado conseguir ocultar toda la vida.

» Ahora, lo único que puedo hacer para suavizar mi mala conciencia es enviar una carta informando dónde se encuentra esa niña, de forma que nadie pueda asociarla conmigo.

» No perderé ni un minuto más. Tengo que volver a dormir tranquilo y olvidar este episodio».

En ese mismo momento, el español se dispuso a redactar una carta anónima.

Bali, 7 de marzo

Era la hora del desayuno. Un camarero se acercó a la terraza donde, como de costumbre, se encontraba Diana, a la que iba dirigida el sobre que debía entregar.

—Lo ha traído un niño al hotel —dijo, mostrando el sobre a Diana, que ella no se atrevió a coger.

Michel comprendió, al ver su rostro contraído, el miedo que sentía al tener que enfrentarse a una carta. ¿Serían malas noticias? Tomó el sobre, solo leyéndolo saldrían de dudas. No había remitente.

—Un momento, por favor. ¿No ha dejado un nombre o un teléfono? —preguntó Michel antes de abrirla. El camarero se limitó a negarlo con un movimiento de cabeza, recibió la propina y volvió a desandar lo andado.

El sobre, al igual que en su interior, estaba escrito a máquina, con una letra Times New Roman en cursiva de 12 puntos en el interior y 24 en el sobre. Imposible de identificar, *demasiado normal*. El nombre que se leía en el sobre era el de Diana, con el número de su bungalow. El pliego de su interior, decía: «Mi deseo de ayudar a una madre, seguramente desesperada, me obliga a dar unos datos que ponen en peligro mi integridad física y moral, por lo que utilizo el anónimo como única forma posible».

Le seguían los datos de las coordenadas de una isla y el nombre del que la habitaba: Baasin. También les advertía que esta persona había robado a Victoria de una isla —les sorprendió que se refiriera a ella por su nombre—, y trataba de venderla o alquilarla con mal fin o triste destino.

«Lamento no poder aportar más datos, pero creo que con estos será suficiente para que puedan encontrarla», concluía.

Inmediatamente llamaron de nuevo a la policía que se ocupaba del caso. Michel leyó en voz alta la carta y explicó su apreciación de que no estaba redactada ni escrita en términos cultos, ni siquiera normales, sino en un inglés con claras faltas ortográficas.

—Escaneen la carta y envíenla a este correo que les mando por WhatsApp —ordenó el policía—, la recibirá nuestro experto grafólogo, para que realice un primer análisis. Mientras, nosotros nos desplazaremos a su embarcadero para recogerlo de nuevo, junto con la carta.

El grafólogo pronto llegaría a una primera conclusión:

—En efecto, además de no mostrar su letra, ha utilizado una argucia para despistar un

poco más a los interesados, lo que nos deja clara la idea de que se trata de una persona de su círculo, o próximo a él.

—¿De quién puede tratarse? —preguntó Michel dirigiéndose a los presentes. El gesto de todos evidenciaba ignorancia y expectación.

En muy poco tiempo volvió a ponerse en marcha el mismo dispositivo del día anterior. Habían estado muy cerca de ese lugar, según le explicó a Michel un policía.

—Si es cierto que está en esa isla, seguramente hubiéramos dado con ella esta misma mañana sin necesidad del anónimo. Está en nuestro plano como la tercera isla a inspeccionar. Pero también puede ser un falso mensaje que solo pretende confundirnos o despistarnos para retrasar la búsqueda de la niña. Los anónimos no suelen ser de fiar.

De nuevo Diana quiso ir en la lancha patrullera para ser la primera en encontrarse con su hija. Estaba dispuesta a buscarla en la isla ella misma, con más ansia, si fuera posible, que el día anterior. Se había subido a la lancha y no pensaba moverse de allí hasta dar con ella. Estaba segura de que cuando Victoria oyese su voz llamándola, aparecería, estuviera donde estuviera.

En esta ocasión intervino uno de los policías para convencerla de que no podía acompañarlos. Pero ella ya había previsto que esto pudiera pasar y, teniendo muy presente lo que le había contado Michel, sacó de su bolsillo un puñado de euros bien doblados y trató de introducirlos, de forma un tanto desmañada, en uno de los bolsillos de la cazadora del uniforme del policía.

En su desesperado empecinamiento, hablaba gritando y en español, lo que tal vez impidió que la entendieran.

—¿Cuánto tengo que dar para conseguir que encuentren a mi hija? ¡Tome mi dinero, es todo lo que tengo aquí! Llénenme a esa isla donde tienen a mi hija. Yo la encontraré. ¡Se lo estoy pagando! Sé que solo se mueven de esta manera. ¡Son unos corruptos! Pero no importa, les daré lo que me pidan.

—Diana, por favor, ten cuidado, no debes hablar así, deja que yo me ocupe —trató de calmarla Michel—, no saben lo que nos podemos encontrar, puede tratarse de una banda armada. Son delincuentes, puede haber violencia, disparos, y tendremos que preocuparnos también de ti. Eso crearía más problemas e impediría volcarnos totalmente en Victoria —Michel le hablaba en inglés.

Diana, en su desesperación rayando en locura, se dio cuenta de que les había hablado en español y no la habían entendido. Se volvió hacia el policía al que había entregado sus euros y tiró de su cazadora. Esta vez le habló en inglés.

—Le he dado lo que tenía en el hotel, pero iré al banco y le daré más cuando volvamos con mi hija, pero tienen que llevarme junto a ella, ya no puedo soportar la espera. Yo también soy capaz de empuñar una pistola y lo que haga falta, para rescatar a mi hija del desgraciado hijo de puta que la ha robado.

—Señora —contestó el policía, mientras presionaba hacia el interior de su bolsillo, para evitar perder los billetes que Diana le había dejado metidos a medias—, se trata de un anónimo, puede ser falso, y el viaje no será bueno, la velocidad que alcanzamos puede hacerle pasar muy mal rato y, posiblemente, para nada. Nosotros tenemos la obligación de comprobar si es cierto lo que aquí se dice —blandió en el aire el anónimo recibido—, pero posiblemente sea otra falsa alarma.

Diana no se movió. No pensaba hacerlo. Le daba igual lo que le dijeran.

Otro policía que había presenciado la escena se dirigió a ellos, sorprendiéndolos al

hablarles en un tono bajo y con un correcto español.

—Escuche, Diana, estoy siguiendo su caso y entiendo su dolor. Sé también que los extranjeros nos desprecian por corruptos. Pero no todos lo somos. Yo he estado en España haciendo prácticas con su policía. Allí usted nunca se hubiera atrevido a hablarles así, por grande que fuera su dolor. Le sugiero que lo tenga presente, para evitarse a sí misma y a los demás mayores problemas. Pese a todo, estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano. Se lo puedo asegurar.

—Gracias por su comprensión —fue Michel quien reaccionó primero, después fue Diana la que hizo un amago de disculpa por hablar así.

—De acuerdo, puede que no todos sean corruptos. Pero al policía que se lo he pedido ha aceptado mi dinero, insisto en que quiero ir yo también. No seré un estorbo. Pueden darme un arma, sabré utilizarla.

—Señora, el policía al que ha llamado corrupto, tenía razón. Será mejor que nos deje total libertad para actuar. Su compañía solo nos ocasionaría problemas, puede extorsionar nuestro trabajo. Incluso puede peligrar su vida.

—Diana, escúchalos. Por lo que más quieres, por tu hija. Temo que se trate de una nueva decepción, pero si no es así, en caso de peligro nos tendríamos que ocupar también de ti, lo que disminuiría la efectividad. Espéranos. ¡Ojalá estemos equivocados y te pueda traer a Victoria! Pero piensa lo que te acabamos de decir. Y no te preocupes. Yo te contaré con detalle todo lo que ocurra, para que te sientas como si lo presenciases.

A Diana le costó un gran esfuerzo bajar de la lancha a la que había subido con una agilidad desmesurada, producto del ansia por encontrarse con su hija. Al fin cedió con un llanto desconsolado.

—Me voy para que puedas dedicar toda tu energía a encontrar a Victoria.

—Es lo mejor para todos, Diana. Confía en mí.

—Seguramente tendremos que recorrer toda la isla. Si están allí, no creo que nos lo pongan fácil. Pero puede ser que allí no encontremos nada, así que conviene que salgamos cuanto antes, para poder revisar algunas de las islas que teníamos ya marcadas como posibles, no podemos perder ni un minuto más —apremió en su idioma otro de los policías.

Esta vez fue Gerardo el que, con dinero, agradeció su diligencia, al tiempo que solicitaba poder unirse a ellos. El policía lo mostró, con poco disimulo, a uno de sus compañeros. Accedieron a facilitar sus deseos tan claramente expresados. Los acompañó en la misma lancha que Michel. La ansiedad también se reflejaba en su rostro.

Otra patrullera les seguía.

—La isla parece desierta —anunció uno de los policías antes de desembarcar.

Desde el embarcadero no se apreciaba ningún tipo de movimiento. Seis policías avanzaron por la isla mientras otros dos, de la segunda patrullera, se quedaron junto al embarcadero, vigilando para que nadie pudiera escapar de ella.

No tardaron en localizar una cabaña de bambú. Entraron tomando toda clase de cautelas. Pistolas en mano, avanzaron dos mientras otros dos vigilaban sus movimientos desde la entrada y los otros dos permanecían en el exterior, patrullando sus alrededores.

Vieron un espacio amplio, casi sin mobiliario, construido con cañas de bambú. Al fondo, una cortina podía ser el escondite para cualquier persona. Con sigilo se acercaron y la recorrieron de un tirón, dispuestos a disparar al menor movimiento. Era la ducha y estaba vacía.

No había más salida que la que estaba vigilada.

Se dispusieron a inspeccionar minuciosamente la cabaña. Permitieron que Michel y Gerardo, que habían permanecido junto a los policías de la entrada, pasaran al interior.

—No toquen nada —advirtió el policía que parecía dirigir la operación.

Se detuvieron para observar lo que había dentro de la cabaña, confiando reconocer algo de lo que allí se encontraba.

Dos jergones. Un banco, una mesa y una silla junto a uno de los jergones...

Pronto llamó su atención una larga cadena con una argolla y un candado, fue lo primero que despertó la atenta curiosidad de Michel y Gerardo, que la observaron a distancia espantados, imaginando lo peor.

La cadena estaba atada a una de las columnas de bambú que sujetaban la estructura de la cabaña. Y la cadena era larga y muy sólida.

Sobre la silla que estaba entre la mesa y el primer jergón, descansaba ropa que parecía nueva y cara. Calcularon que debía de equivaler a la talla de la niña que buscaban, incluso unos zapatos blancos bastante nuevos que perfectamente se podían corresponder también con el número que usaba Victoria.

Se lo hicieron notar a la policía. Pero ellos ya lo tenían claro y solo querían saber si pertenecía a la niña.

En la revisión minuciosa de la cabaña, uno de los policías no tardó en encontrar unas zapatillas y un pijama destrozado. Ninguno de los dos podía reconocer aquellas cosas como de Victoria. Gerardo tampoco la había visto nunca con ese pijama ni con aquellas zapatillas, ahora maltrechas. Pero Michel recordó la descripción que Zaki Bin había hecho de la niña al llegar a la isla de Seni. Sin duda se refería a aquella ropa desastrada.

Michel fue a recogerlas pensando llevárselas a Diana y que ella misma pudiera comprobar si eran de Victoria. Un policía se adelantó a su gesto y le prohibió que tocara nada.

—Nos las llevaremos para poder analizarlas, junto con alguna otra prueba que hemos encontrado.

—¿Puedo saber a qué otra prueba se refiere? —preguntó Michel—. El policía le indicó con un gesto el final de la cadena.

Michel observó de cerca la argolla: quedó espantado, tenía restos de piel y de sangre.

Victoria debía de haber estado encadenada y sujeta con esa argolla que los policías, con las debidas precauciones para no borrar las huellas, se apresuraban en recoger para analizar.

Ya en el exterior, mientras cuatro policías se distribuían el terreno a examinar, los otros dos continuaron vigilando los alrededores de la cabaña. A Michel y Gerardo, que permanecían junto a ellos, les confiaron la misión de descubrir cualquier cosa que hubiera podido pertenecer a Victoria.

Los policías que peinaron la pequeña isla sin encontrar a nadie habían localizado restos de un coco que alguien había comido no mucho tiempo atrás, también cáscaras de plátano, pero eso no les daba ninguna pista. El mismo Baasin podía haberlo comido, al igual que ocurría con los restos de alimentos que quedaban sobre la mesa que había junto al jergón.

Lo que cambiaba el significado de aquellos detalles y que para todos quedaba claro era que allí había estado una niña atada con una cadena, una argolla y un candado.

La ropa y los zapatos eran un indicio claro de la edad de la niña. Incluso el diámetro de la argolla.

Dieron por terminada la inspección. Pero tendrían que dejar a alguien para que vigilara la

isla. También desde el cielo o desde el mar, pero la isla debía estar vigilada. Habían encontrado suficientes pruebas para condenar a su dueño. Un policía hizo una llamada tratando de conocer si figuraba el nombre de su propietario.

—¿Se sabe el nombre del dueño de la isla? —preguntó Michel, que había escuchado la pregunta del policía—. Coincide con el nombre de Baasin.

—No, en el mapa de las islas que pensábamos visitar, hemos ido poniendo las que constaba el nombre de su propietario, pero concretamente de esta no lo tenemos. Han llamado ustedes cuando estábamos en esa función, así que, por el momento, en esta no figuraba su titular, pero pronto lo sabremos.

—Supongo que se dirigirán a pedir información al Registro de la Propiedad, para intentar saber quién es ahora su propietario —dijo Gerardo a Michel, como si eso resolviera el problema de haber encontrado la isla desierta.

—No todas las islas habitadas tienen registrada su propiedad —le contestó Michel—. Esta podía ser una de ellas. También puede estar a nombre de algún nativo y pertenecer a un extranjero que no figura en ninguna parte. En Bali existe el *hak milik*, que impide que el extranjero pueda adquirir tierras. Por lo que, a la vez que investigan en el Registro de la Propiedad inmobiliaria, necesitarán vigilarla para saber quién la usa en realidad.

Cuando ya habían dado por terminada la revisión de la isla y se disponían a regresar, escucharon un motor de barco que parecía acercarse, nada raro en aquella zona. Los dos policías que vigilaban la entrada o salida de la isla y que se habían apartado un poco de su lugar de vigilancia volvieron al embarcadero, por si se trataba del dueño o del usuario de aquella isla, de pronto vieron que la barca daba un giro y salía con rapidez al ver las lanchas de la policía. Fueron tras él, mientras comunicaban a sus compañeros lo que ocurría.

La persecución no fue fácil, tampoco muy difícil.

El perseguido daba muchas vueltas, rodeaba pequeñas islas y volvía al punto de partida; cambiaba de rumbo y retrocedía continuamente, pero al fin pudieron reducirlo con la amenaza de disparar.

Tenía una isla y los arrecifes cercándolo, lo que supuso una ayuda para la policía, que ya rozaba su barca. Él solo se había metido en un lugar donde girar era imposible si no daba marcha atrás. Pero una de las lanchas de la policía impedía esa maniobra. No tuvo más remedio que rendirse.

Lo llevaron a la isla. Lo negó todo.

—Esta isla no es mía.

—¿Por qué se dio la vuelta cuando nos vio?

—Me di la vuelta porque me había confundido de dirección, pero no tengo nada que ocultar.

—¿Qué ha hecho con la niña?

—¿Qué niña?

—La que tenía aquí escondida.

—Yo no he escondido a ninguna niña. Esta no es mi isla. Yo paso por aquí de vez en cuando y nunca he visto a una niña.

—¿Cómo justifica esta ropa?

—Yo no tengo nada que justificar. Esta isla no es mía.

—Baasin, le conviene decir la verdad cuanto antes, no complique más su situación.

—Yo no me llamo Baasin. Miren, me han confundido. Aquí tengo mi documentación.

En los documentos no constaba ese nombre, si no Suib, pero eso tampoco quería decir nada, perfectamente podía tener otro nombre para su sucio negocio.

Allí una niña había dejado ropa muy estropeada que encajaba con la que llevaba Victoria según lo dicho por Zaki Bin y también ropa nueva y zapatos, todo ello de la misma talla.

—Pero ¿qué ha hecho con ella? ¿A dónde se la ha llevado? —No consiguieron hacerlo hablar. En ningún momento cambió su versión—. Lo llevaron preso hasta Bali. Estaba anocheciendo cuando llegaron.

Ujan

6 de marzo por la mañana

A Ujan le pareció que allí mismo había un grupo de serpientes de las que podía lucrarse. Justo en el mismo lugar donde terminaba la playa y empezaba el bosque. Con movimientos sigilosos, se acercó llevando en una mano un saco y en la otra un largo palo con un gancho metálico en su final. Era su herramienta de trabajo, con ella pretendía cogerlas para meterlas en el saco.

«Las venderé a buen precio», pensó. Era proveedor de varias tiendas de animales domésticos, también de algunos restaurantes, y no se ganaba mal la vida.

Cierto que era un trabajo peligroso, pero él no temía el peligro, incluso podría decir que lo disfrutaba. Necesitaba segregar adrenalina para seguir viviendo. Además, siempre iba provisto de antídotos para distintos venenos, los más usuales en aquellas islas.

Las serpientes que resultaban más fáciles de capturar eran la pitón real o pitón bola, pitón de la India, adecuadas para terrario. Las que tenía ocasión de cazar en estos momentos eran mucho más complicadas de conseguir.

Vio como destacaban claramente de los amarillos de la pitón bola, otros anaranjados negros y blancos, como los de la coral y la falsa coral, difíciles de distinguir para cualquiera que esto no formara parte de su oficio. La distinción era sumamente importante, ya que la auténtica coral era venenosa. Él las diferenciaba perfectamente.

Estaban enroscadas en algo que parecían troncos delgados. Al llegar al lado de aquellas serpientes, observó movimientos tras la espesura. Retiró con el palo la maleza para comprobar si se trataba de un nido.

«No siempre tengo tanta suerte —pensó— estas serpientes no abundan por esta zona». Aunque sabía que ahora se podían encontrar animales no autóctonos en casi cualquier sitio; precisamente por esa afición a tener en casa toda clase de animales no venenosos, que más tarde, y haciendo gala de su poca o nula responsabilidad, los abandonaban en cuanto se cansaban de ellos, sin tener en cuenta el desequilibrio que podía representar para la naturaleza.

Su sorpresa se transformó en estupor al mover aquellos ramajes. Lo que vio lo dejó paralizado, pero solo un instante.

Se dio cuenta de lo próximas que estaban algunas especies realmente peligrosas. Pero no temía por su vida sino por la de la niña que acababa de descubrir tras los ramajes, cuyas piernas había confundido con troncos delgados. Allí era donde estaban enroscadas las serpientes que en principio habían llamado su atención. Las falsa coral no eran venenosas, pero sí algunas de las que se estaban acercando.

Debía retirar de aquel lugar a las que lo eran, antes de librar a la niña de las que ya se

habían enroscado en sus piernas, pero que, con seguridad, no le harían ningún daño. Tampoco sabía si estaba viva o ya le había mordido alguna de las mortíferas. No podía entretenerse en retirarle las que ya se habían apoderado de sus piernas y empezaban a deslizarse por su espalda; mientras, podía ser mordida por cualquiera de las dos que estaban tan próximas y eran venenosas. Así que, con delicadeza y pericia, las fue enganchando.

—Ya está, ¡una! —Así colgando la trasladó un poco más lejos. Sabía que después esas serpientes huirían.

—¡Otra! Ahora que he retirado las más peligrosas, vamos a por las otras —hablaba en alto como si alguien lo acompañara

Cuando hubo despejado el lugar del peligro más inminente, se dedicó a capturar las cinco serpientes que se deslizaban sin prisa por el cuerpo de la niña.

Tres pitón bola, amarillas y dos falsa coral, que con habilidad consumada capturó y fue metiendo en el saco. Lo ató para dejarlo de momento allí mismo, sobre la arena. Mientras atendía a la niña, rogaba a sus dioses que estuviera viva.

Ujan no advirtió que un crótalo azul se iba acercando, camuflado entre los arbustos y la hierba.

Dio la vuelta a la niña, que se encontraba boca abajo, para poder revisarla también por delante, con la satisfacción de comprobar que no parecía tener ninguna picadura de serpiente, tampoco se veía nada inflamado. Solo tenía un pequeño roce en una pierna y una herida en la otra, que no parecían recientes.

«Ya me ocuparé de ella más adelante», pensó.

—El desmayo ha debido de ser ocasionado por el sol, o por hambre, o tal vez por el mismo miedo —volvió a hablar en alto.

Puso los brazos de la niña sobre el vientre y se dispuso a trasladarla a su barca. Cuando iba a levantarla, apreció la proximidad de aquella serpiente venenosa, que, dado su color, se mimetizaba tan bien con el entorno.

El crótalo azul estaba ya demasiado cerca para tratar de retirarlo con el gancho metálico. Lo había abandonado en el suelo para recoger a la chiquilla.

«Tal vez no me dé tiempo a tomarlo de nuevo para retirar la serpiente», pensó en décimas de segundo. «Pero, a pesar del inminente peligro, no puedo retirar a la niña bruscamente. Si lo hago, seguramente el crótalo se sentirá amenazado y se lanzará contra ella».

La tomó en brazos con sumo cuidado. Igualmente, trató de levantarla muy despacio, con los movimientos más suaves de que era capaz. La sintió ligera como una pluma.

Pero su maniobra, aunque suave, no pudo impedir que, al ser elevada, uno de los brazos que él había colocado reposando sobre el propio regazo de la niña se desprendiera y quedara colgando del lado de la serpiente, con un leve pero evidente bamboleo, lo que el animal debió de interpretar como un intento de agresión y se defendió de la única forma que sabía.

Al percatarse, Ujan cambió de actitud, se apresuró a llevarla a su barca y la dejó en el suelo para mayor celeridad. Buscó la caja metálica donde se encontraban distintos antídotos para las picaduras de serpiente.

No había ninguna específica para la que le había picado. Sabía que no podía darle cualquier cosa. Si no era la adecuada, podía enmascarar los síntomas. Se encomendó a todos sus dioses y decidió aplicarle la que entendió que podía ser más apropiada. Estaban lejos del hospital

de Dempasar y, si esperaba hasta entonces, la niña no se salvaría.

No había ningún hospital próximo. Pero un poco más lejos, como a un cuarto de hora de navegación, poniendo el motor a toda marcha, vivía su amigo médico y químico especialista en toxinas producidas por células vivas de animales plantas y bacterias, conocidas como biotoxinas.

A él había acudido en numerosas ocasiones. Aunque nunca con esa premura. Era la única posibilidad que existía. Deseó con todo su ser que él pudiera ayudarles.

Conocía muy bien los efectos de aquella dolorosa picadura, que, además de causar inflamación inmediata, se extendía por el resto del cuerpo de la víctima.

«Estas mordeduras, si no se tratan rápidamente, provocan hemorragias internas y pueden causar la muerte. En el mejor de los casos tienen que amputar las partes afectadas», pensaba.

Le puso con celeridad la inmunoglobulina de que disponía, aunque sabía que no era suficiente para una picadura de crótalo. En la misma orilla, junto a su barca, había palos secos, recogió algunos y le sujetó el brazo como hubiera hecho con unas tablillas, de haber dispuesto de ellas, para evitar que lo moviera y el veneno se extendiese.

Mientras lo hacía, admiraba con pena sus lindas facciones no asiáticas.

Llamó a su amigo por teléfono, para ponerlo al corriente de lo sucedido.

—Sí, ha sido un crótalo, pero no tengo nada específico. Siempre llevo inmunoglobulina ponzoñosa, se la he puesto. Se que es de amplio espectro, pero poco efectivo para la picadura de un crótalo azul.

—Sí, eso está bien. Seguramente servirá para paralizar la posible necrosis o gangrena. Yo voy a preparar un emplaste de plantas adecuadas a esa picadura, también prepararé una toma, aunque necesito que me proporciones más datos, peso y estatura aproximada, para preparar el antídoto en inyección. Tengo todo lo que necesito. Estará todo listo para cuando llegues. Pero ya sabes que el tiempo es primordial y no le apliques nada más sin consultarme.

—Por su aspecto debe tratarse de una turista americana, tal vez europea, casi con seguridad, y no creo que esté habituada a estas picaduras ni que le hayan aplicado con anterioridad ningún antiveneno. No me explico cómo podía estar en esa peligrosa isla ella sola.

—No era ese el dato que le pedía su amigo—: Está muy delgada y tendrá más o menos los años que ahora tendría mi hija, diez u once años.

Miró su entorno, pero no se veía ninguna embarcación. ¿Estarían sus padres en el interior? ¿Cabía la posibilidad de una excursión por el archipiélago sin que nadie les hubiera advertido para que no visitaran aquel peligroso lugar? Siguió elucubrando.

Después, con el brazo ya inmovilizado, la sujetó colocándola con mimo en la mejor posición posible, para poder poner el motor a toda marcha, casi repitiendo los gestos del que unos días antes la había raptado.

Pero él tenía otro motivo muy distinto. No tenía hijos, pero había tenido una hija que, de haber vivido, sería como esa niña. La madre era americana nacida en Nueva York, aunque de ascendencia sudamericana, y al perder a su hija había vuelto a Nueva York con la familia.

«En realidad ya nada nos unía, al menos así lo sentíamos los dos». Coincidieron en su necesidad de habitar cada uno donde les era más fácil curar la terrible pérdida.

«Todos me dijeron que yo no tenía culpa —recordaba con dolor—, pero me sentía culpable y me recreaba en ese doloroso auto reproche. Llegó a resultar nefasta mi compañía, sobre todo para mi esposa, que, escuchando mis lamentos, no era capaz de reponerse de aquel dolor para seguir viviendo.

»Continuamente ella tenía que repetirme que no me culpaba. Era creyente y hablaba de

designio divino, pero a mí eso me sacaba de quicio y yo arremetía contra todo.

»Fue precisamente en un descuido de la persona que cuidaba a la pequeña, mientras su madre trabajaba en el despacho».

Por su cabeza discurrían imágenes, unas vividas y otras imaginadas, pero había pensado tantas veces en ellas que llegó a creer que lo había presenciado todo.

Veía a su hija, de cinco años, entrar en una habitación que siempre estaba cerrada con llave. Pero no aquel día. Su curiosidad infantil le hacía levantar las tapas de los cestos, y su manita trataba de acariciar uno de aquellos simpáticos y escurridizos animalitos que su padre llevaba a casa.

Aún la veía con una cobra y una mamba negra. Llegó a tiempo de aplicarle un antídoto que disponía para él. La llevó inmediatamente al centro más próximo especializado en venenos y antídotos.

«Era terrible oírle quejarse, llorar, verla morir retorciéndose, lo que daba idea de los fuertes dolores y espasmos que le ocasionaron aquellas mordeduras. Y sin poder hacer nada por ella, a pesar de estar rodeada de doctores expertos en picaduras de serpiente». Unos lagrimones rodaron por sus curtidas mejillas.

«Todo fue tan rápido... Y el veneno en tanta cantidad para una chiquilla de cinco años...

» En aquella habitación se encontraban encerrados los otros cestos. Los cestos donde estaban cautivas las serpientes venenosas que en aquella época yo recogía para una empresa farmacéutica».

» Mi esposa a veces también se sentía culpable, por no haber revisado el cierre de la puerta, incluso por no haberse llevado la llave al despacho. Aunque ella no era la que las capturaba y las llevaba a casa.

» Ella, muerta de dolor, había dejado de comer. Solo quería morir. Su familia había corrido a su lado para consolarla, le obligaba a ingerir alimento y trataba de hacerle comprender que nada ocurre en el mundo que no esté previamente escrito en su libro de la vida.

» En aquellos momentos yo no podía soportar que trataran de consolar así a mi esposa.

» Me molestaba que le hablaran como si no fuera yo el que había llevado las serpientes a casa. Nunca tenía que haber confiado en que nadie dejaría abierta esa puerta tan peligrosa. Solamente yo debía haber tenido esa llave.

» Existía la posibilidad de un fallo humano y yo no la había tenido en cuenta.

» No soportaba la forma de afrontar la pérdida de mi hija. ¿Cómo iban a comprender aquellos familiares americanos el dolor de mi pérdida? Era yo el que había llevado allí la muerte.

» Por eso, al ver a aquella niña con las serpientes enrolladas en su cuerpecito, mi corazón ha dado un vuelco y todos los recuerdos se han agolpado en mi mente.

» He tenido que hacer un esfuerzo para no sucumbir al dolor, para que los punzantes recuerdos no me paralizaran, y poder hacer con la niña desconocida lo que no pude hacer con mi adorada hijita: salvarla de las picaduras venenosas de aquellas serpientes que se acercaban amenazantes».

Pero de nuevo no había podido evitar la picadura.

Desde su posición, además de estar atento al entorno de la isla, por si divisaba otro barco que podía pertenecer a los padres de aquella chiquilla, la vigilaba también a ella, esperando y deseando que despertara. No podía perder el tiempo buscando a los padres, era vital para la

pequeña no perder ni un segundo.

Advirtió aliviado que, al fin, la niña abría los ojos, aunque solo fueron unos instantes, y volvía a cerrarlos.

Con los ojos semicerrados y las cejas fruncidas, Victoria miraba con inquietud el escaso entorno que podía abarcar, subía los hombros y encogía el cuello, como si esperara y se preparase para ver algo desagradable.

«Está asustada —pensó Ujan—, claramente asustada. Seguro que ha pasado miedo. Mucho miedo. El miedo debió de ser tan extremado que su sistema de defensa le proporcionó descanso en forma de desmayo».

El rostro muy expresivo de Victoria pasó por todas las fases: brillaron sus ojos y una respiración profunda hinchó su pecho como un globo.

Cuando, tras la inspección ocular, vio que no había ninguna serpiente cerca. Y tampoco más lejos, dejó salir el aire sin control, con total libertad. El globo de su pecho quedó vacío.

Estaba en una barca. Esta realidad la hizo ser consciente de que podía seguir en peligro. ¿La había vuelto a coger su raptor? Sus ojos exploraron de nuevo el entorno, esta vez con cuidado, por si la barca era la de quien la había raptado. Estaba dispuesta a saltar al agua..., pero ¿a dónde iría?

Le dolía el brazo, se quejó. Su sonrisa ya se había borrado y su rostro se fue arrugando, se ensombreció como si el sol hubiera dejado de lucir para siempre. Un desconocido de rasgos asiáticos la miraba. Le pareció que su gesto era amable y dulce, pero sabía por su experiencia que la amabilidad de los desconocidos asiáticos podía transformarse en furia si no hacía lo que ellos querían, por lo que debía estar preparada para cualquier cosa.

Sintió un dolor agudo en el brazo, pensó que posiblemente aquel hombre debía de ser el culpable. Se quejó de nuevo. Le dolía horriblemente y no lo podía mover. No podía mover ninguna parte de su cuerpo. Descubrió estremecida que estaba atada. Sin cadena, pero atada de nuevo.

Ujan vio el ligero esfuerzo de la chiquilla por soltarse de las correas. Acarició el brazo no inflamado tratando de calmarla. De manera instintiva, utilizó el inglés para tranquilizarla. Pero Victoria no se sentía con fuerza para intentar protestar, ni siquiera para contestar, perdió de nuevo el conocimiento.

El médico los esperaba en su embarcadero particular. Conocía muy bien qué era lo que debía hacer, había preparado el anti-veneno posible para esa picadura. El único problema era saber si llegaban a tiempo o ya era tarde. Veinte minutos podían ser demasiado.

—Por suerte, el antídoto que le has aplicado con tanta rapidez, aunque no es la solución, sí puede haber tenido el efecto de retrasar las consecuencias de la picadura. Eso nos da alguna esperanza —dijo en cuanto amararon.

Pero observó que el brazo de la niña ya había empezado a inflamarse antes de entrar en su casa. Eso le preocupaba. «Mal asunto», pensó, aunque no dijo nada a Ujan. Tal vez no podría evitar la amputación. Ella seguía con quejas.

Ujan sabía perfectamente todo lo que estaba en juego. El rostro preocupado de su amigo le confirmó que no estaba muy seguro de los resultados que podían obtener.

Su amigo la llevó a una habitación que mantenía fresca, ajena al calor exterior. Un ventilador de aspas movía el aire desde el techo. La cama era estrecha, pero suficiente para que Victoria pudiera descansar tranquila. Y aunque no dejaba de quejarse, lo hacía sin fuerzas.

Primero la sentó en la camilla y le dio a beber una infusión.

—La he preparado a base de hojas verdes, de acuerdo con una tabla con distintos nombres de plantas alexitéricas. La tengo impresa en letras grandes y enmarcada sobre un tablón, colgado en mi laboratorio, especificando las que se corresponden como antídoto con cada veneno para no olvidarme o confundirlas en los momentos críticos o de urgencia —le explicaba a Ujan, mientras trataba de que la niña la bebiera.

Victoria la tomó sin rechistar. Después hizo que la niña se tumbara para ocuparse del brazo. Le puso una inyección por vía intravenosa, tampoco se quejó.

—Has actuado como un profesional inmovilizando el brazo, Ujan —dijo su amigo, mientras retiraba los palos del brazo, para poder aplicarle los emplastes.

—Son ya muchos años en el oficio. Aunque a veces no sirva de nada —respondió Ujan con amargura.

Ya tumbada en la cama, después de tratar de colocarla en la postura que necesitaba, se los puso en la zona inflamada.

—Ya sabes que el veneno de los crótalos afecta a la coagulación, provoca la subaceleración o la inactivan de la sangre, su veneno es hemotóxico y necrosante. Actúa muy rápido, a veces en menos de un cuarto de hora.

El amigo de Ujan se fijó en la pierna de la niña. Ujan dijo que, como era una herida, no le había preocupado en el momento de descubrirla. El amigo le curó también la herida de la pierna, que parecía infectada. Después se sentó junto a la cama en una butaca de bambú, pareja con la que ya ocupaba Ujan.

Pasaba el tiempo y el médico no quería pronunciarse en ningún sentido, lo que daba pie a la esperanza. Pero, de vez en cuando, cambiaba el emplaste de la niña y solo movía la cabeza dubitativo. En ese momento Ujan ya no se sentía tan esperanzado.

Victoria había empezado a recuperar la consciencia, aunque no por completo. Era lastimoso oír su quejido constante. Ujan miraba a su amigo.

—¿No se puede hacer nada para que no sufra tanto? Se queja sin descanso —preguntó inquieto, aunque sabía que existía algún motivo para que su amigo no interviniese.

—No quiero enmascarar su dolor todavía. Pero pronto le podré aplicar algo que la aliviará.

Más tarde el doctor le dio a beber algo que la sumió en un sueño más profundo, aunque dijo que el efecto era suavizar el dolor para que pudiera descansar más tranquila.

Esto es todo lo que he podido hacer, solo queda seguir poniendo emplastes en el brazo, para seguir desinflamando y suavizando el dolor de la niña, que sufra lo menos posible. Alguna de las hojas verdes le proporcionará además sueño y, por tanto, descanso. Pero hay que esperar al menos veinticuatro horas para saber si hemos llegado a tiempo de salvar su vida. Aunque la seguridad de que no habrá que amputar solo la tendremos a las cuarenta y ocho horas.

—Gracias, amigo, sabía que podía contar contigo.

—Ujan, esta es tu casa y podéis permanecer en ella todo el tiempo necesario. Ahora es mejor no moverla, pero si crees que estará mejor cuidada en un hospital, yo mismo te acompañaré al más cercano, en cuanto considere que el veneno ya no corre peligro de extenderse.

—Agradezco y acepto tu hospitalidad. Confío en ti más que en nadie, y yo mismo me preocuparé de cambiarle los emplastes. No necesito enfermeras. y prefiero no mover de aquí a la

niña. Esperaremos a que pasen las horas.

La espera se estaba haciendo eterna. Miraban su piel temiendo ver cómo se oscurecía, o cómo se inflamaba más el brazo.

Mientras esperaban el paso de las fatídicas horas, Ujan relató a su amigo cómo había encontrado a la niña y no necesitó decirle a quién le había recordado. Todos sus amigos tenían muy presente lo que años atrás ocurrió con su hija.

El médico había conseguido adormecer a Victoria, tratando de que el remedio no interfiriese en la efectividad del antiveneno que le había suministrado. Pero había que esperar los resultados.

Bali, 7 de marzo

Las horas pasaron para ellos con gran inquietud y numerosos sobresaltos. Vigilaban preocupados sin perder la esperanza, durante aquellas graves y vitales veinticuatro horas. Continuamente habían estado tomando su temperatura y, sobre todo, observando su brazo esperando una reacción. Ella se quejaba con cierta frecuencia. Al final, se había quedado dormida, aunque intranquila, hasta hacía muy poco.

Pero en esos momentos, Victoria parecía dormir sosegada.

También Ujan y su amigo empezaron a relajarse tras una última revisión que no ofreció problemas, lo que todavía no les permitía confiarse demasiado, pero era un buen síntoma.

Pasadas unas horas, también ellos se quedaron dormidos allí mismo, en los sillones que ocupaban.

Victoria aún tardó unas cuantas horas más en despertar. Cuando lo hizo, ya estaba empezando un nuevo día.

8 de marzo

—¿Dónde estoy? —preguntó Victoria sorprendida. No recordaba nada, y miró todo sin comprender que había ocurrido ni dónde estaba. Era un dormitorio bastante sencillo pero normal, no era una cabaña, observó, sin que eso la relajase demasiado.

«¿Quién me habrá comprado?», tardó en reaccionar con normalidad. Aunque estaba ya despierta, parecía vivir todavía en el letargo de las hierbas adormecedoras que el amigo de Ujan le había suministrado y que al final habían conseguido mantenerla tranquila. Trató de incorporarse en la estrecha camilla.

—¿Te has despertado? —dijo Ujan, levantándose de la butaca con rapidez.

El médico, amigo de Ujan, se levantó a la vez. La revisó con calma y dio su visto bueno. El brazo se había ido desinflamando.

Al menos en lo que él podía confirmar, todo había salido bien, pero era importante que en el hospital le hicieran una revisión más completa para descartar cualquier tipo de hemorragia interna que podía haberse producido antes de que el antídoto hiciera su efecto.

Preparó para los tres un desayuno que tomaron junto al mar, saboreando por anticipado el triunfo de la ciencia. Ujan se lo agradecía y su amigo comprendía muy bien lo que aquello podía significar para él.

Victoria se sentía mareada y sorprendida, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, solo que la trataban con afecto, aunque eso ya no significaba demasiado para ella.

Ellos hablaban el mismo idioma que Seni, pero ella no lograba reconocer más que alguna

palabra suelta sin ningún significado comprensible.

¿A dónde la llevarían ahora? ¿Qué habrá pasado? ¿La había alcanzado su raptor y se la había vendido a aquellos desconocidos? Recordó las serpientes que la rodeaban y empezaban a subir por su cuerpo. Se estremeció. Pensó que había sido un mal sueño, pero que lo había vivido de forma muy real.

El especialista en neurotoxinas miró por última vez su brazo y después el fondo de ojo.

—Parece que todo está bien —confirmó de nuevo—, pero insisto en que le hagan esa revisión completa en el hospital. Creo que el que tienes más cerca de tu amarre es el hospital general Bali Mandara, está en Bypass Ngurah. Diles que me llamen para ponerlos al corriente de cómo ha ido este proceso y lo que le hemos aplicado —insistió el doctor en un aparte con su amigo, no deseando preocupar más a la niña.

—Está bien. Así lo haré.

Ujan mostró de nuevo su agradecimiento, ya expresado durante aquellas horas vitales, e inició la vuelta a Bali, camino del hospital más próximo indicado por su amigo.

Antes de poner en marcha su embarcación, Ujan colocó junto a su asiento a la niña. La obsequió con su mejor sonrisa. Quería tranquilizarla antes de iniciar la travesía. Bastante miedo había pasado. Le habló en inglés primero y cuando la niña dijo que era española lo hizo en español. Victoria se alegró de poder hablar con alguien en su idioma.

Pero inmediatamente recordó que poco tiempo atrás también se había alegrado al oír hablar en español. Precisamente al desconocido que había ido a verla para comprarla y no le había gustado.

Tampoco había querido llevarla con su mamá. Ella confiaba en que aquella persona la iba a ayudar. Demasiadas desilusiones. Tantas, que se había ido formando una especie de muro, que no dejaba que penetrase ni un ligero rayo de ilusión. Ya no pensaba que todo se iba a arreglar. Cada vez el muro era más grueso, más difícil de derribar.

—No hablo muy bien tu idioma y he olvidado muchas palabras, porque no practico, pero lo aprendí hace ya unos años. Me llamo Ujan. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Victoria —respondió la niña, con miedo a lo que podría ocurrir si no le gustaba—. ¿Te gusta mi nombre?

—¡Claro! Es muy bonito. ¿Qué hacías sola en esa isla tan peligrosa? ¿Has venido con tus padres y los has perdido?

Victoria no tenía muy claro si debía contestar la verdad o era mejor permanecer callada para no equivocarse. Estaba deseando contar toda su historia, pero hasta este momento eso no había servido para nada bueno, por lo que tal vez era preferible permanecer callada.

—Entiendo, todavía estás asustada por esas serpientes que te rodeaban. Las que tenías encima no eran peligrosas, no temas. Las he recogido y las tengo en un saco en la isla. Soy cazador de serpientes y he llegado a tiempo, ninguna te había mordido. —Pensó que, por el momento, era preferible no contarle lo ocurrido después. Ella no había sido consciente de la picadura sufrida. Más adelante lo hablarían.

«Entonces... lo de las serpientes no ha sido una pesadilla». Tembló al volver a recordar lo que había interpretado como un mal sueño.

—¿Tienes frío? —preguntó Ujan al advertir su temblor.

Victoria hizo un gesto negativo con la cabeza. Ujan creyó comprender.

—Ya no tienes nada que temer, estás conmigo en esta barca y yo te voy a ayudar a

encontrar a tus padres, pero para eso me tendrás que dar algún dato.

Cuando Ujan consideró que la niña ya estaba en calma, puso el motor en marcha.

Victoria seguía estando muy poco segura de que lo que oía fuese verdad, pero ¿qué podía perder? Muchas veces había oído hablar a su mamá de la ley de Murphy, según la cual todo puede empeorar, pero ella sentía que en esta ocasión esa ley que se había sacado el tal Murphy de la manga resultaba completamente imposible. Creía haber llegado a su límite.

Aun sintiendo que nada podía ir a peor, tardó en responder, pero no demasiado, al menos para la paciencia de Ujan.

Empezó su historia desde el momento en que se escondió en una barca al lado del hotel donde estaba con su mamá y sus amigos.

El relato, una mezcla de inteligencia e ingenuidad, enterneció aún más a Ujan. Comprendió que no hubiera tenido sentido haber perdido el tiempo dando la vuelta a aquella isla por si se encontraban allí sus padres. Esto era algo que había estado pesando en su conciencia mientras esperaba que la pequeña reaccionara.

Seguramente sus padres la estaban buscando desesperados, pero ahora sabía que no era allí donde la buscaban. Puso rumbo al hospital de Bali. Le pidió a Victoria que se quedase a su lado para poder seguir hablando. Le entregó una botella de agua, para cuando tuviera sed.

El RS Bali Mandara era un hospital moderno, cuyo edificio bajo, pero muy extenso, presentaba en su exterior, a simple vista, pocos rasgos balineses. Solo la entrada principal se veía como un pabellón abierto con tejado piramidal en madera y paja, típicamente balinés.

Ujan pensó que, aunque no estaba lejos de su embarcadero, sería conveniente no llevar a la niña desde la playa al hospital andando. Estaba muy débil y un poco aturdida, tomaría una bicicleta.

Ujan amarró su barca como había previsto y tomó una de las bicicletas dispuestas para uso público. El hospital estaba muy cerca. Estaba seguro de que esta vez lo había conseguido. Había conseguido salvar a la pequeña del veneno de las serpientes. Se encontraba convencido, se lo decía su corazón.

Paró primero en el mercadillo que había junto a la playa y que no pertenecía a ningún hotel para comprarle un vestido, no le parecía bien que estuviera solo con el traje de baño.

Esa compra removiò en Victoria recuerdos tan próximos y vívidos que volvió a sentir cómo se incrementaba el miedo a su destino. Pero Ujan ya le había explicado en el barco lo que iban a hacer y en qué orden, así que volvió a montar en la bicicleta tal como le pedía él. Seguía un poco aturdida por los acontecimientos, pero podía apreciar, confiada, que en su entorno había mucha gente y nada la sujetaba.

El gran tótem balinés que Victoria descubrió al abrirse las puertas de cristal del hospital RS Bali Mandara le recordó el espectáculo que vieron la misma mañana que llegaron a Bali. Le pareció que había transcurrido toda una eternidad desde entonces.

En admisión había bastante concurrencia: personas sentadas en sillas de plástico unidas unas a otras. Estaban dispuestas en varias filas frente al mostrador de admisión, como si allí se fuera a desarrollar una obra de teatro u otro espectáculo de entretenimiento, pero solo era público esperando ver su número en la pantalla de la pared. Posibles pacientes a la espera de ser llamados.

Ujan pasó directamente al mostrador de información-admisión, dio el nombre y el

número del teléfono de su amigo.

—El doctor ya ha llamado —le dijeron—, los estábamos esperando. No se preocupen, él ya ha puesto al corriente a nuestros especialistas de lo que le había aplicado a la niña.

—Victoria, ¿verdad? —añadió una de las enfermeras, que la hizo sentarse en una silla de ruedas para trasladarla por los largos pasillos de aquel extenso edificio. Hizo su pregunta con una hermosa sonrisa, mientras miraba a la niña.

—Sí —respondió preocupada Victoria. ¿Por qué la llevaban allí?, aquello era un hospital

—Tranquila, no te vamos a hacer daño. No queremos que tu tío se enfade con nosotras.

—Victoria miró al que parecía ser su salvador, arqueando las cejas en un gesto interrogante. «¿Mi tío?».

El doctor era muy conocido en aquella especialidad del hospital y él mismo les pidió que lo tuviesen al tanto de los resultados, que se trataba de una niña que era como su sobrina.

La reconocieron dando por hecho que era la sobrina del doctor que había estado tratándola, sin necesitar de más explicaciones que las concernientes a la picadura y los remedios aplicados.

La amplia y luminosa habitación en la que la instalaron daba a un hermoso jardín interior con estanque, riachuelo y puentes que lo cruzaban. Tenía varias camas con unas cortinas que servían para separar a los pacientes y darles un poco más de intimidad, pero allí, en esa habitación que encontraron vacía, no entró ningún otro paciente en el tiempo que duró su estancia.

Todos los resultados fueron tranquilizadores. El veneno no se había extendido, el médico amigo de Ujan le había administrado lo más adecuado para contrarrestar el efecto de aquel veneno inoculado por el crótalo azul.

Ujan se sentía satisfecho, le estaba sumamente agradecido a su amigo, pero también tenía claro que si su amigo había podido intervenir a tiempo, había sido gracias a su celeridad para llevarla y al antiveneno que le inoculó, por lo que se sentía más en paz. Había podido salvar a la niña de la picadura de una serpiente.

Victoria se dejaba hacer como si ella fuera un robot previamente programado, para entrar y salir de consultas, probar extraños aparatos, subir y bajar de camillas.

Al salir de aquella parte del hospital, muy alejada del lugar por el que habían entrado, tuvieron que cruzar un bonito patio balinés, lleno de plantas, para llegar a otra sala de admisión por la que salieron. Al igual que cualquiera de las distintas entradas al hospital, aquel espacio tenía cantidad de pequeñas esculturas balinesas, la mayoría de ellas bustos.

En esta entrada las sillas estaban pegadas a las paredes, en una sola fila, como enmarcando la sala. El número de pacientes a la espera era mucho más escaso.

Victoria, a instancia de Ujan, esperó en aquella entrada a que él recogiera la bicicleta. Estaba en el otro extremo del edificio. Fueron hasta una parada de taxis. Allí Ujan devolvió la bicicleta.

—A Polda Bali, estación de policía, Supramat n.º 7 —indicó Ujan una vez que se acomodaron dentro del taxi.

—Victoria, ¡vamos a buscar a tu mamá! —dijo Ujan en tono triunfal.

Cuando Ujan salió de la isla de su amigo hacia el hospital, lo hizo pensando llevar a Victoria a su casa cuando terminase la revisión. Desde allí haría las indagaciones oportunas para localizar a los padres de la niña en uno de los hoteles junto al mar. No era un dato muy claro, pero junto

con el nombre, de algo le serviría.

No obstante, a medida que se iban acercando, y teniendo en cuenta el relato de la niña, pensó que podían considerar que él estaba implicado en su rapto o en su compra. Por eso cambió de idea, razonó que, al salir del hospital, debía ir directamente con ella a la policía, aunque no pensaba abandonarla allí. Esa chiquilla lo había conmovido. No se la dejaría a la policía, ni a ninguna institución, no la dejaría hasta no encontrar a su familia.

Por alguna extraña circunstancia no se toparon con la fotografía de la niña que abundaba por todo Bali. O tal vez no repararon en ella si las había en su camino.

BUSCANDO A BAASIN

Bali, 8 de marzo

El día anterior lo habían pasado esperando que la policía los llamara para decirles que el preso había hablado y sabían dónde estaba Victoria. Pero eso no ocurrió. Empezaba un nuevo día de espera desesperante.

En la terraza, todos observaban el teléfono, como si no fueran capaces de escuchar su agudo sonido y necesitaran verlo en movimiento.

—Siento cierto alivio al saber que hasta hace cuatro días Victoria estaba viva y, tal vez, hasta contenta con la anciana. Me pregunto: ¿qué la llevaría a meterse en esa barca? Pero, aunque yo no lo supiera, ella tenía quien la cuidara con afecto y estaba a la espera de regresar conmigo. Para mí, en estos momentos, es como si, al hacer cuentas, llevara cuatro días desaparecida. Son precisamente esos otros días los que me asusta no saber nada de ella.

—No te preocupes, pronto la encontraremos y nos contará cómo pasó todo. Confía, ya estamos cerca.

—¿Por qué alguien la ha robado para llevarla a otra isla? —el cambio de tono evidenciaba el gran esfuerzo que tenía que hacer para seguir expresando lo que sentía—, porque allí no la habéis encontrado, y el que la ha robado lo niega todo. ¿Qué habrán hecho con ella?

—Mira, Diana, estamos seguros de que la niña había estado allí, en aquella isla que acabamos de registrar —trataba de recopilar Michel—. Lo has confirmado desde el momento en que los policías te mostraron lo que tú llamabas el primoroso pijama y las lindas zapatillas a juego, en un estado tan lastimoso que hizo que te estremecieras. Nosotros vimos que el pijama estaba en la cabaña. Eso confirma que había estado allí y lo que ya nos había dicho Zaki Bin, que llevaba la ropa destrozada. Pero también vimos un bonito vestido y unos zapatos y todo nuevo. Es decir, que también se están preocupando por ella.

—Pero ¿qué calamidades habrá tenido que pasar Victoria para que aquella bonita ropa estuviera en unas condiciones tan deplorables? —se lamentaba Diana.

Gerardo los escuchaba pesaroso. Intuía que su carrera para evitar que Fernando la pillase la había hecho correr entre espinos de rosales, cactus o cualquier otra planta que había podido engancharse en el delicado tejido, pero no podía decir lo que pensaba.

—Baasin terminará hablando, Diana —dijo—, estoy seguro de que la policía de Bali puede ser muy *convinciente*, es solo una cuestión de *resistencia*.

«Pero ¿hablaría a tiempo de poder encontrarla sin que le hubieran causado ningún daño?», pensaba Gerardo sin querer expresarlo en voz alta. Se sentía responsable de la niña y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por encontrarla. Nunca se perdonaría a sí mismo si no lograba que todo saliera bien.

Ana trataba de animarlos esperanzada. Era el papel que había decidido representar, porque también se sentía fatal, no en vano ella, prácticamente, había obligado a su amiga a acompañarla.

Estaba avanzada la tarde cuando al fin sonó el móvil. Diana se encontraba a punto de desfallecer. En esos momentos no fue capaz ni de coger el teléfono. Temblaba de arriba abajo al pensar que podían ser malas noticias.

Michel, a pesar de estar muy impaciente esperando aquella llamada, dudó con la mano sobre el teléfono de Diana. Pero fue él quien respondió pensando que ella no resistiría, si tenía que recibir otra mala noticia. No poder volver con Victoria ya había evidenciado su fracaso y la frustración que sentía frente a Diana. Solo deseaba hacerla feliz y hasta ese momento no había conseguido ayudarla de forma efectiva.

Era un policía pidiendo que se acercasen a la comisaría. El policía con el que habló fue escueto al decir:

—Vengan pronto a la comisaría de Polda Bali, puede que tenga buenas noticias para ustedes.

Michel quiso saber más y, a pesar de que el policía pretendía contarle cuando ya estuviesen en sus dependencias, consiguió que le informaran de que un cazador de serpientes había encontrado a una niña sola en una isla y que tal vez fuera la niña que estaban buscando. Un doctor la estaba revisando.

Eso sí, evitó decirle que la isla estaba infestada de serpientes y que unas cuantas se le habían enroscado en su cuerpecito. Incluso una la había llegado a morder.

Fueron los cuatro, nadie pensó en quedarse en el bungaló por si aparecía por allí Victoria.

En las modernas instalaciones de la policía había mucho movimiento. Gritos desabridos, malas caras, insultos. Michel se abrió paso entre el tumulto, explicó al policía del mostrador quién era y por qué estaban allí. Le entregó con disimulo unos billetes. Enseguida los pasaron a una sala reducida pero vacía, donde el griterío parecía haberse amortiguado. Después, otro policía llamó a Diana para que pasase a una nueva sala igualmente reducida.

Ella fue la primera y única a la que el policía dejó entrar allí, para comprobar si la niña asustada que se encontraba en ese recinto con un cazador de serpientes era Victoria.

El encuentro no pudo ser más emotivo... ni más duro.

Cuando la puerta se abrió, Diana sintió que algo en su interior se rompía de forma estrepitosa.

Una niña de piel muy morena y reseca, con una herida en torno a la pierna y una carita que reflejaba el miedo que sentía y no reaccionaba al ver a su mamá fue lo que Diana vio.

Victoria vio a su madre en la puerta de aquel lugar, sin poder dar crédito a sus ojos, debía de tratarse de otro sueño.

Diana corrió hacia ella exclamando: «¡Hija mía!, ¡hija mía!». La abrazó con los ojos arrasados en lágrimas, Victoria se agarró al cuello de su madre asegurándose de que era real, y rompió a llorar de forma tan desgarrada que, a pesar del griterío de la entrada, muchos se estremecieron al escuchar su desesperado llanto: «¡Mamá!, ¡mamá!», gemía, como en una letanía inacabable. Aun palpándola, Victoria temía soltarla y que se desvaneciera.

Ujan salió silencioso del recinto. Esperaría a que la niña se desahogara para contarle a su mamá lo ocurrido.

Terminaron de taponar la herida de la pierna, sin conseguir que se soltara de su madre. Diana tampoco quería soltarla.

La vendaron de nuevo mientras le explicaban a Diana que habían encontrado en la isla una cadena con una argolla y suponían que ese era el motivo por el que la niña tenía una herida en la pierna.

—Se encuentra en muy buen estado, porque antes de llegar a la comisaría le han hecho

una cura en el hospital RS Bali Mandara —Ujan solo les había hablado del hospital—, le han hecho una cura muy profesional. Pero nosotros hemos tenido que tomar muestras de la piel y la sangre de la niña porque tenemos que comprobar que se corresponde con la encontrada en la argolla de la cabaña.

Victoria no dijo nada, siguió con su cabeza metida entre el cuello de su madre, mientras Diana temblaba de dolor escuchando aquellas explicaciones.

Su imaginación le hacía sufrir de una forma espantosa. Su mente le mostraba a la niña, su niña, como si fuera un animalito, atada con una cadena, y con una argolla que le había ocasionado una profunda herida y soportando sola ese calvario. ¡Tuvo que ser espantoso!

Diana acariciaba el querido rostro de su hija, por el que recorrían gruesas lágrimas. Lo besaba centímetro a centímetro. Victoria volvía a buscar refugio entre los pliegues del cuello de su madre.

Pasaron unos minutos durante los cuales solo se separaban para besarse y volverse a abrazar entre llantos. Después de unos minutos, dejaron entrar en aquella sala a los que habían acompañado a Diana. Victoria los fue abrazando a todos, pero con un solo brazo, porque seguía sin querer soltar a su madre. La situación se fue calmando un poco. Michel metió con disimulo unos billetes en el bolsillo del policía, que los dejó solos, durante unos minutos.

Ujan, mientras, recogió los duplicados de los documentos que le habían entregado en el hospital y que había aportado a la policía para que hicieran fotocopias. Los originales eran para la madre de Victoria.

Pasados esos minutos, entró otro policía. Era el único que hablaba español en aquellas dependencias, el mismo que habían conocido dos días antes cuando ella insultó a los policías. Aunque muy serio, saludó a todos al entrar y después se dirigió a Diana.

—Buenos días, señora. Enhorabuena. —Después, se dirigió a Victoria en un tono más amable—: Escúchame con atención, Victoria, es muy importante. Te voy a llevar a otra habitación...

—¡Nooo! ¡No me lleves! ¡Mamá, no me dejes! No dejes que me lleven otra vez. ¡Noooooooo...! —el grito de la niña mientras se agarraba con fuerza a su madre y pateaba temiendo que el policía tratase de separarla de ella se escuchó en todo el edificio.

Era un grito desgarrado de una niña que no podía soportar volver a distanciarse ni un centímetro de su madre.

Causaba dolor ver a aquella niña, con su boca redondita y unos ojos que se empequeñecían rodeados de arrugas que encogían todo su rostro.

Diana trató de calmarla, la sentó sobre sus piernas y abrazó su cuerpo con fuerza, tratando de protegerla del resto del mundo. «¡Dios mío, si no tiene más que huesos!», pensó con angustia. El policía, pasados unos segundos y con un tono que indicaba lo duro que le estaba resultando su trabajo, volvió a dirigirse a ella muy bajito y casi con ternura.

—Victoria, no temas. Estás entre las personas que te quieren y nadie va a permitir que te ocurra nada. Tampoco es necesario que dejes a tu mamá, ella te puede acompañar. Pero necesitamos que reconozcas al hombre que te raptó para llevarte a su isla, de la que tú has huido.

»Has sido una niña muy valiente y ahora te pido que hagas un pequeño esfuerzo más. Necesitamos que pases con tu mamá —recalcó «con tu mamá»— a otra sala; está aquí al lado. Allí hay un cristal, es como una ventana por la que tú puedes ver, pero en la habitación contigua esa ventana es un espejo, la persona que veas allí no te puede ver a ti. Lo mirarás con calma, sin temer nada, y luego me dirás si es la persona que te robó de la isla de Seni. ¿Lo has entendido?

Victoria había ido relajando sus facciones, aunque algunas arrugas aún permanecían en torno a los ojos y la boca. Movi6 la cabeza para afirmar que entendía, pero se peg6 más al cuerpo de su madre.

—Tranquila, no corre ninguna prisa, dime cuándo estás preparada y pasamos los tres.

Diana, que no había dejado de prodigar sus caricias a Victoria, la mir6 a los ojos para decirle:

—Cariño, nunca me iré de tu lado. Dormiremos en la misma habitación, incluso en la misma cama, si tú quieres. Ahora te voy a acompañar para ver si esa persona es la que te rob6 de la isla. Así la podrán castigar como merece.

Diana imaginaba lo mucho que había tenido que sufrir su hija hasta este momento, pero solo conocía que la habían raptado de una isla para llevársela a otra y, según el anónimo, con intenciones deplorables. Ahora, además, sabía que la habían tenido atada por la pierna hasta hacerle una herida supurante. Como un ser indeseable... Le costaba soportar la imagen que llegaba a su mente. Pero ese no era un buen momento para derrumbarse.

Minutos más tarde, cuando comprendieron que Victoria empezaba a estar segura de que no la iban a separar de su madre, intentaron de nuevo, con más éxito, que cambiara de estancia para proceder a la identificación.

Ya frente al cristal, madre e hija contemplaron la entrada de un hombre cuyas características no estaban muy bien definidas. Tenía la cara hinchada, el labio superior partido y se apreciaban diversos golpes en forma de moretones.

—Victoria, ¿es esa la persona que te ha robado de la isla de Seni y te ha llevado a su isla? —preguntó el policía—. Victoria negó con un movimiento de cabeza.

—Tranquila, fíjate bien, ¿no es este el hombre que te ha tenido en la isla atada con una cadena? —insistió el policía.

Por segunda vez, Victoria negó con la cabeza; no había pronunciado palabra desde que salió de la otra sala.

El policía empezó a ponerse nervioso y elev6 el tono para preguntarle lo mismo, apremiándola a que mirase con más detenimiento a aquella persona.

La niña empezó a asustarse: «Otra vez se están enfadando conmigo...», pensó.

—Agente, la está asustando. Deje que hable yo con mi hija. Por favor. —El agente asintió moviendo la cabeza y arrugando el rostro, molesto.

El tono que había empleado con la pobre niña, estando tan asustada, seguramente no era el más adecuado, pero no lo podía evitar, la niña se empeñaba en no reconocerlo. Sabía que el interrogatorio le había deformado algo la cara, pero ¿cómo no lo reconocía? ¿O por qué no quería reconocerlo?

Diana se dirigió a su hija con delicadeza extrema:

—Tesoro, ¿es por ese motivo que tienes la herida de la pierna? —La niña no sabía qué contestar, mir6 a su madre con ojos implorantes.

—Mire, quizás tenga razón y su hija necesite mano más suave, pero sabemos hacer nuestro trabajo y estamos seguros de que este hombre está totalmente implicado en el rapto de su hija. Necesitamos que lo reconozca de una vez —dijo volviendo a subir el tono a pesar de tratar de controlarse. No quería indisponerse con la novia de Michel, estaba seguro de que no le convenía—. Cuando lo apresamos iba a la isla, donde sabemos que había estado Victoria, pero si ella no lo reconoce, lo tendremos que soltar y eso me saca de quicio.

—Cariño, ¿te da miedo decir que este señor te tuvo atada a una cadena con una argolla?

—insistió Diana, y de nuevo el rostro implorante de la niña mirando a su madre. Al fin rompió a hablar entre sollozos.

—No, ese no me ató.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No te robó él de la isla de Seni?

—No. Él no fue.

El policía no sabía qué hacer, estaba seguro de que algo tenía que ver con la niña, pero si ella no lo reconocía, no podía hacer nada. Era probable que Victoria estuviera demasiado asustada todavía y aún no se atrevía a reconocerlo.

Después de unos segundos de intentar encontrar la solución, fue a las oficinas generales, buscó entre aquel guirigay a algún compañero menos ocupado y le hizo un encargo que este cumplió como si se hubiera tratado de una orden. Pocos minutos después, dos copas con helados descansaban en la pequeña mesa del rincón de la habitación donde se encontraban Victoria y su madre.

El policía animó a madre e hija a tomarlos mientras les preguntaba si les había gustado Singapur. Después les habló de su viaje y estancia en España. Diana hizo un enorme esfuerzo intentando introducir el helado en un estómago que rechazaba cualquier cosa, pero pensó que al fin y al cabo solo era líquido.

Victoria, animada por su madre, también lo tomó, y poco a poco la niña fue interviniendo en la conversación contestando, la mayoría de las veces con monosílabos, a lo que Diana o el agente le preguntaban y que nada tenía que ver con su trágico periplo por las islas. Pasados unos minutos, al policía se le ocurrió plantear el problema desde otro ángulo.

—Es posible que no lo reconozcas porque se ha caído y tiene un poco hinchada la cara, pero sin esos golpes que se ha dado, ¿te suena su rostro?

Victoria no respondió, solo miró a su madre.

—El hombre al que estamos buscando, ¿crees que se parece a este que te hemos enseñado?

—No, era más alto —respondió para sorpresa de los dos, que la miraban expectantes.

—Entonces, ¿a este nunca lo habías visto?

—Sí —casi no habían podido oír su respuesta, pero su cabeza se había movido de forma afirmativa.

—Victoria, ¿has dicho que sí?

—Sí, creo que sí lo había visto —Diana y el policía se miraron de forma significativa.

—¿Dónde crees que lo has visto?

—En la isla, pero él no me robó de la isla de Seni.

—¿Pues qué hacía en esa isla?

—Me quería comprar, le dio muchos billetes, de esos que valen muy poco.

—¿De rupias?

—Sí, de rupias, pero no me llevó, dijo que volvería más tarde a por mí y le daría la otra parte que se había guardado en el bolsillo.

—¿Hablaban español?

—No, pero le vi sacar del bolsillo muchos billetes, le dio muchas rupias y las demás se las guardó. —Victoria miró a su madre y después al policía; la expresión complacida que advirtió en sus rostros la animó a seguir hablando—. También hacían gestos y yo conocía

algunas palabras, me las enseñó Seni, creo que... a él sí le gusté.

No supieron, o no pudieron, interpretar aquel tono entre lastimero y satisfecho. No era fácil comprender el daño causado a su autoestima en aquellas condiciones y sobre todo las consecuencias que Victoria achacaba a «no gustar». Ella había sido maltratada, porque al otro «no le gustó». Así pensaba Victoria.

—¿Qué quieres decir con que a él sí le gustaste?

—Es que vino otro a verme y no le gusté.

—¿Que no le gustaste? ¿Eso te dijo?

—No me lo dijo. Pero el que me robó me hizo ponerme un vestido y unos zapatos blancos para que le gustase de hija y le diese dinero. Pero no le gusté... y cuando se fue, el que me robó de la isla de Seni se enfadó conmigo, me pegó, me tiró al suelo de un tortazo y me volvió a atar a la cadena. —Diana se llevó la mano a la boca, para evitar que su hija escuchara su gemido.

—Y cuándo se fue este, ¿qué pasó?

—No me castigó, se quedó muy contento y ya no me ató, entonces yo me pude escapar —Victoria rompió a llorar y de nuevo se refugió en su madre, que la abrazó más fuerte conteniendo las lágrimas que pugnaban por escapar.

—Muy bien, Victoria, tranquila, ya ha acabado todo. ¡Qué valiente has sido, niña! ¿Quieres volverlo a ver?, necesito que estés segura.

—¡No!, no quiero verlo... Mamá, ¡voy a vomitar...! —gritó con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Yo te llevo, cariño —dijo levantándose con rapidez—. ¿Dónde está el baño?

El policía mostró a toda prisa el baño a Diana, abriendo la puerta que estaba frente a la sala que ocupaban. Sentía que era una labor ingrata tener que interrogarla en semejante estado, pero era mucho peor soltar a un perverso desalmado que compraba niñas y no para adoptarlas.

Victoria pasó un mal rato devolviendo el helado y comenzó a temblar.

—Me la llevo al hotel, está muy débil y asustada, tiene que descansar y recuperarse —dijo Diana con determinación.

—Tendría que firmar estas declaraciones..., pero ya lo harán en otro momento, es preciso que primero las lea. Pueden irse. ¡Cuídela! Yo pasaré más tarde por el hotel. Hablaremos. ¿Tienen pensado salir de la isla?

—No de momento. Por favor, dele mi dirección a la persona que ha encontrado a mi hija, convénzale para que pase a vernos, quiero agradecérselo, pero ahora lo más urgente es que Victoria descanse.

—Descansa, Victoria —el policía, al decirlo, añadió una caricia contenida en el pelo enredado de la niña.

«Aún no me he endurecido lo suficiente para ocupar este puesto en el que ocurren tantas cosas duras todos los días y no siempre con final feliz», pensó.

Bali, 8 de marzo

Pero aquel no era Baasin. Seguro. Tenían que seguir buscando a ese desnaturalizado que raptaba niñas y las maltrataba antes de venderlas, para que un malnacido abusase de ellas. No era suficiente con encerrar a uno de sus clientes, tenía que ir a la fuente de la que se nutrían esos degenerados.

Podía tratarse de un hecho aislado, cosa que, dada su experiencia, le ocasionaba serias dudas; pero estaba convencido de que Baasin formaría parte de alguna red de depravados que operaban en distintos puntos del archipiélago. Aunque hasta ese momento no se tuviera conocimiento de ella.

Ya en el bungalow, después de acostar a Victoria en el dormitorio principal, Diana llamó al médico del hotel, para explicarle la situación.

Los raptos no le habían ocasionado otro daño físico tangible que el de la pierna. Era evidente que estaba débil y agotada. Sospechaban con poco riesgo de equivocarse que, dadas las circunstancias, estaba saliendo de un fuerte *shock*.

Según el policía que hablaba español, el cazador había insistido en que Victoria en ningún momento había sido consciente de ese mortal ataque de serpiente, por lo que sería su familia la que tendría la potestad de decidir la ocasión de contárselo, él no había considerado conveniente hacerlo todavía.

Tendrían que volver a hacerle pruebas antes de una semana, para confirmar el dictamen favorable que le habían dado por escrito en el hospital.

Le habían recomendado algunas cosas, como suaves sedantes y reconstituyentes. No obstante, Diana quería que él vigilara su recuperación. Necesitaba su dictamen profesional y su seguimiento para que se recuperase lo antes posible.

El doctor la vio profundamente dormida, aunque su sueño era inquieto, pero de momento no quería darle nada más fuerte que lo que ya le habían recetado. Confiaba procurarle un sueño más relajado con unas infusiones de tila, hierba luisa y pasiflora. Sería suficiente por el momento, así se relajaría de forma más natural.

—Sentirse segura al saber que ya está con los suyos le dará tranquilidad, pero, a la mínima alteración que observemos, cambiaré el tratamiento que le han recetado. Lo que tengo claro es que va a necesitar la ayuda de un psicólogo cuanto antes. Para lo demás esperaré para ver su reacción y evolución.

Trató de tranquilizar a su madre al darle la mano para despedirse y añadió que podía llamarle a cualquier hora. Él se alojaba en el hotel, no tardaría en acudir.

En el saloncito contiguo esperaban Gerardo, Ana y Michel. Los tres insistieron en que Diana fuese a descansar al otro dormitorio unas horas y ellos cuidarían mientras de Victoria, pero su «no», fue tan tajante que ni Ana se atrevió a insistir. Conocía muy bien a su amiga y sabía que dejar al cuidado de otros a su hija en aquellas circunstancias, aunque fuera por un par de horas, no era una opción.

Michel salió a comprar las hierbas recetadas por el doctor y que él estaba interesado en adquirir, pensando añadir algo que sabía les iría muy bien, tanto a la hija como a la madre. Al volver, fue a la diminuta cocina para preparar el brebaje que el doctor había recomendado que bebiera durante la noche. Dijo que él no volvería a su habitación del hotel, pasaría la noche en el sofá del saloncito. Diana quiso convencerlo de que no hacía falta que nadie se quedara, pero ante su negativa a abandonar el bungalow, le propuso quedarse en la habitación de Victoria.

—Estaremos las dos en mi habitación, no pienso moverme del lado de mi hija. Necesito permanecer junto a Victoria. Ella también necesita saber en todo momento que estoy a su lado. Dejaré una luz indirecta para que pueda verme si se despierta. Eso le dará tranquilidad.

Aun así, Ana insistió en que la llamara para cualquier cosa que pudiera necesitar, pero Diana dijo:

—Gracias Ana. Estaré bien. Si necesito algo, Michel podrá ir a buscarlo a cualquier hora de la noche. Conoce el idioma y con él todo será más fácil. Yo solo necesito estar junto a mi hija.

Para Ana, aquel momento representaba el inicio o recuperación de la vida que habían ido a buscar en aquel viaje, pensó que ya solo era necesario el paso del tiempo para que todo lo negativo se olvidara y solo quedaran en el recuerdo los momentos felices.

Diana, emocionada, dio las gracias a todos. Salieron del salón, Ana y Gerardo a su bungaló, Diana y Michel a sus respectivas habitaciones.

Fue una noche intranquila. La niña buscaba continuamente la mano de su madre o se abrazaba a ella. Los sobresaltos de Victoria angustiaban a Diana. Lejos de mostrarle su inquietud, la calmaba con dulces palabras, suaves besos y un traguito de ese líquido que descansaba en la mesilla y que no sabía nada mal. Michel había añadido unas gotitas de un extracto de las frutas que conocía muy bien por sus propiedades beneficiosas, y que, sin duda, fueron del agrado de la niña.

Victoria despertó de madrugada. Empezaba a amanecer. En cuanto Michel la oyó hablar con su madre y teniendo en cuenta la situación puntual de la niña, preparó unos zumos naturales. Puso kiwi como ingrediente principal, debido a sus fitonutrientes, al aporte de minerales y vitaminas; añadió sandía, cuyos aminoácidos favorecen la dilatación de los vasos sanguíneos, algo muy conveniente después del veneno del crótalo azul; piña, para ayudarla a metabolizar los alimentos —solo había devuelto en la comisaría, pero quería evitarle el mal rato que pasaría si ocurría de nuevo—; extracto de arándanos, granada y alguna otra fruta, que, aun teniendo otras beneficiosas propiedades, en esta ocasión tenía la función de equilibrar los sabores.

Tras unos golpecitos en la puerta y el «pasa» de una Diana agotada, pero feliz, Michel entró con una bandeja para los tres. Victoria se alegró mucho al verlo y le pidió que no se fuese.

—Tranquila, yo voy a estar aquí todo el tiempo que tú quieras, mi jefe me ha dado permiso —miró guasón a Diana— y voy a ser vuestro sirviente especializado en zumos. Pero ahora, en cuanto os terminéis estos, vais a volver a dormir las dos. Por la mañana ya haremos planes. —No quería tocar ningún tema que trajera a Victoria recuerdos que le harían sufrir. Por eso, aunque deseaba conocer todo lo que le había ocurrido, trató de bromear con ella. Luego se puso serio para conseguir que descansaran un poco más.

El sueño llegó pronto y fue mucho más plácido. De algo tenía que servir el profundo conocimiento de Michel sobre las propiedades de los extractos que utilizaba a diario en su restaurante coctelería.

Ya avanzada la mañana, Victoria se despertó, Diana la estaba contemplando mientras daba gracias al cielo por haberla recuperado. Decidieron levantarse. Michel estaba en el salón.

—¡Hola, Michel!

—¿Qué tal habéis descansado?

—Bien —respondió Victoria sin ningún entusiasmo.

¿Queréis que desayunemos en la terraza? —dijo Diana, mirando a su hija y observando su actitud.

—Sí, mamá, vamos a llamar para que nos lo traigan —respondió un poco más animada Victoria.

—Yo llamaré, ¿quieres algo especial, Victoria?

—Sí, quiero de todo, Michel —lo sorprendió Victoria.

—Ja, ja, ja, ¿y tú, Diana?

—Lo de todos los días, gracias, Michel, yo voy a llamar a Ana, para decirle que estamos bien, ella no lo hará por si seguimos durmiendo.

—¿Pasa algo, Diana? —preguntó preocupada Ana, que había visto el nombre de su amiga en el teléfono.

—Nada, Ana. No pasa nada.

—Estaba deseando llamarte, pero temía interrumpir vuestro sueño.

—Precisamente llamo por eso, quería tranquilizaros respecto a Victoria. Está bien, y aunque el descanso no ha sido muy relajado, creo que ha pasado una noche mejor de lo que yo esperaba. Ahora pensábamos salir a la terraza a desayunar. ¿Dónde estáis vosotros?

—Todavía en nuestras habitaciones, hemos dormido mal, todavía inquietos, Gerardo, especialmente, y hace muy poco que nos hemos levantado, aún no hemos desayunado. Así que ahora vamos también nosotros.

Pronto salieron a la terraza, Victoria, al verlos, corrió hacia ellos para darles un fuerte abrazo, primero a Ana y después a... Gerardo. Lo miró un momento. La escena pareció paralizarse. Algo se removió en su interior, pero le dio el abrazo que había iniciado y que todos esperaban. Fue una escena extraña que había sido iniciada con mucha ilusión y cariño por las dos partes, pero aquella duda que solo duró un instante...

9 de marzo

Victoria ya parecía estar feliz. Había pasado toda la noche pegadita a su madre. Tener a su lado a Michel, además de Ana y... Gerardo, contribuía a completar su felicidad.

Nadie le preguntó nada, ella aludió a Seni, para decir que la anciana también le daba para desayunar leche de coco, pero no hubo más comentarios. Todos se guardaron las ganas de saber más. Cuando ya estaban a punto de acabar, les pasaron un aviso. Un nativo quería saber cómo se encontraba Victoria, la policía le había dado aquella dirección.

Lo esperaban. Estaban seguros de que se trataba de Ujan, el hombre que la encontró. Deseaban hablar con él.

Tras dudar cómo hacerlo, decidieron que, por el momento, sería mejor dejar a la niña allí, en la terraza, al cuidado de Ana y Gerardo. Y salieron a la zona común de los jardines para conocerlo, saludarlo y, sobre todo, darle las gracias.

Diana estaba deseosa de escuchar todo lo que Ujan pudiera contarles sobre lo ocurrido con Victoria. Estaban muy cerca de su terraza y Diana se colocó de forma que en su ángulo de visión estuviera comprendida la figura de su hija. Precisaba seguir viendo a Victoria. No dudaba de que ella estaría bien cuidada, pero necesitaba no perderla de vista ni un segundo.

—¡Ujan, qué ganas tenía de conocerlo! —dijo Diana sin disimular la emoción que sentía—. ¿Cómo podré demostrarle mi agradecimiento? ¡Es inmenso!

Ujan no se decidía a sentarse con ellos como le indicaban, tampoco aceptó tomar nada en un primer momento. Cuando consiguieron convencerlo, pidió un té frío.

Diana dejó para el final el sobre con dinero que le había preparado con un ¡gracias! enorme de su puño y letra. Le rogó que les contase cómo la había encontrado.

A Ujan le suponía un enorme esfuerzo relatar lo que iba a ser una dura realidad para su madre y, aunque se comunicaban en inglés, la parte más dolorosa la contó en balinés, dejando a criterio de Michel la opción de contarle de forma literal o suavizar aquellas espantosas escenas.

Además de la experiencia que había vivido desde que descubrió aquellas serpientes

enroscadas en sus piernas, les narró lo que Victoria le había contado, a partir del momento que se escondió en la lancha.

—Pero ¿por qué huyo del bungaló a esas horas, después de irse a la cama? ¿Y por qué la seguía un hombre? Es tan extraño... ¿No le ha hablado de eso?

—Eso no se lo puedo aclarar, Victoria no me lo ha dicho. No sé qué había ocurrido para que un hombre la siguiera, ni dónde se encontró con ese hombre cuando usted pensaba que su hija ya dormía.

—Tendremos que esperar a que ella sea capaz de contarlo, puede que tema que yo le riña, pero ya habrá tiempo para hablar. Lo importante es que usted la ha salvado doblemente. Primero al rescatarla del peligro y después al actuar con tanta rapidez y acierto. También me gustaría darle las gracias a su amigo el doctor. Les estaré agradecida mientras viva. Nunca lo olvidaré.

—Bueno, también quiero decirle que ella no ha sido consciente de la picadura del crótalo azul. Ustedes verán si se lo quieren contar y cuándo. Fue un viaje angustioso tratando de llegar a tiempo y luego cuarenta y ocho horas de inquietud e inseguridad para comprobar si entre los dos habíamos conseguido llegar a salvarla totalmente, o habría que amputar su brazo.

—¡Dios mío, que agonía!

—Pero también fue una gran felicidad ver que se recuperaba. Aunque ella siguió sin comprender bien qué le había pasado. Después se mostró muy dócil. Seguro que seguía asustada y desorientada. Hizo todo lo que le indiqué sin una queja, incluso cuando la llevé en bicicleta hasta el hospital.

—¡Pobre hijita mía! —salió de su boca sin pretenderlo.

—Sin embargo, ahora que ya no estará bajo los efectos de todo lo que mi amigo tuvo que darle oralmente y ponerle en el brazo (todo llevaba calmantes y adormecedores), ella será consciente de lo extraño de su viaje de vuelta y querrá saber qué pasó. Además, aunque todo estaba bien, conviene que en una semana le hagan de nuevo las mismas pruebas, por lo que tal vez tengan que darle alguna explicación.

—Se las daremos, por supuesto.

—Sería conveniente que le hicieran un seguimiento en el mismo hospital. Yo di el nombre de mi amigo el toxicólogo y él les dio a entender que era su sobrina. De la niña solo les consta el nombre de Victoria. Pero con el informe que ellos me dieron. Aquí les he traído unas fotocopias por si la policía se ha quedado con los originales, será suficiente para saber de qué historial se trata. Estoy seguro de que les atenderán muy bien. Mi amigo es un hombre muy apreciado por ellos.

Cuando a punto de despedirse le dieron el sobre, él lo rechazó casi ofendido.

—Les puedo asegurar que no me mueve otro interés que el bienestar de la niña. No juzguen a los balineses por lo que le ha pasado a Victoria, los balineses no somos como el que la ha raptado, ni como los que han tratado de comprarla.

De alguna manera, Michel era consciente de que Ujan se había implicado totalmente con la niña y fue haciendo más preguntas. Así se enteró del motivo por el que el cazador de serpientes se había tomado aquello como algo personal, sin esperar nada a cambio.

—Solo quiero pedirles una cosa —dijo Ujan—, que antes de salir de la isla me permitan ver a Victoria. Hoy será demasiado pronto, pero, a menos que lo consideren perjudicial para su salud, me gustaría volver a verla ya repuesta de todo lo que ha sufrido. Además del disfrute de verla bien, me haré una idea de cómo hubiera estado mi pequeña de haber vivido.

—La verá. Se lo aseguro.

Desde que la vi allí tendida, sentí que existía una conexión con mi hija, a la que no pude salvar, pero tengo la alegría de haberlo podido hacer con Victoria. Tal vez mi hija veía mi gran pesar y me hizo pasar por la isla para darme la oportunidad de salvar a otra niña como ella.

Con la correspondiente sorpresa para Ujan, Diana, emocionada, se levantó para abrazarlo agradecida.

Los orientales no están acostumbrados a esas demostraciones afectivas. Pero algo sabía Ujan de ellas, a su exmujer le encantaban.

—Le aseguro, Ujan, que la verá y espero que sea pronto. En cuanto esté un poco repuesta. —Diana recordaba la reacción de su hija cuando tuvo que identificar a su comprador y manifestó a Michel su miedo a que, en estos momentos, con todo tan reciente, el ver a Ujan despertase el horror que sintió en aquella isla, sin estar suficientemente fuerte para soportarlo. Lo dijo en español, dirigiéndose a Michel y él fue a traducirlo, pero Ujan los sorprendió al decir en español que ya lo había comprendido.

9 de marzo

Volvieron junto a sus amigos, Victoria parecía estar tranquila y animada. Aunque su cara denotaba cansancio y su respiración era un poco fatigada, charlaba con ellos de lo que pensaban hacer en cuanto estuviese totalmente repuesta.

De pronto, Victoria preguntó a Gerardo:

—Gerardo, ¿eso que preparabas con tu amigo para ver elefantes, habéis ido a verlos sin mí?

Gerardo no supo responder de inmediato. Estaba preparado para cambiar la interpretación de la historia que Victoria podía contar, en el caso de que hubiera escuchado toda la conversación, pero no lo estaba para responder a esa interpretación inocente de ella. No podía negar la conversación, pero no había nada de malo en lo que la niña había entendido. Sería peor negarlo.

—No, ¡qué va! ¡Cómo íbamos a ir sin ti! Desapareciste y ya casi no hemos hecho otra cosa que buscarte.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —quiso saber Ana. Victoria se encogió de hombros, fue Gerardo el que respondió.

—No sé cómo lo sabe Victoria, pero hablé con un empleado del hotel que me recomendó un espectáculo de elefantes, justo el día anterior a su desaparición.

Victoria no dijo nada más. Pero quedó muy pensativa. A Diana, para animarla un poco, se le ocurrió que tal vez le apeteciese nadar un rato en la gran piscina o en el mar; algo que el primer día le entusiasmó. Sabía que estaba cansada y no aguantaría mucho. Pero pretendía, distraerla un rato, que olvidara sus tristes y dolorosos recuerdos antes de volver a la cama. Tal vez le ayudase a dormir con más gratas evocaciones.

—¿Te acuerdas del día que llegamos a Bali? ¿No te apetece nadar un poco en la piscina y tomar unos zumos sentada en el agua junto al bar? ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasaste? —puso énfasis en lo divertido que fue su primer día, pero a Victoria no pareció entusiasmarle la idea.

—No, mamá, no me apetece nadar.

Victoria recordó lo que había practicado con Seni, pero también su último baño tratando de alcanzar la isla de las serpientes. Ese baño tenía demasiadas connotaciones amargas y

angustiosas. Su rostro se entristeció, lo que llevó a Diana a realizar su propia interpretación.

—Victoria, ¿quieres volver a casa? Tal vez ya no te apetezca seguir aquí. Si es así, Ana nos perdonará por no seguir acompañándola, pero tú eres lo que más me importa y ella lo sabe y seguro que piensa lo mismo. ¿Verdad, Ana?

—¡Claro, Victoria! Ya estás a salvo y con tu mamá, pero si deseas volver a Madrid, yo misma cogeré los billetes de vuelta.

—No. No. Es solo que no me apetece bañarme, pero todavía no quiero volver a Madrid. No conozco Bali.

—No es necesario que te bañes, cariño, debes de estar muy cansada, será mejor que nos vayamos las dos a descansar juntitas. Nos levantaremos a comer. Has desayunado muy bien. Y si sigues comiendo y durmiendo bien, pronto estarás repuesta. Así que ahora despídete, que nos vamos a la cama. Los demás haced vuestra vida, que nosotras juntitas vamos a estar estupendamente. Ya es hora de que también vosotros os relajéis y empecéis a disfrutar de la isla.

—Yo sí nadaré un rato antes de volver con vosotras al bungaló —afirmó Michel.

—Nosotros nos tumbaremos a la sombra y tal vez nos durmamos. Hemos dormido tan mal... ¿Verdad, Gerardo? —preguntó Ana. Gerardo no respondió, parecía ensimismado.

—Entraré sin hacer ruido —añadió Michel—, voy a aprovechar para hacer unos cambios en mi menú. Cuando volváis a Singapur, os invitaré a probarlo. Pero quiero que sepáis que siempre estaré pendiente de cualquier cosa que podáis necesitar de mí. —Diana fue a decir algo y Michel se lo impidió añadiendo—: No digas nada, Diana. Yo he venido con un único propósito, estar a vuestro lado y a vuestra disposición, así que no se hable más. Si ahora no necesitáis nada, me voy a nadar un rato. Descansad.

Diana se daba cuenta de que la presencia de Michel le proporcionaba tranquilidad. Saber que estaba cerca le ayudaba a enfrentarse a todo el camino que quedaba por recorrer. El culpable no podía quedar impune y ella no estaría tranquila hasta no verlo en la cárcel..., o muerto.

Una vez las dos a solas en la habitación, Victoria, que continuaba intranquila y parecía abstraída, se sentó a los pies de la cama y, mirando a su mamá, que se disponía a ponerse el camisón, dijo muy seria y tajante:

—Mamá, Gerardo nos ha mentido.

—¿Qué dices, Victoria?

—Digo que Gerardo nos ha mentido.

—¿Crees que Gerardo miente? —La extrañeza se reflejó en la expresión de su rostro contraído—. ¿En qué piensas que ha mentido?

—Ha dicho que habló con un empleado del hotel y eso no es cierto, habló con el señor que nos miraba en el restaurante de Singapur.

—No te entiendo, cariño. Explícame qué quieres decir. ¿Qué señor de Singapur?

—¿No te acuerdas cuando comimos en ese restaurante que daba vueltas?, ¿no recuerdas que te dije que un señor nos estaba mirando? Era muy grande y calvo, se fue a los servicios después de Gerardo.

Diana hizo memoria. Sí lo recordaba. No el detalle de los servicios, pero sí lo que le había dicho su hija de aquel señor de gran envergadura y cabeza brillante cual bola de billar.

—Sí, Victoria, claro que lo recuerdo. Lo recuerdo porque después pasó junto a nosotras. Lo pude ver bien.

Diana temió que Victoria no se encontrase tan bien como habían pensado y mezclara

personas y situaciones. Tenía que ser paciente, no alterarla llevándole la contraria, pero debía aclarar aquello, no fuera a derivar en un conflicto con sus mejores amigos.

—A ver, cariño, ¿qué tiene que ver ese señor con el empleado del hotel? ¿Tal vez hay aquí algún empleado que se le parece?

—No, mamá, ese señor me asustó y por eso me escondí en la canoa que me llevó a la isla de Seni.

—Victoria, tesoro. ¿Me quieres contar cómo ocurrió? No es necesario que te justifiques, nadie te va a reñir. Yo no estoy enfadada. Es más, estoy tan contenta de volver a tenerte conmigo que no me importa nada lo que hayas hecho, pero sí me gustaría entender lo que me quieres decir, así que puedes contármelo todo. Despacito, me lo cuentas sin dejarte nada. Si no te apetece ahora..., pues me lo cuentas después, cuando te despiertes, o cuando quieras, pero es mejor que digas solo lo que te ocurrió. ¿De acuerdo?

—No, mamá. ¡Créeme! —dijo Victoria, realmente preocupada—. No me estoy inventando nada. Yo escuché una conversación al lado de mi ventana...

Victoria fue desgranando lo ocurrido, sin ahorrar detalles. Desde la sorpresa de descubrir a Gerardo hablando en el jardín con aquel hombre grande y calvo, hasta el momento en que Seni le mostró el jergón en el que iba a dormir, a la espera de que llegara el *marino*.

Diana, tratando de disimular la angustia que le ocasionaba lo que su hija decía, insistió en algunas preguntas.

—Pero ¿por qué le has dicho a Gerardo lo del espectáculo de elefantes?

—Es que cuando escuché la conversación, sin saber quién hablaba, es lo único que entendí con claridad. Hablaban de los elefantes con colmillos o algo así y cuando vi que era Gerardo lo entendí, quería darnos otra sorpresa como cuando nos llevó al teatro, después de desayunar. Pero no comprendo por qué se enfadó su amigo conmigo, por estar allí. Ya sé que creyó que yo los espiaba, eso me dijo, pero ¿por qué quería agarrarme? ¿Qué pensaba hacer conmigo?

—Victoria, igual lo malinterpretaste y solo estaba extrañado de ver a una niña sola en el jardín, a esas horas.

—Mamá, si hubieras visto su cara y cómo me habló... Me dio mucho miedo y por eso eché a correr. Y lo que no entiendo es que Gerardo nos mienta y diga que hablaba con un empleado. Yo sé muy bien que ese hombre estaba en el restaurante de Singapur. Y allí no se hablaron.

Diana se sentía perdida. Si todo era como su hija lo contaba, ¿con quién podría hablar, en quién podía confiar? La imagen de Michel aparecía con nitidez en su pensamiento.

—Escucha, cariño, lo entiendo muy bien, te asustaste y te escondiste, pero yo te voy a pedir que por ahora no se lo cuentes a nadie más. No digas que te persiguió el amigo de Gerardo. Seguramente él no tiene ni idea de lo que hizo ese hombre. Te ha estado buscando por todos los sitios y, si supiera que todo ha sido por culpa de un amigo, tendría un disgusto mucho más grande. Pero yo lo buscaré, daremos con él. Que nos explique por qué te quería coger.

—Pero, mamá ¿por qué dice que se lo encargó a un empleado del hotel?

A Diana no le preocupaba el disgusto de Gerardo. Lo que le preocupaba era la realidad. Si todo era como su hija decía, ¿en qué andaba metido Gerardo? ¿Por qué no se había hablado con aquel hombre en Singapur y luego se veían en Bali, por la noche, a escondidas, cuando todos estaban en la cama? ¿Para hablar de un espectáculo de elefantes con colmillos? Porque él no negaba que había hablado de elefantes, pero decía que hablaba con un empleado del hotel.

¡Extraño!

—No lo sé, Victoria. Pero te prometo que lo investigaré. Puede que ese señor sea un empleado de este hotel y estuviera en aquel restaurante, a veces se dan esas casualidades. Lo averiguaré y saldremos de dudas. Pero ahora es mejor que no pienses en eso, ni en nada que te produzca inquietud.

»Ya ha pasado todo y necesitas descansar. Bebe el zumo que te ha dejado Michel en la mesilla e intenta dormir hasta la hora de la comida. Lo importante es que ya estás conmigo. Yo velaré tu sueño.

—Vale, mamá, pero... solo una cosa. ¿Tampoco se lo puedo contar a Michel?

—Ya veremos, tesoro. De momento será un secreto entre nosotras. Ya lo aclararemos tú y yo en cuando estés más fuerte.

Diana daba vueltas a lo que su hija le había contado. Gerardo les había confirmado el encargo de unas entradas para un espectáculo de elefantes. ¿Qué tenía de malo? Pero, entonces, ¿por qué había mentido respecto a la persona que se lo encargó?

El rostro de Victoria ya no mostraba esas arruguillas en torno a los ojos, ni sus labios tenían ese rictus que indicaba preocupación. Parecía haberse tranquilizado con la conversación. Pero aquel hombre de Singapur no era fácil de confundir.

Victoria ya dormía tranquila junto a su madre. Todo lo contrario al estado nervioso de Diana, que la obligaba a dar vueltas en la cama.

Sentía la imperiosa necesidad de hablar con alguien sobre la actitud de Gerardo, y solo podía ser con una persona: Michel. En un impulso, se levantó, se puso sobre el camisón de seda amarilla la bata larga a juego y salió al saloncito evitando hacer ningún ruido que alterase el tranquilo sueño de su hija.

Michel ya estaba allí, sentado en una butaca. Todavía tenía el pelo mojado. Con un vaquero corto y desgastado, de un azul desvaído, y un polo blanco que marcaba los pectorales, se encontraba situado frente a su ordenador, que apoyaba sobre una mesita auxiliar. Su imagen se recortaba en un claroscuro, por obra y gracia de las contraventanas. A través de sus cristales se filtraba la exultante claridad del día, a pesar de tener las lamas de las persianas entornadas. Diana sintió un gran alivio al mirarlo. Lo admiró un instante. Reconoció íntimamente que solo con contemplarlo allí, en su misma estancia, se sentía más tranquila.

Cuando advirtió que Diana había salido del dormitorio, Michel se levantó y fue a su lado, creyó conocer el motivo de preocupación que la cara de Diana pregonaba, a pesar de que su gesto se había suavizado un poco al verlo.

—¿No puedes dormir? —habló bajito—. ¿Sigues muy alterada por todo lo ocurrido? Es normal. Tienes que tratar de relajarte, lo sabes, piensa que Victoria está contigo y está bien. Piensa que te necesita en calma. Te voy a preparar una infusión con mis hierbas, te ayudarán a relajarte.

—Gracias, Michel. Creo que me vendrá muy bien.

Mientras él preparaba la infusión en el diminuto ángulo que servía de cocina, abierta al salón, Diana daba vueltas a la posibilidad de comentarle el asunto que la preocupaba.

Unos tragos de infusión más tarde, ya había decidido que no estaría tranquila hasta que soltase todo. Y claro que a su amiga no se lo podía contar. Solo con Michel, que se había sentado frente a ella, y esperaba en silencio los efectos de su brebaje, podía desahogarse.

—Michel, tengo algo que decirte y que solo a ti te lo puedo contar. Parece muy escabroso.

—Te escucho atentamente —respondió Michel, al tiempo que sonó la alerta en su cerebro. Algo grave debía ocurrir.

Diana le puso al corriente de todo lo que Victoria le había transmitido: lo que vio, lo que vivió y lo que sintió. Mientras hablaba, no dejó de observar el tranquilo descanso de su hija, que no se había movido de postura en todo el tiempo. Con cada pausa, se levantaba del sillón para acercarse a la puerta del dormitorio y contemplaba su plácido sueño.

La cara de Michel iba mostrando el grado de preocupación que le ocasionaba escuchar a Diana. Estaba perplejo. No sabía qué valor le podía conceder a los comentarios de una niña que había pasado por situaciones tan traumáticas como aquellas. Pero se trataba de Victoria y había llegado a conocerla lo suficiente, como para no dudar de la autenticidad de lo que decía.

Además, lo que les había contado Ujan encajaba perfectamente con la parte que conocían ahora por primera vez. Pero era precisamente esa parte el detonante de todo lo demás. Los dos coincidían en que aquellas no eran horas de comprar unas entradas para ver un espectáculo de elefantes y, mucho menos, un motivo para perseguir a una niña que ha escuchado una conversación de esas características.

—No sé, Diana, lo que deduzco de todo lo que me has contado es muy fuerte, pero todo lleva a pensar que si hablaban de elefantes y colmillos, estaban hablando del marfil. Además, un empleado nunca se hubiera permitido asustar a una cliente, y más siendo una niña. Ya ves que todos ellos son siempre amables y pacientes, no encaja con lo que ha dicho Gerardo.

—Eso mismo pienso yo —lamentó Diana.

—Es posible que él no se enterase de que Victoria los escuchaba, y mucho menos de que aquel hombre la había asustado y perseguido después. Gerardo se ha asombrado de que Victoria estuviera enterada del encargo de entradas. Luego es cierto que hablaron de elefantes. De alguna forma ha confirmado el motivo de esa intempestiva conversación.

—Sí, yo también he llegado a esa conclusión, pero no sabes cómo me cuesta concluir con lo que esto parece. Tendremos que recoger más datos, no podemos dejarnos llevar de los pocos que tenemos.

—Diana, por lo que sé, Gerardo es un hombre de negocios con éxito. No es fácil pensar que lo hayan podido engañar, ofreciendo como legal un negocio que no lo es.

—Tanto Ana como él disponen de auténticas fortunas —afirmó Diana—. La confianza de Ana en mí me ha permitido constatarlo en diversas ocasiones. Solo puedo pensar en que alguno de sus socios lo haya conseguido engañar para este viaje.

—Diana, déjame que sea yo el que investigue un poco en ese mundillo, tengo muy buenos amigos en casi todas las ramas de los negocios. Creo que algo podré conocer que nos dé alguna pista, aunque pienso que habría que hablarlo francamente con tu amigo, antes de comentar nada con Ana. Tal vez él mismo confiese, en vista de la deriva que ha tomado su actividad.

—No sé qué decirte, estoy confusa. Todavía no he perdido el miedo que he pasado por Victoria, no soy capaz de pensar con claridad. Pero sería imperdonable que Victoria hubiera sufrido tanto por culpa de las actividades de Gerardo.

—Aunque no conozco a Gerardo lo suficiente, por lo que me has contado de él y lo que he vivido estos días buscando a Victoria, no me encaja. Me ha parecido una excelente persona y muy preocupado por la niña, ha removido cuanto se podía remover para encontrar a Victoria. Yo le estoy agradecido por haberme llamado y contar conmigo para ayudarte.

—Eso es cierto. Yo también se lo agradezco.

—Pero nunca se sabe —continuó Michel tras un silencio— cómo puede reaccionar un hombre de negocios cuando le ofrecen uno que puede dar grandes beneficios. —Llegado a este punto Michel se levantó, tomó la mano de Diana para ayudarla a hacer lo mismo mientras le pedía—: Diana, deberías descansar. Aprovecha los beneficios de la infusión y duerme. Deja de pensar. Llevas demasiados días angustiada y dando vueltas a la cabeza. Yo estaré aquí mientras me necesites y trataré de aclarar estas dudas.

» Aprovechando que Victoria duerme en tu habitación, haré unas llamadas desde la suya, así no os molestaré y, además, si Victoria se despierta, no oiré lo que digo. Es preferible que siga creyendo que no tiene importancia lo que ha oído; es tan inteligente...

—Sí que lo es —sonríó orgullosa.

—Trataré de enterarme de quiénes están metidos en ese negocio. Te contaré en cuanto sepa algo. Descansa ahora.

Diana buscó sus ojos agradecida y encontró los de él, que desbordaban de ternura. Ambos aproximaron sus cuerpos hasta unirse en un abrazo. Ella reposó la cabeza en su pecho, se sentía como una niña desamparada que por fin encuentra un cobijo al que acudir. Él besó sus cabellos y la mantuvo en su regazo hasta que ella presionó ligeramente para salir de aquel refugio. Michel aflojó el abrazo y rodeó su cintura, para dirigirla al dormitorio, donde Victoria continuaba con una respiración relajada.

Su rostro plácido les pareció un buen síntoma. Como en calculada sincronía, se miraron satisfechos. Un beso de despedida en el que se demoraron unos segundos más de lo necesario, fue el final de aquella escena.

9 de marzo

Esa misma tarde, el policía que hablaba español acordó por teléfono que las visitaría al día siguiente. Quedaron para cuando Victoria terminase la hora de terapia, que, a partir de entonces, tendría todos los días con una psicóloga española.

Uno de los socios, amigo y compañero de carrera de Gerardo, Bernabé, la tenía en su equipo y se la había recomendado. Posiblemente, el hecho de que la conversación se celebrase tras la terapia, contribuyó a que Victoria le pudiera contar con menor inquietud todo su desgraciado periplo.

10 de marzo

Alertada por su madre, no comentó el detonante de su huida, tal como había ocurrido, solo habló del hombre que la asustó y la acusó de estar espiándolos y de sus características. Diana aprovechó para añadir:

—Posiblemente se trate de un empleado del hotel.

El policía la miró arqueando las cejas con gesto incrédulo, tomó notas e incluso hizo un pequeño esbozo de aquella persona cuyos datos parecían de fácil identificación.

Gracias a esas anotaciones, no tardarían en saber lo que el policía ya había sospechado pero tenía que comprobar.

Aquel hotel, como muchos otros en Bali, estaba obligado a contratar nativos, como contraprestación por ocupar aquella parte de la isla para su negocio de hostelería.

—La dirección del hotel me ha confirmado que la condición que exigen a sus empleados es, precisamente, ser representativo de nuestra raza menuda, de suaves maneras. Una persona de

las características que me describió no podría formar parte del servicio del hotel. Sería justo lo opuesto a sus propósitos. —Así se lo comunicaba el policía a Diana, pensando tranquilizarla—: A esa persona nunca la hubieran contratado.

Pero para Diana aquello tenía otra lectura que estaba más cerca de la idea de su hija: «Gerardo miente». Lamentó tener que llegar a esa conclusión y deseó encontrar otra explicación, pero, por el momento, Gerardo no quedaba en muy buen lugar.

—Tengo que comunicarle también que esta misma mañana debemos dejar libre a Suib, a la espera de juicio. Es la persona que, según Victoria, había intentado comprarla, incluso había entregado una parte de lo que su vendedor había marcado como precio. El propio Suib lo ha corroborado poco tiempo después de que ustedes se fueran. —Eso demostraba la importancia de las apreciaciones hechas por la niña—. Confesó que había entregado la mitad y pensaba pagar el resto al pasar más tarde a recogerla.

»Baasin no ha vuelto a la isla que utilizó para tener cautiva a Victoria hasta conseguir su propósito. Tampoco en el Registro de la Propiedad figura el titular de esa isla, así que necesitábamos otra vía para poder encontrarlo y detenerlo. La forma en que Suib contactó con Baasin puede ser un buen camino. Les tendremos informados.

—Para conseguir esta confesión, seguro que la policía judicial se ha empleado a fondo —comentó Michel moviendo la cabeza con desaprobación después de despedirse del agente—, seguro que ahora sí que estará desconocido, dicen que han llegado a un «buen acuerdo» con él, y eso les ayudará para poder apresar a Baasin. Le habrán asegurado que esto podría atenuar su responsabilidad penal, que podría llegar hasta la pena de muerte.

12 de marzo

Dos días más tarde, y teniendo a Victoria en el bungalow, junto a su madre, parecía que todo había cambiado o, más bien, que todo había vuelto a la normalidad. La niña se encontraba razonablemente bien, teniendo en cuenta todo lo que le había ocurrido. Seguía sobresaltándose durante el sueño, pero ver y tocar a su madre la tranquilizaba de inmediato y volvía a dormirse.

Todos los días Victoria tenía una sesión con Sonia, la psicóloga, y el médico del hotel le hacía una visita rutinaria por las mañanas. Ambos alababan el talante de la niña, sobre todo su capacidad para quedarse principalmente con lo positivo.

Pero, en realidad, Ana era la única que se sentía satisfecha por el desarrollo de los últimos episodios. Ahora ya podían llevar el tipo de vida que habían idealizado para su estancia en Bali, cuando todo estaba por descubrir, cuando las expectativas eran ilusionantes para los cuatro, cuando todavía Victoria estaba con ellos porque aún no había desaparecido de su habitación.

Sentía Ana que todo se había aplazado y ya había llegado el momento de conocer la maravillosa isla. Aunque no dejaba de preocuparse por la salud de Victoria, daba por terminada la pesadilla y sus consecuencias. Nada le hacía sospechar que lo que quedaba por resolver le fuera a afectar tanto como con el tiempo podría comprobar.

Gerardo, por su parte, agobiado y pesaroso por cómo se habían ido desarrollando los acontecimientos y lo mucho que se estaba jugando, trató de recomponer su imagen de empresario serio y legal.

Pero no veía la manera de salir de ese grupo, en el que Fernando Caballero, lo había introducido a espaldas de los otros socios y amigos de muchos años.

Lamentaba haber caído en la tentación de lo que parecía un negocio fácil y de

considerables beneficios. En otras circunstancias, nunca se lo habría planteado. Pero su último proyecto... Tal vez tampoco Fernando se hubiera atrevido a proponérselo si no hubiera descubierto la situación embarazosa por la que estaba pasando en esos momentos.

Ahora Gerardo pensaba proponer al grupo de aquella sociedad, formada para el tráfico de marfil (aunque muy bien camuflada bajo el velo de la legalidad), venderles su parte, a menor precio, asegurando, incluso jurando, su compromiso de permanecer con los labios sellados. Nadie conocería por su boca cuál era el objeto real, o el fin, de aquella sociedad.

El tropiezo con Victoria, precisamente por culpa de su socio Fernando Caballero, había sido el detonante para decidir dejar aquel negocio, que tan malos comienzos había tenido. Pero ya la maquinaria de las casualidades se había puesto en marcha y no sabía a dónde podría conducirlo.

Por su parte, Diana y Michel esperaban datos y verificaciones, para aliviar el gran desgaste que les suponía comportarse con normalidad frente a Gerardo, sin saber a qué atenerse. Para Diana todo pasaba por lo que Michel pudiera aportarle, y él buscaba informes o cualquier clase de confidencias, algo que les pudiera confirmar la posible participación o ajenidad de Gerardo.

Cuestión aparte era su relación privada, cada día más próxima y satisfactoria. También más necesaria para ambos.

14 de marzo

En el hospital todos fueron muy amables y comprensivos, continuaron sin mencionar delante de la niña la razón por la que debían hacerle aquellas pruebas y confirmaron que todo estaba correcto.

Ya habían empezado a disfrutar de la vida como turistas en Bali, pero Michel necesitaba hacer una visita rápida a Singapur para comprobar que todo seguía en orden en su negocio, al que había abandonado sin tiempo de organizarlo debidamente. Aunque todos los días hablaba con su encargado, consideró importante ir de madrugada el día 15 de ese mes para volver el 16 durante la noche. Dos días fueron suficientes para comprobar que todo estaba funcionado correctamente, aunque algunos de sus asiduos clientes habían preguntado extrañados por su prolongada y nada habitual ausencia.

18 de marzo

Cualquier lugar estaba pletórico de flores y plantas junto a árboles de un verde rabioso, asegurando siempre unas vistas sumamente atractivas.

Tuvieron ocasión de comprobar lo que Gerardo les dijo al llegar a la isla. En todas las expresiones artísticas había armonía con el entorno. Las edificaciones, siempre integradas en el paisaje tropical; los diseños de jardines, con apariencia de haber surgido de forma natural o salvaje; los espacios de esparcimiento, con aspecto de casual, pero orientados siguiendo normas según la tradición. Los balineses eran armonía desarrollándose en un lugar donde la naturaleza también lo hacía de forma armónica.

No había día que no se tropezaran en su recorrido con alguna ceremonia o festejo con ofrendas a sus dioses. Desfiles de jóvenes de ambos sexos, vestidos con típicos trajes festivos, siempre de muy variados colores y tejidos brillantes, con grandes cestos de poca profundidad llenos de frutas y flores, o con sombrillas del más variado colorido, aunque siempre rematadas

con largos flecos.

Visitaron mezquitas, templos hinduistas y budistas, rodeados de exuberantes jardines con lagos, o sorprendentes fuentes con surtidores donde el agua brotaba desde figuras talladas en la piedra arenisca de Bali. Esas esculturas pétreas eran lo más llamativo de los surtidores, para cualquier mortal desconocedor de la cultura balinesa, por las extrañas formas que lucían. Dioses y mitos representaban tan milenaria cultura, remarcada por la pátina que el tiempo había ido depositando entre los pliegues y recodos de sus antiquísimas piedras, lo que les daba una identidad inconfundible.

En sus excursiones, la vista casi continua de terrazas donde se cultivaba el arroz y se desbordaba el agua de la más alta hasta la más baja hizo que en los primeros días tomaran innumerables fotos con ese espectacular paisaje. Descubrieron las numerosas cascadas cayendo desde gran altura sobre un río en el que se bañaban principalmente los nativos. Querían llevarse esas escenas como recuerdo, aunque también las consiguieron en las pinturas naïf de la isla. Admiraron esa curiosa técnica, que consistía en tapar con cera las partes que no se iban a pintar, e ir retirando la que se correspondía con la nueva figura o paisaje que iba a ser cubierta por la pintura. Admiraron en las escuelas al aire libre, sencillas pérgolas de madera de teca, cómo creaban aquel tipo de pintura tan propio de su cultura.

Visitaron un curioso cementerio, plagado de monumentos campaniformes, tallados con curvaturas que indicaban los pisos en que se dividían, y realizados en esa piedra arenisca, ahora oscura y musgosa, peculiar en Indonesia. Las diferentes alturas testificaban y definían el poderío de aquel a quien estaba dedicada, y su anchura había sido calculada en función del tamaño del difunto.

La excursión al lago Batur les permitió disfrutar de una temperatura fresquita debido a la altitud de su enclave. Pero la que más gustó a todos fue la del templo Pura Tanah lot, un islote en el mar cuando la marea estaba alta, pero que, al bajar, se podía pasar caminando. Lo más grandioso de este lugar, además de su enclave, era la puesta de sol, que coincidía en su centro con el templo dedicado a los espíritus guardianes del mar. Se accedía mediante unas escaleras curvadas, talladas en la misma roca. El espectáculo era impresionante.

Esa tarde iban a visitar el templo hindú balinés Pura Uluwatu, situado sobre uno de los acantilados rocosos. Tenían también fama sus increíbles atardeceres sobre el océano Índico. La leyenda decía que la base estaba protegida por miles de serpientes que lo preservan de los malos espíritus. Eran muchas las personas que acudían cada día a este lugar, pero en esa ocasión la excursión iba a tener mayor trascendencia.

Fue Victoria, tan observadora como siempre, la que reconoció en aquel grupo que iba delante a una de las personas. Ella lo había visto disfrazado de turista, ahora iba con ropa formal, pero la niña no tuvo ninguna duda. Victoria iba dando la mano a su madre y a Michel, les seguían Ana y Gerardo. La niña tiró de la mano de su madre para que se agachara a escuchar lo que tenía que decirle.

—Mamá, ahí delante va el hombre al que no le gusté.

—¿Quién?

—El que no me quiso llevar contigo.

—Michel, escucha por favor lo que me está diciendo Victoria.

Michel, al igual que Diana, quedó pasmado al escuchar lo que Victoria repitió. ¿Qué debían hacer en ese tumulto? ¿Cómo actuar con eficacia? ¿Y si la niña se equivocaba?

—Victoria, ¿estás segura?

—Sí, Michel. Yo lo miré muy bien mientras pensaba que era amigo y me quería ayudar, y todavía lo sigo viendo cuando duermo, y a veces al despertarme. No sé por qué no le gusté y no me llevó con mi mamá.

—¿Y no te importa volver a verlo?

—¡No! —se encogió de hombros con superioridad y arrugó los labios mostrando indiferencia o tal vez desprecio.

—Pues vamos a acercarnos a esa persona para que lo mires de cerca, quiero que estés completamente segura, no te vayas a confundir. Pero, espera un momento, con disimulo voy a hacerle una foto con el móvil, haré como que es a vosotras a las que quiero sacar en mi teléfono.

Michel se adelantó para colocarse justo delante del grupo, simulando apuntar hacia Victoria con la cámara. El grupo se separó para no estropear aquella fotografía, lo que obligó a Michel a cambiar de posición, pero al fin consiguió un buen encuadre.

—Vamos, Victoria —dijo Michel volviendo junto a ellas.

—¿Estás seguro de que eso es lo mejor? —dudó Diana.

—No estoy totalmente seguro de lo que deberíamos hacer, pero sí de que lo primero es confirmar que se trata de la persona que pensamos.

—¿Y si se va corriendo cuando vea a Victoria?

—Eso confirmaría las sospechas. Además, no está solo, va con unos amigos. Si se va, ellos podrían decirnos quién es. Y tenemos también su imagen en el teléfono.

Diana y Victoria apresuraron el paso para adelantar al grupo de los cuatro hombres que les precedían.

—¿A dónde pretendéis ir con esas prisas? —preguntaron sus amigos elevando la voz y tratando de alcanzarlos.

Uno del grupo que iba delante volvió la cabeza al oír hablar en español, la voz le resultaba conocida. Pensó que parecía su socio español.

—¡Sí, es Gerardo! ¡Qué sorpresa!

Se paró, para saludarlo con efusión. Llamó la atención del resto para presentarles a su socio. Todos se volvieron para ser presentados, en el preciso momento en que una niña se colocaba al lado de uno de ellos, mirándolo fijamente.

—Perdonad, ahora vuelvo —le oyeron decir, mientras se perdía de forma apresurada entre el resto de los turistas.

—¡Qué casualidad!, pensaba llamarte para comer o cenar juntos mañana. He venido de Java con José, para que conociera este lugar. Mi mujer ha preferido quedarse en casa con los niños. Si os queréis unir todos a la cena de hoy, yo, encantado.

Aparentemente no pasó nada. Mientras saludaban a Gerardo y a los que lo acompañaban, la prisa de aquella persona casi pasó desapercibida para sus compañeros, pero para Diana, Michel e incluso Victoria, la huida del encuentro con la niña evidenció su culpa.

Cuando aquel hombre se alejaba, las dudas de si había obrado acertadamente saliendo de estampida lo invadieron. No podía confiar en que ella no lo recordara...

«Lo cierto es que la niña me ha mirado fijamente, pero fue un instante. ¿Qué podía haber dicho? Y cualquier cosa que dijera, ¿la iban a creer o ni siquiera a hacerle caso?

»Casi me arrepiento de haber mandado el anónimo. Seguramente, de no haberlo hecho, la niña no estaría aquí. No pensé que entre tantísima gente nos pudiéramos encontrar. ¿Por qué lo hice? Esto puede perjudicarme seriamente. Si sale a la luz, nadie me creerá, ni creerá que no

había ocurrido en otras ocasiones. Pensarán que yo siempre había sido así, solo que no lo habían sabido hasta ahora. ¿Qué diría mi familia?».

Mientras el huido se debatía con sus dudas, Gerardo les presentaba a Bernabé, el socio madrileño afincado en Java, que les había dado información valiosa y proporcionado a la psicóloga. Bernabé, también presentó a sus acompañantes: Abu Zarin; un nativo del que dijo que era como su mano derecha, y José, un amigo de la infancia llegado de Madrid un par de semanas atrás. Pero antes saludó con entusiasmo a Victoria:

—¡Hola, Victoria! Creo que tú eres la famosa heroína. Me encanta conocerte. ¿Qué tal te llevas con Sonia? Ella está muy contenta contigo.

—¡Hola! Yo también estoy muy contenta con ella —respondió, después de un instante de sorpresa.

Tratando de disimular su interés, Michel, después de las presentaciones y unos minutos de charla, preguntó por el hombre que había salido como si huyese.

—Gerardo, ¿qué ha pasado con la persona que se ha ido? ¿Acaso no os lleváis bien?

—No, qué va, yo no lo conocía —aseguró Gerardo.

—Nosotros tampoco. Nos ha dicho que se llamaba Álvaro —les informó Bernabé. Hemos coincidido en el desayuno. Ha oído que hablaba en español con José —señaló al amigo que los acompañaba y que acababa de presentarles—, y se ha acercado a nosotros para preguntarnos algo, no recuerdo qué, la cuestión es que hemos entablado una conversación y, como pretendíamos hacer el mismo recorrido, se ha unido a nosotros.

—Cierto, no sé qué ha pasado, creo que no ha dicho a dónde iba, igual ha aprovechado la parada para ir a los servicios —dijo un poco confuso José.

—Su cara me ha resultado familiar —continuó Michel—, no sabría decir de qué.

—Pues solo sabemos de él que trabaja en banca y que vive en Madrid. No sé si eso te dará una pista para recordarlo.

—La verdad es que no. Tal vez se parece a alguien que conozco. No tiene más importancia —zanjó Michel.

Lo esperaron un rato mientras charlaban. Viendo que no volvía decidieron continuar la excursión, cada uno por su camino.

Diana mientras, de forma discreta, preguntó a Victoria por su estado de ánimo, y ella, muy cautelosa, respondió bajito que se encontraba bien.

—Ya os he dicho que estaba segura, él también me ha conocido y se ha ido porque sigo sin gustarle —les dijo Victoria, después de haberse separado un poco del grupo.

—¡Qué dices! Se ha ido avergonzado por no haberte querido ayudar. Él no podía aguantar que se lo contáramos a los demás. Ahora mejor no decimos ya nada. Más adelante lo localizaremos y hablaremos con él.

—No, mamá, yo ya no quiero hablar con él. A mí él tampoco me gusta.

—Muy bien, Victoria. Pues olvídate, lo mandaremos a freír espárragos. A mí tampoco me ha gustado. —Victoria rompió a reír mientras tiraba del cuello de su mamá para darle un beso en la mejilla.

Aunque Diana y Michel se sintieron frustrados, él pensó que algo más habían conseguido. Tenían su nombre y su fotografía, aunque era posible que ni siquiera se llamase así. Decidieron seguir con la excursión, como si no hubiera ocurrido nada, y después harían lo más conveniente: denunciarlo a la policía.

Al día siguiente, antes de hacer la denuncia, Michel aprovechó una conversación terminado el desayuno para interesarse por Álvaro. Sin darle importancia, preguntó si sabía qué había pasado con aquel Álvaro que se fue tan precipitadamente y no volvió. Gerardo lo había olvidado.

—Tienes razón, fue un poco extraño —apostilló—. Precisamente, si recuerdas, quedamos para esta noche a cenar con Bernabé y su amigo. Ana prefiere quedarse en el hotel, dice que llega cansada y prefiere irse a dormir. Así que Diana y Victoria también preferirán quedarse con ella. ¿Tú nos acompañarás?

—Gracias, pero yo también prefiero quedarme.

—Vale, pues se lo preguntaré, solo por curiosidad.

19 de marzo

Un día más tarde, y antes de que pudiera volver a preguntarle a Gerardo, o de que hicieran un movimiento para encontrarlo, recibieron la visita de un policía. No hablaba español, pero lo intentaba.

Traía una carta sin remitente dirigida a Diana. Estaba escrita como el anónimo que les indicó las coordenadas de la isla donde se encontraba Victoria. El sobre estaba ya abierto y la policía lo había leído. La primera parte de la carta estaba escrita con fallos ortográficos y letras en cursiva, Times New Roman de 12 puntos en su interior y 24 en el sobre. Después de leerlo pensaron que se trataba de una demostración práctica de que era la misma persona anónima. Decía:

Cuando reciba esta carta, yo ya no existiré. No puedo soportar la vergüenza que me ocasionaría que me tomasen por un pederasta. Un abusador de niñas. Prefiero desaparecer para siempre.

Le aseguro que en mi vida he cometido esa iniquidad. Por favor no intenten averiguar quién soy. Pero si por esos azares de la vida lo descubren, no se lo comuniquen a mi familia. Ellos no tienen la culpa de nada y sufrirían demasiado.

Ya sé que no tengo derecho a pedirle nada. Sé que debería haberle llevado a su hija, en lugar de escribir un anónimo. Pero entonces mi nombre... y mi familia... ¡Compréndalo, por favor!

Recuerde que, al menos, intenté ayudarle a encontrar a su hija. Firmaba:

UN ATORMENTADO.

El policía, tras informar en su idioma de algunos detalles del suicidio, asegurando que no podía ser más explícito, preguntó por el concreto significado de ese comentario: «abusador de niñas».

—Necesito saber qué ha hecho el suicida, a qué niñas se refería, y por qué le dirige a Diana esa carta de forma anónima. Parece un contrasentido; un suicida enviando una carta anónima —Michel traducía lo más literalmente posible.

—Esas palabras deberían tener consecuencias policiales y jurídicas. La policía debe hacer su trabajo, pero podrían hacerlo de una forma más discreta, si los interesados lo piden y no afecta, o interfiere en sus obligatorias investigaciones sobre este asunto. En cualquier caso, necesito conocer toda la historia.

Les costó reaccionar, en principio, por la impresión del propio suicidio.

—¡Que Dios lo perdone! —exclamó Diana, cerrando con fuerza los puños, impotente, y sintiendo que la rabia se apoderaba de cualquier otro sentimiento que pretendiera nacer en su corazón—. Este sujeto podía haber tratado de liberar a Victoria, en lugar de suicidarse.

El policía enarcó las cejas, interrogante. No comprendía nada.

—La sorpresa no nos permite tomar ninguna decisión. Además, resulta muy doloroso contar la historia que desemboca en ese disparate —respondió Michel—. Le sugiero que hable con los policías de Polda Bali, que llevan el caso de Victoria. Ellos le pondrán al corriente. A nosotros también nos gustaría cambiar impresiones sobre esta tragedia, con los policías que conocen del asunto, y más concretamente, con el policía que hablaba español —añadió.

El agente volvió a arquear las cejas y se retiró para hacer discretamente una llamada con su móvil. Después de colgar, continuó hablando con ellos hasta que sonó de nuevo su teléfono. Al terminar la comunicación les informó de que la persona con la que querían hablar acababa de ser puesta al corriente de aquella carta y pensaba visitarlos esa misma tarde, si ellos no tenían inconveniente.

—Le agradecemos la rapidez con la que ha actuado —dijo Michel tratando de terminar la conversación y acompañándolo a la salida.

Esa tarde, Diana, tras escuchar los criterios del profesional, y siempre respaldada en sus decisiones por Michel, optó, de momento, por no perjudicar a aquella familia.

—Estoy de acuerdo en evitar el sufrimiento innecesario de los que no tienen ninguna culpa, y dejar todo a cargo de los técnicos competentes. Pero deseo estar al tanto de todo lo que pueda tener relación con mi hija. A ello se comprometió el policía que hablaba español.

¡Qué casualidad haberse topado con él aunque solo hubiera sido unos segundos!

Gerardo apreciaba de forma clara su parte de culpa indirecta. Esta desgracia terminó por decidirlo: «Romperé mi compromiso en las condiciones que quieran imponerme. Este asunto sigue teniendo consecuencias terribles y no deseo estar implicado en ninguna de ellas».

Maldecía el momento en que se había dejado llevar por el sibilino encanto del beneficio de un negocio de aquellas dimensiones. Maldecía, incluso, el día que conoció a Fernando Caballero.

DESPEDIDA DE BALI

Bali, 20 de marzo

Las vacaciones en Bali estaban tocando a su fin. En cuanto a Java, lo dejarían para otra ocasión. Querían regresar a Singapur; sus otros socios y amigos de siempre lo esperaban. Eso había afirmado Gerardo, pidiendo que se fueran haciendo a la idea.

Hablaron con la psicóloga para saber si podría acompañarlos al volver a Singapur.

Quedaron más tranquilos al saber que Sonia no tendría inconveniente en trasladarse con ellos a la ciudad estado. Muchas veces lo había hecho a instancias de Bernabé, su jefe y socio de Gerardo. Su empresa incluso disponía de una vivienda para cuando tenían que quedarse en Singapur más de una noche, y ella podía acompañarlos hasta que volvieran a España. También les aseguró que Victoria estaba respondiendo muy bien.

—Es una niña muy inteligente y muy madura para su edad. Confío en que, una vez terminada la terapia, no le quede ningún trauma. Ella recuerda su estancia en la primera isla como una aventura que contar. Importantes solo hay dos cosas que realmente le han afectado y que le costará olvidar: que una persona la ha robado para venderla como si no tuviera madre (eso le duele más que el maltrato que le ha dado) y que al señor que la iba a comprar no le gustara y no la quisiera ayudar a volver con su madre. Del episodio de las serpientes dice que pasó mucho miedo porque se sintió rodeada y pensó que se habían puesto de acuerdo para atacarla, pero que si solo hubiera habido una no se habría desmayado.

—No sé si algún día le contaremos que llegó a picarla un crótalo y que pudo morir —dijo Diana tratando de contener las lágrimas.

—Pero ella recuerda con cariño a la anciana Seni. A pesar del desamparo que sin duda sintió en los dos primeros días, esperando al *marino*, como ella lo llama, que no llegaba.

»Esa angustia puede que permanezca más tiempo, pero hay un antes y un después en su mente. Cuando Seni le hizo entender los días que faltaban para que el *marino* pasara a recogerla, se hizo a la idea y hasta consiguió disfrutar de la isla. Solo le preocupaba su madre, sabía que lo estaría pasando mal, pero estaba convencida de que pronto se encontrarían.

—¡Pobre hijita mía!

—Creo que a partir de ese momento le ha dado la vuelta a su estancia y ha sido capaz de una interpretación en la que ha sido la protagonista de unas aventuras de las que ha salido triunfante.

Victoria, por expresa indicación de su madre, no le ocultó a la psicóloga lo que le había pasado con Gerardo, y a ello también se refirió Sonia:

—El engaño de Gerardo también le dolía, aunque trataba de pensar que él siempre había sido muy bueno y cariñoso con ella, y los mayores no siempre eran sinceros. No hemos vuelto a hablar de ese tema.

Diana no deseaba abandonar Bali sin visitar la isla de Seni, para darle las gracias personalmente; también se pondría en contacto con Ujan para que pudiera ver a Victoria; se lo había prometido.

Después de hablarlo con Michel, lo consultaron de nuevo con la psicóloga, aunque Victoria tendría la última palabra.

Se manifestó a favor de la visita, pero, para mayor seguridad, quiso estar presente cuando se lo preguntaran a Victoria, para poder valorar mejor su respuesta.

Así que Diana, en presencia de Michel y la psicóloga, le preguntó a su hija si le gustaría visitar a Seni, antes de volver a Singapur. Victoria no contestó de inmediato, parecía pensativa.

Las caras expectantes de los tres mostraban un gesto de duda sobre la idoneidad de la propuesta.

Pero esa vacilación solo era fruto de la reflexión de Victoria sobre lo que ocurriría si volvía a ver a la anciana. Fue un corto y expectante silencio, previo a una respuesta contundente.

—Sí, mamá, quiero ir a visitarla para darle las gracias. Se portó muy bien conmigo, aunque a veces... era un poco gruñona, pero me cuidó muy bien y me enseñó a cuidarme, sobre todo a pescar y a bucear. Además, muchas veces, cuando pensaba en ti, también pensaba que me gustaría mucho poder enseñarte la isla, ¡es preciosa! Y verla contigo será genial.

Esperaban la respuesta ilusionados, como el niño con su hermoso globo que alguien está a punto de pinchar. Respiraron tranquilos.

—Pues alquilaremos un barco, e iremos mañana a verla,

Victoria, al escucharlo, cambió el gesto, ahora venían a su memoria sus últimas travesías en barca.

—¡Mamá! —inesperadamente, Victoria rompió a llorar desconsolada—. ¡No quiero volver, no quiero! —Diana la abrazó tranquilizándola.

—¡No iremos, tesoro, no te preocupes, no iremos! Volvemos a Singapur o, si lo prefieres, a España, Michel le dará las gracias en tu nombre.

—Sin duda que lo haré, tranquila, Victoria. Yo iré solo.

22 de marzo

Dos días después, Diana fue informada de la captura de Baasin. Gracias al contacto de Suib, la persona que confundieron con él. La policía dio con los directamente relacionados en este «negocio». Tirar de ese hilo y descubrir la trama fue ya más fácil de lo que habían temido.

—Acudimos a uno de los compañeros que acababa de salir de la academia —explicaba el policía—, para que hiciera de cebo. Este policía utilizó el mismo camino o contacto que había seguido Suib, cuando pretendía conseguir una niña. El contacto lo redirigió a Baasin con su inícua petición, y este dijo que no tenía ninguna niña en ese momento, pero le indicó cómo y dónde conseguirlas. (Naturalmente esa es otra vía que ya estamos investigando, pero que no afecta en nada al caso que ahora nos ocupa).

» Actuamos con celeridad. Nos quedó clara la falta de experiencia de Baasin y este grupo, que era además reducido, lo que agilizó nuestro trabajo y permitió que todo saliera bien. Solo hay un problema: necesitamos que Victoria identifique a los dos que han intervenido en su rapto y compra para deslindar las responsabilidades de ambos, desde la experiencia que ella ha vivido en la isla. Así acabará la pesadilla.

Victoria parecía estar superando todo aquello. Pero a todos les preocupaba que aquel reconocimiento la llevara de nuevo a sufrir la horrorosa odisea, de la que parecía que se estaba recuperando. De nuevo hubo consulta con Victoria.

Todo fue preparado para un reconocimiento tras los cristales. Victoria, acompañada de su madre, la psicóloga y un abogado de la confianza de Michel, no dudó un instante en el papel que había jugado cada uno en su rapto y compra:

Señaló sin dudar a Baasin diciendo: «Él me ha robado de la isla de Seni, mientras yo dormía. Después me ha tenido atada con una cadena, me ha pegado y ha traído a dos hombres para que me vean y me compren. Pero a uno de ellos, el primero, no le gusté y no me compró. Al otro —señalo a Suib—, sí le gusté y quería comprarme para tener una hija, pero no sé por qué se fue sin mí, y eso que ya le había dado dinero al que me robó —volvió a señalar a Baasin—, un montón de billetes de los que valen muy poco».

Así entendió Victoria la intervención de cada uno de ellos y la situación que ella había vivido, y así lo contó.

Toda su declaración quedó grabada y filmada por partida doble, con la consiguiente transcripción por escrito en tres idiomas cuya traducción Michel y el abogado de su confianza se ocuparon de comprobar que era correcta, lo que lógicamente era de esperar: había completa identidad entre ellas.

Fue firmada por Diana, Victoria, a instancias de su madre, y el abogado, como responsable de que se había cumplido con la correcta transcripción en los tres idiomas: español, inglés y balinés. Con todo ello, consideraron que sería suficiente para que la justicia actuase con firmeza.

Más tarde, y tras someterlos a un careo, quedó clara la participación de cada uno, que coincidía con los datos dados por Victoria, salvo la interpretación amable que ella hizo. Naturalmente a nadie se le escapaba que la intención del raptor no era venderla para que realizara el papel de hija. Pero nadie osó sacarla de su deducción. Era mucho mejor así.

El raptor se defendía diciendo que la niña no quería estar con Seni y que él se había limitado a sacarla de allí, que no había pretendido que nadie abusara de ella sexualmente. Que más tarde la niña se había escapado y él no era culpable de lo que le hubiera podido pasar. Pero,

tras una conversación muy seria con la policía, de la que salió muy dolorido y un poco desfigurado, confesó.

Ninguno de los dos había vuelto a saber nada de la niña: Suib desde que se había ido con ánimo de volver al día siguiente a por ella, y Baasin poco después, cuando la dejó bañándose.

El raptor tenía dudas de si se había ahogado, pero en principio no dijo nada de que la había dejado sola bañándose, para no parecer culpable de su muerte en el caso de que hubiese aparecido ahogada.

Cuando le preguntaron a Suib por qué había pagado por ella y no se la había llevado, él respondió, poniendo cara sonriente como si fuera a contar una gracia —ver su cara deformada era lo menos gracioso que uno podía esperar:

—La culpa fue de mi hermana, que siempre se presenta en mi casa sin consultarme, simplemente dice «voy», cuando ya está en la puerta. En esta ocasión, me avisó por el móvil cuando yo ya estaba cerca de la isla de Baasin. Me dijo que venía a verme y pensaba comer conmigo y pasar la noche en mi casa. Por eso, no podía llevarme a la niña, no hubiera sabido cómo justificarlo, pero la niña me había gustado y no quería que la tuviese otro antes que yo.

Se expresó así, con total libertad. Ya lo había hecho cuando tres policías lo convencieron con argumentos tan sólidos como sus puños y sus botas. Ahora, sabiendo que se encontraba amparado por «el acuerdo» al que había llegado con la policía, habló dejando clara la trama. Baasin también se vio obligado a reconocer casi todo, a causa de los mismos «argumentos», aunque todavía insistía en que no se había llevado a la niña a la fuerza; que la había tratado bien y que ella había desaparecido.

Lo asustaron más, añadiendo a sus «argumentos» la amenaza de que, cuando apareciese su cadáver, él sería acusado, además, de asesinato u homicidio. Nunca más vería la luz del día.

Acabó contando que la había dejado bañándose, e incluso que le había proporcionado un flotador. Que necesitaba el dinero y vio la oportunidad de unirse a un amigo que le había propuesto esa clase de negocio. Una forma sencilla de ganar dinero y con poca competencia dentro de la isla.

—Después de ver que la niña no estaba muy contenta en la isla de Seni, pensé que podía ser el momento de hacer un buen negocio. Lo hablé con mi amigo y él me proporcionó dos clientes. Uno la vio y no pagó; estoy seguro de que ha sido él quien me ha denunciado —añadió, desconociendo que se había suicidado—, pero el segundo se comprometió a llevársela al día siguiente, cuando se fuese una hermana que iba a visitarlo ese día.

—¿Y por qué no volvió a llevársela? —preguntó uno de los policías.

—Cuando la niña desapareció, yo también me fui para no tener que devolver el dinero que me había dado.

—¿Ni siquiera la buscaste?

—Sí, recorrí la isla, primero nadando por donde ella se había quedado, luego por la orilla en tierra, pero cuando vi que era imposible encontrarla, me asusté y me fui.

El nombre del amigo que le había propuesto entrar en ese negocio salió rápido de sus labios. Coincidió con el que ya le había dado Suib al joven policía que se hizo pasar por un posible cliente y que requirió sus servicios.

Había dos personas más, expertos en el negocio de las niñas, y que eran los que los habían iniciado. Pero eso ya era otra historia ajena a Victoria, que los policías tendrían que descubrir hasta dónde los llevaba.

Dos días antes de que se cumpliera el plazo que Gerardo había marcado para volver a Singapur, llamaron a Ujan para verse al día siguiente. Victoria también esta vez había sido consultada. La respuesta había sido positiva.

Sabía que le debía la vida. ¿Qué hubiera sido de ella si Ujan no llega a aparecer en la isla de las serpientes? Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensarlo.

Él se presentó ilusionado y ella no pudo evitar emocionarse al sentir el cariño que desprendía hacia su persona el cazador de serpientes. Michel apenas tuvo que intervenir para traducir algunos términos cuyo nombre en español no recordaba. Lo invitaron a comer, pero alegó otras obligaciones.

—Me siento satisfecho de ver el rostro de Victoria, ahora feliz con los suyos, no necesito más. Pero les daré una dirección, por si me necesitan para lo que sea antes de volver a España. Y aunque no me necesiten, me haría dichoso recibir su visita, si vuelven a Bali en algún momento. Ya saben la conexión que me une a Victoria, verla crecer sería una satisfacción, aunque innecesaria.

Diana le dio un papel con su dirección en Singapur y en España, diciéndole que le enviarían fotografías y lo tendrían al corriente de la vida de Victoria, y que siempre le estarían agradecidas su hija y ella.

—De no ser por su intervención hoy no tendría a mi pequeña, y eso... usted mismo lo puede valorar como pocas personas.

Bali, 25 de marzo

Se había cumplido el plazo que Gerardo les había marcado.

Volverían a Singapur, dejando la visita a Java para otro momento o, quizás, para otro viaje. Nadie había preguntado por esa prometida visita a Java. Seguramente volver a Singapur les resultaba más reconfortante que visitar una nueva isla. En Singapur habían disfrutado y sido felices. Bali, en cambio, a pesar de sus muchos encantos, había sido el escenario de mucho sufrimiento que todos tardarían en olvidar.

Fernando Caballero, el socio que lo había introducido en el negocio del marfil, también volvería a Singapur.

Gerardo tenía cosas que solucionar. En puridad, solo una, pero tan complicada como el número de socios a los que debía convencer.

Fernando se encontraba en una posición poco clara. Pero Gerardo no estaba dispuesto a dejar así las cosas, necesitaba saber si podría contar con él, o significaba otro frente más de lucha. Estaba decidido a dejar el negocio y así se lo había comunicado a los socios que permanecían en Bali, en la última y única reunión que tuvo con ellos. En realidad, fue una breve junta que tuvo lugar tras haber recuperado a Victoria.

Hasta ese momento sus socios no habían querido tener ningún contacto directo con él, pero no ahorraron toda clase de señales de su encono contra Gerardo y augurando desgracias para el negocio, por su culpa.

Cuando desapareció Victoria, llevaban días con todo dispuesto para culminar la operación en cuanto llegase Gerardo, solo era cuestión económica. Pero la policía ya se había puesto en marcha, el mismo Gerardo la había impulsado aquella mañana, antes de enterarse por Fernando de su extemporánea intervención.

Gerardo sabía cómo estimularlos y no reparó en medios crematísticos para convencerlos.

A partir de ese momento, todo lo que los traficantes tenían en marcha a punto de culminar la operación hubo de ser abortado. No podían mover un dedo con todo el revuelo que se había ido montando con la desaparición de Victoria.

Desde ese día y de una manera gradual y ascendente, Gerardo estaba en contacto con la policía o, lo que era peor, la policía estaba en contacto con Gerardo. Lo que les tenía sumamente inquietos.

Intervinieron primero la Embajada de España en Indonesia, situada en Yakarta, y la policía local, que pronto fue apremiada y estimulada por el Departamento de Cooperación Internacional (ICD), afincado en Singapur, al que Michel había acudido por mediación de su gran amigo (el alto comisario del Consejo o Distrito principal de Singapur). Esta se ocupaba de la cooperación policial mundial.

A nivel individual, la policía también estaba incentivada por el dinero que recibían, primero de Gerardo y más tarde también de Michel.

Y todo a causa de la incursión en sus vidas de aquella niña que tenía a toda la policía buscándola, debido principalmente al peso específico que representaba Michel y sus amigos en aquella parte del mundo.

Gerardo les explicó sus deseos de vivir en paz tras tanto desasosiego. Estaba dispuesto a aceptar la penalización que le correspondiera por incumplimiento de contrato; también les sugería la venta de sus acciones por debajo del precio que él había pagado. Pero sus socios se habían negado en rotundo a aceptar su propuesta de dejar la sociedad a cualquier precio, no aceptaban ni siquiera la discusión sobre el asunto.

—Juntos comenzamos y juntos lo terminaremos, sean cuales sean las consecuencias y los resultados —había sido la respuesta unánime de sus socios. Levantaron la sesión sin darle derecho a más planteamientos.

Fernando le advirtió a la salida de la formal junta de accionistas (Junta General con carácter Extraordinario), en la que constaba en acta tanto su oferta de la venta de sus acciones a la mitad de su precio como el rechazo unánime a admitir el abandono de la sociedad por ninguno de los socios:

—Las personas que ya han contado con tu participación económica no están dispuestas a consentir que dejes el grupo, con todo lo que esto conlleva. No es momento de buscar, ni sería fácil encontrar otro socio dispuesto a poner tanto dinero y menos para jugársela con el tráfico tan perseguido del marfil. Eso podía estropear nuestro negocio, ya a punto de concluir.

—Pero yo estoy dispuesto hasta a perder el dinero entregado —ofrecía insistente Gerardo, preocupado por aquella rígida actitud de sus socios, que parecía inalterable.

—Hemos retrasado finalizar la operación a causa de tener encima de vosotros a toda la policía. —Gerardo fue a decir algo, pero Fernando se lo impidió alzando más su densa voz—. ¡Ya sé lo que piensas de mi parte de culpa!, pero vamos a centrarnos en la realidad actual. Disponemos de la documentación necesaria —volvió a recuperar su tono normal para acabar con la exposición de los hechos—, para poder justificar que todo el marfil, tallado y sin tallar, era anterior a la ley que prohíbe negociar libremente con este material. Por supuesto que se trata de certificados falsos y que, si se descubriese la inmensa cantidad de marfil que compone la expedición, no habría modo de acreditar dichos certificados, pero en eso consiste el negocio. Se repartirán por el mundo las copias de los falsos justificantes, certificados y permisos, y aparentemente, se venderán en pequeñas cantidades, en todo Tailandia y China, para no levantar ninguna clase de sospechas.

—Pues mejor para vosotros, seréis menos a repartir —argumentaba Gerardo.

—Esta es una gran inversión y un gran riesgo, pero el beneficio está muy bien calculado en función de estas dos variables. Y claro que compensa económicamente, si todo sale según lo planeado. Pero todavía falta que hagas la última entrega. No lo olvides. Y si insistes en dejar la sociedad, te lo harán pagar caro. A partir de este momento empezarán a extorsionarte, incluso te amenazarán de muerte. No adelantarás nada con huir.

—Pero yo no pretendo huir, yo solo quiero arreglar las cosas de la mejor manera posible, pero dejando esta sociedad. En cualquier sociedad se ofrecen primero las acciones a los socios y, si a estos no les interesa adquirirlas, incluso puede hacerlo la propia sociedad, o se ponen a la venta para que otro las compre. Yo os las he ofrecido a la mitad de lo que ya he pagado.

—Parece que no comprendes el tipo de sociedad de la que hablamos.

—Claro que lo comprendo, pero su realidad está muy bien camuflada y funciona como cualquier otra sociedad legal. Pero, claro, tú te has puesto de acuerdo con el resto de los socios y no estás dispuesto a ayudarme.

—Comprende, Gerardo. Yo no he tenido más remedio que votar en tu contra, si lo hubiera hecho a tu favor, quedaría al margen de todo, igual que tú, y seríamos dos los extorsionados e ignoraríamos qué se proponen hacer con nosotros. De esta manera, yo te puedo informar de las distintas decisiones que tome la Junta. Así que no te enfades conmigo, ni pienses que yo no te voy a apoyar. Yo te he metido en este enredo ofreciéndote este negocio, aunque no te he puesto una pistola en el corazón para que lo aceptes. Lo has decidido tú libremente. Pero ahora lo quieres dejar y esto que hago es lo único que puedo hacer por ti.

Gerardo no pretendía huir a Singapur, pero tampoco tenía sentido permanecer allí, en el centro de operaciones. Ahora se debatía entre las posibles exigencias de los extorsionadores o la posibilidad de ignorar sus veladas y a veces claras amenazas y denunciarlos ateniéndose a las consecuencias que con toda seguridad le ocasionarían y que, según Fernando, prometían ser terribles.

—No me importa tanto pagar una cantidad millonaria, por desistir de un negocio prácticamente finiquitado, como el miedo que me produce la falta de seguridad por mi integridad física.

—No te olvides de que ese peligro también puede extenderse y afectar a tu querida esposa, Ana. —Este apunte de Fernando le sonó a amenaza personal, por parte del que ya empezaba a dudar de si era su amigo, y terminó de asustarlo.

Pensó en contárselo todo a Michel, tal vez él pudiera comprender su debilidad por el dinero cuando se trataba de grandes cantidades. Incluso podía haber que se prestara a ayudarlo y pudieran trazar algún plan para denunciarlos sin verse involucrado, cosa harto complicada. También pensó en el policía que ya les estaba resultando familiar. ¿Podría confiar en acusarlos sin que él lo delatase, sin que trascendiese que había sido él el «chivato»? Por otra parte, ¿sería tan honrado como para no dejarse comprar por aquellos mafiosos?

PARTE III

SINGAPUR

27 de marzo

Una vez en Singapur, Gerardo supo que no conseguiría librarse fácilmente de aquellos socios.

No existía unanimidad en sus criterios, pero tenían mucho más peso los que no aceptaban su renuncia. Las reuniones, según le había ido contando Fernando, cada día eran más tensas y amenazantes. Ahora se realizarían en Singapur.

Cuando Gerardo pensaba en la situación a que estaba abocando a su mujer, no podía mirarla de frente. Trataba de evitar las conversaciones sobre el objeto de sus reuniones, que Ana suponía con sus antiguos socios y amigos, y esto no era lo habitual, por lo que no pasaba desapercibido para su esposa.

En esta ocasión, y para evitar entrar en el motivo de la reunión, Gerardo atrajo su atención sobre el restaurante en el que iban a cenar.

—Cenaremos en un magnífico restaurante, El Tigre. Es un afamado lugar, tanto por su destacada cocina, como por sus magníficas instalaciones. Sus jardines se extienden hasta el mar, con embarcadero propio, y toda la primera planta es como un mostrador de los productos que el cliente puede seleccionar para consumir.

»Puestos de fruta y verduras, aves y serpientes vivas, enjauladas; carnes de cerdo y de otros animales, piscinas con pescados vivos, algunas con pequeños tiburones, tortugas, ranas, mariscos, crustáceos..., una infinidad de productos todos a la vista y traídos de madrugada por tierra y mar.

»Un camarero acompaña al cliente con un cestillo, para que elija entre tantas posibilidades; también puede elegir platos preparados cuya vista le resultara atrayente, aunque a veces al probarla no siempre responden a los sabores que uno había imaginado.

—¿Qué tiene de especial ese restaurante? —preguntó Ana, encogiendo los hombros—. Me parece que el sistema es parecido a muchos otros asiáticos.

—Sí, en realidad la diferencia estriba en el enclave en que está situado y en su gran dimensión.

—Creo que ya alguna vez has comentado que has llegado a comer serpiente, pero nunca te he preguntado si tú mismo la has seleccionado entre otras, o te has limitado a comerla porque tus socios o clientes la han pedido.

—Siempre hay algún comensal que la elige, yo siento rechazo, pero a veces he tenido que acompañar al que lo iba a hacer. Cuando el cliente elige una de las serpientes, delante de él rasgan su cuerpo de arriba abajo, le arrancan la piel y sacan la hiel para servírsela en un vasito de cristal y guardan todo en una bandeja para llevarlo a la mesa preparado en un instante: la carne de la serpiente sobre hielo o a la sartén, por un lado, y la piel tostada, por otro. Así, servido en platos distintos, pero todo a la vez, junto con el vasito con la hiel, que es considerado como afrodisíaco.

—¿Tú has tomado «eso» alguna vez? —le preguntó Ana arrugando la nariz, mostrando la repugnancia que le producía con solo pensarlo.

—La serpiente es como cualquiera otra carne, se parece un poco a la de pollo. Y sí, he

comido la carne y también la piel, tostada está rica. Lo que nunca he probado ha sido la hiel. No creo que la haya necesitado hasta ahora —sonrió y, en esta ocasión, miró a Ana buscando su complicidad y esperando verla sonreír también a ella. Pero eso no ocurrió. Todo lo contrario.

—Pues tal vez deberías empezar a probarla —dijo muy seria Ana, pensando de pronto en la falta de actividad sexual entre ambos en los últimos tiempos. Las preocupaciones y sobresaltos en Bali podían haber sido la causa, incluso de su propia falta de apetito sexual. No se lo había llegado a plantear.

No había sido consciente, hasta ahora, de que tampoco Gerardo lo había intentado. Cuando su marido la deseaba, pronto conseguía con sus caricias y palabras despertar su deseo, incluso su avidez sexual. Y eso no había ocurrido.

—El corazón era la víscera más apreciada —continuó Gerardo, tratando de ignorar el inesperado pullazo de su esposa, y escudándose tras más explicaciones—, y normalmente se ofrece a la persona principal.

—Recuerdo haberte oído comentar alguna vez que en tus reuniones nadie comía esa víscera por considerarse todos de igual rango. —Ana empezaba a encontrarse molesta con su marido que no respondía a su indirecta—. Aunque luego añadías que, seguramente, no era ese el motivo de que nadie lo tomara. Sospechabas que a nadie le gustada su sabor.

—Qué buena memoria tienes, Ana.

—Es cierto, ¿no te habrás enterado ahora? ¿Y qué pasa después en ese restaurante «maravilloso» al que todavía no nos has llevado? Aún no he encontrado nada especial en la explicación.

—Pues que este es el escenario del que vamos a disfrutar esta noche; seremos más de diez de distintos países y gustos diferentes. Te puedes imaginar lo que durará esa cena, nos quedaremos a dormir y desayunaremos por allí. Espero que no se prolongue más y pueda volver a comer mañana con vosotras. De no ser así, si surge cualquier otra propuesta o hay una complicación, te lo comunicaré, como hago siempre.

Esta fue la conversación más larga que Ana había tenido con su marido desde que volvieron de Bali.

—Diana, detecto que algo en mi matrimonio no va bien, pero no sé lo que es —comentó Ana con su amiga esa tarde—. A Gerardo lo veo cada día más preocupado. Pero me habla de cosas insustanciales cuando me dirige la palabra. Siempre ha comentado conmigo sus inquietudes y proyectos. Ahora cada día está más ausente, más encerrado en su concha. Es como si de repente se hubiera abierto una grieta en nuestro matrimonio.

—Supongo que son percepciones tuyas, sin motivo —se esforzó Diana en tranquilizar a su amiga, sin saber qué argumentar y sintiéndose un poco traidora.

Habían quedado con Michel para cenar, pero después de la conversación con Ana, inquieta por su amiga y por no poder ser todo lo leal que hubiera deseado, lo llamó por teléfono para contarle que su amiga ya sospechaba que algo le ocurría a Gerardo.

—No puedes hacer otra cosa —la tranquilizó Michel. Mientras no tengamos más datos, sería muy aventurado hablar de nuestras sospechas. Solo tenemos «dudas razonables».

Cuando Ana se quedó a solas en su habitación, pensó en sus amigos:

«A pesar de que han estado todos los días juntos, nunca están solos. ¡Curioso contraste! Yo cada día me siento más sola cuando estoy junto a Gerardo.

»Creo que tengo que hacer algo por mi amiga, al menos que ellos sean felices como lo hemos sido nosotros hasta hace poco tiempo».

Decidió forzar la situación, y en ese mismo momento pasó a la *suite* de Diana para hacerle una oferta, con la esperanza de que no fuera rechazada. Deseaba dar un empujoncito a aquella relación que ella veía muy clara.

—Diana, ¿por qué no sales tú esta noche, tal como nos ha propuesto Michel?

—Pero... ¿he dicho yo algo de no salir esta noche? —reaccionó sorprendida Diana.

—No, no es eso, no me he expresado bien. Quería decir que salgas tú sola. Yo estoy cansada y, sobre todo, como te he dicho, muy preocupada por Gerardo. Estoy sola. Él cena con sus socios, y según me ha dicho se quedará a dormir. Puede que incluso mañana coma también con ellos, seguro que tiene más complicaciones de las habituales. Nunca lo he visto así y te aseguro que en su estudio no faltan todo tipo de complicaciones a diario.

»Lo que me perturba no es que se quede a cenar o todo el día, eso nunca me ha molestado. Siempre he confiado en él y nunca me ha defraudado. Es su abatimiento lo que me descoloca. No me cuenta qué es lo que le tiene tan intranquilo. Nunca antes había ocurrido.

A Diana ya no le sorprendieron sus palabras. Antes de que pudiera contestar a su amiga, escuchó los planes que ya tenía preparados, contando con su beneplácito.

—Yo podría quedarme con Victoria muy a gusto. Si estamos las dos solas, seguro que lo pasamos muy bien. Podemos cenar dentro del hotel en el restaurante que ella quiera, y dormiremos juntas en la habitación que nadie usa. Nos divertiremos más que acudiendo otra noche a cenar fuera, para volver... ella cansada y yo sin poder centrar mi atención en nada, y más preocupada intentando no estropearos la noche. Además, creo que va siendo hora de que tengáis algún rato de soledad. ¿No te apetece?

—No puedo negarlo —dijo Diana con ilusión—, me encantaría una velada a solas con él, no ha vuelto a hablarme de sus sentimientos, pero a todas las horas tengo constancia de lo que es capaz de hacer por mí, y yo creo... que ya estoy preparada para decirle que le correspondo.

—¡Diana! —se entusiasmó Ana—, ¡qué alegría! ¡Hacéis una pareja magnífica, y Michel es encantador! Es además una gran persona. Nos lo viene demostrando desde el primer día. Esto me alegra la noche. Esperaré con ilusión a mañana, para que me cuentes cómo se ha desarrollado esta historia de amor. Tengo auténtica curiosidad por saber la cara que pone Michel cuando le digas que sí, porque estoy segura de que esta noche te volverá a hablar de su amor aprovechando que estáis solos.

—¡Ja, ja! Eso espero. A lo mejor ya se le ha pasado la fiebre y se aburre estando a solas conmigo. Igual regreso antes de que os vayáis a la cama. ¡Ja, ja!

—No digas eso, déjame que disfrute pensando que todo va a resultar perfecto.

—Gracias de corazón, Ana. Me acabas de hacer un gran regalo.

—¿Sí? ¿Y por qué no me lo habías pedido?

—Puede que resulte difícil de creer —Diana pareció meditar—, pero no he pensado que podía dar este paso. Lo acabo de decidir. Si él no se declara, seré yo la que lo haga, te lo aseguro, tu propuesta me ha dado un gran impulso. Igual me he venido muy arriba.

—Voy a decírselo a Victoria, está eligiendo la ropa que se iba a poner esta noche. Espero que no le decepcione que me vaya sin ella. —Un gesto de preocupación nubló su amplia sonrisa.

—Voy contigo. O, mejor, deja que sea yo quien se lo proponga; mientras, elige tú la ropa que vas a llevar para esta noche que promete ser memorable.

Victoria estaba ante su armario probándose un vestido. Ana entró y cerró la puerta. Dejó

tras ella a su amiga, para hablar con más tranquilidad con la chiquilla.

Tal como se lo planteó Ana, Victoria y ella iban a ser cómplices de la felicidad de Diana y Michel. Algo que encantó a la niña, cada día más complacida con el asiático.

Mientras Diana se arreglaba, un temor pasó por su cabeza:

«¿Estará Gerardo en peligro?

»Si es cierto que se ha juntado con traficantes de marfil, puede esto afectar a mi amiga. Hoy no volverá Gerardo, pero ¿qué ocurrirá si las cosas no le salen bien?».

Hizo una llamada al móvil de Sonia, la psicóloga. Le contó lo que ocurría, pero a su manera.

—Sonia, voy a dejar a Victoria con mi amiga, me ha dicho que van a dormir juntas. Y, aun así, siento un poco de miedo, me prometí a mí misma que nunca la dejaría sola. ¿Qué opinas? ¿Crees que es una temeridad?

—Diana, tienes que dejarla hacer una vida normal, a menos que sea ella la que muestre miedo o no quiera separarse de ti. Ella no se queda sola, está con tu amiga. Lo que no puedes hacer ahora es decirle que te quedas a cenar con ella en lugar de hacerlo con Ana. No debe advertir que tú sientes que sigue en peligro, eso retrasaría su recuperación. No es ninguna temeridad.

Siguió un silencio que Sonia interpretó como falta de sosiego, o seguridad, por parte de Diana.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa, Diana? Ya sabes que en Bali nadie entró en vuestro bungalow, fue ella la que salió de él, y te puedo asegurar que no vuelve a salir de su *suite* sola, ni loca. Le ha quedado clara la desprotección que sufrió por salir de su zona segura. Ve tranquila y disfruta, que ya va siendo hora.

—Tienes razón y estoy deseando sentir que ella no tiene miedo, pero, a la vez, no quiero que crea que no existen los peligros.

Sonia sabía que también Diana iba a necesitar terapia para olvidar todo aquello. Continuó hablando:

—Creo conoceros a todos, pero principalmente a Victoria. Ana estará dispuesta a darle todos los caprichos, pero sé cuáles son. Seguro que cenan en ese italiano que dice Victoria que le gusta tanto y después se irán a ver películas a la habitación. Pero no te preocupes, si eso te tranquiliza, yo voy al hotel a verlas, o me hago la contradice con ellas y te voy contando lo que hacemos. Me imagino cuál es tu otra preocupación, pero creo que no existe motivo, unas palabras sueltas escuchadas por Victoria e interpretadas por una madre asustada no es ninguna realidad peligrosa.

Diana colgó el teléfono convencida de que se estaba pasando de precauciones; tenía razón Sonia al decir que su hija no saldría de sus dominios ni loca. Pero ¿y si realmente Gerardo estaba relacionándose con mafiosos?

Michel aún no había conseguido aclarar nada. Pero tenía razón Sonia, fue Victoria la que salió de su bungalow y se escondió en una barca. No se la llevó a la isla de Seni ningún mafioso. Fue Zaki Bin el que la descubrió al llegar a esa isla.

«Debo perder el miedo. Ana sabrá cuidarla muy bien, de eso sí que estoy segura. Y si Sonia está con ellas, me quedo más tranquila», pensó, como un nuevo propósito. Terminó de arreglarse mientras recuperaba la ilusión por encontrarse con Michel. Por primera vez estarían realmente solos.

Al salir del ascensor vio a Michel paseando por el vestíbulo, con la mirada puesta en aquel ascensor que solía utilizar. Él advirtió la sonrisa de Diana, hoyuelos incluidos. Nadie más salió de allí. Besó en ambas mejillas a Diana y preguntó por el resto de las féminas.

—Pues, verás, Ana estaba cansada y me ha pedido que deje a Victoria con ella en el hotel, para que le haga compañía. Así que, si no temes aburrirte conmigo, ya nos podemos ir.

Michel no quiso hacerse ilusiones, pero le sonaba a música celestial poder disfrutar de una noche solo con Diana.

Que ella no se hubiese excusado al tener que salir sola a cenar era una buenísima señal. Además, algo querría decir aquella sonrisa profunda que tanto le gustaba, tenía destellos de complicidad.

La tomó del brazo oprimiéndoselo y ella se pegó a su costado, feliz. Caminaron despacio hasta el coche conscientes de su contacto.

La noche era espléndida, y el ambiente, húmedo y perfumado. La luna, teñida de desvaídos rojos y amarillos, les prestaba unos reflejos que los hacía parecer irreales. Y así se sentían ambos, como en un mundo irreal. Una corriente de millones de voltios transitaba por sus venas impulsándolos con la ilusión de dos adolescentes que acaban de encontrar el amor.

Fue una velada deliciosa en la que no dejaron de prodigarse arrumacos, caricias y besos furtivos durante la cena, una complicidad que se repitió en el salón de baile.

Sus cuerpos, muy pegados, se movían a ritmo de *slow*. Michel inhalaba el sutil perfume que emanaba su pareja y que le recordaba al sándalo y el jazmín. Besaba su cuello aspirándolo con ansia. Diana apretaba su mejilla contra la rasurada barbilla de Michel, sintiendo el cálido contacto que desprendía su cuerpo, mezclado con aquella fragancia tan propia que siempre le acompañaba, una mezcla imposible de ámbar, cuero, canela, vainilla... ¿piña? Parecía contener todas las fragancias con las que componía sus deliciosos cocteles, unidas a las suyas naturales.

Bailaron durante mucho tiempo todo un variado repertorio. La orquesta fue cambiando de ritmo sin que ellos lo apreciaran.

De vez en cuando, Diana miraba su teléfono, que no mostraba otro aviso que los wasaps de Sonia: «Todo va bien».

Cuando decidieron volver al hotel, Diana escuchó el sonido inconfundible de su teléfono. Ana le acababa de enviar un wasap que confirmaba la falta de novedades: «Estamos en mi habitación, Victoria ya se ha dormido. ¡Que pases buena noche!», un emoticón con un guiño y otro con un beso.

Ella envió dos, uno a su amiga, con otro emoticón de amplia sonrisa y un «¡Gracias!», y otro a Sonia: «Ya duerme. Todo bien. Gracias».

Michel no tropezó con ninguna excusa para acompañar a Diana hasta la puerta de su habitación. Ella lo miró al entrar. En su rostro adivinó ansiedad y deseo. Era lo mismo que a ella la estaba invadiendo. Las cejas poco oblicuas de Michel se curvaron como en una interrogación muda a la espera de que le confirmen una invitación.

—¿Quieres pasar? —pregunto ella.

—¿Puedo? —preguntó él.

Como respuesta, Diana tomó su antebrazo para atraerlo al interior, antes de cerrar la puerta.

Michel la miraba intensamente temiendo confundir las señales, pero ella sonreía remarcando esos hoyuelos que lo volvían loco. Quiso asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Eres consciente de lo que puede ocurrir? —Diana respondió besando su boca con

ternura. A él le pareció que su sueño se hacía realidad.

Dejó que Diana fuera desabrochando uno a uno los botones de su camisa, mientras él exploraba moldeando el contorno de aquel cuerpo tan deseado; sintió fluir su sangre y deseó acelerar el encuentro. Soltó apresurado sus pantalones, que cayeron libres al suelo; pronto el vestido de ella se desprendió de sus hombros, yendo a caer sobre ellos.

Michel acariciaba y besaba el rostro de Diana con ternura mientras buscaba cobijo en lo más profundo de su ser; se sintió acogido con pasión. Y ya no hubo tregua ni límite para ninguno de los dos. Toda la contención de la que habían hecho gala se desbordó al instante.

Durante toda la noche sus cuerpos desnudos se encontraron anhelantes y apasionados una y otra vez, con cortas treguas de letargo sosegado, durante las que soñaban volver a encontrarse en profunda comunión.

Diana

Desperté al sentir los besos de Michel recorriendo mi hombro. Sonreí, me sentía feliz, primero fueron nuestros ojos y después nuestras bocas las que se encontraron en un largo beso matutino

El sonido de la llegada de un mensaje en mi móvil me hizo interrumpir tan agradable ejercicio. En ese instante volví a pensar con temor en Victoria. Lo atendí rápidamente, con miedo a que le hubiera podido pasar cualquier cosa desagradable.

Ana me decía que iba con Victoria a desayunar en la terraza del hotel, que todo estaba bien y no había prisa hasta la hora de comer, pero que esperaba que pudiéramos hacerlo juntas. Le mostré el mensaje a Michel, que pareció sonreír dichoso. Seguro que había advertido mi retorno a los miedos. Ahora con su mirada quería transmitirme confianza.

Me entró prisa por recuperar a Victoria. Le propuse arreglarnos con rapidez para ir al comedor o a la terraza del hotel con ellas y envié otro wasap, pidiendo que nos esperasen un poco, que acabábamos de despertarnos: «Bajaremos a desayunar con vosotras».

—¿Nos duchamos y bajamos? —sugerí yo.

—Ganamos tiempo haciéndolo a la vez —contestó él.

Mi respuesta fue entrar en la ducha.

El agua cayendo sobre nuestros cuerpos se prolongó un poco más de lo que yo tenía previsto. Al terminar cogimos las enormes toallas para envolvernos en ellas. El espejo, a pesar de un ligero vaho de vapor, mostraba nuestros rostros satisfechos.

De esta guisa, envuelto en la toalla, Michel se arrodilló ante mí, que llevaba puesto idéntico envoltorio. Y tomó mi mano para decirme.

—Diana, ¡cásate conmigo! No quiero separarme de ti.

—Sí, sí quiero casarme contigo —contesté sin pensarlo ni un solo instante—, ahora mismo es lo que más deseo. Saber que estarás siempre conmigo.

—Seguro que sabes que me hace feliz tu respuesta —afirmó con la emoción reflejada en aquellos increíbles ojos azules.

—Pero no podemos precipitarnos —reflexioné en un instante—. Lo hablaremos, no lo tenemos nada fácil. Primero se lo diremos a Victoria, es a ella a la que debes dirigirte en ausencia de mis padres —añadí entre risas. Él también rio feliz al escucharme. Seguro que los dos imaginamos la gran alegría que supondría para Victoria saber que Michel iba a estar siempre a nuestro lado.

Michel, después de mirar mi rostro con cara de felicidad y escuchar mi risa, que confesó sonarle a música celestial, se incorporó para acallarla con un beso profundo, interminable.

—Se lo diremos ahora. Les diremos a todos que nos hemos prometido —dijo a la vez que me permitía volver a respirar—. Antes de que se vayan tus amigos podemos casarnos para que acudan a nuestra boda civil. Después, si es eso lo que desees, celebraremos una boda más formal, por el rito católico. Invitaremos a tus padres y a los amigos con los que desees compartir nuestra felicidad. Tus padres pueden venir a este hotel unos días antes de la boda para ayudarte en los preparativos. A tus amigos los alojaremos en uno de nuestros hoteles...

—¡Calma! ¡Calma! ¿Te has vuelto loco? ¡Respira! Lo hablaremos con tranquilidad. Yo tampoco quiero separarme de ti, pero tengo deberes ineludibles que tendré que solucionar —protesté bajito entre risas, dejando percibir lo mucho que me satisfacía su entusiasmo.

—Si me quieres, todo lo demás tiene solución —susurró Michel convencido, poniendo sobre los míos esos ojos azules que conseguían trastornar mi voluntad.

—Te quiero y me emociona poder compartir el resto de mi vida contigo —respondí convencida.

De nuevo íbamos a enredarnos en abrazos, besos y caricias, pero pronuncié el nombre de Victoria y dejamos esas manifestaciones para otro momento más apropiado. Aun así, sentí que me estaba demorando demasiado.

Dejé los brazos de Michel y empecé a sacar del armario la ropa que iba a ponerme esa mañana. Michel tuvo que recurrir a la ropa que había llevado la noche anterior.

Dijo que en el coche llevaba camisas que había recogido de la lavandería. Pensó que podría cambiarse en los servicios de la planta baja, cuando fuéramos a desayunar. Para no tener que perder el tiempo por los pasillos y el ascensor.

Ana no necesitó preguntarme cómo había ido todo. Mi cara de felicidad debía de hablar con bastante elocuencia. Victoria al verme corrió a mi encuentro como si llevara siglos sin estar conmigo.

Observó sorprendida que detrás de mí no venía Michel y quiso saber por qué no iba a desayunar con nosotras.

—Ana me ha dicho que estabas con Michel y que ibais a venir los dos a buscarme. ¿Por qué no ha venido él también? —Volví a pensar en la alegría que se iba a llevar en cuanto llegara Michel. Yo estaba impaciente por contárselo, pero prefería que fuera él quien diera la noticia.

—Sí, así es, ahora viene Michel, tenía algo que hacer, pero no va a tardar —la tranquilicé. Miré a mi amiga y traté de disculparme.

—Perdona, Ana, nos hemos demorado demasiado. No era mi intención —me justifiqué. El tiempo vuela cuando estás dichosa.

—No tiene importancia, Diana, te veo feliz y eso me alegra. Me imagino que todo ha ido muy bien, pero tendrás que contarme detenidamente cómo transcurrió la velada. Nosotras ya hemos desayunado. Victoria, ¿quieres esperar a que venga Michel o te vienes conmigo y ya nos veremos a la hora de comer?

—Ana, yo quiero quedarme con mamá y con Michel. ¿Por qué no te quedas tú también? —Ana se encogió de hombros, su rostro con las cejas arqueadas y una sonrisa escéptica era la ambigua respuesta a la pregunta de Victoria.

—¿Tienes un plan mejor, Ana? —pregunté dejando que una sonrisa le adelantara lo que consideraba una fantástica noticia—. Queremos contaros algo.

—¡Ah, en ese caso, no me muevo! Seguro que son buenas noticias —cambió la expresión

de su rostro, estaba necesitada de noticias agradables y para ella la mía sería una buena noticia.

—No lo dudes —interrumpió Michel, que llegaba con su limpia camisa y recién perfumado. Desprendía ese olor a cítricos y canela que yo ya conocía tan bien.

Nos sentamos a desayunar y casi al instante nos sirvieron unos completos y abundantes desayunos en los que, además del jugo fresco exprimido, pastel de calabaza, tostadas a su estilo y demás bollería, con su mantequilla y mermelada, la fruta queso y yogures, no faltaba el kopi C.

Nosotros teníamos hambre y atacamos con ganas aquellos apetitosos alimentos. Ana nos miraba con cara de impaciencia. Estaba claro que se moría de ganas por preguntar qué era lo que les queríamos contar. Al fin no se contuvo.

—Diana me ha dicho que no me vaya, que queréis decirnos algo. ¿Qué es eso tan importante que nos queréis contar?

—Pues sí. Ese es nuestro propósito. Verás, yo le haré una pregunta a Victoria y tú serás testigo de su respuesta. —Michel empleó un tono serio pero muy muy teatral para dirigirse a mi hija—: Victoria, estoy enamorado de tu madre. Quiero casarme con ella. Se lo he pedido y me ha dicho que te lo debo pedir a ti. Pregunto: ¿aceptarás que me case con tu madre?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! Por mí, encantada. Michel, ¿me lo estás pidiendo en serio o estás haciendo el payaso?

—Muy en serio. Se lo he pedido a tu madre y me ha dicho que, en ausencia de sus padres, eres tú la que tienes que aceptarme.

—¿De verdad, mamá? —a Victoria parecía divertirle mucho la situación.

—Sí, Victoria —dije riendo muy a gusto por la puesta en escena de Michel y la capacidad de Victoria para contestar en el mismo tono siguiéndole la corriente. Parecía como si estuvieran actuando en un escenario después de haber ensayado—. ¿Qué opinas sobre la proposición de Michel?

—¿Y será mi papá?

Nos sorprendió su pregunta. Fue Michel el que contestó.

—Victoria, tu papá murió hace seis años. Yo no ocuparé su lugar. Pero si tú quieres yo estaré encantado de tenerte como si fueras mi hija, haré de papá. Pero solo si tú quieres.

—Sí, Michel. Yo casi no recuerdo cómo era mi papá. Sé que era muy bueno y nos quería mucho. Pero yo creo que, como tú también nos quieres mucho, puedes ser mi nuevo papá.

—Entonces, ¿te parece bien que me case con tu madre? —Victoria me miró con atención. Traté de que mi sonrisa no fuera demasiado estridente, solo una medio sonrisa, no deseaba influir en la contestación de mi hija. Tampoco pensé que lo necesitara. Ella se levantó de su silla y se colocó de pie a mi costado.

—Mamá, ¿tenemos que vivir aquí? —En esta ocasión hizo la pregunta arrugando la frente, su tono era serio y auténtico, y un rictus de preocupación aparecía en torno a su boca. Entonces rodeó con sus brazos mi cuello mientras observaba mi cara.

—¿No te gusta Singapur? —le pregunté comenzando a alarmarme.

—Sí, mamá, me gusta mucho, pero no para vivir siempre. Quiero estar con mis amigas y mis profesores y sobre todo con los abuelos —miró a Michel—. También quiero estar contigo, pero me daría mucha pena dejar Madrid y todo lo que he dicho.

—No te preocupes, Victoria. —Michel trató de recomponerse de la sorpresa que le ocasionaba el cambio de actitud de mi hija. Precisamente la que parecía su mejor defensora—. Para todo hay una solución. Lo hablaremos, tú lo pensarás tranquilamente y cuando quieras lo volvemos a hablar. De momento me basta con saber que no me rechazas y que tu madre me

quiere como yo la quiero a ella. No hablemos más de este tema. Disfrutaremos de los días que os quedan en Singapur.

Sé que Michel no quería dejar traslucir la triste decepción que le producían las palabras de Victoria. Seguro que no había imaginado que sería ella precisamente la que le pondría obstáculos a su amor. Yo tampoco lo esperaba. ¡Qué decepción!

Yo quería pensar que era solo una niña y que necesitaba hacerse a la idea de vivir en otro lugar de idioma y costumbres distintas a las suyas—. Tomé la mano de Michel y la presioné tratando de transmitirle todo mi cariño. Después le besé en la boca levemente. Fue un beso ligero, pero esperaba que fuera muy reconfortante para Michel. Que comprendiera que no estaba todo perdido.

Estaba claro que la respuesta de Victoria lo había entristecido. Michel preguntó por Gerardo —supongo que deseaba cambiar de conversación, pero su pregunta hizo desaparecer la sonrisa de Ana. Un gesto preocupado la sustituyó.

—No ha vuelto todavía. Eso yo ya lo sabía, me dijo que vendría a comer. No es la primera vez que se ve obligado a dormir fuera de casa, pero en esta ocasión hay algo que no va bien, él está inquieto y a mí me disgusta ver que no puedo hacer nada porque no comparto conmigo el motivo de su inquietud.

—¿Quieres que hable con él? Tal vez a ti no quiera preocuparte y conmigo se desahogue, quizás pueda ayudarle.

—Puedes intentarlo. Te lo agradezco. Pero, bueno, ahora no es el momento de lamentarme y hasta puede que solo sea yo la que está sacando un poco las cosas de quicio.

Al terminar el desayuno Michel nos sorprendió diciendo:

—Debo ir al restaurante de isla Sentosa. Será mejor que hoy comais solas, así podréis hablar más tranquilas. Nos veremos en la cena.

—¿Estás enfadado, Michel? ¿Te vas por mi culpa? —quiso saber Victoria, mostrando un gesto de tristeza.

—¿Qué dices? ¿Cómo me voy a enfadar contigo? No te preocupes, te entiendo y quiero que aprovechemos el tiempo que os quede de estar aquí para disfrutarlo al máximo, pero tengo obligaciones que cumplir. Sonrió haciendo un esfuerzo.

—Entonces, ¿vendrás a cenar con nosotras?

—¡Pues claro que vendré!

—Te acompaño hasta la entrada —le dije poniéndome en pie al mismo tiempo que lo hacía Michel—. Ahora vuelvo —me dirigí a ellas, para enseguida intentar conocer qué pensaba Michel—. ¿Te ha dolido? —le pregunté mientras lo acompañaba en tan corto trayecto.

—Sí. Un poco. Ahora no quiero agobiar a Victoria con mi presencia. Será lo mejor que asimile la situación. Pero no te preocupes, la entiendo —y volvió a mirarme con esa profundidad de abismo, tratando de añadir una sonrisa que disimulara su decepción.

Al volver junto a ellas, se levantaron para comunicarme a qué acuerdo habían llegado. Pero no, no se trataba de un acuerdo sobre mi unión con Michel.

—Hemos decidido pasear por alguno de los parques próximos al hotel. El día está un poco nublado, creo que estaremos muy bien en ese, que es el más cercano, estamos temiendo que la lluvia nos estropee el paseo. En el parque hay atracciones que la niña desea probar —dijo Ana para que comprendiera la elección.

Estuve de acuerdo, me pareció que eso nos daría ocasión de explayarnos hablando de lo ocurrido.

—Estoy convencida de que la niña cambiará de criterio —me animaba Ana. Pero yo estaba segura de que eso no ocurriría. Al menos, no durante este viaje.

—Ya ves cómo ha reaccionado, parecía que no se quería separar de Michel y, sin embargo, es más fuerte el tirón de Madrid, con todo lo que eso implica.

—Tal vez a tus padres no les importe venir a vivir a esta ciudad.

—No puedo proponérselo, tienen, como todo el mundo a sus años, raíces muy profundas. Seguro que mis padres me animan a que sea feliz en cualquier sitio que yo elija libremente, pero a ellos no se les puede imponer un nuevo destino.

El día pasó sin que cayese una gota. Comimos en el mismo parque de atracciones y volvimos a descansar al hotel para estar más frescas para la cena. Ana decía que confiaba en que para entonces ya habría vuelto Gerardo.

Ni Victoria ni yo volvimos a hablar de la propuesta de Michel. De sobra sabía yo que si Victoria no mencionaba el tema era por lo mucho que le preocupaba, de otro modo estaría agobiándome con preguntas, para que le explicase cómo y cuándo iba a ser la boda, qué se pondría, dónde íbamos a vivir...

Nos fuimos a la siesta, cada una a su habitación.

No habían transcurrido diez minutos cuando Victoria se presentó en la mía. Se metió en mi cama y se aovilló entre mis brazos. Sin decir ni una palabra.

Quedé muy preocupada, no sabía cómo ni cuándo cambiaría de criterio Victoria. Lo único que cabía esperar era que, al abandonar Singapur, el recuerdo de Michel le hiciera querer volver. Yo no estaba nada segura del paso que debía dar. Lo que sí tenía claro era que deseaba seguir con Michel durante una eternidad.

Pero si ponía los pies en el suelo, no tenía más remedio que volver a retomar lo que siempre había opinado.

Las dificultades eran grandes. Que Victoria se hubiera cerrado a la posibilidad de permanecer en aquella ciudad no era la única. Aunque sí era determinante.

Yo podría cerrar los ojos y quedarme con Michel, podría hablarlo con Ana, que sin duda facilitaría mi trabajo a distancia. No era lo mismo que estar a su lado acompañándola para conseguir datos o conocer lugares que más tarde aparecerían en sus novelas, organizar sus entrevistas etc., aunque se podría hacer. Pero estaban también mis padres, mis raíces.

Mis padres se mantenían en perfecto estado de salud, salvo ligeros achaques de la edad que no les impedían llevar una vida normal. Pero ¿cuánto duraría aquella situación? No tenían más hijos. Sentiría que los abandonaba.

«Michel tendrá que esperar a que Victoria sea mayor. Pero ¿puedo pedirle ese sacrificio? Lo hablaré con él. Ha sido todo tan precipitado...

»Tendríamos que haber pasado más tiempo juntos para conocernos mejor, aunque él por su parte lo tiene muy claro.

»En cuanto a mí, Michel me ha acompañado en la situación más angustiosa de mi vida y su actitud no ha sido solo irreprochable. Se ha consagrado a nosotras. Ha dejado todos sus asuntos para dedicarse a los nuestros. No tengo ninguna duda acerca de su integridad».

Aparqué mis pensamientos y, sin hacer ruido, me levanté de la cama para ir a la habitación vacía de mi hija, allí marqué un número. La voz que sonó al otro lado me reconfortó:

—Hola, Diana, estaba pensando en ti, pero te creía en la siesta y no quería despertarte. ¿Te encuentras bien?

—Por eso te llamo, para saber cómo te encuentras tú. Seguro que no esperabas esa

reacción de Victoria.

—Sinceramente, no. Siempre he creído que ella sería mi mejor defensora. Y tú, ¿esperabas esa reacción? ¿Qué has pensado?

—Siempre he sabido que sería difícil, pero yo tampoco esperaba esta actitud. Tal vez esté influyendo todo lo que le ha ocurrido en Bali y cuando se le pase lo vea de otra manera, pero ya sabes que tengo más inconvenientes.

—Diana, creo que ahora debemos dejarlo estar. Cuando llegue el momento, veremos cómo podemos seguir con nuestro amor en la distancia. Videoconferencias, viajes, unas veces tú y otras muchas yo, en fin, no te preocupes ahora. Todo tiene arreglo. Yo no voy a renunciar a nuestro amor por muchas dificultades que surjan. Tengo claro que eres la mujer de mi vida, colmas todos mis deseos y no pienso dejarte escapar por nada del mundo.

—Está bien, Michel —sonreí al escucharlo tan seguro a pesar de todo, aunque sentía un atisbo de amargura. Seguro que Michel no pudo apreciar ninguna de las dos cosas—. Trataré de obviar los problemas para no perderme ni un instante de felicidad a tu lado. ¿Nos vemos a las ocho, no?

—Ahí estaré, Diana. Un beso.

—Otro para ti.

Volví a la cama, junto a mi hija, que seguía dormida. Me animó comprobar que su sueño era tranquilo, no debía de haberle ocasionado gran preocupación la folclórica petición de Michel.

Singapur, 27 de marzo

La cena a la que acudió Gerardo para llegar a un acuerdo con sus socios resultó ser una trampa preparada por una parte de ellos, los más reacios a dejarle salir de aquella sociedad.

Estaban reunidos en la última planta de un gran edificio dedicado íntegramente a la restauración: el restaurante Lâohû.

El salón lucía pomposo, profusamente iluminado y con una gran mesa redonda preparada para once personas. Solo faltaba que los comensales eligieran el menú que pensaban degustar.

Un grupo de diez hombres de aspecto distinguido y trajeados con austera elegancia esperaban tomando una copa a que apareciese el undécimo.

En aquella cena iban a dejarle claro a Gerardo la clase de enemigos que se había buscado y las discrepancias creadas entre todos ellos a causa de su petición.

El primer indicio que apreció Gerardo fue que solo a él se dirigían por su nombre, algo que tenían prohibido. Condición *sine qua non* de la sociedad era no mencionar ningún nombre, solo el país al que pertenecían.

Los socios se hallaban divididos en tres grupos y cada uno con distintas opciones: los más duros eran los cuatro que representaban a Shanghái e Indonesia. En realidad, Shanghái eran tres y uno Indonesia, precisamente el que aún no había llegado. Pero funcionaban como un solo grupo, con un solo portavoz, y ese sí se encontraba presente.

Los menos duros, los dos que representaban a Italia, y en medio se hallaban los tres procedentes de India. De cada uno de este grupo, solo uno tomaba la palabra en nombre de todos, así se había decidido para evitar discrepancias entre los que formaban una unidad.

El entorno era tenso, lo sintió desde que llegó al restaurante Lâohû. Se mascaba en el ambiente la falta de un elemento común que uniese al grupo, si exceptuamos el afán de mayores beneficios. Pero ni en eso coincidían con Gerardo, ya que, llegado ese momento, este socio solo

deseaba dejar de serlo, y para ello había decidido renunciar a los beneficios.

Tomaban una copa de pie mientras esperaban al que faltaba y decidían qué iban a comer y quién elegiría alguno de los ingredientes o materias primas que después les iban a servir. No podían faltar la langosta y la serpiente. Ambos habían de ser elegidos por alguno de los comensales.

Un camarero comunicó a Shanghái que Indonesia no podría asistir:

—Ha dicho que ha intentado hablar con usted, pero que su teléfono estaba comunicando, que confía en que sus decisiones sean acertadas, ya que también a él lo representa.

—Muchas gracias. Pues, señores, ya podemos empezar por la elección de las serpientes.

¿Quién iría a elegir las? Las miradas apuntaron a Gerardo.

Antes de que nadie se lo pidiese, Gerardo manifestó que no deseaba comer nada especial, que había acudido directamente al comedor del restaurante, dispuesto a comer cualquier cosa elegida por los demás.

En otras ocasiones habría pasado antes por la primera planta, «para hacer jugos gástricos», era lo que él solía comentar, y hubiera mirado con interés los distintos alimentos buscando el que en esos momentos le parecía más apetitoso, pero esta ocasión era distinta.

Su propósito al acudir allí no era el de comer algo apetecible. Ahora, su único propósito era solucionar cuanto antes y de la mejor forma posible su salida de esta sociedad en la que no cesaba de lamentar haber entrado.

Pero los socios chinos ya no se limitaron a mirarlo, le ofrecieron directamente elegir la serpiente que pensaban comer.

Esto lo obligaba a descender en el ascensor hasta la primera planta y revisar las distintas jaulas preparadas con una de las paredes de malla metálica, con el fin de poderlas observar y elegir la más sabrosa o apetitosa, algo que a él siempre le había dado aprensión, incluso repugnancia. Aunque luego su carne no le ocasionaba ningún rechazo.

Pero era algo que los asiáticos y muy especialmente los chinos consideraban un gran honor.

Aun sabiéndolo, Gerardo declinó ese honor de elegir el reptil y sintió que en la oferta ya latían los deseos de ofenderle.

Las primeras palabras que le dirigió el socio que representaba al grupo de Shanghái le dieron una idea de cómo se iba a desarrollar aquella reunión. Aunque no perdió la esperanza de que alguien estuviera a su favor y al menos se equilibraran las fuerzas.

—Gerardo —le hablaba Shanghái—, en esta ocasión debes ser tú el que elijas la que más te gusta y, ya de paso, también nos podrías indicar cuál te produce mayor rechazo, o repulsión. Este puede ser un dato interesante a tener en cuenta, si esta cena no se desarrolla satisfactoriamente.

Gerardo no quiso darse por enterado de la amenaza que entrañaba aquel «honor». Hubo sonrisas, incluso suaves risas, por la oferta.

—Os lo agradezco en todo lo que vale —respondió con una forzada sonrisa no exenta de sarcasmo—. Sé lo que representa para vosotros esta elección, pero en mi cultura cuesta mirar a esos reptiles con deseos antropófagos, más bien los miramos con temor a que nos puedan inocular su veneno.

—Para nosotros, los hinduistas, la blanca Ananta Shesha es una serpiente masculina divina, reina de todas las demás serpientes y uno de los seres primigenios de la creación —dijo riendo el que representaba a India—. Merecen todo nuestro respeto.

—Sí, en la nuestra también, la serpiente (no sabemos cuál) es, junto con Adán y Eva, el ser primigenio de la creación; pero también es la causante de que nos expulsaran del paraíso y nos castigaran diciendo que a partir de ese momento deberíamos ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente. Y en ese momento se instituyó el trabajo esforzado —Gerardo trataba de hablar en tono jocoso, a pesar de que, al oír su contestación, la mayoría de los rostros se habían ido alargando como si el Greco acabara de pasar por allí y les hubiera dado una pincelada para imprimir en ellos su estilo pictórico.

—Estoy de acuerdo con Gerardo. Tampoco los italianos les tenemos demasiada simpatía. —Gerardo dio un respiro, tal vez Italia se pusiera de su lado—. Pero eso no nos impide elegirla —continuó—, sobre todo si nos lo piden para honrarnos.

¿Estaba de su lado?, Gerardo ya no lo tenía tan claro.

A lo largo de la cena soltaron nuevas frases de doble sentido, o bromas con doble intención y todas contra Gerardo. Fernando, en principio, no participó en las bromas, que trató de interpretar de la forma más literal posible. Los italianos rieron algunos comentarios, que no eran demasiado agresivos, pero, en general, se mantuvieron al margen. Los ataques fueron creciendo en intensidad. Fernando acabó defendiendo abiertamente la postura de su amigo.

A excepción de Fernando, que solo se representaba a sí mismo, todos parecían estar en su contra, con más o menos saña. El que representaba al grupo italiano a veces parecía neutral, pero no estaba muy claro. Al menos Gerardo no estaba muy seguro de que fuese así.

A medida que avanzaba la noche todo se iba recrudeciendo. Gerardo decidió afrontar la realidad, para saber con mayor seguridad con qué y con quién podía contar.

A los postres se levantó para dirigirse a todos.

—Todos vosotros sabéis lo que le ha ocurrido a mi familia. Sé, sin duda alguna, que ninguno de vosotros tiene la culpa. Yo fui un imprudente al quedar con Fernando cerca de donde dormía Victoria, y Fernando terminó de estropearlo asustándola. Como consecuencia, la policía ha estado pendiente de nuestro problema, lo que ha perjudicado el negocio que estaba ya en su fase final y a punto de ser concluido.

Los rostros del resto de comensales se repartían entre los que mostraban su acuerdo con lo dicho hasta ese momento por Gerardo y los que se iban enfureciendo al escucharlo.

—Es decir, mi presencia en este grupo os ha ocasionado un retraso y ahora puede que siga ocasionando más problemas. Por eso, considero que os hago un favor si dejo de ser vuestro socio. Pero como también eso os puede causar un perjuicio, solo os pido que cuantifiquéis su importe y lo deduzcáis de lo que yo ya os he entregado. Estoy dispuesto a perder la mitad de mi participación en lugar de conseguir un importante beneficio.

—No hay nada con lo que nos puedas compensar de las pérdidas que ha supuesto no poder operar con la mercancía. Pérdidas por no cumplir con nuestros compromisos de entrega en la fecha acordada; inseguridad para volver a la normalidad; miedo de clientes que consideran que estamos vigilados y los pueden descubrir como colaboradores... Y así podría seguir enumerando perjuicios causados que deberías resarcir a esta sociedad —manifestaba Shanghai.

—Pero todo eso se puede cuantificar como os he pedido. Lo volveréis a retomar todo y yo no participaré en los beneficios, por lo que vuestra parte valdrá más.

Cada representante de su grupo dio de nuevo su opinión sobre el asunto, aunque tampoco lograron ponerse de acuerdo durante los postres.

—Una vez aportada la cantidad millonaria que equivale a la mitad de lo que nos hemos comprometido a aportar, considero que Gerardo podría abandonar el negocio, siendo esa

cantidad completa su penalización por el incumplimiento del contrato —así se expresó el que representaba a la facción italiana.

—Estoy de acuerdo con Italia, pero añadiendo la obligación de pagar el resto y permanecer dentro del negocio, hasta ese momento en el que se halle completamente perfeccionado. Esto con independencia de que participe o no en los beneficios —opinaba la facción india.

—Dices muy bien, India, de nuestros acuerdos o compromisos nunca nadie se ha retirado y no estamos dispuestos a sentar este precedente. Esto nos haría perder credibilidad y fuerza. Pero, además, ya no nos fiamos de ti, Gerardo, tampoco sé si nos podemos fiar de Fernando, al fin y al cabo, él te introdujo en nuestra sociedad. Somos personas duras con leyes duras, por eso nuestras palabras son órdenes que se cumplen y no permitimos que nada ni nadie cambie nuestras firmes normas.

—No estoy de acuerdo —interrumpió Italia, aunque Shanghái lo ignoró continuando con su perorata.

—Tú, Gerardo, has sido el detonante que has llegado a enfrentarnos a todos. Y debemos hacerte desaparecer, porque mientras tengas vida no podremos permanecer tranquilos, estaremos esperando a la policía durante demasiado tiempo —continuaba Shanghái en nombre de China e Indonesia.

Así que la cena, además de prolongarse hasta la madrugada sin llegar a ningún acuerdo, se fue volviendo a cada momento más peligrosa.

Los italianos insistían en que ellos nunca se habían retirado cuando necesitaban liquidar a un traidor, pero que no consideraban que este asunto fuese una traición.

—Yo lo tildaría de falta de bravura, intrepidez, agallas, o de exceso de cobardía y miedo. Gerardo nunca puede ser un buen socio para nosotros. Demasiado sensible, o se asusta con gran facilidad. Da igual, el caso es que no nos interesa como socio. Pero eso no es motivo suficiente para eliminar a Gerardo. Eso sí, que dé por perdido el dinero que ya ha aportado y que tenga en cuenta la amenaza de que, si habla, yo mismo le descerrajaré un tiro en la sien, sin dudarlo ni un segundo.

—No, no —se apresuró en hablar India—. No es necesario matarlo ahora. Eso podría ponernos en mayor riesgo. Lo importante es que aporte el dinero que falta y que en este negocio continúe con nosotros hasta que salga la última pieza de marfil de nuestros depósitos —los otros dos que formaban el grupo dieron unas palmadas silenciosas para indicar su aprobación—. Después de eso, que haga lo que quiera, recibir la parte que le corresponde o regalarla a la sociedad. Pero debe permanecer a nuestro lado hasta el fin. Continuaba opinando el que representaba a India.

—¿Quién nos asegura que la policía no está al corriente de la sociedad que hemos formado, que no ha hablado ya con ellos y están esperando a que hagamos un movimiento en falso? ¿Y eso va a quedar sin respuesta de nuestra parte? —preguntó Shanghái.

—Por eso debe continuar comprometido con nosotros hasta el final. Pero nada más —se reafirmó India.

Pero los chinos, que hablaban también en representación de Indonesia, no cedían:

—Nosotros no creemos que deba salir de aquí vivo. En realidad, ese era nuestro propósito cuando propusimos esta cena. No dejar salir vivo de aquí a Gerardo.

—Pues nosotros damos por terminada esta cena reunión en la que no hemos avanzado nada. —Y diciendo esto, los italianos se levantaron para irse—. Nosotros ya hemos dejado clara

nuestra postura —al igual que Pilatos se lavaba las manos—. Volveremos mañana, tal vez hayáis cambiado de criterio.

Cuando salieron, fue Fernando el que se envalentonó con los que quedaban.

—¿Estáis locos? ¿Por qué lo tenéis que matar? Dejad que se vaya con las manos vacías, ya le habéis amenazado con matarlo si os delata. Me parece una amenaza suficiente y él sabe que la cumpliréis. —Fernando no encontraba más argumentos para convencer a esos socios sanguinarios que solo habían empezado a mostrar sus garras, pero estaba convencido de que a él tampoco lo dejarían vivir, si al final decidían que Gerardo de la única forma que no les estorbaba era escondiéndolo bajo tierra. Posiblemente, esa decisión sería la que discutirían después: el cómo y el cuándo lo liquidaban.

Llegó un momento en que todos los que quedaban se pusieron de acuerdo, pero solo en disolver la reunión y en que Fernando y Gerardo corriesen la misma suerte. Aunque esto último lo habló Shanghái con India, de forma que ni Fernando ni Gerardo pudieran escucharlo:

—Los dejaremos atados y amordazados durante la noche y volveremos mañana a la hora de la comida con una idea más clara de cómo nos vamos a librar de este peligro en el que se han convertido los dos amigos.

27 de marzo

Los habían dejado fuertemente atados con cuerdas, cada uno en una silla, sujetos por los brazos y las piernas, y tapándoles la boca con esparadrapo. Ellos escucharon con claridad que volverían al día siguiente, para comer y finalizar con el asunto que habían comenzado y sobre el que no se ponían de acuerdo.

Pero al día siguiente nadie volvió a la hora de la comida, ni de la cena.

28 de marzo

Ese era el día de descanso semanal en aquel restaurante. Así que allí no se produjo ninguna clase de movimiento, y solo sabían que estaban vigilados. Los vigilantes apenas se dejaban ver, y cuando lo hacían no mostraban sus rostros. Los ocultaban con una especie de pasamontañas de seda negra.

Permanecieron sin comer nada en todo el día. Solo les permitieron beber agua e ir a los servicios acompañados siempre por una persona con el rostro cubierto por la oscura tela brillante y una pistola en la mano. Como consecuencia, tampoco pudieron comunicarse entre ellos.

Durante la tarde, Gerardo sentía que se ahogaba, no podía respirar, pidió con gestos y gruñidos que le retiraran la mordaza, como respuesta ante tamaño deseo, recibió un golpe en la cabeza con la culata de una pistola que le hizo perder el conocimiento, pero nadie lo atendió. Fernando temió que el golpe hubiera sido mortal.

Angustiado y asustado a partes iguales, respiró más tranquilo cuando Gerardo volvió a dar señales de vida.

El restaurante seguía vigilado.

29 de marzo

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, cuando el restaurante todavía permanecía cerrado al público, comenzaron a llegar los socios.

Shanghái se había comunicado y puesto de acuerdo con el resto de los socios, para cambiar el día y la hora de encontrarse de nuevo en el mismo sitio antes de que el restaurante se abriese al público. Habían decidido esperar un día más para reunirse. La excusa era tener tiempo para que cada uno reflexionara sobre qué convenía hacer con Gerardo. En realidad, cada uno esperaba que fueran los otros los que reflexionaran para que se unieran a él.

Solo Shanghái sabía de qué medios se había servido para convencer al dueño del restaurante de que les permitiera utilizarlo durante el día de descanso, incluso la mañana del día siguiente. Pero los demás sospechaban que no habría sido solo una buena cantidad de dinero; las amenazas seguían siendo efectivas para cualquier asunto difícil de conseguir.

Los primeros en llegar fueron los dos italianos. que seguían estando de acuerdo en dejarlos marchar sin devolverles el dinero aportado y bajo amenaza de muerte, si hablaban. Cuando al entrar en el salón donde habían quedado vieron que los habían dejado allí atados y amordazados, se indignaron. No era eso lo que habían acordado.

Los dos italianos se dispusieron a quitarles las mordazas y a soltarlos de inmediato. Gerardo miraba asustado a sus socios esperando y temiendo ver aparecer a los vigilantes, para impedir que los soltasen. Pero nadie se presentó para evitarlo.

Los vigilantes habían desaparecido como por arte de magia. Fueron llegando los demás.

Los de India, como facción más dura, no estaban dispuestos a consentir que Gerardo se fuera así. Insistieron en que antes de salir les hiciera una transferencia por el resto del dinero y firmara unos documentos donde constara su nombre y ser parte de una sociedad que traficaba con marfil, con todas sus consecuencias, para el caso de ser descubiertos o denunciados.

—Así no se irá de la lengua, a menos que desee correr la misma suerte que nosotros. Si habla, todos saldremos perdiendo.

—¿Y si llegan a un acuerdo con la policía que les permite librarse de la cárcel?

—Yo mismo cumpliré mi promesa de descerrajarle un tiro en la sien —zanjó Italia.

Nadie cambiaba de postura.

Gerardo se dispuso a rellenar unos talones por el importe que los indios le reclamaban, cualquier cosa con tal de escapar de allí. Eso calmaría al menos a India e Italia.

La última en llegar fue China. Dijo que no podían consentir que Gerardo saliera vivo de allí y, uniendo la acción a la palabra, le dio un rechazazo que lo tiró contra la mesa donde todavía quedaban los restos de la cena de dos días atrás

Casi de inmediato, advirtió Gerardo que sangraba copiosamente y con su pañuelo trató de secar y contener la sangre que caía de su cabeza. Pensó que se debía de haber hecho un corte con los cristales de la mesa.

Fernando reaccionó violentamente, de un golpe dejó tumbado en el suelo al que había pegado a Gerardo. Eso hizo que el otro chino quisiera devolverle otro puñetazo; solo le llegó a la barbilla, y ya todos se lanzaron contra ellos dos.

Con el pavimento lleno de trozos de cristal y loza, las caídas al suelo eran doblemente peligrosas. Pronto el suelo se fue tiñendo de sangre de unos y otros. Gerardo se empeñó en la lucha con todas sus fuerzas, pero aquel ejercicio le era ajeno y permaneció mucho más tiempo en el suelo que de pie. Sin embargo, Fernando acertaba con cada golpe que daba, tumbando a su adversario a la primera, pero inmediatamente se levantaban para atacar de nuevo.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —gritaron en un idioma que Gerardo no entendía, aunque la posición que adoptaron todos era bastante clara—. Un grupo bien armado irrumpió en el

comedor.

Llevaban cubierta la cara por un antifaz. Aunque no llevaban uniforme, era lógico pensar que eran policías. Iban armados con la Glock 19 Gen 5 modelo 85, propia de la policía de Singapur, aunque no hicieron uso de las armas.

—¡En pie! —grito uno de ellos en inglés—. Atónitos por la inesperada incursión, los que no estaban incorporados se pusieron en pie.

Les fueron pidiendo los pasaportes, uno a uno, mientras les apuntaban con su Glock. Después de un vistazo rápido, uno de ellos los iba guardando en un bolsillo interior de la cazadora. Preguntaron dónde se alojaban e hicieron las respectivas comprobaciones.

En poco tiempo el pulcro y primoroso salón de horas antes se había convertido en un auténtico desastre, ahora todo parecía calmado; aunque se asemejaba bastante a la calma chicha, a punto de levantarse la peligrosa niebla sobre el mar tranquilo.

REGRESA GERARDO

Singapur, 28 de marzo

—¿No ha llegado Gerardo? —preguntó Diana a su amiga al ver que salía sola de su *suite*—. ¿O es que ha llegado cansado?

—No ha venido y, aunque cabe que todavía llegue a tiempo para la cena de esta noche, lo que más me preocupa es que no he podido contactar con él.

—¿Tampoco hoy te ha llamado en todo el día?

—Sí, pero es muy extraño. Siempre me recuerda que no hay internet en todos los sitios y a veces, aun habiéndola, falta cobertura. Ya sé que, si me manda un mensaje desde donde no hay cobertura, no se produce el envío hasta que llega al lugar donde si la hay. Lo extraño es que yo he recibido dos cortos wasaps. Le he llamado de inmediato, pensando que ya podría cogerme el teléfono..., pero no me ha respondido.

—Entonces, ¿en esos wasaps no te dice nada respecto a tus llamadas? No sé, que no ha podido contestarte en ese momento o algo así.

—No, eso es lo extraño, él solo dice: «Estoy bien. No te preocupes». O «No puedo hablar contigo, pero estoy bien».

—¿No te da una dirección o una pista de dónde puede estar?

—No, pero cuando se fue hace dos días a cenar con los clientes dijo que iban a El Tigre. Sé que en esas cenas a veces se prolongan demasiado y beben más de la cuenta. Si están lejos, les conviene más quedarse a dormir que coger el coche en esas condiciones, o coger un taxi y tener que volver a por el coche. Además, como él va con uno de sus socios, también depende un poco de quien le lleva.

—¿Se te ha ocurrido llamarlo a ese restaurante?

—Lo he pensado, pero no he encontrado ningún restaurante con ese nombre.

—Qué raro. Posiblemente no recuerdes bien el nombre o lo confundas con el de otra especie de animal. Cuando vuelva seguro que te da una explicación de ambas cosas, aunque ahora no se te ocurra nada. —Diana estaba cada vez más predispuesta a hablar claro. Pero quería que esa noche durmiera tranquila. Hablarían de ello por la mañana.

—Sí. Ya sabes que estoy acostumbrada a esta forma que tiene mi marido de hacer sus negocios. Nos otorgamos total libertad porque confiamos el uno en el otro. Pero esta vez es distinto. Lo normal es que durante el tiempo que no nos vemos nos wasapeemos con frecuencia, nos mandemos mensajes de voz. No sé. A mis mensajes de voz tampoco responde. Le he dejado una nota diciéndole dónde vamos a estar, pero tengo la corazonada de que tampoco esta noche vendrá.

—No seas negativa, tal vez llegue a la cena.

—Al irse, solo dijo que no volvería a dormir al hotel. No sabía hasta qué hora se podía prolongar la cena, pero estaba seguro de que acabaría demasiado tarde, pero han transcurrido dos días esperándolo... Es que, además, ya estaba yo preocupada. Algo le pasa.

—Ana, no te martirices. Esta vez será distinto porque aquí todo es distinto, pero al final, cuando llegue, te darás cuenta de que no tenías que haberte preocupado.

Diana se sintió como una traidora con su amiga, por no contarle lo que Michel y ella

sospechaban. Por supuesto que lo que pretendía era quitarle preocupación, para que disfrutara el momento, porque si ella le contara ahora lo que sospechaban, su inquietud se dispararía. Pero, realmente, no tenían suficientes datos para creer que Gerardo andaba metido en el tráfico del marfil. No podía hacer otra cosa que tratar de tranquilizarla. Mañana ya verían.

Victoria había vuelto a la habitación para coger la chaqueta que su madre ya le había dejado preparada y ella había olvidado. Pensaban cenar junto al río y temían que refrescara un poco. Ellas la esperaban frente al ascensor. Lo llamaron y callaron al ver que salía y cerraba la puerta.

Michel ya las estaba esperando; también se extrañó de no ver a Gerardo. Era un alivio no tener que fingir en su presencia, pero preguntó por él y, al saber que no se había puesto en contacto con Ana para justificar su largo retraso, pensó que ella tenía razón al preocuparse.

Michel estaba convencido de que era en Bali donde se estaba fraguando el negocio o tráfico del marfil y por eso Gerardo había ido allí. «Dijo que eran sus vacaciones, pero la misma noche que llegó ya contactó, mientras todos dormían, con alguien con el que ahora sabemos que también se veía a escondidas en Singapur. Sin duda su socio en ese asunto ilegal».

Él había preguntado a uno de sus íntimos amigos sobre la situación en estos momentos del tráfico de Marfil por Singapur y Bali. ¿Qué se sabía de ese negocio?, ¿había alguna investigación en marcha?, ¿se conocía algún grupo o a individuos que en esos momentos se estuvieran moviendo en ese terreno?

A otro le había descrito al personaje que asustó a Victoria, queriendo saber algo de él, aparte de ser socio de su ahora amigo español Gerardo Rico. Ninguno de los dos amigos se había puesto en contacto con él todavía, pero tenía la seguridad de que lo estaban investigando.

Tal vez llegaba tarde y ya los habían descubierto *in fraganti*. En ese caso solo le quedaría la misión de apoyar a Ana en el proceso que tendría lugar. Pero también podían estar equivocados y habían lanzado una falsa alarma. En realidad, solo cabía esperar nuevos acontecimientos e informes de sus amigos.

Cenaron junto al río, como estaba previsto.

A Victoria le ilusionaba ver las piscinas de peces y mariscos y, sobre todo, elegir lo que quería cenar y cogerlo ella misma con la red. Pero se ponía nerviosa al echarlo en el cestillo, que iría directamente a la cocina, y verlos saltar. Entonces le entregaba la red al cocinero que la acompañaba. Pero enseguida, la tomaba de nuevo y volvía a repetirse todo el espectáculo.

Ana comentó que había intentado llamar al restaurante donde sabía que su marido había ido a cenar.

—Gerardo me dijo que era un restaurante muy conocido, incluso me lo describió con todo lujo de detalles, pero yo no lo he podido localizar.

—¿Recuerdas el nombre que te dio Gerardo?

—Sí, me dijo El Tigre, pero debe de ser algo parecido, no se me ocurre nada que se parezca.

—¿El Tigre...? No sé. Espera... Hay un importante y muy conocido restaurante junto al mar, se llama Lâohû...

—¡Uy, no! No me suena nada.

—Lâohû es ‘tigre’, en chino. ¿Quieres que llame yo? No creo que aunque hables con el personal te den informes de si ha estado o no allí Gerardo. Somos todos muy respetuosos con la información sobre nuestros clientes. Confidencialidad creo que lo llamáis.

—¡Pues ese debe de ser! ¿Y a ti —se extrañó Ana—, sí te van a dar información?

—No, en principio no deberían, pero conozco a su dueño y él me conoce a mí, tal vez explicándole tu preocupación me pueda indicar «confidencialmente» algo.

Michel localizó rápidamente el teléfono y llamó. Preguntó en otro idioma que no era inglés, esperó unos segundos y volvió a hablar. En la conversación la mayoría de las frases eran muy cortas, tanto que les hizo pensar que a él tampoco le dirían nada. Pero cuando colgó se dirigió a Ana para informarle de lo que habían hablado.

—Sí, Gerardo ha estado allí, formaba parte de un grupo que contrató un salón para dos días. Y el segundo era su día de descanso. Yo lo conozco, y es bastante formalista, difícilmente se sale de sus normas, así que debían de ser buenísimos clientes para que accediera a saltarse ese día de fiesta con ellos a la hora de la comida. Pero eso era todo lo que sabía. O lo que me podía decir. El día de descanso él no estuvo en el restaurante y no sabía dónde pensaban ir después. Normal. Los clientes no cuentan sus planes a los camareros.

»Le he preguntado si no quedaba nadie por allí y me ha respondido con un no, que me ha sonado a estar molesto ante tanta pregunta.

»Así que allí sí ha estado, al menos una noche cenando y al día siguiente comiendo.

—¿Cómo lo has convencido? —preguntó Diana asombrada de lo fácil que le había resultado.

—Solo le he dicho que la esposa de mi amigo estaba preocupada, pero que antes de llamar a la policía me he ofrecido a preguntar directamente al dueño del restaurante al que le dijo que iba a cenar. Es que a ninguno de nosotros nos gusta ver mezclados nuestros restaurantes con la policía. Me ha dado las gracias, incluso.

El calor no los abandonó ni a la orilla del río, pero, al terminar, Ana se quejó, estaba escalofriada y quería volver al hotel. Diana trató de ver si tenía fiebre.

—No, Diana, es que todo esto me está empezando a preocupar demasiado. Prefiero volver a la habitación, el silencio de Gerardo está siendo un poco extraño.

—Pero ya has visto que ha estado donde te dijo. Algo más les ha surgido donde no había cobertura. No te han llegado sus mensajes hasta que han pasado por algún lugar en el que había algo de cobertura y por eso te han llegado esas frases lapidarias.

—Es posible —zanjó la conversación que, sin duda, le dolía—. Victoria, ¿te vienes conmigo? Veremos películas tumbadas en la cama, yo estoy cansada. ¿Te apetece?

La niña le guiñó un ojo y le dijo que ella también estaba cansada. Aunque Victoria pensó que solo Ana se había dado cuenta, fue algo que no pasó desapercibido para ninguno. Diana y Michel sintieron que aligeraban el peso con el que habían cargado desde aquel desayuno.

—¿Te quieres ir con Ana?

De nuevo la duda en el rostro de Diana alertó a Michel. La noche que pasaron solos le llegó a contar sus miedos y el criterio de la psicóloga.

—Espera, Ana, no pidas taxi, estaremos más tranquilos si os acompañamos al hotel y nos dices si ha llegado Gerardo. ¿No te parece, Diana?

—Me parece muy bien. Así, si ya está Gerardo en la habitación, me llamas y yo pasaré a recogerte de inmediato.

—¡Ojalá! Ya me gustaría que estuviera esperándome, pero creo que habría venido aquí o al menos me hubiera llamado para decirme por qué no venía. Dejad que Victoria se quede conmigo, ella me hace mucha compañía. Vosotros seguid disfrutando de la noche.

Ana protestó sin mucha fuerza cuando vio que los dos se levantaban para acompañarla al hotel. Diana insistió en que era una buena idea y, al final, su amiga aceptó agradecida. La

acompañaron hasta el ascensor.

Al llegar al hotel, e incluso antes de que el ascensor hiciera la parada en su planta, Ana empezó a preguntarse si no sería posible que hubiera llegado. Abrió la puerta de su *suite* sin muchas esperanzas. Aun así, fue una decepción comprobar el gran vacío de aquellas lujosas instalaciones. Victoria la observaba con pena, fue hacia ella para abrazarla y Ana correspondió a su abrazo.

—¿Llamo a mi mamá? —preguntó en voz muy baja, como si tratara de no despertar a alguien.

—Sí, llámala. Dile que vamos a estar muy bien las dos. ¿Quieres que vaya buscando una película, aunque sea en inglés?

Diana y Michel, que esperaban la llamada todavía al lado del ascensor en el que habían entrado Ana y Victoria, escucharon la frase de su hija.

—Mamá, Gerardo no está aquí, vamos a ver una película que está buscando Ana. Hasta mañana.

Ellos se quedaron junto al hotel, cerca de la bahía. Dedicaron unos minutos a comentar la situación. Algo le estaba pasando a Gerardo. Si al día siguiente no sabían nada de él, posiblemente tendrían que hablar con la policía. ¿Antes o después de hacerlo con Ana? Lo decidirían al día siguiente, si él no volvía.

Después hablaron de su amor, de Victoria, de los problemas a resolver para poder estar juntos. Pronto pasaron a los arrumacos, a los besos..., a las prisas por llegar a la habitación. Les esperaba la promesa de otra noche de amor.

Se tomaron su tiempo para prodigarse caricias, sin prisas, explorando y disfrutando de cada cima o rincón del otro cuerpo, reconociendo su perfume, aspirándolo...

Diana se sentía feliz. Había renunciado a sentir todo lo que ahora sentía. Pero la fuerza de aquel amor lleno de pasión la arrollaba. No se arrepentía de haber cedido a sus sentimientos. Armando nunca le hubiera pedido el sacrificio de permanecerle fiel eternamente, y mucho menos después de haber encontrado de nuevo el amor. Aunque sabía que encontrar equilibrio en esta relación le ocasionaría abundantes problemas.

29 de marzo

Diana

Mi móvil no registraba ninguna llamada o wasap. Deduje que no se habían levantado y, por supuesto, Gerardo no había vuelto. Y fui yo la que llamé a Ana cuando salimos de la ducha.

Ana me respondió bajito, dijo que habían trasnochado viendo películas y ahora la niña seguía dormida, Gerardo aún no había dado señales de vida y ella había pedido el desayuno en la habitación. Me aconsejó que hiciera lo mismo.

A Michel le pareció una magnífica idea y así lo hicimos.

Victoria me llamó ya avanzada la mañana. Todavía no nos habíamos quitado la bata blanca de felpa con el nombre del hotel. Tratábamos de disfrutar de nuestra mutua compañía mientras fuera posible. La voz de mi hija sonaba satisfecha.

—Mamá, he dormido muchísimo. Ana me ha pedido ya el desayuno. Estoy muerta de hambre. ¿Te importa que desayune con ella? Está muy sola y me ha pedido que le haga compañía.

—No, cariño, desayuna tranquila. Yo no estoy sola. He desayunado ya con Michel. —Un

silencio al otro lado me preocupó—. Victoria, ¿estás ahí?

—Sí, mamá. ¿Está enfadado conmigo Michel?

—Qué tontería cariño. ¿Por qué iba a estar enfadado?

—Es que yo lo quiero mucho, pero no quiero irme de Madrid. ¿No puede venir él con nosotras?

—Tesoro, él también tiene aquí a su familia, pero además tiene sus negocios y los de sus padres. Igual que tú y que yo es hijo solo. Pero no te preocupes. Él te quiere mucho y te entiende. Anda, desayuna tranquila. Todo está bien.

—Vale.

—¿Qué te decía Victoria? ¿Todavía cree que estoy enfadado con ella?

—No. Pregunta si lo estás y eso le preocupa.

—Por la última respuesta que le has dado imagino que te ha dicho que sea yo quien vaya a España. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Pero seguro que también te entiende. Seguro que le está dando vueltas al problema, porque ella también quiere que estés a nuestro lado. Vamos a vestarnos. Supongo que pasará en cuanto desayune. Aunque Ana le pide que se quede con ella, estoy segura de que lo hace para que nosotros estemos más tiempo solos.

—Es de verdad una buena amiga y creo que va a necesitar tu compañía, por supuesto que yo la voy a apoyar y ayudar en todo lo que pueda. Creo que va siendo hora de que haga algo. En cuanto acabe de vestirme, llamaré a mis amigos para ver cómo van sus pesquisas. Después, en función de lo que me digan, hablaré con la policía y tú tendrás que hablar con Ana. No obstante, si quieres, también puedo hacerlo yo.

—Gracias, Michel. Siempre te he dicho que Ana es mi mejor y más antigua amiga, es más una hermana. Seré yo quien le cuente el motivo por el que Victoria escapó y la conversación que escuchó. Aunque no sé si todo eso son suficientes motivos para pensar que está metido en el lío que imaginamos.

Michel se apresuró a vestirse con la ropa limpia que, esta vez, había tenido la precaución de guardar dentro del portafolios. Lo hizo la noche anterior al dejar a Ana y Victoria en el hotel. Junto al neceser, puso una camisa y un bóxer.

Se sentó frente a la mesa de estudio y marcó un número de teléfono. Yo no podía entender lo que hablaban porque utilizaban su lengua, uno de los cuatro idiomas oficiales que no era el británico. Vi que Michel tomaba de la mesa un folio y un bolígrafo, ambos con el membrete del hotel, para anotar algo de lo que le decían.

Continué arreglándome frente al espejo, impaciente por conocer lo que estaban hablando. La conversación estaba durando mucho; deducía que alguna información importante estaba consiguiendo.

Al colgar, me acerqué para conocer lo que habían hablado. Le interrogué con la mirada. Michel miró sus apuntes de imposible lectura para mí y me explicó de manera sucinta su larga conversación, mirando dichos apuntes.

—Todavía no tiene nada concreto. Ha conseguido averiguar que, en efecto, hay un grupo de diversas nacionalidades del que se sospecha que lleva un tiempo preparando una importante transacción con visos de legalidad. Junto con productos legales, hay motivos para creer que también se encuentra el marfil. Parece que están involucradas personas de India, China, Indonesia, Singapur y de Europa, al menos España e Italia. Coinciden sus fuentes en decir que el centro neurálgico ha ido cambiando. Me ha comentado que hasta principios del año 2018 Hong

Kong era el mercado más grande del mundo. Históricamente en este territorio la persecución y castigo para los traficantes era bajísima. Las penas establecidas para ellos apenas tenían aplicación en la práctica.

Después, escribió en otra hoja del hotel la traducción de algunos datos, para mi mejor comprensión y retención

«Este año 2020 se ha aprobado en Hong Kong la prohibición del comercio interno de marfil, pero la Ley aumentando penas por estos y otros delitos contra animales salvajes aún no se ha empezado a aplicar. Tailandia también ha sido identificado como uno de los tres países del mundo, más implicados en esta actividad ilegal. Debido a eso, parece que se está trasladando el centro de operaciones ilegales de este material a Indonesia. A la WWF y TRAFFIC, responsables del programa de lucha contra el tráfico de vida salvaje, les está resultando muy difícil concretar este movimiento».

—Sospecho que pueda ser Bali, como lugar idóneo, donde se esté centralizando personas y operaciones. Deben de estar muy bien organizados —dijo levantando la cabeza para mirarme—. Me ha enviado este wasap en inglés, mira estos párrafos:

«Actualmente se está perdiendo información vital de los decomisos de marfil a gran escala. ¿Quién está detrás de cada envío? ¿Cómo accedió al medio de transporte?, ¿quién se beneficia a su llegada?... No se está siguiendo la cadena ni intercambiando información. No es de extrañar que haya una escalada en el tráfico de marfil.

» Indonesia se convirtió en signatario del CITES el 1979. El elefante de Sumatra (*Elephas maximus sumatranus*) es una subespecie de elefante asiático, encontrado solo en la isla de Sumatra; en esta región del mundo, también los individuos están decreciendo...

» El Ministerio de Agricultura modifica la ley en el 1999. Esta ley protege tanto a elefantes salvajes como domésticos. Prohíbe la caza, el comercio y la captura de elefantes o partes de elefantes sin un permiso del gobierno. Los violadores deberán pagar con una multa o con la prisión.

» Ahora que la demanda de marfil está disparando los niveles de caza furtiva, los países miembros de CITES deben exigir el cumplimiento de la ley internacional».

—Me envía más información a mi correo, pero esto nos da una idea de las dimensiones del problema. Más tarde llamaré a mi otro amigo para saber qué ha averiguado de la persona que asustó a Victoria. Supongo que ella está a punto de venir y no sería bueno que me oyese hablar de esto. Con este amigo tengo que hablar en inglés y seguro que captaría lo suficiente como para comprender de qué hablamos.

—Michel, es solo curiosidad. ¿No sabe inglés el amigo con el que has hablado? —pregunté intrigada.

Él rio con ganas. Yo no veía dónde estaba la gracia.

—Como tantos otros, se expresa mejor en su propia lengua —respondió—. ¿No crearás que he hablado en chino para que tú no lo entiendas? ¿Todavía no confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti. ¿Crees que me prestaría a todo esto si desconfiara? —con la mano señalé la habitación girándome en su entorno.

—Vale, te creo. No podría soportar que no confiaras. Daría mi vida por ti, también por Victoria. Se acercó para besarme la nariz y después la boca.

Sonó el timbre de la puerta al tiempo que se abría y entraba Victoria como un ciclón. Estábamos todavía muy juntos y ella nos abrazó metiendo su cabecita en medio.

—Hola, cariño. ¿Qué tal has desayunado? ¿Hay alguna novedad?

—He desayunado muy bien, y si preguntas porque quieres saber si ha vuelto Gerardo, pues no, no ha vuelto. Ana ya no puede disimular lo preocupada que está.

—¡Pobre Ana! ¿Os importa que pase a hablar con ella a solas? —pregunté mirando a los dos, conociendo cuál iba a ser su respuesta.

—No creo que a Victoria le importe quedarse conmigo. También puede empezar a arreglarse mientras vienes y en cuanto esté lista nos vamos de compras, o primero a comer.

—Michel, yo acabo de desayunar, mejor vamos primero de compras. ¿Qué vamos a comprar?

—Bueno, mientras te arreglas y os ponéis de acuerdo, yo paso con Ana.

Llamé a la puerta de Ana diciendo quién era, para evitar la decepción de mi amiga, que a buen seguro pensaría que podía ser Gerardo. Mientras esperaba a que la puerta se abriera, yo seguía dando vueltas a cómo abordar aquel desagradable asunto, sin causarle demasiado dolor, ni aumentar su preocupación. Difícil misión.

Ana me abrió la puerta entre lágrimas. Se refugió en mis brazos y dejó de contener su llanto. Lloró con desconsuelo diciendo que ya no podía más, que nunca en tantos años había ocurrido algo así.

—Diana, estoy segura de que algo malo le ha pasado a Gerardo —se lamentó entre hipoes, cuando el llanto le permitió hablar—. No sé qué hacer. ¿Crees que debería hablar con la policía? ¿Será precipitado y debería tener más paciencia? Han pasado tres días sin saber nada de él.

» Me dijo que no podría volver hasta el día siguiente, solo iba a cenar y se quedaría a dormir, pero hoy es el tercer día —insistía Ana—. A estas horas ya tendría que estar aquí, aunque hubiesen tenido otra gran cena, que no era lo previsto.

—No te preocupes más —dije midiendo bien mis palabras—. Michel nos ayudará a localizarlo. Lo hemos hablado. Hoy mismo podemos llamar a la policía. Lo hará Michel, pero creo que antes debería contarte algo —Ana se puso en guardia y me miró expectante.

—¿Qué pasa, Diana? Dime lo que sepas, cualquier cosa es preferible a esta espera sin saber qué pensar.

—Veras, Ana..., es difícil explicarte lo que viene ocurriendo..., creo que es mejor que no nos quedemos en la puerta, vamos a sentarnos...

El pomo de la puerta giró en ese momento y Gerardo apareció en el quicio.

Su cara estaba llena de moretones y cortes. Igualmente, su ropa mostraba diversos cortes, con suciedad de un granate sospechoso de haber sido sangre líquida en otro momento. Solo había dado dos pasos para entrar en la habitación y abrazar a Ana, pero los había dado cojeando, con la espalda curvada y la cara contraída de dolor.

Ana quedó paralizada al ver el aspecto que presentaba su marido, pero, tras un segundo de vacilación, se lanzó a sus brazos con ímpetu. Un rictus de dolor se dibujó en el rostro de Gerardo a la vez que un quejido salía de los labios, pero la abrazó con fuerza, sin tener en cuenta el daño que le ocasionaba aquel gesto.

—¡Gerardo! ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Un accidente?, ¿cómo no me ha llamado nadie? Hubiera corrido a tu lado.

Una mezcla de dolor y alegría se contenían en aquellas palabras que podían parecer un reproche. Ana le besaba algunos moretones de la cara, palpaba levemente sus heridas como en una caricia, lo miraba escrutando cada centímetro de su maltrecho rostro.

—¡Gerardo! ¡Por fin! ¡Qué preocupados nos tenías! Sobre todo a Ana. Y parece que con

razón —dije, tras unos segundos de estupor y sin querer interrumpir la escena. No sabía muy bien qué hacer. Con lo que sospechaba y lo que ahora veía, temía ser imprudente si decía algo más.

—¿Puedo hacer algo por ti, Gerardo? Ana, ¿te ayudo para que lo acuestes? — pregunté de nuevo.

Ana miraba espantada a su esposo sin responder a mi oferta. ¿Queréis que llame al médico del hotel? —esta vez Gerardo contestó negando con la cabeza.

Seguro que preferían estar solos. Opté por retirarme.

—Creo que, si ahora no os hago falta, será mejor que os deje solos. Así le podrás contar a Ana lo ocurrido para que se vaya tranquilizando. Lo importante es que ya estás aquí, Gerardo. Pero si os hacemos falta no tenéis más que decirlo.

—Gracias, Diana. Os llamaré pronto. Tengo que hablar con vosotros, pero, tienes razón, primero necesito hacerlo con Ana. Gracias de nuevo por tu comprensión.

Salí de la habitación mientras ellos seguían abrazados y sin moverse del lugar donde sus cuerpos se habían encontrado.

Gerardo y Ana

Gerardo había mirado a Diana intuyendo que algo debía de conocer. Agradeció que los dejara solos y no tener que darle explicaciones en ese momento, aunque sabía que tendría que hacerlo. Primero quería informar a su mujer, después, todo le daría igual. Estaba amenazado de muerte y eso anulaba cualquier otro conflicto.

De pronto Ana reaccionó consciente de lo que su esposo necesitaba, lo tomó por la cintura mientras su hombro servía de bastón al brazo de Gerardo y lo condujo al dormitorio para que descansara tumbado en la cama. Gerardo se sentó en el borde y Ana pudo apreciar la sangre seca que apelmazaba sus cabellos. Sin palabras, lo ayudó a desvestirse con cuidado.

En algunas partes, la sangre había funcionado de pegamento entre la ropa y su carne; tenía que dar un ligero tirón para soltarlo, después de haberlo impregnado en agua. Ana se mimetizaba con su marido de tal manera que sentía el dolor en su piel cada vez que trataba de despegarle la ropa.

Quedó espantada tras ayudarle a despojarse de ella, por la gran cantidad de moretones, heridas y cortes sangrantes que se extendían por todo el cuerpo. Fue a buscar el botiquín que siempre los acompañaba. Limpió las heridas con agua oxigenada y puso sobre cada una de ellas un desinfectante; algunas más profundas necesitaban ser cubiertas, pero consideró que ninguna era tan profunda como para necesitar grapas, serviría con los puntos de tiritas de papel.

Y Ana, con habilidad, a pesar del temblor evidente de sus manos, trató de unir las heridas con las tiras de papel que llevaba en su botiquín, tapó otras con gasas tras practicarles la cura. Masajeó después cada uno de los golpes con una pomada. Ninguna de las heridas o golpes parecía ser muy preocupante, pero todo aquello sumaba demasiado.

Se oyó el timbre de la puerta. Gerardo, asustado, levantó el brazo para decirle que tuviera cuidado antes de abrir. Añadió con esfuerzo que un empleado del hotel le había preguntado si había tenido un accidente y si quería que le enviase un médico, pero él le había dicho que no era necesario. Así que no esperaba a nadie.

Inmediatamente se escuchó la voz de un camarero con la típica cantinela de «servicio de habitaciones», y casi a la vez la de Diana, avisando que se trataba del camarero. Aun así, Ana

entreabrió la puerta con cuidado, pensando decirle que no habían pedido nada. Pero Diana, que acababa de salir de su *suite*, se acercó a su puerta para decirle:

—Os vendrá muy bien, Ana. Son infusiones que ha encargado Michel. Yo misma sé de su efectividad. No dejéis de tomarlas.

Ana agradeció el gesto mientras abría del todo la puerta. Tranquilizó a su amiga diciendo que todo estaba bien, aunque todavía no habían tenido tiempo de hablar. El camarero, mientras, depositó la bandeja con servicio de desayuno para dos, además de unas jarras de plata conteniendo las infusiones, y un bol del mismo metal lleno de variadas frutas del país. Michel también las había solicitado específicamente.

Ana pensó que, al igual que hizo en Bali con Diana, ahora Michel trataba de proporcionarles lo que sabía que mejoraría su bienestar. Intentaría que Gerardo ingiriese todo aquello. Después vendrían las explicaciones, ella ya no tenía prisa. Gerardo estaba a su lado.

Él, sentado en la cama, con el carrito de desayuno al lado, tomó cuanto Ana le ofrecía. Estaba sediento y hambriento; más que comer, devoró la fruta. Todo tuvo un efecto relajante. Cuando intentó hablar, Ana le pidió que durmiese un rato, le aseguró que no había prisa, pero él dijo que se encontraba bien y lo que tenía que contarle no podía esperar más.

En realidad, Ana temía la confesión que él deseaba hacerle. Algo le decía que todo podía cambiar si lo escuchaba, pero su marido estaba dispuesto a hablar, cualquiera que fuese el resultado.

—Ana —comenzó—, estoy muy avergonzado. Me cuesta mucho contarte lo que te tengo que decir. Llevo muchos días pensando en hacerlo, pero temo que, cuando te lo cuente, dejarás de verme como lo has hecho hasta ahora.

—Gerardo, sabes que no hay nada que me pueda molestar más que los secretos entre nosotros. Entre tú y yo no debe haber secretos. Así que cuéntame lo que tengas que contarme.

—Verás, he tratado de hacer un gran negocio saltándome la ley, he hecho trato con un grupo de carácter multinacional que trafica con marfiles, no vi que tuviera importancia ser yo el que ganase un buen dinero vendiendo los colmillos que otros ya les habían quitado a los elefantes.

Ana lo miró espantada e incrédula. Gerardo, que la observaba, hizo un esfuerzo para seguir con su relato; ya se imaginaba que no iba a ser del gusto de su mujer, pero ahora ya no había vuelta atrás, debía ser sincero con ella.

—Yo me justificaba pensando que alguien se beneficiaría de lo que otros habían hecho. ¿Por qué no podía ser yo? No soy un ingenuo, simplemente me pareció que el negocio consistía en aportar una importante cantidad de dinero, que, tras una serie de contratos y diversas firmas, revertirían en nuestra economía de forma sustancial. Yo no tenía que hacer nada, me decía a mí mismo, el mal ya estaba hecho. No en todos los sitios es ilegal la venta del marfil, ni siempre ha sido ilegal en los lugares que lo es hoy.

—Pero, Gerardo, ¿tú te escuchas? —le interrumpió Ana cada vez más asustada, empezando a pensar que quizás no conocía bien a su marido.

—No contaba con que mi participación en el negocio pudiera afectar a nadie de mi entorno y menos de una forma directa y por una estupidez de mi socio. Eso me ha hecho replantearme todo, querer dejarlo. Pero una parte de mis socios no acepta esta decisión. — Ana lo miraba sin entenderlo del todo, incrédula, en silencio—. No dices nada, pero es suficiente ver cómo me miras.

—Pero ¿por qué, Gerardo?, no lo entiendo, ¿acaso necesitabas dinero? ¿No sabes que yo

te lo hubiera dado? Hay más, ¿verdad? ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo de una vez, por lo que más quieras.

—Realmente he sido un estúpido orgulloso. Nuestro último proyecto, mi proyecto, no ha salido como esperaba y no deseaba reconocerlo ante mis socios. Siempre me han felicitado por los que realizo y los beneficios que consigo. Tampoco podía reconocerlo ante ti. No podría ver tu cara mostrándome tu decepción..., como ahora..., y vi en este asunto una forma de resarcir a mis socios de las pérdidas que les iba a ocasionar por primera vez desde que nos asociamos —suspiró.

»Pensé que hasta podría presumir de haber obtenido beneficios —continuó—, cuando la realidad era que esta última operación en Madrid casi me lleva a la quiebra. Ahora no tendré más remedio que hablar con ellos y reconocer mi doble fallo, porque de momento no me van a devolver lo que ya he aportado, pero hay una parte que no deja que me retire y quiere que ponga el resto al que me comprometí el primer día y que había que entregar al recibir la mercancía. Esto puede ser la ruina total y el desprestigio de la empresa que yo creé con mis compañeros de carrera, y la del estudio de arquitectura que me dejó mi padre.

—Pero todo el mundo puede equivocarse en los negocios —lo interrumpió Ana—. De hecho, no conozco a ningún empresario que entre sus muchos éxitos no haya tenido ningún fallo. Eso siempre es aceptable. Pero no lo es el camino que has tomado para solucionarlo.

—Ana, tienes razón, pero aún tengo que seguir contándote algo con lo que solo voy a conseguir que me mires peor. Es algo que aún te va a doler más. Solo agravará a tus ojos mi pésima actuación,

—¡Me tienes tan asustada! —exclamó Ana—. ¿Aún hay cosas peores?

—Se trata de lo que hizo que me diera cuenta de la clase de negocio que había emprendido y deseara dejarlo poniendo a todos los socios en mi contra.

Y Gerardo comenzó por explicarle la forma en que, según su socio, se había producido la huida de Victoria.

—Gerardo, no doy crédito a lo que dices. ¿Todo lo que ha ocurrido ha sido a causa de ese negocio? ¡Dios mío! Es mucho peor de lo que pensaba.

—Precisamente ese inesperado incidente me hizo recapacitar en los contratiempos y consecuencias que aquel negocio ilegal podía tener. Te aseguré que a raíz de aquello intenté volverme atrás anulando mi compromiso, pero me encontré con la negativa por parte de todos.

»Cuando les dije que nos volvíamos a Singapur, decidieron que tendríamos una reunión en este lugar y lo más rápidamente posible. Dijeron que esto había que solucionarlo inmediatamente, ya que la mercancía estaba esperando a ser entregada en cuanto pagáramos el resto, y ellos, mis socios, habían estado esperando a que los policías dejaran de estar pendientes de nosotros.

»Me llamaron para tener esa reunión. Habían acordado que sería durante una cena en un conocido y enorme restaurante del que alguna vez te he hablado, creo que incluso te dije que iba a cenar allí, no sé si lo recuerdas, se llama Lâohû, ‘tigre’ en chino. Es un restaurante de cuatro plantas junto al mar que siempre está lleno ¿Cómo iba a pensar que me iban a preparar una encerrona en un lugar público tan conocido y respetado?

»Fui sabiendo que iban a ser duros de convencer, que tal vez me hicieran pagar con lo que ya había aportado, pero no se me ocurrió en ningún momento que allí pudiera pasarme nada.

Ana lo escuchaba con el corazón encogido.

—Desde el inicio de la cena pude advertir que casi todos estaban en contra de mi propuesta.

Y al finalizar la cena todo había empeorado. Parece que en lo único que se pusieron de acuerdo fue en retenernos allí hasta el día siguiente, en que tomarían una decisión definitiva y a gusto de todos.

—¿Reteneros? ¿Cómo?

—En realidad, se disolvió la reunión y quedamos para el día siguiente, los de Italia ya se habían ido, pero cuando nos dispusimos a coger el ascensor para volver a nuestras casas o al hotel próximo, que era lo que pensábamos hacer Fernando y yo, nos cogieron a traición por la espalda, para dejarnos atados y amordazados. Entonces sí se fueron todos los demás.

—Y esos mensajes que me enviabas, ¿desde dónde lo hacías? Decías: «Estoy bien. No te preocupes» o «No puedo hablar contigo pero estoy bien». ¿No te has movido de donde fuiste a cenar?

—Imposible enviarte ningún mensaje. Mi amigo Fernando y yo nos quedamos allí, en aquel comedor que habían reservado solo para cenar. Nos encerraron y dejaron dos personas para vigilarnos. No volvieron al día siguiente como anunciaron al irse. Así que los mensajes los enviarían ellos desde mi teléfono para que no te preocupases y evitar así que fueras a la policía.

»Debieron de pensar que, como al día siguiente era el día de descanso semanal de aquel restaurante, nadie se daría cuenta de que estábamos allí encerrados. No sé a qué acuerdo llegarían con el dueño para que este lo permitiera, seguramente también lo amenazaron.

—¿Y quién os ha desatado? Lo habéis arreglado, ¿no?

—Han vuelto esta mañana a primera hora. Pero nada había cambiado. Al ver que nos habían soltado los italianos, han dicho que no iban a consentir que yo saliera vivo de aquel lugar, y ha comenzado una pelea.

Le costaba hablar. Miraba la cara compungida de Ana, intentando adivinar sus sentimientos.

—En la riña me he cortado con algún cristal y he caído varias veces al suelo, que también estaba lleno de cristales y loza. —Sacó de uno de los bolsillos del pantalón lo que parecía un pañuelo con sangre seca, mientras continuaba hablando—: Creo que en algún momento llegué a perder la consciencia.

»Traté de defenderme, pero no estoy acostumbrado a peleas, tú lo sabes, así que llevaba todas las de perder. El socio que asustó a Victoria es una persona fuerte y voluminosa. Peleó con ganas, pero era inútil, ellos eran más y supongo que también más acostumbrados a la lucha.

—¿Y cómo es que te han dejado escapar? —logró preguntar Ana.

En plena lucha, irrumpieron en el salón un grupo del que todavía desconozco quiénes eran. Pensé, primero, que, por lógica, se trataría de policías, aunque no llevaban uniforme, pero sí iban armados e hicieron uso de las armas para amenazarnos a todos con ellas. Pidieron nuestros pasaportes y en principio se quedaron con ellos. Me preguntaron dónde me alojaba y comprobaron, llamando al hotel, que decía la verdad.

»Por cierto, ¿alguno de vosotros ha llamado a la policía para denunciar mi desaparición?

—Precisamente hoy pensábamos hacerlo, de eso estaba hablando con Diana cuando tú has aparecido en la puerta... Ella estaba tratando de contarme algo, decía que debía saberlo antes de acudir a la policía, no le ha dado tiempo a decirme de qué se trataba, pero ahora pienso que tal vez hayan sospechado lo que estaba pasando, y hasta hoy no se habían atrevido a contármelo.

—Pues me temo que alguien los ha alertado, aunque ya te digo que no se han identificado como policías..., o tal vez lo han hecho. Yo no he entendido nada de lo que decían, solo «pasaport» y «hotel». Me aliviaría mucho saber que no ha sido a causa de vuestra denuncia, que es lo que temía, porque de otro modo podría considerarme un hombre muerto.

—¡Un hombre muerto! Pues no. No hemos sido nosotros. Te lo aseguro.

—Algún soplo han recibido los que han interrumpido nuestra *agradable recena*. Para mí ha sido una suerte de momento, pero no sé cómo acabará todo esto. —Un pesado silencio se interpuso entre la pareja, Gerardo lo rompió al fin con una pregunta—: Dime, ¿cómo te encuentras después de conocer esta parte fea de tu marido?, ¿estás demasiado decepcionada?

—Pues sí, no te voy a engañar. Mira en qué peligrosa situación te encuentras por hacer tratos con indeseables, no comprendo que te quieras saltar la ley negociando con traficantes. No te dejarán salir de su organización de rositas. Eres un empresario de éxito y, precisamente por serlo, no creo que tengas justificación alguna para lo que has hecho aunque te haya fallado uno de tus proyectos.

Ana lo miraba como si lo viera por primera vez. Intentaba analizarlo, incluso comprenderlo. No lo conseguía.

—Pero aún me duele más —continuó— el que en ningún momento me hayas puesto al corriente de lo que pretendías hacer. Hemos venido contigo y nos has puesto a todos en peligro. Solo pensar en las consecuencias que ha tenido para Victoria y Diana me lastima profundamente. ¡Si al menos entonces me lo hubieras contado! Porque has tenido ocasiones y motivos para contarme lo que pasaba y lo que te proponías. Yo te hubiera apoyado por tu arrepentimiento, pero me lo explicas ahora, cuando ya no tienes más remedio que decírmelo.

—Te juro que en estos últimos días he pensado en hacerlo en multitud de ocasiones, me asustaba tu reacción y la de Diana, porque pensaba contároslo a las dos. Pero primero tenía que intentar solucionarlo por mi cuenta, como fuera, pero saliendo de ese grupo. En esta cena se iba a decidir cómo terminaba con ellos.

»Ahora Fernando, mi propio amigo y socio, se ha vuelto contra mí, dice que todo es culpa mía por haber traído a esa niña. Yo le digo que, si él no se hubiera metido con ella, Victoria no habría huido. En el fondo, a mí me ha servido para darme cuenta de la realidad que supone negociar con esta clase de individuos, cualquier contratiempo se puede transformar en una auténtica desgracia.

—Un poco tarde, y demasiado caro el aprendizaje, ¿no crees? —más que sarcasmo había amargura en su entonación.

—Sin duda. Pero eso fue lo que me decidió a dejar la sociedad. Por supuesto que son Diana y Victoria las que han pagado caro mi error, y eso ya no tiene remedio. Ya te he contado todo, creo que va siendo hora de hablar con Diana y Michel. No me gustaría que Victoria se enterara, ha sufrido mucho por mi culpa y dejará de verme como me ha visto hasta ahora. Quiero mucho a esa niña y me dolería perder su confianza, aunque seguramente perderé la de su madre. Pero no tengo más remedio que enfrentarme a los hechos. Yo estoy muy arrepentido y sabes que he hecho todo lo posible por encontrar a Victoria.

»No quiero pensar qué hubiera pasado si la llegamos a perder. No me perdonaré ser culpable de todo lo malo que le ha ocurrido, pero solo de pensar los peligros que ha corrido y lo que ha tenido que soportar... Me muero de angustia. ¡Es igual, tengo que enfrentarme a la realidad! Mañana puede ser tarde para mí. Estoy seguro de que habrá más represalias.

Ana no respondió, estaba demasiado aturdida con lo que acababa de escuchar.

Gerardo, desde su teléfono, llamó al de Diana. Le pidió que pasaran y preguntó si Victoria podría quedarse media hora sola en la habitación, prefería que la niña no estuviera, el relato iba a ser muy crudo para ella.

Diana lo meditó, se resistía a la idea de dejar sola a su hija. Gerardo insistió. Michel se

ofreció a quedarse en la habitación mientras Gerardo la ponía a ella al corriente de lo que tuviera que contar, pero él había insistido en que acudieran los dos. Victoria comprendió que querían estar solos.

—No te preocupes por mí, mamá, yo no me voy a mover de la habitación, echaré el pasador en cuanto os vayáis.

—No, Victoria. Será preferible que nos acompañes y te quedes en el salón viendo la televisión mientras los mayores hablamos de nuestras cosas.

—Vale, mamá.

Pasaron los tres. Ana no se sorprendió. Le ofreció el mando de la TV después de darle un beso, mientras interiormente seguía lamentando todo lo que por culpa de su marido le había ocurrido.

Gerardo confesó la parte de culpa que había tenido en la desaparición de Victoria. Algo de lo que, naturalmente, no se asombraron, solo les confirmó lo que la niña les había contado. Añadió de forma sucinta lo que ya había explicado a su mujer. Terminó diciendo lo arrepentido que estaba y que esperaba que con el tiempo llegaran a perdonarlo.

Una vez descargado su secreto, fueron ellos los que dijeron las sospechas que habían despertado las explicaciones inocentes de Victoria y, a consecuencia de ello, los intentos de Michel por conocer en qué peligroso asunto relacionado con el marfil estaba inmerso.

—Ella estaba convencida, por las pocas palabras que logró entender, que la ibas a llevar a ver un espectáculo de elefantes —le reprochó Diana sin levantar la voz, para que Victoria no la oyese, pero dejando muy claro su gran enfado con Gerardo.

Él, escéptico, añadió como punto final que esperaba que todo acabase ahí, con la pérdida de un dinero, y que no llegara a afectarle más a su persona, pero sobre todo a Ana.

Michel le aseguró que seguiría con sus indagaciones y Gerardo le recomendó mucho tacto para que él no se implicase o pudiera salpicarlo.

Lo miraron los tres indignados. Solo Ana respondió:

—¡Buen consejo! Eso es lo que tú debías haber tenido en cuenta antes de iniciar este desgraciado negocio.

Recogieron a Victoria del salón. Al entrar en sus aposentos se vieron sorprendidos de nuevo por su comentario:

—¿A que yo tenía razón?

—¿A qué te refieres, Victoria? —preguntó Diana.

—A que el hombre que vimos en el restaurante no era un empleado del hotel de Bali, era malo y le ha hecho daño a Gerardo.

La miraron los dos sin saber qué contestar. Al fin, Diana la abrazó diciendo:

—Tenías mucha razón, no era un empleado del hotel y le ha hecho daño a Gerardo, pero ya se ha llevado su castigo.

—¿De verdad, mamá? ¿A qué lo han castigado?

—Creo que se ha llevado una paliza, pero, en una lucha con una persona de las dimensiones de su amigo, es lógico que Gerardo también haya salido malparado. Tiene gran cantidad de golpes, pero nada importante, mañana estará bien.

Salieron de compras, tal como le habían prometido. De vez en cuando, inesperadamente, volvía a preguntar por Gerardo o por el hombre del restaurante que la había asustado. Estaba meridianamente claro que Victoria no olvidaba lo ocurrido, así como que no acababa de

encajarle del todo la historia de Gerardo. Pero ya se le iría pasando, concluyeron su madre y Michel.

ANA Y GERARDO

Pa

el día tratando de hacer disfrutar a Victoria. Al volver al hotel cargados de paquetes, Diana llamó al teléfono de su amiga para saber cómo se encontraban. Ana dijo que estaba triste y al mismo tiempo aliviada por saber al fin qué estaba ocurriendo, y que Gerardo había conseguido dormir después de una larga conversación y sin duda gracias a las relajantes infusiones y a un tranquilizante.

—Diana, estoy muy disgustada y muy enfadada con Gerardo. Él es muy consciente del gran error que ha cometido y el daño que ya ha ocasionado, principalmente a vosotras. Cuando asumo que todo lo ocurrido con Victoria es por su culpa, creo que no voy a poder resistir vivir a su lado y me planteo dejarlo, pero después reflexiono que es mi marido y no puedo dejar de quererlo a pesar de la decepción que ha supuesto todo este asunto. Y si pienso el miedo que he pasado esperándolo y el peligro en que se encuentra en estos momentos, soy capaz de perdonárselo todo. Ahora mi ánimo y mis sentimientos están muy revueltos; cuando reposen, no sé qué sentiré o cómo reaccionaré. Solo puedo pedirte que, en consideración a lo mucho que os queremos, seáis un poco benévolos con sus fallos y no lo odiéis demasiado.

—No te preocupes, Ana, tú no tienes culpa de nada. Yo siempre voy a estar a tu lado, cualquiera que sea tu reacción cuando todo se calme. No puedo decir nada de Victoria, pero tú ya sabes cómo es y cuánto quiere y admira a Gerardo. Así que nosotras no le diremos nada a Victoria. En cuanto a Michel, sigue queriendo ayudarle, ya que él parece estar muy arrepentido y ha removido todo tratando de encontrar a Victoria. Yo no estoy muy sorprendida por lo que nos ha contado, era algo que Michel y yo sospechábamos, aunque no te lo podíamos contar sin estar más seguros, pero oírse lo confirmar ha sido muy duro. Descansa, como dice el cuento sufí: «esto también pasará». Ahora todo el sufrimiento de Victoria y toda nuestra angustia están demasiado frescos, pero con el tiempo..., quién sabe. Tal vez seamos capaces de perdonar.

—De verdad que lo deseo, pero para mí ha sido como si, de repente, descubriera que otro hombre desconocido ocupaba el lugar de mi marido

—Mañana pensamos volver a salir de compras con Victoria —desvió Diana la conversación—, después comeremos en cualquier sitio. Creo que a Gerardo no le conviene salir por el momento de su habitación. Pero si a ti te apetece comer con nosotros, volveremos al hotel y comeremos aquí mismo, en cualquiera de sus restaurantes.

—No, Diana, te lo agradezco. Gerardo necesita descansar, no solamente ahora, creo que no debería salir de la habitación en unos días, hasta que esto se aclare. Me da miedo lo que puedan hacerle.

—Lo entiendo, ya me imaginaba. Hoy lo que más te debe apetecer es estar a su lado. Cualquier cambio, ya sabes que solo tienes que llamarme. En cuanto a mañana y al resto de los días, iremos viendo, no te voy a dejar sola con tus problemas. Si tú no me necesitas antes, te volveré a llamar a la vuelta, tal vez te apetezca cenar y dejar que Gerardo siga descansando.

—No lo creo, Diana. Pero gracias. Disfrutad cuanto podáis. Ya me dirás si Victoria ha cambiado de criterio.

Victoria salió del hotel encantada con ir de compras, pero aludía con demasiada frecuencia a «el hombre que me asustó», para preguntar por él y por Gerardo. Michel tuvo la afortunada idea

de hablarle de él llamándole por su nombre.

—Se llama Fernando y solo es un hombre grande, con tan poca gracia que quiso gastarte una broma y te asustó. Por lo visto se lo contó a Gerardo y él se sintió culpable por lo que había hecho su amigo. Por eso no quiso reconocerlo como tal amigo. Tuviste mala suerte escondiéndote en una *yukung* que se hizo a la mar antes de que tú te despertaras. Lo que pasó después es la consecuencia, pero no te atormentes, no hay nadie que quiera hacerte daño. Y Gerardo está tan enfadado con su amigo por lo que te pasó que no creo que vuelva a hablarle en la vida.

Notaron que la explicación la había tranquilizado. La respiración de la niña cuando Michel terminó sus argumentos fue de una profundidad que no se prestaba a dudas. Y ya no volvió a preguntar por Gerardo ni por el hombre que la había asustado. Una vez asimilada la información, disfrutó de las compras, de los paseos, de la comida..., parecía otra niña.

Tanto Diana como Michel se ilusionaron pensando que, una vez retirado ese peso que llevaba encima, tal vez su negativa a vivir en Singapur no fuese tan drástica.

Lo cierto era que tampoco Diana pensaba quedarse a vivir allí sin volver antes a España, aunque su hija no pusiera ninguna pega. En cuanto a Michel, él había comprendido que esas prisas por casarse ya no ayudaban nada a la tranquilidad de la niña. Tendrían paciencia y un noviazgo a distancia, con el mayor número de visitas y durante el menor tiempo posible.

Mientras la niña elegía entre los distintos vestidos que le mostraba la dependienta y pasaba al probador, para salir pidiendo la opinión de los dos, ellos hablaron de su situación. Llegaron a la misma conclusión: disfrutar del tiempo que pudieran estar juntos y esperar que en unos meses Victoria aceptase vivir en Singapur, al menos cuando acabara el curso y durante las vacaciones de Semana Santa. Lo irían viendo.

Ana no aceptó salir a cenar. Le sugirió a Diana quedarse con la niña para que ellos fueran más libres, pero esta vez fue Diana la que rechazó la oferta, que ya no era tan tentadora.

—No, Ana. Si no deseas venir, ya hablaremos de ello mañana, pero esta vez eres tú la que necesitas estar a solas con Gerardo.

Salieron a cenar al lado del río. Victoria estaba tan cansada que utilizó la red para coger su pescado una sola vez. Se le cerraban los ojos y no llegaron a pedir postre.

Volvieron pronto al hotel. Cuando Victoria se acostó en su habitación, Diana, mimosa, pidió a Michel:

—¡Quédate un poco más a mi lado! Por favor. No me dejes todavía. Quiero estar contigo todo el tiempo que sea posible.

—Estoy pensando que voy a llamar para que me suban la llave de la habitación que tengan más próxima a esta —dijo Michel—. Haremos una cosa, me quedaré hasta que te rinda el sueño, entonces me iré. Si al despertar palpas la otra almohada y no estoy, ya sabes lo que ha pasado. Mañana vendré a desayunar con vosotras.

Llamó a recepción desde el teléfono de la habitación, se demoraron un tiempo en gestiones hasta conseguir lo que él les pedía. Le subieron la llave. Fue Michel el que le abrió la puerta al botones. Con cara compungida se dirigió a Diana, que estaba en el baño, sentada en la banqueta ante el espejo terminando de desmaquillarse.

—Me han conseguido una en esta misma planta, aunque no está demasiado cerca. ¡Qué pena!, se interponen entre nosotros el pasillo y dos habitaciones.

Los dos rieron. Michel miró ilusionado el rostro que se reflejaba en el espejo. Se agachó para poder besar su cuello..., siguió besándola mientras hacía girar lentamente la banqueta, lo

suficiente para quedar frente a frente, hasta situar los besos debajo de la boca de Diana que, sin cambiar de postura, bajó el rostro para ofrecerle sus labios.

30 de marzo

A la mañana siguiente, Victoria fue la primera en levantarse. Contra su costumbre, llamó a la puerta antes de entrar. Diana, remolona, dijo un «pasa» que sonó a gruñido. Su hija se acercó a la cama, la acarició y le dio un beso. Diana abrió un poco los ojos y la vista de su hija mirándola fijamente terminó de despertarla.

—Buenos días, cariño. ¿Qué hora es? ¿No puedes dormir?

—Sí, mamá, he dormido muchísimo. Pero ya es tarde y tengo hambre. ¿Pido el desayuno o vamos a desayunar en la terraza del hotel?

—Mmm... ¿Tú qué quieres hacer?

—No sé. ¿Va a venir Michel a desayunar?

—Puedes preguntárselo tú misma. Su habitación tiene este mismo número, pero terminado en dos.

—¿Se ha quedado en el hotel a dormir? —preguntó, con un tono de voz que mostraba su alegría por la noticia.

—Sí, le daba pereza irse para volver a desayunar con nosotras.

—Victoria marcó el número de la habitación con una distendida sonrisa.

—¡Hola, Michel! —saludó con voz cantarina, antes de que el receptor de la llamada hablase.

—¡Caramba, Victoria, qué sorpresa! ¿Pasa algo? —sonó preocupada su voz.

—No, qué va, es que estoy hambrienta y queríamos saber si vas a desayunar con nosotras.

—¡Qué alivio!, por un momento he pensado que le había ocurrido algo a tu mamá. Oye, si estás tan hambrienta, ¿por qué no vas pidiendo desayuno para tres y mientras lo traen yo me ducho y paso a desayunar a vuestro saloncito. Mi habitación no dispone de salón, si no, os invitaría a que pasaseis.

—No te preocupes, aquí vamos a estar muy bien. Así a la dormilona de mi madre le da más tiempo a arreglarse, para que tú la veas bien guapa.

—¡Ja, ja! Tu madre siempre está guapa. Pero basta de charla, que tú necesitas desayunar cuanto antes. En quince minutos estoy ahí.

—Diana escuchaba encantada la conversación, no sabía cómo se solucionaría lo de su boda, pero no tenía ninguna duda de que su hija se iba a llevar muy bien con Michel... y él con ella, por supuesto.

Desayunaron en armonía, sin aludir a la boda en ningún momento. Al terminar el desayuno, Michel las dejó para que se arreglaran mientras él hacía unas llamadas, primero para dar las órdenes pertinentes en su restaurante y después para conseguir informes de cualquier tipo que afectasen a Gerardo.

Una vez en su habitación, Michel llamó primero a su amigo empresario, con la excusa de darle el nombre de Fernando y facilitarle su identificación.

—Hola, Michel, te has adelantado, justo hoy iba a darte los pocos datos que he conseguido de esa persona, parece que te referías a un tal Fernando Caballero.

—Precisamente acabo de conocer su nombre y te llamaba para dártelo, pensando que eso

podría ayudarte a buscar información sobre él. En efecto, ese es su nombre. ¿Y qué has averiguado?

—Poca cosa. Es un empresario de tantos. Hasta ahora no tiene mayor distintivo que su envergadura física, por la que es fácilmente reconocible. Por lo que te escucho, me confirmas que he dado con la persona de la que me pediste informes.

—Así es.

—Además de sus negocios propios, tiene relación con empresarios de distintos países para los que funciona como bróker, o mediador, lo que le coloca en una posición ventajosa para conocer las diferentes negociaciones que se desarrollan en su entorno. En alguna de ellas él interviene directamente. No está demostrado que participe en ningún negocio ilícito, aunque últimamente se le ha visto en compañías sospechosas. Lo siento, pero es todo lo que te puedo decir.

—Te lo agradezco. Si te enteras de algo más...

—Sí, no lo dudes, te tendré informado. Saludos.

—Saludos.

Las noticias respecto a Fernando, el amigo de Gerardo, causante de las desgracias que tuvo que vivir Victoria, no eran muy reveladoras. Antes de que se volvieran a encontrar, puso al corriente por teléfono a Diana, para evitar comentarlo delante de la niña.

—Lo siento. Por el momento, no hemos conseguido nada, creo que llamaré a mi amigo, el comisario. Él es el jefe del Consejo Central, uno de los cinco Consejos de Singapur. Voy a contactar con él, a ver si consigo alguna otra información que nos sirva.

—¿Con la policía? Después de oír a Gerardo, ¿no crees que puede ser arriesgado? Desconozco cómo funciona aquí, pero por investigaciones que hemos tenido que hacer para nuestras novelas, sé que muchas veces los brazos de las mafias llegan hasta sus dirigentes.

—Es cierto, pero hay dos cosas que me dan seguridad: la primera es que la policía de Singapur es una de las cinco más valoradas del mundo, y la segunda, que el comisario es un gran amigo de la familia y tiene toda mi confianza. Así que no te preocupes. Le voy a preguntar por ese movimiento policial que se produjo en la zona que Gerardo nos comentó. Pertenece al Consejo más alejado del centro. De cualquier manera, estoy seguro de que sus Consejos o Distritos están muy bien interconectados.

La siguiente llamada fue para el comisario. Tras ponerle al corriente del nombre del amigo de Gerardo, hizo alusión a lo que en esos momentos le preocupaba.

—Por cierto, creo que ha habido alguna alteración con la intervención de la policía en el restaurante Lâohû y que esta ha requisado a un grupo de empresarios sus pasaportes, no sé si trascenderá o formará parte del secreto policial..., podría ser revelador.

—Pues no tengo ni idea de que se haya producido ningún movimiento en ese sentido y desde que hablé del tema contigo estoy pendiente de todo lo que pueda tener relación con el asunto del marfil. Investigaré en esa línea, Michel. Te llamo en cuanto sepa algo.

—Gracias, amigo.

Apenas habían transcurrido veinte minutos desde que Michel le llamó contándole lo ocurrido, tiempo que él empleó en terminar su aseo precipitado, a causa de las prisas de Victoria para desayunar. También pudo llamar a su restaurante mientras esperaba la respuesta.

Fue una sorpresa escuchar lo que su amigo el comisario tenía que decirle. Nadie tenía noticias de una operación policial en aquel distrito, y de esas características tampoco en ningún

otro.

—¿No puede ser que la operación se haya llevado tan en secreto que tu gente no te lo haya podido comunicar? —preguntaba Michel al comisario—. Ocurre ha ocurrido, como ya te conté, y aunque el afectado dice que no llevaban uniforme, su actuación y sus armas eran propias de la policía. Pidieron los pasaportes, y a unos se los devolvieron después de realizar algunas comprobaciones y tomar datos, y a otros se los retuvieron. Incluso a dos o tres no les dejaron salir del salón del restaurante que te comenté. No sé si los soltaron después o los llevaron a las dependencias policiales.

—Sí, el propietario del restaurante Lâohû, con el que, por supuesto, han hablado mis hombres lo primero, también cree que fueron los policías los que les obligaron a tener el restaurante cerrado y sin que asomase nadie por allí. Pero en la policía nadie ha dado ninguna orden en ese sentido. Además, no fue solo el día de descanso, también el día siguiente, y con advertencias muy duras para el caso de que alguien se acercase a husmear. Por lo visto el propietario estaba bastante indignado, porque aprovecha el día de descanso para hacer una limpieza más profunda y renovar lo que no esté en perfectas condiciones, y en esta ocasión no se lo permitieron.

—Entiendo, lo conozco y sé lo concienzudo que es con sus magníficas instalaciones.

—¡Claro, cómo no lo vas a conocer! ¿Y no quieres preguntarle a él directamente?

—¡No! Me preocupa la deriva que puede tomar algo que me resultaría tan sencillo. Pero creo que esto se escapa al conocimiento que pueda tener de este asunto el propietario del restaurante. Seguro que él reservó para la cena uno de sus salones y luego se encontró con la sorpresa de la prohibición por parte de la policía... o de quien consideró que era la policía. Creo que es mejor que siga con esa idea, para que no se vea involucrado en los asuntos que llevan los clientes que reservaron aquel salón. Mientras permanezca al margen, supongo que a él no le ocurrirá nada.

—Me parece muy sensato por tu parte, Michel. De momento, en el distrito que corresponde a esa zona, nadie tiene conocimiento de la intervención policial de sus hombres.

—¿Y crees que estos movimientos tratando de conocer qué ha ocurrido y quiénes están detrás podrá perjudicar a mi amigo? Lo digo porque si saben que los investigan, pueden pensar que ha sido él, Gerardo, quien los ha denunciado, ya que ha dejado claro que ya no quiere pertenecer a un grupo que opera en la ilegalidad.

—Pues ahí, Michel, no te puedo asegurar nada. Aunque no me parece muy lógica la postura de tu amigo. Estoy seguro de que siempre ha sabido dónde se metía. Lo que sí puedo decirte por mi experiencia es que entre ellos tenemos siempre a los principales delatores, por motivos que pronto se descubren. Pocas veces se llevan todos lo suficientemente bien como para que no se produzca una venganza o una delación. Ellos mismos son de gran ayuda para limpiar esas mafias. De cualquier manera, somos privilegiados. Aquí se suelen producir encuentros, contratos sin entidad suficiente para despertar preocupación, pero difícilmente operaciones de compra o de venta. Somos muy rigurosos y concienzudos, les conviene más operar en otros países más laxos con la ley.

—Pues nada, te agradezco tus molestias. La verdad es que no sé cómo ayudar a este amigo arrepentido a salir indemne del negocio en el que se ha metido, sin ninguna necesidad. Te aseguro que es buena gente. Hay veces que uno no puede comprender cómo, teniendo la vida plácidamente resuelta, se involucran en estas operaciones que en ningún caso hacen que su vida mejore.

—¡Ja, ja!, te sorprendería cómo piensa toda esta gente. Prácticamente en su totalidad, disponen de una cantidad de dinero suficiente como para vivir a tope al menos tres vidas si las tuviesen. Pero está claro que les mueven otros sentimientos, otras ambiciones: poder, dominación, no sé... y sobre todo desprecio por la vida, la de los demás e incluso la propia. En fin, es otro mundo. Te prometo que estaré al tanto y tendré en cuenta todo lo que me has contado, en cuanto algo se mueva, yo lo sabré y te lo comunicaré.

—Muchas gracias. Saluda a tu familia.

—De nada, ya sabes que estaré encantado de poder ayudarte. Saluda a tus padres en mi nombre.

Mientras, en la *suite* contigua, Ana y Gerardo discutían acaloradamente:

—No estoy de acuerdo, Gerardo, debes hablar sinceramente con tus socios de tu fallo o tu fracaso, como lo quieras llamar, ellos son tus amigos de toda la vida y una operación negativa asumida por todos no va a desequilibrar a ninguno. Tampoco van a considerar por eso que estás acabado. Les has dado a ganar mucho dinero hasta ahora. No seas cobarde y afronta tus fallos sin dejarte dominar por el orgullo.

—Lo sabía, para ti ya he perdido todos mis valores. Ahora soy falso, cobarde, orgulloso... y ¿qué más, Ana? —El tono de víctima que estaba empleando Gerardo aún la exasperaba más—. Ya nada será lo mismo y todo por mi culpa. Lo sabía, sabía que mi sinceridad me traería tu desprecio.

—No, Gerardo, no te equivoques otra vez haciéndote la víctima. La sinceridad era necesaria... *a posteriori*, porque el problema no surge de tu falta de sinceridad, sino de tu falta de escrúpulos. Luego viene lo de la sinceridad, así que, si temías que te juzgara mal, si sabías cómo pensaba, ¿por qué iniciaste esta aventura peligrosa? Ahí es donde te equivocaste primero.

—No, primero me equivoqué en el último proyecto que desarrollé y empecé a ejecutar en la sierra madrileña.

—¡Pues ya está! ¡Te has equivocado, lo reconoces y nos lo cuentas! ¡Todos te ayudamos y a otra cosa! —Ana se iba alterando por momentos—. ¿Es eso tan grave? ¿No es mucho peor la solución que has buscado? Me desespera que trates de justificar lo injustificable. Ahora no temo por tu estudio ni por tus negocios. Ahora temo por tu vida.

—Enfadándote no me ayudas nada —de nuevo el tono de víctima que tanto la enfadaba.

—Lo sé, pero solo siento deseos de abofetearte, por hacernos esto. Estoy hablando de ti y de mí. Lo has estropeado todo.

—Ana, no puedo soportar tu desprecio.

—Ah, muy bien, ¿y yo tengo que soportar la forma en que has pretendido solucionar tu primer fracaso?

—No, nadie te obliga.

—Es que has ido demasiado lejos. Has ido acumulando fallos y todo por el maldito orgullo. Estás muy acostumbrado al halago y ya no soportas la crítica.

—Estoy acostumbrado a que me mires con amor y empiezo a sentir que me odias.

—¿Que te odio? ¿Que te odio dices? Entonces, ¿qué hago aquí contigo? Ni siquiera me concedes el derecho a decirte lo que pienso aunque te siga queriendo. Es que no entiendo cómo hemos llegado hasta aquí, nunca te hubiera imaginado negociando con mafiosos por no reconocer un fallo.

—¡Basta ya! Deja de ensañarte conmigo. Si no puedes ayudarme, déjame. Yo afrontaré solo esta situación que he creado yo solito.

—Pues si eso es lo que quieres, ¡sea!

30 de marzo

Terminada la conversación con el comisario, Michel volvió a la habitación de Diana y Victoria.

—Diana, no tengo ni idea de cómo puedo ayudar a Gerardo, vamos a hablar con él. Lo único nuevo que tengo es que no debían de ser policías los que los interceptaron.

Diana llamó a su amiga y le contó que tenían pocas novedades pero que podían pasar para contárselas y hacerle compañía un rato.

—No es necesario —le respondió cortante Ana, para su sorpresa—. Gerardo sigue en nuestra habitación, cuando se ha despertado hemos acabado teniendo una discusión y yo me he venido al otro dormitorio, así que, a menos que sea completamente necesario o muy importante, hoy prefiero no hablar con nadie. Perdóname, Diana, ya sabes que esto no va contigo, pero estoy muy, pero muy disgustada.

—Lo siento por ti, Ana, pero si no te puedo ayudar es mejor que te tomes una de esas infusiones que os ha vuelto a encargar Michel y que descanses. Mañana lo verás todo mejor.

—Eso es lo que más me preocupa. ¡Mañana!

—Tranquila, verás como todo acaba bien. Hazme caso, toma una infusión y duerme, que es el mejor remedio.

—Gracias, Diana. No os preocupéis por nosotros, ahora os toca disfrutar. Yo te llamaré.

—Ya te he escuchado —dijo Michel, que estaba pendiente de la respuesta de Ana—, está disgustada y no quiere que pasemos. La verdad es que tienen una fea papeleta. Es una pena, de verdad lo siento. Ana tampoco merece pasar por una situación como esta.

31 de marzo

Fueron dos días en los que deseaban escuchar el teléfono, o el sonido del WhatsApp, o la visita de Ana. Esperando con inquietud sus noticias, para conocer en qué forma había evolucionado la situación con Gerardo.

Aquel día, Michel le hizo una petición que sorprendió a Diana, dado que todavía no habían acordado cómo vivirían su relación hasta contraer matrimonio. Victoria ni siquiera lo había mencionado.

—Me gustaría presentarte a mi madre; a mi padre ya lo conoces, pero estaría muy bien que un día de estos fuéramos a su casa, yo ya le he hablado de vosotras y está deseando conoceros.

—¿No es prematuro? Me da vergüenza presentarme junto a tu madre sabiendo las dificultades que entraña nuestro matrimonio.

—Mira, a mi madre le ha salido su vena latina y está encantada, considera que puede tener nietos que hagan perdurar su sangre mediterránea. —Diana fue consciente del rubor que cubría sus mejillas—. En cuanto a mi padre, cuando te lo presenté no pareció fijarse demasiado en vosotras, pero claro que lo hizo, le dijo a mi madre que comprendió enseguida el motivo por el que les dedicaba tanto tiempo a las españolas y hasta se dejaba invitar por ellas sin preguntarles a dónde lo llevaban. A mí me dijo que estaba claro el atractivo de la viudita española.

—Está bien. Ya soy mayor para pasar vergüenza, pero me corta bastante en esta situación

tan complicada para nuestros planes. ¿No crees que será mejor que me la presentes cuando tengamos un poco más claro cómo vamos a solucionar el problema de la distancia? ¿No lo has pensado?

—Sí, Diana. Claro que he pensado en ello. Pero de una manera u otra quiero que te conozca mi madre y presentarte a los dos como mi futura esposa. Tal vez en tu país estas costumbres ya estén obsoletas, pero nuestra cultura es muy formalista y el beneplácito de los padres es imprescindible para cualquier acto que intentemos formalizar.

—¿Quieres decir que en el caso de que ellos no estuvieran de acuerdo con nuestra boda, tú no te casarías conmigo?

—Ja, ja, ja. No, no es eso, pero son tradiciones enraizadas en nuestra forma de ser. Es como formalizar ante ellos una situación.

—Está bien, conoceremos a tus padres.

1 de abril

Por fin llegó el momento en que Ana consideró oportuno llamarlos. Lo hizo al fijo de la habitación. No quería estropearles ningún plan si ya habían salido del hotel. Les dijo que necesitaban hablar con ellos, que podrían pasar por su *suite* cuando les viniera mejor.

Habían transcurrido dos días desde la última conversación. Estaban a punto de salir. Tuvieron que decírselo a Victoria, y fue ella de nuevo la que los tranquilizó. Los esperaría viendo la televisión y sin abrir la puerta ni hablar con nadie. De nuevo Diana se negó a dejarla sola. Esta vez de forma más contundente, dado el panorama.

—Iremos todos juntos.

—¿Es que no te fías de mí, mamá? Yo no me voy a mover de aquí, podéis ir tranquilos.

—No es porque no confíe en ti, es por mí, no quiero dejarte sola.

Pasaron a la *suite* vecina.

Antes de que Gerardo saliera del dormitorio al saloncito, para hablar con sus amigos, Ana llevó a Victoria a la habitación que las dos utilizaron las pasadas noches, cuando Gerardo no había regresado. Ahora la estaba utilizando ella. Ya había sido arreglada por la camarera. La animó a que se tumbase en su cama para ver la TV, y le proporcionó los mandos.

—Ya sabes cómo funcionan. Perdónanos por retrasar tus compras —dijo Ana poniendo un beso en su mejilla. Victoria sonrió diciendo:

—No importa, Ana, tenemos mucho tiempo.

En el salón, las caras que mostraban sus amigos no hacían presagiar nada bueno. Las heridas de Gerardo a la vista estaban curadas en su mayoría y los golpes habían adquirido un color amarillento muy evidente, aunque posiblemente un poco de maquillaje de Ana serviría para disimularlo.

—Hemos decidido separarnos —disparó Ana—, queremos que seáis vosotros los primeros en saberlo. —Silencio y respiraciones contenidas por la sorpresa.

—Creo que será lo mejor —añadió Gerardo al advertir que sus amigos no pretendían decir nada—. No sé las represalias de esta situación, pero si estamos separados no tendrán motivo para que Ana forme parte de su venganza.

—No os precipitéis si ese es el motivo —intervino Michel—, esperad a ver de qué me informan, tal vez haya un ajuste de cuentas entre ellos. Es más o menos lo que piensa el comisario con el que he hablado como amigo.

—No, Michel, yo no me separo para evitar represalias. Gerardo me ha demostrado que no existe esa complicidad que yo creía que compartíamos. Ahora no nos podemos poner de acuerdo y yo he perdido la confianza en él. Pasamos todo el día enfadados o discutiendo. No se puede vivir así. Lo sigo queriendo, pero mi percepción es distinta. No me niego a poderla recuperar, pero, por el momento, no podemos seguir juntos. Así que lo mejor es que por un tiempo estemos separados ¿Cuánto tiempo? No lo sé.

—Yo no tengo nada que reprocharle —respondió Gerardo, aunque las palabras de Ana parecían dirigidas a sus amigos—. He sido yo el que le ha fallado y me parece un castigo justo. Solo espero que no desprecie la posibilidad de recuperar su confianza en mí. Que no me aparte totalmente de su lado. —Ana ignoró el comentario de Gerardo.

—Ahora, Diana, lamento decirte que yo me vuelvo a Madrid. Gerardo se queda para intentar zanjar como sea esta rara situación que ha creado. Comprendo que tú prefieras quedarte unos días o semanas más. Yo no te voy a pedir que vuelvas conmigo. Si decides quedarte, seguirás siendo mi invitada en este hotel. Habéis venido como tales y habéis sufrido los errores de mi marido. Es lo menos que puedo hacer.

—No es necesario, yo me ocuparé de ellas encantado —aseguró Michel.

—¡Bueno, ya vale, algo tendré que decir yo, ¿no?! —interrumpió Diana a Michel, algo alterada—. No necesito que nadie trate este tema desde el aspecto económico. Yo he venido con mi hija *motu proprio*, nadie me ha obligado. El viaje era demasiado atractivo para decir que no, máxime cuando habíais pensado en todo lo que Victoria pudiera precisar. Pero he venido acompañando a mi amiga, que dijo necesitarme, sobre todo como amiga. No me obligó como jefa. Ahora, aunque lo niegue, mi amiga me sigue necesitando, pero quiere irse, y yo, junto con mi hija, la voy a acompañar.

Ana fue a decir algo, pero Diana cogió la mano de su amiga, la oprimió, y continuó hablando:

—Me horroriza todo lo que nos ha ocurrido. Lamento lo que os está pasando como consecuencia. Espero que podáis arreglarlo. Sois, o habéis sido, un matrimonio envidiable. Creo que todavía estamos todos bajo los efectos de este negocio aberrante. Pero en lo que a vosotros respecta, creo que no se puede tirar por la borda todos estos años que habéis sido felices juntos, aunque entiendo que en este momento Ana se sienta muy dolida contigo, ¿cómo no, Gerardo?, las consecuencias han sido gravísimas y pueden serlo más. —Lo miró serena—. Supongo que un tiempo de reflexión, cada uno por su lado, os hará ver más claro si la solución es esta ruptura. Por mi parte solo queda preguntar: ¿cuándo nos vamos, Ana? —Miró a Michel juntando las manos, pidiéndole perdón por su reacción y lo intempestivo de su marcha.

—Victoria y Michel se van a quedar muy tristes —fue el único comentario de Ana.

—Creo que se me ocurre una solución intermedia —apostilló Michel—. Yo os acompañaré a las tres hasta España, si me lo permitís. Me tomaré unas cortas vacaciones y las disfrutaré con vosotras en Madrid. ¿Cuándo quieres que nos vayamos, Ana?

—¿De verdad, Michel? —Diana puso cara de niña ilusionada.

—¡Pues claro que es de verdad! No puedo pensar en dejar de verte, así, tan de repente, tengo que hacerme a la idea. Os acompañaré aunque solo sea por una semana.

—Yo no voy a entrar en esa propuesta —respondió Ana—, agradezco que intentes suavizar esta situación, pero no soy yo quien tiene que tomar más decisiones que las que me corresponden. Me parecerá bien cualquiera de las que vosotros toméis. Me gustaría arreglarlo todo para mañana y salir pasado a primera hora, o en la noche de mañana.

—Veré lo que se puede hacer.

—No. Yo sacaré un billete para ti. No tengo nada que hacer, ni me apetece hacer nada. Pero eso me distraerá. Aprovechad vosotros el tiempo. Luego no se sabe lo que puede ocurrir. — Había una tristeza profunda en su mirada y en su voz al pronunciar estas palabras a modo de sentencia.

Victoria recibió la noticia con pena por marcharse tan inesperadamente y con alegría de que Michel las acompañase. Se mostró tal como se sentía, sin dobleces.

—¿Ves como sí puede venir Michel a España?

—Sí, Victoria, claro que puedo, e iré muchas más veces, pero en esta ocasión solo me quedará una semana, prepararé todo entre hoy y mañana para poder irme tranquilo. Tengo un buen encargado, lo ha demostrado mientras he estado en Bali, y no creo que haya problemas mientras disfruto de vuestra compañía en Madrid. No quiso añadir que ellas también podían quedarse todo el tiempo que hiciese falta en cualquiera de los hoteles de su padre, o en su propia casa. Las cosas por el momento estaban bien así, no quería asustar de nuevo a Victoria.

Ya habría tiempo de volver a hablar de ese asunto. De lo que ya no había tiempo era de visitar a sus padres, aunque los esperaban esa misma semana, pero ellos lo entenderían.

Pasaron el resto del día visitando El Singapore Botanic Gardens, que, entre otras maravillas, contenía el Jardín Nacional de las Orquídeas. Michel dijo que no se podían ir de allí sin conocer la infinidad de variedades de la flor de su país. Aquel lugar era la mayor explosión de formas y colores de orquídeas que podía contemplarse. A pesar del ambiente de un calor húmedo, Victoria no se quejó en ningún momento y fue capaz de sorprenderse continuamente, por uno u otro motivo. La variedad de extrañas formas de las orquídeas se prestaba al asombro, pero Michel y Diana tenían puesto su pensamiento en otras cosas, como la nueva situación que empezarían a vivir, casi de inmediato.

Esa noche, después de cenar, Michel volvió a su casa con el propósito de levantarse temprano al día siguiente e ir dejando todo en orden para evitar problemas durante su ausencia. A lo largo de la pasada tarde había realizado unas cuantas llamadas con ese fin, pero también necesitaba estar en el restaurante toda la mañana.

Su equipaje no le iba a llevar demasiado tiempo. Solo la ropa interior y las camisas de manga larga le iban a servir, dado que en España estaba comenzando la primavera, pero para Michel, por muy buen tiempo que quisiera hacer, se parecería al invierno. Llevaría lo justo. En Madrid compraría lo necesario. Disponía de un par de abrigos y algún jersey, pero solo llevaría lo que necesitara para viajar y salir el primer día a la calle. Aprovecharía para renovar esa ropa que tan escasamente había necesitado hasta ahora.

2 de abril

Durante el desayuno que, casi como despedida, habían decidido tomar en la parte que, con forma de barco, coronaba el hotel, y mientras contemplaban las maravillosas vistas de su entorno, sonó el teléfono de Diana. Ana los llamaba para decirles que ya tenía los billetes para la noche siguiente. Saldrían hacia el aeropuerto a las diez de la noche. Así dispondrían de todo un día más.

Ana les dijo que en esta ocasión le gustaría comer con ellos, para concretar algunas cosas.

Gerardo no iría. Acordaron que antes de comer la llamarían para quedar y hacerlo juntos.

Decidieron después que ese día lo dedicarían a caminar entre la lujuriosa vegetación de alguno de los jardines próximos al hotel que todavía no habían visitado. Hablarían de su futuro mientras Victoria disfrutaba de alguna de las atracciones. No veían nada mejor que poderse mirar a los ojos mientras hacían planes sobre su vida en común.

Mientras, en el hotel Marina Bay, alguien pretendía cambiar sus planes, aunque fuese de forma indirecta.

Dos hombres de muy distinto aspecto se dirigían a recepción. Uno era menudo, sin nada destacable, hubiera pasado desapercibido en cualquier lugar, tampoco en recepción habría llamado la atención a no ser por la persona que iba a su lado, un hombre de grandes dimensiones con la cabeza brillante.

Preguntaron por don Gerardo Rico, querían subir a su *suite*.

El recepcionista, preguntó su nombre, para informar al cliente.

—Don Gerardo, aquí se encuentra un señor preguntando por usted, Fernando Caballero ha dicho que se llama.

—Sí, es mi amigo.

—Pregunta si puede subir, dice que necesita hablar con usted, me insiste que le diga que se trata de algo que le interesa. —Un silencio por respuesta, eso requería pensarlo.

—Don Gerardo, ¿me oye?

—Sí, sí..., dígame que suba.

Gerardo quedó pensativo: «¿Se le habrá pasado el enfado y viene a mostrarme algún tipo de solución? En otras ocasiones nos hemos encontrado en el Piano Bar, supongo que es por lo delicado del tema y lo temprano de la hora, por lo que prefiere verme aquí. Y puesto que Ana está al corriente, ya da lo mismo».

Al sonar el timbre, Ana escuchó que su marido desde la otra habitación decía: «Yo abriré, es mi amigo Fernando», pero ella estaba enfadada y no hizo caso a sus palabras; sin esperar a que él llegase, abrió la puerta, aunque con cautela.

Vio a aquellos hombres. De uno de ellos ya había escuchado bastante, y nada que le hiciera ser objeto de su simpatía; el otro de poca envergadura que lo acompañaba aún parecía más insignificante a su lado.

Gerardo llegaba a la puerta en ese momento, Ana volvió ligeramente la cabeza para mirarlo y, de repente, se vio atrapada por la espalda y empujada hacia el interior por aquel hombre pequeño pero fuerte, al que acompañaba una pistola que puso en su sien.

Fernando cerró la puerta, mientras Gerardo quedaba paralizado ante esa situación.

Les dieron instrucciones de cómo debían comportarse si no querían salir heridos, o muertos, estaban dispuestos a matarlos allí mismo. Fernando les mostró también su pistola, declaró que no deseaba usarla.

Ana trató de tranquilizarlos. Les aseguró que ninguno haría nada que pusiera en peligro la vida del otro. A pesar de su gran enfado con Gerardo, lo dijo como lo sentía y debió de sonar convincente.

Aceptaron su palabra y ellos siguieron al pie de la letra sus instrucciones: atravesar el hotel a paso normal, sin hacer ninguna señal a nadie, ni pararse a hablar, pasara lo que pasase.

En el *hall* Ana dudó ante el joven recepcionista, gran fan y lector de sus novelas. Siempre se saludaban con simpatía, pero en estos momentos eso podría contrariar lo que les habían

advertido que no debían hacer. Así que siguieron caminando, sin corresponder siquiera con una sonrisa al saludo que el joven había iniciado.

Un coche tipo limusina los estaba esperando. En cuanto se montaron, bajaron las cortinas de las ventanillas y les pusieron unas capuchas; después los obligaron a beber agua.

Trataban de aparentar tranquilidad, pero sus rostros lívidos y sus manos temblorosas al tomar aquella botella de agua que les obligaban a beber denotaban todo lo contrario.

El agua contenía algún tipo de droga que los hizo dormir casi de inmediato.

Imposible saber dónde estaban, qué hora era o cuánto había durado el viaje cuando se despertaron. Por las ventanillas, con las cortinas echadas, no podían ver los lugares por los que pasaban. Poco después llegaron a destino.

Les quitaron la capucha. Se abrieron las puertas del coche y un olor como a algún licor derramado los invadió. Los sacaron del coche. Estaban en el interior de... tampoco sabían qué.

Intentaron saber dónde se encontraban, qué hora era. Imposible, les habían quitado los teléfonos y los relojes y además eran otras las personas que los llevaban sujetos.

Preguntaron dónde se encontraban, contando con la posibilidad de que nadie les respondiera. Pero les respondieron en tono cordial que habían estado viajando en coche y en barco todo un día. Y que en ese momento estaban en Bali.

Fernando y su compañero ya no estaban entre ellos. A partir de ese momento, los que los acompañaban ya no pronunciaron ni una palabra más.

Atravesaron un lugar con el suelo de tierra y arena, iluminado solo de trecho en trecho y casi a ras de suelo por unas bombillas minúsculas. Los metieron en un cuarto húmedo con dos troneras por donde entraba algo de luz, no se apreciaba si natural o artificial, y olor a mar. Pero no había ninguna ventana. Un par de camastros con mantas y una mesa en medio sin una sola silla.

Los sujetaron por un solo brazo, a unas cadenas que pendían de la pared.

¿Qué pensaban hacer con ellos? Gerardo tenía claro que podían esperar cualquier cosa y ninguna buena. Fernando lo había traicionado. Al final se había cambiado de bando. ¿Y qué esperaba él, fidelidad eterna? Se sintió más estúpido todavía, por haber confiado en él.

Enseguida oyeron cerrar con llave aquel cubículo. Antes chirriaron los goznes y casi de inmediato la llave en la cerradura y un cerrojo. No habría forma de salir de allí.

Todavía bajo los efectos del narcótico, no fueron conscientes del tiempo que había transcurrido cuando volvieron a escuchar los mismos ruidos chirriantes, pero en orden contrario: primero el cerrojo, después la llave y, seguido, los goznes de la puerta.

La abrió el que desde ese momento sería nombrado por Ana y Gerardo como «el carcelero». Iba acompañado de una pistola y, después de mirar a los encerrados mostrándoles su arma, se retiró para dar paso a un hombre con una bandeja repleta de comida: «el camarero». Mientras apoyaba la bandeja sobre la mesa escucharon los sonidos que con el paso de los días se les haría tan familiares: goznes, llave, cerrojo. O justo a la inversa.

El camarero portaba una llave con la que abrió los candados de las cadenas que sujetaban uno de sus brazos, para que comieran. Ninguno de los dos aceptó probar nada.

—Deben alimentarse — dijo—. Gerardo respondió que no probarían nada hasta que alguien les explicase qué esperaban de ellos.

El camarero dio tres golpes en la puerta y, como respondiendo al conjuro «ábrete, sésamo», volvió a abrirse la puerta con la tétrica música chirriante. Pero nadie fue a hablar con ellos.

La misma escena se repitió en otras tres ocasiones. Llegó un momento en que aceptaron pan y agua.

Les soltaban el brazo solo a las horas de las comidas, aunque no probaran bocado. Estaban advertidos de que al menor movimiento dudoso no los volverían a soltar para comer.

La humedad y la oscuridad de la cueva y la falta de alimento irían minando su ánimo y aumentando su miedo.

Singapur, 2 de abril

Al llegar la hora acordada para comer, llamaron a Ana, pero Ana no contestó. Insistieron los dos y después lo intentaron con Gerardo. Ninguna respuesta.

Pensaron que, de nuevo, algo había pasado entre ellos y no deseaban hablar. Victoria parecía entretenida, por lo que decidieron comer allí mismo unos sándwiches. Al terminar volvieron a llamarlos. Victoria comprendió que algo extraño estaba pasando, pero no preguntó nada. Ellos parecían un poco más preocupados. Acordaron volver al hotel.

Llamaron a la puerta de la *suite* de sus amigos. Nadie respondió por más que insistieron y anunciaron desde la puerta que eran ellos. Michel bajó a recepción y preguntó por los ocupantes de la habitación de los señores Rico-Mazo.

—¿Han dado orden de no pasarles a su habitación ninguna llamada telefónica, o han dejado algún aviso en su casillero o en el de doña Diana Juncal?

El recepcionista, tras comprobar que no existía ninguna nota, ni orden de no pasarle llamadas telefónicas, se acercó a otro de los mostradores para hablar con sus compañeros de recepción, después volvió a su puesto para informarle.

—Me dicen que unos señores han preguntado por don Gerardo y luego los han visto bajar a todos juntos y salir del hotel.

—¿Cómo es posible que con tanto cliente moviéndose por recepción se haya fijado usted en ellos y los haya reconocido? —preguntó extrañado Michel.

—No he sido yo, ha sido mi compañero el que los ha visto salir, yo estaba al lado cuando han preguntado por don Gerardo Rico. Ha dicho que eran amigos. Pero si necesitan más información pueden hablar con el director, que está al lado de mi compañero para que lo autorice a darle más detalles.

—De acuerdo. Gracias.

El recepcionista lo acompañó hasta la mesa donde le indicaba que estaban ambos, los presentó y puso al corriente de lo que ocurría. El director, muy amable, lo saludo y autorizó al recepcionista a dar la información solicitada. Michel volvió a hacerle la misma pregunta.

—Le decía a su compañero que estoy asombrado, ¿es posible que sea usted capaz de reconocer a los clientes, con el movimiento que hay siempre por recepción? ¿Se ha fijado usted en los señores que han venido preguntando por el matrimonio Rico-Mazo y los ha reconocido al salir?

—Claro, señor. En realidad, solo han preguntado por don Gerardo Rico. Me he podido fijar en ellos porque, además de hablar español, leo a autores españoles y soy un fiel seguidor de la autora Ana Mazo; creo que tengo todos sus libros y ella ha sido muy simpática conmigo siempre que hemos coincidido aquí. Ha tenido incluso la amabilidad de firmarme el último de sus libros, por lo que no podía pasar desapercibida para mí, como tampoco he podido dejar de apreciar que el gesto de mi autora favorita no era el habitual, el que estoy acostumbrado a ver

desde el primer día y todo este tiempo que voy teniendo la suerte de cruzarme y hablar con ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Le pasaba algo?

—A usted también lo conozco, he trabajado un par de años como botones en un hotel de su padre mientras estudiaba, y en este último mes le he visto acompañar a doña Ana y a doña Diana, a esta principalmente. Por eso me estoy atreviendo a hablar tanto, lo veo preocupado y eso me confirma en mis sospechas.

—¿Sospechas? Continúa, por favor.

—Si me lo permite, el que dijo ser su amigo, y debía de ser verdad que lo era, tiene un aspecto que asusta un poco, no es la primera vez que lo veo con don Gerardo y siempre me sorprende, pero nunca lo había visto junto a mi escritora y juraría que a ella no le hacía ninguna gracia salir con el amigo de su marido.

—¿Por qué ha llegado a esa conclusión?

—Es que en esta ocasión y por primera vez doña Ana me ha mirado pero no me ha saludado, iba muy seria. Bien, creo que era algo más que ir seria, diría que iba como si se encontrara enferma, tal vez iban de visita al médico y esos amigos los llevaban a alguna cosa así, aunque puede que fuera a causa de su esposo, él presentaba algunas heridas, no sé..., pero me han causado mala impresión.

—Gracias por tu confianza, si sabes algo más, doña Diana está arriba, esperando a su amiga. Por favor, si vuelven, comunícelo. Michel a punto de iniciar la vuelta a la *suite* de Diana, se giró de nuevo hacia el recepcionista para continuar con el interrogatorio.

—Voy a corresponder a tu confianza preguntándote si cuando dices que el amigo que los acompañaba te sorprende, te refieres a que además de ser un hombre fuerte, es grande y lleva la cabeza rapada y...

—Y una barbita... —terminó el recepcionista la descripción que Michel estaba haciendo.

—Está claro, estamos hablando de su amigo Fernando. Sí, lamento decir que sí es su amigo. Pero es muy extraño que ninguno de los dos nos conteste a las distintas llamadas que vamos haciendo a sus móviles. De momento no digan nada, por favor.

—No se preocupe.

—Llámanos si los ves volver o ves cualquier cosa relacionada con alguno de ellos. Estaremos en la habitación de mi prometida —se apreciaba cierto orgullo al decirlo—. ¡Por favor!

El recepcionista lo miró sorprendido, pensó en la suerte del hijo de su antiguo jefe. Entre los recepcionistas habían comentado en algunas ocasiones la belleza y elegancia de las dos amigas españolas.

—Le aseguro que estaré muy atento. Un placer poder ayudarles.

Volvió a la habitación de Diana y Victoria. La niña estaba ya en la siesta a que la obligaba su madre cuando había ocasión, ya que la mayoría de las noches se iba a la cama a la hora de los mayores, y puso a Diana al corriente de las escasas pero inquietantes noticias que tenía. Poco podían hacer, solo esperar. Se tumbaron vestidos sobre la cama y entre arrumacos se quedaron dormidos.

Fue un sueño corto, pero al despertar nada había cambiado. Diana, al abrir los ojos, pudo ver que Michel la estaba mirando en silencio pero con intensidad. No trataba de despertarla.

Victoria fue al dormitorio de su madre en cuanto se despertó; se subió a la cama para tumbarse en medio de los dos y les pidió que le hicieran cosquillas.

Salieron a última hora para dar un paseo y cenar, tratando de que se les hiciese la espera menos angustiosa. Pero al volver y seguir sin noticias pidieron a recepción que alguien abriese la *suite* de sus amigos por si les había ocurrido algo. El recepcionista que ahora ya no estaba había afirmado que habían salido, pero también le había comentado la extraña forma en que abandonaron el hotel. Estaba seguro de que, de haber continuado los mismos recepcionistas, no hubiera pasado desapercibido para ellos la vuelta al hotel del matrimonio. Pero los de la noche seguramente no los conocían como aquel fan de Ana, y tal vez los habían dejado pasar por alto.

Tenían la secreta esperanza de que ya estuvieran en sus habitaciones de vuelta, aunque sin ganas de hablar con nadie. Era una esperanza un poco forzada. Si lo pensaban bien, sus amigos no podían actuar así. Por eso necesitaban comprobar que no se encontraban en sus aposentos postrados y, sobre todo, asegurarse de que en ellos no se había producido ningún tipo de violencia, como la que se había originado en el restaurante.

Michel solicitó la presencia del director gerente, que acudió presto a su llamada. Le narró, confiando en su discreción, lo extraño que les resultaba que sus amigos no contestaran a la puerta ni al teléfono, sobre todo teniendo en cuenta que habían quedado a comer y que se irían de vuelta a España antes de veinticuatro horas.

—Sí —confirmó el director gerente—, doña Ana ya había advertido que, junto con doña Diana e hija, se iría en la noche del día siguiente, pero solo dejan la segunda *suite*; la otra la seguirá usando su esposo por tiempo todavía sin determinar.

El director pensó que la preocupación no era gratuita. Dada la relación de las dos familias, era lógico que necesitaran saber si les había ocurrido algo. Precisamente el día anterior le habían comentado sobre el aparatoso aspecto que presentaba don Gerardo a su llegada al hotel. Había causado cierta expectación, al menos entre los empleados del hotel que estaban en ese momento. El gerente no hizo preguntas. Michel no era un desconocido para él y sus clientas habían llegado juntas y permanecido en el hotel mucho más tiempo de la media habitual del resto de sus clientes, por lo que entendía que tenían autoridad moral para pedirle lo que le estaban pidiendo. Y él no pensaba fallarle al hijo de uno de los hombres al que quizás un día le interesara pedir un puesto de gerente en alguno de sus hoteles.

Primero, recepcionista y director llamaron al teléfono de la habitación repetidamente, a sus móviles después y, ante el silencio, a la puerta de la *suite*. Diana salió con Victoria de sus habitaciones al escuchar los ruidos del pasillo y la voz de Michel. Ante el total silencio se organizó un operativo.

Mientras lo organizaban, Diana llevó a Victoria a su habitación y le pidió que permaneciera en ella.

—Pero, mamá, ya sabes que yo también estoy preocupada por Ana. Sobre todo desde que sé que salía del hotel con Fernando.

—¿Y cómo sabes tú eso? —se sorprendió Diana.

—Se lo he oído comentar a uno de uniforme que hablaba con Michel. Hablaban en voz muy baja, pero ya sabes que yo tengo muy buen oído.

—Está bien, Victoria, vente conmigo.

Entraron en la *suite* de sus amigos, después de que el director gerente y el inspector del hotel supervisaran aquella anomalía. Pasó primero el inspector, después, una vez comprobado que parecía no haber peligro, ni existían vestigios de haberse producido ningún tipo de violencia —tampoco había nadie—, fueron pasando los demás.

Cada uno hizo la comprobación que era más propia de su cargo. El gerente consideró que

no había ninguna alteración en los objetos afectos a la *suite*, el inspector confirmó que no veía ninguna señal de violencia y Diana comprobó que la ropa de Ana parecía en orden, así como sus cosas de tocador. Ana no se había llevado su neceser, ni ninguno de los principales productos de tocador que usaba a diario, por lo que su idea no era la de pernoctar en ningún otro sitio.

Diana había preparado las maletas para aquel viaje y conocía muy bien la ropa de su amiga, no podía decir lo mismo de la de Gerardo, aun así, sus armarios parecían en orden.

Sobre la mesa escritorio del saloncito, estaban los billetes de avión a nombre de los cuatro. Diana lo comprobó. Si esa noche no volvían, habría que anularlos o cambiarlos si fuera posible. Lo comentó con Michel, él se encogió de hombros al tiempo que sugería esperar hasta la mañana siguiente.

Al comprobar la hora a la que se había hecho la limpieza en aquellas habitaciones, descubrieron que fue después de que los recepcionistas con los que habían hablado los vieran salir, por lo que lógicamente ellos no habían vuelto y todo estaba en el orden que las limpiadoras lo habían dejado. A pesar de la hora, también se pusieron en contacto con ellas y con la gobernanta que había realizado su trabajo en esa *suite* en concreto.

Las hicieron volver al hotel para comprobar *in situ* si, en efecto, todo estaba como ellas lo habían dejado y, sobre todo, saber si allí habían apreciado alguna anomalía. Los clientes de aquella *suite* llevaban más de dos meses ocupándola, con un paréntesis mientras visitaron Bali, y todo el personal de la limpieza eran expertos en detectar la variedad de anomalías que diariamente se producían en las distintas estancias que cuidaban.

Nadie había detectado nada, salvo que en los dos últimos días estaban utilizando las camas de los dos dormitorios. Todo daba la impresión de normal, pero no era normal. Podrían haber ido a cualquier sitio y volver a altas horas de la noche o al día siguiente, eran personas adultas y libres. Pero no parecía nada probable que no se lo hubieran comunicado a sus amigos, máxime cuando habían quedado a comer y no se habían presentado, ni excusado su ausencia. Además, era la última noche que pasaban en Singapur y al día siguiente pensaban volar juntos.

Diana y Michel hubieran podido añadir que la situación era más preocupante teniendo en cuenta que sus amigos habían decidido separarse y que Gerardo tenía algunos problemas con unos socios mafiosos. Pero, naturalmente, no lo añadieron.

El inspector del hotel estuvo recabando información, pero no había obtenido nada digno de tenerse en cuenta. Diana regresó con su hija a sus aposentos, después de haberle dejado a Michel una de sus llaves tarjeta, para que al terminar la investigación pudiera entrar en su *suite*, sin despertar a Victoria, cuyos ojos daban idea de lo poco que le faltaba para quedarse dormida, y con el fin de estar al corriente de las últimas novedades, caso de que las hubiera. Él permaneció con el gerente y el inspector tratando de descubrir algo que les diera una pista de lo ocurrido.

Michel volvió a la *suite* de Diana sin novedades, ni ideas, ni estrategias para localizarlos. Lo único que podía hacer era volver a llamar a su amigo, el comisario, a una hora adecuada, para ponerle al corriente de la situación, por si se había producido algún altercado que les afectase.

El inspector del hotel le había propuesto llamar a la policía, pero Michel lo había intentado tranquilizar diciendo que seguro que no había motivo para ello, aunque ahora les pareciese un gran enigma su extemporánea salida sin advertírselo.

Dado que tenían billetes para volar a España la noche siguiente, seguro que volverían a tiempo. Consideraba que no habían encontrado nada que les diese idea de que había existido violencia, por lo que no parecía oportuna, de momento, la denuncia policial. La policía siempre exigía que hubiera transcurrido un tiempo superior a veinticuatro horas desde su desaparición.

Aunque la compañía de Fernando Caballero era un mal dato, pero eso tampoco lo podían verbalizar.

—Se trata de un matrimonio con autonomía suficiente como para volver a altas horas de la madrugada, incluso al día siguiente.

Al decirlo, Michel se dio cuenta de que estaba resultando un poco contradictorio. Ese mismo argumento lo había utilizado en sentido contrario para movilizar a unas cuantas personas.

En realidad, lo último que Michel quería era alertar a la policía. Si al día siguiente, antes de comer, no habían vuelto, tal vez tomarían otra decisión.

3 de abril

Al día siguiente nada había cambiado. Sabían que habían desaparecido los dos y que Fernando Caballero estaba con ellos. Lo que ignoraban era en calidad de qué. Seguro que había hecho de señuelo para que Gerardo les abriera la puerta de la *suite*. ¿Lo habían obligado o él también formaba parte de los socios enemigos de Gerardo Rico? De cualquier manera, los datos no auguraban nada bueno.

Michel decidió quedarse en el hotel junto a Diana y Victoria; en la habitación que había pedido el día anterior. De nuevo, le solicitó al director gerente discreción, él trataría de arreglarlo de forma privada. En esta ocasión sintió la necesidad de explicar algo más, lo justificó diciendo que temía que pidieran un rescate y hasta entonces no quería que se supiera nada. El director del hotel le aseguró que sería una tumba hasta nueva orden.

5 de abril

Pasaron dos días y todo seguía igual. Diana anuló los billetes un poco tarde. Antes de eso había hecho las maletas de Ana convencida de que llegaría a tiempo para coger el avión, por eso no anuló o cambió los pasajes a tiempo. No había querido perder la esperanza de que todo se resolvería en esas horas que quedaban para ir al aeropuerto.

Pero no habían vuelto. Michel, en contacto con sus dos amigos nativos, no cesaba de hacer gestiones para intentar averiguar el destino del matrimonio.

Cuando Diana comprendió que ya no servía de nada esperar con las maletas preparadas, fue doblemente consciente de que su esperanza ya no tenía sentido y las deshizo. Volvió a colgar la ropa y a colocar las cosas de su amiga lo más parecido a como las había dejado Ana, mientras pensaba angustiada en lo ajenas que estaban ellas a los tejemanejes de Gerardo, cuando preparaban todas aquellas cosas en Madrid.

En el hotel, las escasas personas que sabían de esta ausencia se preguntaban por qué no intervenía la policía, pero eran fieles a Michel y él les había pedido silencio.

Michel no se atrevía a explicarles que la policía estaba advertida y haciendo su trabajo. Tal vez los culpables de su desaparición habían dejado entre el personal del hotel algún contacto, para que los tuviera informados. Mejor que no entendiesen su silencio.

Singapur, 6 de abril

Todo se alteró aquella mañana que Diana recibió una llamada después de haber desayunado. Su cara de asombro alertó a Michel, que todavía no se había ido a isla Sentosa, como estaba haciendo todas las mañanas.

—¿Quién te ha llamado? Parece que han sido malas noticias —preguntó Michel a punto

de salir del saloncito.

Después de parpadear incrédula unas cuantas veces, dijo con voz asustada:

—¡Ellos!, ¡han llamado ellos!

—¿Ana y Gerardo?

—No, los otros, los que vinieron a llevárselos.

—Pero ¿qué han dicho? Estás lívida.

—Están en Bali y agradecen que no hayamos llamado a la policía. Han dicho que no saldrán del lugar en que se encuentran hasta que no hayan terminado el negocio. ¿Crees que saben que estamos al tanto de qué clase de negocio se trata? Si es así, ¿no crees que también nosotros estamos en peligro?

—Diana, no sé valorar si eso es bueno o malo. Me voy a poner en contacto con mis amigos, espero que ellos nos orienten. Voy a mi restaurante y desde allí haré las gestiones necesarias. Estate tranquila, es posible que en la próxima llamada tengan alguna exigencia. Como te puedes imaginar, no tengo ninguna experiencia en este tema ni en nada que se le parezca. Pero seguro que ellos están bien, aunque los tengan escondidos.

—¿De verdad lo crees?

—Lo que me extraña es que digan dónde están, claro que eso no es una dirección, sino algo muy ambiguo, pero es raro que nos den pistas si no es con alguna intención que se me escape. Puede que tengan algún topo en la policía y quieran comprobar si estamos en contacto con ella. Veremos qué es lo próximo.

6 de abril.

Las discusiones entre Gerardo y Ana habían cesado. Realmente, la que manifestaba su enfado era Ana con su silencio, Gerardo solo se disculpaba y pedía perdón. A pesar de, o tal vez por..., estar convencido de las pocas posibilidades que tenían de poder salir vivos de aquel inhóspito lugar al que los había llevado su errada idea de «un negocio redondo».

Él trataba de superar el pesimismo que sentía respecto a su futuro y se esforzaba en dar ánimos a su esposa para que no desfalleciese. Mientras, imaginaba cómo podían escapar de allí. «Si al menos fuera capaz de liberar a mi esposa... El camarero no parece muy peligroso, aunque nunca se sabe, pero casi sin terminar de entrar con la bandeja un hombre armado cierra con llave, mientras el camarero sirve las distintas comidas del día.

» Yo me atrevería a darle en la cabeza con cualquiera de las cosas que nos deja sobre la mesa: un plato o la misma bandeja, por ejemplo. Pero, aunque lo dejase fuera de circulación y le quitara las llaves que abren el candado de nuestras cadenas, ¿cómo podríamos salir de aquí? Y aunque consiguiera engañar al carcelero y él me abriera la puerta pensando que soy el camarero, ¿cómo no nos iba a disparar? Sin duda, una bala nos cortaría el paso, aunque solo pudiera hacer un disparo, casi a quemarropa, no fallaría».

Por el oscuro espacio con dos troneras, por las que entraban el húmedo salitre y el aire con olor a mar, también se filtraba un poco de luz natural que los primeros días confundieron con la artificial. Ese era el lugar donde los habían encerrado. Los camastros, uno frente al otro, los usaban también como sofás, ya que no había sillas. En la mesa de en medio les servían las distintas comidas y bebidas que les proporcionaban con puntualidad británica.

El carcelero, antes de dejarles con el camarero, también empleaba amenazas, les advertía del desprecio que sentían por sus vidas y lo poco que les costaría acabar con ellas, si no se

atenían a sus imposiciones.

Ana era consciente del esfuerzo que Gerardo estaba realizando para no dejarse arrastrar por el miedo a lo que les pudieran hacer sus enfadados socios y además mantenerla a ella esperanzada, pero le resultaba difícil olvidar que si se encontraban en aquella situación era precisamente por su culpa.

El sufrimiento y el miedo a lo que les podía ocurrir estaba instalado en aquella especie de covacha, o ratonera fría y húmeda, donde días y noches se sucedían sin solución de continuidad en la penumbra, desconociendo cuál iba a ser su destino.

Sus sentimientos habían ido sufriendo una evolución; aunque sería más exacto decir una revolución. Desde el momento en que Ana supo, por la propia voz de su marido, en qué negocio estaba metido, toda la admiración que sentía por él se había esfumado como si un mago maléfico hubiera agitado su varita, haciendo desaparecer de su memoria cuanto de bueno apreciaba en Gerardo. Su personalidad se disoció en un antes y un después y el resultado acabó siendo insoportable para Ana. Las consecuencias ya las estaban sufriendo y desconocían hasta dónde podrían llegar.

Antes de ser encerrados lo que Ana creía necesitar era tomar distancia de su marido. Dejar reposar su desengaño, su rabia, y ver qué resultaba pasado un tiempo sin verlo.

Después, en aquella cárcel tan particular, le agobiaban más sus disculpas que su silencio. Prefería ignorarlo, pero estaban tan cerca...

Los días pasaban lentos e inexorables, con una única interrupción, la del carcelero y el camarero que les visitaban tres veces al día para alimentarlos. Quienes los tenían encerrados no querían que muriesen de inanición. Tal vez deseaban darles otra clase de muerte más dolorosa.

Despreciaron ambos los desayunos, comidas y cenas de los dos primeros días. Aceptaban a duras penas un poco de pan y agua. Pero Gerardo no podía soportar ver la cara tan demacrada y envejecida de Ana. Temía por su salud, lo que acrecentaba su culpa. Llegó a la conclusión de que debían ser prácticos, e insistió en la necesidad de un cambio de actitud, por su propia conveniencia.

—Ana, no me hables si no quieres, pero, por favor, tienes que alimentarte, así, cuando llegue el momento de salir, te repondrás rápidamente, pero si te abandonas puedes tener problemas añadidos. Olvida si quieres hasta que me conoces. Somos dos extraños viviendo una dura situación de la que pretendemos salir en las mejores condiciones posibles. Debemos unir fuerzas. Hay que empezar por alimentarse bien, al menos esto está a nuestro alcance.

» No desean hacernos más daño que tenernos aquí encerrados para asegurarse de que no vamos a estropear su negocio —le aseguraba Gerardo, aunque él estaba convencido de todo lo contrario—. En cuanto lo consigan seremos libres. Pero esto puede durar más de lo que podrías aguantar si no te alimentas bien y tratas de hacer un poco de ejercicio, aunque la cadena y el espacio apenas nos permita movernos. Es una cuestión de disciplina. Olvida todo lo demás y piensa en ti, en mantenerte lo más saludablemente posible. Esto es como una pesadilla, pero despertarás.

Ana tardó en poner su atención en aquel criterio, para ello hubo de superar el rencor y el dolor de tener que prescindir de aquel hombre que había sido depositario de todo su amor y aceptar que de aquella situación tenía que salir indemne.

Gerardo estaba convencido de que la intención era acabar con ellos cuando la operación que iban a llevar a cabo terminase. No podía imaginar por qué, en lugar de matarlo ya, existía ese empeño en alimentarlos bien, cuando su propósito no era dejarlos vivos. Pero no tenía ninguna

duda de que obedecía a algún retorcido plan, beneficioso para quienes los tenían presos, o simplemente obedecía a que les tenían preparada una muerte más horrorosa.

Pero Gerardo pretendía que Ana viviera con esperanza. Además, era cierto que solo si estaban bien, podrían aprovechar la ocasión de escapar, si esta se presentaba.

Singapur, 6 de abril

Tras organizar lo más urgente del restaurante, Michel llamó a su amigo el comisario y lo puso al corriente de la situación.

Así se enteró Michel de que Singapur estaba colaborando con Indonesia para acabar con el tráfico del marfil, y que se había detectado inusual actividad por el Índico, sin que se advirtieran los motivos. No sabían de qué islas partían ni dónde terminaban su viaje. Tal vez se trataba de aparentes maniobras sin otra finalidad que encubrir su auténtica actividad. Posiblemente daban vueltas a distintas islas para despistar de lo que estaba ocurriendo realmente.

Michel expresó a su amigo el comisario la extrañeza que le ocasionaba aquella llamada. Dijo que parecía una chulería que todo estuviese pasando en los alrededores de Bali y que aquellos traficantes les llamaran para decirles que estaban en Bali. Él entendía que, a menos que se tratase de una artimaña para comprobar si estaban en contacto con la policía, no parecía que tuviese sentido dar pistas.

—Todo parece indicar que hay exceso de movimiento por aquellas ínsulas, pero se trata de casi mil islas. No queremos hacer nada hasta cerciorarnos de que damos en el blanco. Es posible que busquen tener claro que vosotros no habéis ido a denunciar su desaparición y que la policía no les está buscando.

»Si advirtieran que helicópteros oficiales los vigilan desde el cielo de Bali, cesarían sus maniobras y buscarían otro lugar para operar, por eso tenemos que esperar a que den un paso en falso. Tu teoría es buena, os hablan de Bali, pero se están moviendo por Flores, Timor y otras islas de menos importancia. Todo parece indicar que tratan de despistarnos, seguro que utilizan una de las islas por la que todavía no vemos amarar ningún barco.

El amigo de Michel, que no podía pasar por alto lo preocupado que estaba, quiso poner un poco de humor en la conversación. Aunque la información terminó siendo muy seria.

—¿Sabes qué se comenta, respecto al motivo del enorme tráfico del marfil? Es curioso.
—Después de un silencio por parte de Michel que zanjó con:

—Tú me contarás.

—Pues se dice que en China hay muchos nuevos ricos y cualquiera se puede comprar un Mercedes, por lo que ahora un claro signo de distinción es tener en casa grandes piezas de marfil. Las mismas empresas, cuando realizan regalos a sus mejores clientes, tienen preferencias muy marcadas por esta «joya» como el máximo exponente de su distinción a quienes hacen crecer sus ventas.

»Y ahora en serio. La demanda sobrepasa cuanto se pueda hacer con ayuda de la policía. Imposible superar esta ansia, casi adicción por el marfil. Solo concienciando a los demandantes del impacto que ocasionan en la biodiversidad será posible frenar esta locura.

»En cuanto a vuestros amigos, supongo que será cierto que están bien. Una vez colocado el cargamento de marfil fuera de nuestras fronteras y sin que ellos sepan la ruta por la que van a transitar, no necesitan hacerles daño para que callen. Eso sería incurrir en un delito aún más grave sin ninguna necesidad.

»Si vuestros amigos no intentan escapar y son capaces de permanecer tranquilos, y si nosotros no los buscamos, habrá más posibilidades de que salgan indemnes.

—¿Me estás diciendo que debemos permanecer inanes hasta que los suelten?

—Te estoy diciendo que ellos no tienen que tener percepción de nuestros movimientos, para no abocarlos a tomar represalias contra ellos. Así que, si estás pensando en ir a Bali a buscarlos, será mejor que lo olvidéis y nos dejéis hacer a nosotros.

—Pero ¿me tendrás al corriente de lo que esté pasando?

—No podré, lo siento. Hay operaciones que no debe conocer casi ni quien las tiene que llevar a cabo. De hecho, cada grupo tendrá una misión aislada del resto.

Michel no insistió, se daba perfecta cuenta de lo que ocurría. Aquello era demasiado serio para que personas interesadas, pero sin ningún conocimiento teórico ni práctico en luchas contra las mafias, metieran su cabeza en medio de una operación policial de expertos en esta lucha.

9 de abril. En un lugar desconocido

Pasaron tres días desde la comunicación de los traficantes. Estaban impacientes y desesperanzados cuando volvió a sonar el teléfono. La sorpresa de Diana al escuchar la conocida voz que sonaba al otro lado del teléfono fue muy grande.

—Pero ¿eres tú, Ana? —Diana no lo podía creer.

—Sí, soy yo. Sabía que te alegraría oírme. Se lo he pedido a mis carceleros y ya ves.

—¿Cómo estás? ¿Os han hecho daño?

—No, nadie nos ha hecho daño, pero, escucha: me han exigido que sea breve. Todo va bien porque han comprobado que no habéis denunciado nuestra desaparición a la policía. Si ellos no interfieren es posible que en una semana o diez días nos dejen libres. Así que continuad como hasta ahora, sin hacer nada, por favor.

—¿Sabes a qué lugar os han llevado?

—No, solo nos han dicho que estamos en Bali. ¡Me quitan el teléfono!

Una voz de hombre se escuchó al otro lado del aparato:

—Ya ha escuchado a su amiga. Sigán así y pronto habrá acabado todo.

SOBRE EL ARCHIPIÉLAGO

Singapur, 14 de abril

La Interpol y el FBI cumplían con su trabajo. Un trabajo sordo y silencioso, como si nadie moviera ni el aire que respiraban.

La operación que tenían que abortar era de suma importancia. Toneladas de marfil de distintos continentes habían sido reunidos en los últimos tiempos, esperando poder venderlos por el mundo oriental como piezas antiguas.

Pero había llegado el momento de empezar a hacer ruido, un ruido equívoco que respondía a lo que consideraban argucias de los traficantes, con artimañas del mismo calibre.

Era una tarde clara y el ruido de los motores atronaba el archipiélago. Un despliegue de helicópteros sobrevolaba el mar de Indonesia: Sumbaya, Sumba, Flores, Kupang y las pequeñas islas más apartadas de Bali, que era el lugar por donde se había detectado el exceso de movimiento de barcos sin un rumbo determinado.

Mientras, otro operativo trabajaba discretamente lejos de este lugar. Esperaban la oscuridad de aquella noche sin luna. Su misión primera: liberar a un matrimonio español.

Era necesario sacarlos del lugar donde se encontraban, que era algo así como la primera línea de fuego, para poder empezar la auténtica misión: el ataque a los traficantes, muy entretenidos en esos momentos en preparar el cargamento para dos barcos pesqueros, en grandes cajas de madera, sobre las que colocarían el pescado recién capturado.

Era un paraje idílico. Un moderno edificio junto al mar y rodeado de hermosos jardines, no era el lugar propicio para pensar que allí se desarrollaba un sustancial tráfico de marfil. Un cargamento de suma importancia estaba preparado para embarcar. Solo estibarían en cada uno de ellos una cuarta parte del contenido de aquellos grandes almacenes, situados en los bajos de un famoso edificio abierto al público. La continua entrada y salida de camiones con toda clase de productos había permitido solapar los que contenían el marfil.

Grandes piezas sin tallar que serían muy disputadas al llegar a destino, las de menor tamaño, más discretas, y las talladas se embarcarían tres días más tarde en otros dos barcos pesqueros. No podían arriesgarse con un gran barco, aunque estaban próximos al mar abierto sin islotes, pero hasta esa parte no llegaban barcos demasiado grandes. Por otro lado, tenían que hacer pasar aquel valiosísimo cargamento por simple pescado. Todo estaba bien calculado. Aquella noche daría tiempo a cargar dos barcos y tres días más tarde serían otros dos. No utilizarían el estrecho de Malaca, ruta importantísima de navegación, pero todavía con problemas de piratería, sino que irían por el mar de la China Meridional hasta Bangkok.

El sistema de distracción que habían utilizado estaba saliendo a la perfección —eso pensaban, satisfechos, los traficantes—. Aquella misma tarde los helicópteros de la policía habían estado siguiendo el rastro falso que ellos, los traficantes de marfil, habían creado en el archipiélago. Era allí donde los querían distraídos, para mientras poder maniobrar con tranquilidad en otro lugar. Habían hecho una buena interpretación y todos a los que iba dirigida esta falsa maniobra lo habían creído, incluidos los socios a los que pensaban estafar.

Había uno que les había fallado queriendo salirse del grupo, pero ellos también habían aprovechado la situación para dar mayor verosimilitud al engaño, creando confusión tanto con la

intervención de la falsa policía como con el lugar desde donde se desarrollaría la carga de la mercancía.

Ningún lugar como aquel, con salida directa al mar y con un gran tráfico de mercancías diario. ¿Quién iba a pensar que en aquel estado donde imperaba la ley gracias a la profesionalidad de sus fuerzas del orden se estuviera preparando y dando lugar, a la salida de toneladas de marfil?

Saldría en el mismo tipo de barco que todos los días traían el pescado fresco para el consumo diario, y que amaran en la puerta de los almacenes de aquel edificio dedicado a restaurante, y en el mismo distrito de Singapur, donde se encontraba una policía de tan reconocido prestigio. Parecía inverosímil que alguien pretendiera traficar en sus narices.

Seguramente los españoles no habían hablado con la policía todavía. Sus soplones no habían detectado ningún movimiento policial en la isla. Fue mucho más efectivo el trasiego de barcos por el archipiélago, que les hizo creer que allí se estaba desarrollando todo el movimiento furtivo. La prueba era que ese mismo día un destacamento de helicópteros de la policía había iniciado las investigaciones por aquellas islas. Ellos podrían trabajar toda la noche sin miedo a su intervención.

En un importante edificio de Singapur, dos empleados con el blanco uniforme del restaurante, cuyo nombre podía leerse en el bolsillo superior, limpiaban en él. Lo extraño era que se hallaban en el lugar equivocado. Habían acabado de limpiar la cuarta planta junto a otros compañeros y ahora se dividían tal como les había mandado el encargado o responsable de la limpieza. Ellos formaban parte del equipo que debía limpiar la segunda planta, mientras el otro grupo limpiaba la tercera. Pero estos dos empleados habían llegado a la bodega y, con una llave de la que días atrás consiguieron hacer una copia, entraron en la penumbra de aquel frío lugar lleno de botellas de toda clase de vinos y licores.

Avanzaron en la semioscuridad, en una atmósfera húmeda con olor a mar. Solo iluminaban el recinto suaves luces a diez centímetros del suelo, para no dañar el contenido de aquellas botellas. Aquel lugar tenía unas pequeñas troneras que daban al mar y durante el día permitían la entrada de luz estratégicamente dirigida al firme de tierra. Pero a medida que oscurecía se encendían las eléctricas situadas en el suelo.

La bodega disponía de distintas crujías; las fueron revisando hasta que dieron con la que buscaban. La crujía era mucho menos profunda y en su final tenía una puerta de hierro con unos barrotes. Estaba cerrada por un gran cerrojo. La iluminaron con las linternas que portaban. Pudieron abrirla sin más inconveniente que correrlo. Llamaron con voz queda: ¡Gerardo!, ¡Gerardo!, pero allí no se encontraba la persona que habían ido a buscar. Siguieron inspeccionando la bodega hasta dar con otra crujía con puerta. En esta ocasión aunque corrieron el cerrojo la puerta no se abrió. Repitieron la llamada con voz queda: ¡Gerardo!, ¡Gerardo! Del interior surgió una voz.

—¿Quién está ahí?, ¿quién me llama?

—No me conoce, venimos a liberarlos. ¿Están bien?

—¡Gracias, Gracias! ¡Al fin! Sí, estamos bien.

—Me temo que ahora mismo no va a ser posible, pensábamos que podría abrir con solo correr el cerrojo, pero no consigo que ceda, intente empujar desde dentro.

—No. La puerta se abre en sentido contrario, tendrás que empujar tú hacia dentro. Pero cuando vienen a traernos comida, yo escucho el cerrojo y seguido una llave que hace mucho

ruido, debe ser grande.

Después de un rato intentando distintas opciones, y buscando entre las botellas una llave, por si estaba al lado de la puerta, tuvieron que darse por vencidos. Tendrían que buscar otro sistema. El compañero que había estado callado mientras el otro buscaba la llave dijo que él tenía una idea. Habían estado vigilando a las dos únicas personas que bajaban a la bodega de forma regular y por lo que sabía no les habían llevado la cena, y no lo harían hasta una hora más tarde.

—¿Os han traído la cena? —les preguntó, para mayor seguridad.

—No. Todavía no debe de ser la hora.

—Pues yo esperaré a que os la traigan y veré dónde guardan la llave, cuando se vayan os sacaré de ese agujero. Tenemos estudiado el lugar por donde podréis huir sin ser vistos.

Lo habló con su compañero que, en principio, consideró muy buena la idea y quiso quedarse y seguir su misma suerte.

—Creo que faltar los dos tanto tiempo sería un error. El encargado detectaría que algo extraño estaba pasando. Será preferible que tú sigas con lo que teníamos que hacer y si alguien pregunta por mí les des cualquier explicación: que he ido al baño, o que estaba potando, no sé, lo que se te ocurra en ese momento.

—Tienes razón, subiré a la planta que nos tocaba limpiar ahora. Mientras, busca un lugar estratégico desde el que puedas ver dónde está la llave, o dónde la deja, y en el que no te descubra. Tranquilizaron a Gerardo y Ana, cuyos corazones habían empezado a bombear sangre en exceso.

—Tranquilos, todo saldrá bien. No temáis, somos muchos y eficientes los que estamos en este empeño. Siempre lo logramos.

Pacientemente, esperó bien situado. Al fin apareció un hombre con una bandeja, vestido con la ropa propia de los camareros de aquel restaurante. Iba escoltado con el que sin duda sería el carcelero. Los observó, pero no pudo ver la maniobra de coger la llave: el camarero tapaba los movimientos del carcelero. Sin embargo, escuchó el inconfundible ruido de la cerraja mientras esta movía su resorte y el chirrido de la puerta al girar sobre los goznes oxidados. El camarero pasó al interior y volvió a oírse el mismo desagradable chirrido de la puerta. El carcelero se quedó fuera cerrando de nuevo.

Trató de ver mejor la escena, bien pegado a los botelleros para no ser descubierto, pero el bolsillo del uniforme se había enganchado en el cuello de una botella y, aunque el movimiento fue sutil, la botella cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos, con el consiguiente ruido que alertó al carcelero, que apenas dudó un segundo antes de echar mano de su pistola.

Todo fue muy rápido. El agente disfrazado de limpiador cogió del suelo un trozo de la botella y lo atacó desde el costado, tratando de cortarle la carótida. Le clavó el cristal en el cuello, el sitio más fácil y seguro dadas sus circunstancias. Un chorro de sangre brotó inmediatamente, pero al carcelero le había dado tiempo de sacar su pistola y disparar mientras caía al suelo. La bala solo traspasó la manga de la bata de limpieza y rozó la piel del brazo de su agresor.

Tenía que darse prisa, no sabía si el ruido del disparo se habría escuchado en algún lugar del edificio. Precisamente, el secreto de su éxito en aquella misión estaba en no usar armas, para evitar ruidos y sobre todo muertes inútiles, pero no había podido evitar el disparo del carcelero. El camarero había quedado dentro y él ignoraba si también iba armado, aunque suponía que con las armas del carcelero tendría suficiente.

Miró al carcelero, que se desangraba en el suelo, y decidió quitarle la pistola que aún

permanecía en su mano. Empujó la puerta, todavía con la llave puesta, pero esta no cedió. Recordó que al carcelero le había dado tiempo de empezar a cerrarla. Hizo girar la llave y esta vez volvió a escucharse su peculiar y desagradable ruido sin necesidad de gran esfuerzo. La puerta se estaba abriendo.

Antes de entrar en aquel lugar que en esos momentos servía de prisión, elevó la voz lo suficiente para ser oído y les advirtió de que iba armado, añadió que había matado al carcelero y pedía al camarero que no hiciese tonterías y saliera con los brazos en alto. Dos voces desde el interior le afirmaban que no llevaba armas y que ya estaba con los brazos en alto. Una de esas voces añadió que él solo era un camarero al que mandaban servir comida para dos en aquel lugar, y que solo quería salir con vida.

Ana ya tenía libre de la cadena el brazo, pero no Gerardo. El camarero había puesto en alto los brazos, tal como le indicaban desde fuera. La llave de los candados seguía en sus manos. Ana se la arrebató, alzándose sobre sus puntas para llegar a la mano del camarero. Abrió el candado de Gerardo y dejó suelto su brazo. Mientras, el camarero, obedeciendo las órdenes del exterior, trató de salir de la cueva.

En el mismo quicio de la puerta, el empleado de bata blanca lo cacheó al empezar a salir. La bandeja y todo lo que portaba en ella estaba tirado por el estrecho recinto. Le ordenó que lo ayudase a meter al ya moribundo en el lugar donde todavía estaban los secuestrados —el carcelero aún estaba vivo, pero jadeaba y agitaba las piernas dando los últimos estertores—. Pidió a Ana que saliera, y a Gerardo, que lo ayudara, porque no quería soltar la pistola y necesitaba otra mano; las cosas no habían salido como esperaban y no sabía qué más podría ocurrir si alguien había escuchado el disparo.

Gerardo sintió el olor dulzón y como a hierro de la sangre. Muy impactado ante la cruenta vista de aquel ser que había sido su carcelero durante no sabía cuántos días..., demasiados; hizo un gran esfuerzo para evitar su propio vómito y pidió a su compañera de celda que elevase la vista y saliera sin mirar al suelo.

Ana, asustada como en ningún otro momento lo había estado, siguió las indicaciones de su marido, pero antes de elevar la mirada, no pudo evitar ver como el suelo se iba empapando de sangre, mientras escuchaba el gorgoteo del moribundo y sentía las convulsiones del que ahora iba a ocupar su espacio.

Apremiados por el agente, el camarero y Gerardo ayudaron a introducir al moribundo en el lugar que había sido su habitación durante los últimos días. Con la agilidad propia de quien tiene mucha práctica, el agente rasgó en tiras la camisa ensangrentada del carcelero y de nuevo pidió ayuda a Gerardo para amordazar al camarero, que había vuelto a levantar los brazos para dejar claro que no pensaba jugarse la vida en aquel lance.

—Átale los brazos a la espalda. Rápido —Más que una petición fue una orden para Gerardo. Después se dirigió al camarero—. Si te resistes, te pego un tiro. —Le metió otro trozo de aquella tela enrojecida en la boca y le ató las piernas a la altura de los pies. En ningún momento intentó resistirse, sin duda sabía lo que se estaba jugando y a buen seguro que daba gracias porque lo dejaran en esas condiciones, pero vivo.

El agente corrió de nuevo el cerrojo y retiró la llave. La escondió entre las botellas que tenía más cercanas. Les pidió que lo siguiesen lo más rápido que fueran capaces y tratando de hacer el menor ruido posible. Los dirigió por estrechos y bajos pasadizos que los obligaba a curvar la espalda.

Salieron cerca del mar. Doblando un recodo que los árboles escondían, podrían haber

visto a un pesquero de considerables dimensiones. Se encontraba haciendo maniobras para situarse frente a la entrada marítima del almacén. En el lado opuesto al que conducía al recodo, la otra parte de la salida, dos agentes los esperaban con un vehículo que pusieron inmediatamente en marcha.

Mientras, el agente infiltrado que los había liberado, volvía a su lugar de limpieza. Una vez dentro del edificio se fijó en la manga de su atuendo blanco. Lo remangó, no tenía tiempo que perder, pero advirtió asustado que la sangre le había salpicado. La blanca bata mostraba abundantes muestras de sangre y así no podía integrarse en el equipo de limpieza. Se quitó la bata, se acercó al carrito, y con el mayor disimulo posible la introdujo en la bolsa que contenía la basura.

Solo uno de los compañeros lo miró extrañado, pero no dijo nada. Él comentó que lo había manchado con sus vómitos y no quería perder más tiempo buscando otra bata. Enseguida se dio cuenta de que el rasponazo que le había producido el disparo también sangraba y le estaba empapando la camisa. Simuló una arcada y corrió hacia los servicios, donde estaba instalado el botiquín.

Comprobó, para su tranquilidad, al abrir la puerta, que estaba a oscuras; dentro no había nadie. Con la linterna del teléfono pudo percatarse de que, aunque la herida no era de importancia, continuaba sangrando. Necesitaba hacerse una cura y mantenerla tapada. No podía estar así.

Se dirigió al fondo, donde sabía que encontraría lo que necesitaba.

Observó que en la oscuridad de los servicios donde solo la luz de su móvil iluminaba el espacio necesario para localizar el botiquín, una rendija de luz entraba del pasillo y se iba agrandando. La puerta de entrada, con movimiento lento, daba acceso a un desconocido que no deseaba ser visto. Estaba entrando y lo hacía muy despacio, cuidando de que él no lo advirtiera.

Se escondió en el escusado que tenía a su espalda, el más lejano a la entrada. Pronto se encendieron las luces y escuchó la voz del encargado de la limpieza preguntando qué le estaba pasando. No contestó inmediatamente. Trató de simular de nuevo que estaba en pleno vómito. Pasados unos segundos sin oír nada, abrió la puerta confiando en que el encargado ya se hubiera ido, pero allí estaba él, en la puerta, mostrándole su bata manchada de sangre y con una mirada fría e interrogante.

—Me he cortado con una botella, creo que eso ha multiplicado el malestar que tenía y estaba deshaciéndome de los desayunos de toda la semana —trató de bromear sin mucho éxito. El encargado cambió de postura sin soltar la bata y mostró la manga quemada por la bala.

—¿Y esto?, te lo has hecho con un cigarrillo, ¿no? ¿Cuántas veces he de decir que en el trabajo no se fuma? —Las palabras fueron pronunciadas con una tonalidad extraña o indefinida que no terminaba de interpretar. ¿Era sarcasmo de jefe enfadado o entrañaba una amenaza?

El agente infiltrado sintió que los dos hemisferios de su cerebro estaban trabajando a pleno rendimiento, aunque pensaban cosas muy distintas. Es posible que el encargado estuviera bromeando, dudaba una parte, mientras la otra le apremiaba para que saliese de allí lo más rápidamente posible.

Pronto comprendió que no bromeaba, pero no le daba tiempo a escapar. El encargado había dejado caer al suelo la bata, que hasta ese momento ocultaba la pistola que estaba empuñando amenazante. Sí, le estaba apuntando y ahora tenía a sus dos hemisferios cerebrales trabajando unidos con rapidez para decidir cómo escapar.

De nuevo la puerta se movió, aunque esta vez no estaban a oscuras y, por tanto, no se

advertía la entrada de la luz del pasillo. Otra botella se rompió inesperadamente. En este caso fue al estrellarse contra la cabeza del encargado de la limpieza, que disparó casi al mismo tiempo. Fue una reacción instintiva, mecánica.

Esta vez el agente camuflado de limpiador no tuvo tanta suerte, la bala hizo un agujero en una de las puertas de madera, después de atravesarle el hombro. El agente dio un grito de dolor a la vez que el supuesto encargado de la limpieza caía al suelo. El olor a vino estaba invadiendo el espacio.

El agente que lo había atacado con la botella puso los dedos índice y medio en el cuello para comprobar que estaba vivo, mientras preguntaba a su compañero si la bala le había dado. Él contestó con un sí que parecía más bien un gruñido, al mismo tiempo que señalaba su hombro, que ya había comenzado a sangrar, haciéndole olvidar su anterior herida. Su compañero se acercó y pudo percatarse de los dos disparos.

—Intenta estar tranquilo, voy a llamar primero a los compañeros para que acudan a por ti. Mientras vienen cogeré el botiquín para una primera cura. —Dio instrucciones por teléfono mientras se dirigía al botiquín—. Por el encargado no te preocupes, tardará en recuperarse, si es que se recupera. Tú permanecerás aquí escondido un poco más, hasta que lleguen los nuestros para ayudarte. Pronto dará igual porque ya debe de estar en marcha la operación y nuestro papel como limpiadores habrá terminado. Pasaremos a la acción como lo que somos: policías. No habrá que simular más.

Los de la limpieza estaban dando por terminado su trabajo y todo parecía en calma. Cuando aquellos empleados dejaran el edificio, otros empezarán a cargar los barcos pesqueros. También entre aquellos empleados como estibadores se encontraba infiltrado el cuerpo de policía, pero esperarían a que los dos barcos estuvieran cargados, para que no cupiese ninguna duda del tipo de actividad delictiva que se estaba llevando a cabo. Para poderlos coger *in fraganti*.

Ana y Victoria regresaban de la cena con Michel cuando su amigo el comisario lo llamó a su móvil.

—Escucha lo que te digo y no comentes nada si estás acompañado. Vuestros amigos están con nosotros. A salvo. Pero no los podéis ver todavía. Tiene que parecer que todo sigue igual, hasta que acabe la operación que se ha iniciado. Te volveré a llamar.

Michel miró con alegría a madre e hija, pero solo dijo:

—Parece que todo va bien, muy en secreto, pero bien. No os puedo decir más.

Ellas se miraron, Diana se encogió de hombros con una medio sonrisa.

—No te haremos preguntas, somos muy discretas, ¿verdad, Victoria?

—Sí, Michel, somos muy discretas. —Victoria puso mucho énfasis al decirlo.

Más tarde, mientras la niña dormía, Michel pronunció casi literalmente lo que su amigo le había comunicado. Después añadió:

—No podéis mostrar vuestra alegría. Por lo que sé, está saliendo bien la operación que han montado, pero no sabemos si está siendo en la misma isla de Bali o por las otras islas. La cuestión importante es que nuestros amigos están fuera de peligro, pero no podemos mostrar otro rostro que el de preocupación por ellos, para no levantar sospechas. Supongo que no se fían de quién puede estar cerca de nosotros. Me da miedo que Victoria, a pesar de su inteligencia, no sea capaz de disimular. Lo siento.

—No te preocupes, está bien así. Estoy deseando saber algo más, pero noto que me ha

desaparecido un peso muy grande que no me dejaba disfrutar plenamente de tu compañía. Pero, ¿sabes que pienso? —miró a Michel con esa sonrisa de «dos hoyuelos», como la había bautizado Michel y con ojos burlones explicó—: Pienso que este viaje que iba a ser de placer se está pareciendo a la odisea de Ulises. Aunque los personajes están algo invertidos.

»En este caso, Penélope lo está resistiendo bien, porque en la odisea de este viaje es Ulises el que está a su lado, sin que la ninfa Calipso haya logrado entretenerlo en ningún momento. Y lo que espera Penélope es alcanzar la calma de haber llegado a Ítaca juntos, a pesar de tantos inconvenientes que le está deparando este viaje. —Cambió el gesto y su voz sonó más trascendente—. En serio, Michel, eres un excelente compañero incluso en la adversidad. Sé que voy a ser muy feliz a tu lado.

Michel la miraba fascinado, no podía esperar una respuesta a su amor más satisfactoria que aquella. Diana lo amaba y era feliz a su lado a pesar de tanto susto y tantos disgustos. La rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza.

Cuando fueron conscientes de que pronto amanecería, Michel salió de la *suite* tratando de no hacer ruido.

Se verían en el desayuno.

Singapur, 14 de abril

La carga prevista estaba embarcada casi en su totalidad. El primer barco, y con el cargamento más importante, hacía una hora que había hecho las maniobras necesarias para iniciar la navegación que lo llevaría al primer destino: Bangkok, país permisivo a pesar de que, según su legislación vigente más actual, la tenencia de un colmillo sin el correspondiente permiso condena al comprador a cuatro años de cárcel.

El problema es que esta ley empezaría a aplicarse dentro de un año, en el 2021, lo que estimularía la recogida y venta de la máxima cantidad de marfil, ya que la fiebre por la posesión de este apéndice del elefante había sufrido un incremento muy notable en los últimos tiempos. Hasta este momento las normas del Comercio Internacional de Especies Amenazadas que prohibían la venta no regulada del marfil habían sido un fracaso rotundo en este país, aunque no solo en él.

El barco pesquero no iría por el estrecho de Malaca, saldría al mar de la China por el propio estrecho de Singapur, para poder alcanzar mayor velocidad sin riesgo de topar con los peñascos de alguna de las islas más próximas, hasta alcanzar el golfo de Siam. Llegar a Bangkok ya no sería un problema.

Ahora estaban cargando el segundo y último barco de hoy, este seguiría en principio la misma ruta, pero no entraría en el golfo de Tailandia, seguiría por el mar del Sur de China hasta pasar la frontera con Vietnam, para desembarcar en China, y tres días más tarde seguirían embarcando el resto de la mercancía en otros dos barcos con idénticos destinos.

También China había sido instada a rectificar sus graves carencias en la aplicación de la ley, que restringía el comercio del mercado legal del marfil, sin que se hubiera observado ningún progreso. Una vez que el barco alcanzara su puerto de destino, las dificultades para interceptarlo, serían más graves.

En esta ocasión no se incautarían de un barco en el puerto sin posibilidad de conocer a los destinatarios. Era lo que solía ocurrir y como consecuencia solo podían decomisar la mercancía, pero no había forma de conocer a su propietario, ni cómo se había accedido a ese medio de

transporte, ni siquiera quién iba a recogerlo a su llegada.

En el bolsillo de quien dirigía la operación sonaba un teléfono, que se interrumpió antes de poder responder. ¡Era la señal! Unos potentes focos iluminaron ese segundo barco que se estaba cargando.

Una voz desde un megáfono pedía atención y advertía que la policía los tenía rodeados por tierra y mar y que el barco, anteriormente cargado, ya estaba en poder de la Interpol y el FBI junto a sus tripulantes. Hubo una desbandada. Corrían de un lado para otro tratando de escapar, mientras otros se escondían en los lugares más inverosímiles del barco.

La operación fue un éxito total, no había excusas que aducir. Todo se había llevado con el sigilo más absoluto y toda la operación se realizó en completo silencio hasta que encendieron los focos.

También en los enormes almacenes se encontraron toneladas de marfil, bien simulados bajo montañas de verduras y frutas, que al igual que el edificio y los barcos quedaron confiscados y cerrado el restaurante.

Ahora podían identificar al propietario de los almacenes donde se acumulaban las toneladas de marfil que pretendían vender y de las que ya habían cargado dos barcos camuflando la prohibida mercancía bajo el pescado.

El mayor problema para el FBI era siempre descubrir quién estaba detrás de cada envío. En estos momentos lo acababan de constatar. Ahora este marfil no tendrá la cobertura de los comerciantes legales, nunca llegaría a sus manos.

Personas como Michel, que conocían la fama y el éxito del dueño de Lâohû (El Tigre), gracias a su trabajo concienzudo, no podían concebir que allí mismo se desarrollase la actividad de unos traficantes de marfil.

Cuando se fue descubriendo la trama, nadie podía creer que el famoso dueño de aquel conocido restaurante fuera el cabecilla de una organización de traficantes que llevaba a China uno de los cargamentos de marfil más cuantioso. Pronto la noticia corrió de boca en boca y los periódicos se hicieron eco de la exitosa emboscada.

La libertad de Ana y Gerardo se hizo efectiva de inmediato y pronto pudieron volver al hotel junto a sus amigos, y libres de cargos. En la caja fuerte del restaurante encontraron nombres y direcciones, así como la documentación falsificada que pretendían utilizar en caso de apuro, y dinero, mucho dinero. Una buena cantidad sería, sin duda, de Gerardo.

En el encuentro muy entrañable con sus amigos, las preguntas se sucedían interminables.

Ellos optaron por contarle todo desde el momento en que Fernando llamó a su puerta.

Ana hizo gala de su costumbre en narrar historias que nunca habían sucedido, novelando la realidad que había vivido junto a Gerardo. Este intervino cuando contaba lo que solo él sabía cómo había pasado. Aun así, fueron ambos interrumpidos varias veces por sus preocupados amigos.

—Me preguntaron desde recepción si aceptaba hablar con un señor llamado Fernando Caballero, que estaba junto al recepcionista...

—Nos metieron en un cuarto húmedo con dos troneras por donde entraba olor a mar...

»Allí hemos permanecido hasta ayer, cuando un policía disfrazado de limpiador del restaurante nos sacó de nuestro encierro.

Diana, que no podía reprimir las ganas de saber cómo los habían tratado, interrumpió el

relato de Gerardo para preguntárselo a su amiga.

—Ha sido terrible —respondió Ana—. El sitio era inhóspito. La humedad, la semioscuridad... No poder ver la luz natural y no saber si era de día o de noche; solo lo deducíamos por el tipo de alimento que nos servían. Tazones de leche de coco por la mañana. Eso nos daba la pauta de que empezaba un nuevo día.

—¿Habéis pasado miedo?

—Por supuesto. La amenaza era constante, cada vez que oíamos descorrer el cerrojo, temblábamos. Mientras comíamos, temíamos que cualquier movimiento fueran malinterpretado.

»Pero, como ya sabéis, nos permitieron llamar para tranquilizaros, a condición de que nos limitásemos a decir solamente que estábamos bien. Quizás no deseaban hacernos daño, solo realizar sus transacciones sin estorbos. Al menos, eso es lo que tanto ellos como Gerardo me transmitían y era también lo que yo deseaba creer. El carcelero solo nos hablaba lo indispensable, en un mal inglés. A veces nos animaba a comer diciendo que en unos días acabaría el encierro y sería mejor que estuviéramos bien alimentados.

—¿Vosotros imaginabais dónde os tenían?

—Como nos habían dicho que estábamos en Bali, lo creímos, no teníamos ningún punto de referencia que nos hiciera creer que no era cierto. Al finalizar su negocio, seguramente nos hubieran vuelto a drogar para dejarnos en el hotel, pensando que todo el tiempo lo habíamos pasado en aquella isla. Pero les han fallado los cálculos. No sé cuánto tiempo pensaban retenernos allí, te aseguro que ha sido todo muy muy angustioso.

Michel preguntó si los habían sacado de su encierro sin ningún contratiempo y entonces fue Gerardo quien narró cómo había ocurrido y lo que imponía ver a una persona dar los últimos estertores mientras brotaba la sangre de su garganta.

—En cuanto a lo que pensaban hacer con nosotros, no he querido en ningún momento que Ana perdiese esa idea de que no querían hacernos daño. De momento estábamos retenidos a merced de lo que quisieran hacer, y estoy seguro de que la facción dura que quería acabar con nosotros no se iba a dejar convencer de lo contrario con facilidad.

—¿Tú no creías que os iban a liberar? —dijo Michel.

—Decían que no pensaban hacernos daño, pero la persona que acompañaba al que nos traía la comida llevaba una pistola. Disparó en cuanto escuchó el ruido de una botella rota. Seguro que estaba dispuesto a hacer lo mismo con nosotros al mínimo movimiento sospechoso. Yo no vi en ningún momento una posibilidad de salir sin poner en peligro la vida de Ana, también la mía.

—¿Ya sabes quién estaba detrás de lo que llamas «facción dura»?

—¡Sí! ¡Ha sido una gran sorpresa! El cabecilla de los traficantes ha resultado ser el dueño del restaurante. Eso me ha causado un gran desconcierto, ni siquiera podía sospecharlo. Supongo que solo Shanghái, la facción dura, conocía este importante dato. En ningún momento he escuchado nada que me hiciera desconfiar o recelar de que él tuviera algo que ver con nuestro negocio del marfil. Es más, el día que nos retuvieron, pensé que la próxima vez que quisiéramos reservar en su restaurante nos pondría alguna pega para que no volviéramos. Yo creía que le estábamos haciendo una gran faena metiéndole en nuestras desavenencias, además de destrozarle la vajilla y la cristalería. ¿Cómo se me iba a ocurrir que era él precisamente el que no permitía mi salida de esa sociedad y el que había maquinado nuestro secuestro las dos veces?

»Ante el resto de sus socios mostraba su amabilidad de propietario de restaurante con sus clientes, atendiéndonos con respeto y delicadeza; pero, precisamente él, el dueño del restaurante,

ha resultado ser el que no estaba dispuesto a dejarnos marchar de ninguna manera. Creo que solo trataba de ganar tiempo frente a los socios que nos querían libres. Cuando todo hubiera acabado, seguramente el cabecilla se hubiera buscado cualquier excusa para que no saliéramos de aquel agujero vivos.

—¿De verdad pensabas así mientras me animabas a comer para salir fuerte? —preguntó Ana asustada.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No deseaba que perdieses la esperanza. En el fondo yo confiaba en encontrar una salida, pero cada día me parecía más imposible.

—¿Y Fernando? —preguntó Diana.

—No hemos vuelto a saber nada de él desde que nos durmieron en la limusina.

—¿Y los policías que os liberaron la primera vez?

—Es posible que no lo fuesen y fuera otra puesta en escena para evitar que ocurriera algo irreparable en aquel comedor. O, posiblemente, el grupo que quería dejarnos marchar ideó esa forma para sacarnos de aquel aprieto, puede que no todos fueran tan perversos como los compañeros del dueño del restaurante. No sé si llegaremos a saberlo en algún momento.

—No le deis más vueltas —trató de zanjar Michel—, lo cierto es que ahora estáis a salvo y todos ellos en la cárcel. ¿Y a dónde os llevó la policía?

—Después hemos estado en otra celda..., precisamente la de la policía, con la puerta cerrada por dentro, para nuestra tranquilidad. Al menos allí no había humedades. Solo han sido unas horas y sabiendo que el peligro había terminado. Lo que yo temía en esos momentos eran las represalias de la policía, pero al menos Ana ya estaba segura y eso me daba ánimos para afrontar cualquier cosa que se me viniera encima.

»Me preguntaron si quería denunciarlos o hacer algún tipo de reclamación económica. Posiblemente, al incautar la documentación, aparecería mi nombre con la aportación correspondiente, o tal vez querían ponerme a prueba y por eso me hicieron esa pregunta, a la que yo contesté que me daba por satisfecho con haber salido los dos indemnes de tamaña aventura. Pero estaba claro que quien me lo preguntaba conocía ya mis circunstancias y no pretendía culpabilizarme. Me quedó más claro cuando al despedirse y darle yo las gracias por su excelente trabajo y buen trato me dijo: “Salude a Michel de mi parte y usted no vuelva a emprender más aventuras peligrosas”. Así que creo que es a ti al primero que tengo que agradecer estar aquí sano y salvo.

Aunque Diana y Michel los animaron a descansar en sus cómodas camas, algo que sabiendo la situación vivida parecía ser lo más deseado, ellos lo rechazaron.

Estaban tan alterados que, aunque entre sus preferencias sí estaba dormir toda la noche, hasta que llegase la hora de hacerlo deseaban ser conscientes de su libertad, hablar con sus amigos, compartir con ellos sus sensaciones, disfrutar de poder tomar sus propias decisiones. Tenían tiempo para dormir.

Esa noche cenaron juntos en un restaurante del hotel. Eligieron uno que tenía zona infantil, con idea de que, durante la sobremesa, Victoria pudiera entretenerse mientras ellos charlaban sobre los últimos acontecimientos; tema poco propicio para la niña.

Michel y, sobre todo, Diana, estaban muy pendientes de la actitud de Ana respecto a Gerardo. Victoria tampoco permanecía ajena a la situación del matrimonio. No hubo arrumacos, pero tampoco gestos o palabras desabridas. Habían tenido mucho tiempo para hablar, pero nada hacía deducir qué decisión habían tomado.

Diana pensó que al día siguiente le preguntaría a su amiga. Ahora no era el momento. Disfrutaron de la libertad, unos, y de la compañía, todos. De vez en cuando aludían a lo preocupados que habían estado por sus amigos y por la falta de información:

—Sobre todo, por la recomendación orden de no hacer nada y el miedo a perjudicarlos con cualquier movimiento que se pudiera considerar un soplo a la policía.

Ana y Gerardo confesaron que también a ellos les asustaba que, en el afán por ayudarlos, consiguieran enfadar a sus carceleros, con trágicos resultados.

Victoria, sin terminar su postre, pidió permiso para ir a la zona del restaurante donde otros niños jugaban o estaban viendo dibujos animados japoneses. Michel dijo que desde el lugar donde estaba sentado no la perdería de vista.

En cuanto Victoria se retiró de la mesa, Gerardo mostró una vez más su arrepentimiento. Insistía en que nunca se perdonaría todo lo que había ocurrido por su culpa, y daba a la vez las gracias por que todo hubiese terminado sin tener que lamentar más desgracias, a pesar de que ver desangrarse dando los últimos estertores a un hombre, aunque fuese su carcelero, había resultado terrible.

Confesó que el tiempo de mayor angustia, aunque mezclado con la esperanza, fue aquel que transcurrió desde el momento en que conocieron que la policía había descubierto dónde los tenían presos e intentaba liberarlos, hasta que llegaron a las dependencias policiales. Lo aseguraba estremecido.

Victoria no tardó en volver a la mesa.

—¿Nos vamos, mamá? —preguntó bajito.

—Sí, cariño, ahora mismo nos vamos. ¿Quieres que te coja en brazos un poquito?

Les costaba despedirse, tomar la última copa. De pronto vieron como Victoria había terminado apoyando la cabeza en el pecho de su madre y había cerrado los ojos. En todos los rostros se dibujó una sonrisa.

—Pobre Victoria, siempre estaré en deuda contigo.

Fue una exclamación que salió de lo más profundo de su ser. Miraron a Gerardo con sentimientos diversos, pero en todos se mezclaba un poquito de compasión.

Diana tenía una teoría: en la vida no podía juzgarse un acto de forma aislada, sin tener en cuenta nada más. La vida comprendía vaivenes y todos los actos tenían consecuencias; para bien, unas veces, y otras para mal, pero casi siempre el bien y el mal iban aparejados, como buscando el equilibrio de la vida. Lo comprendió muy bien cuando entendió la obra de *La Danza del Barong* el mismo día que llegaron a Bali. Más tarde lo experimentó y ahora estaba a punto de confirmarlo.

Este viaje que Gerardo y Ana le habían ofrecido le había deparado mucho sufrimiento, pero también amor. Un sufrimiento insoportable, temiendo la pérdida de su hija, algo que no podría olvidar nunca; y un amor al que ya hacía años había renunciado a disfrutar.

Y sin embargo, allí estaban los dos, Victoria y Michel. A su lado. Reales y hermosos. Ahora seguro que le esperaba dolor por la separación de Michel. Tendrían que volver a España, pero esperaría paciente a que este dolor se equilibrase de nuevo con mucho amor.

Michel la sacó de sus pensamientos.

—Creo que ha llegado el momento de ir a descansar, yo llevaré a Victoria a su cama. Ha sido un día de muchas emociones y todos, en especial Gerardo y Ana, necesitamos un descanso. Mañana seguiremos hablando.

Se despidieron a la salida del ascensor. Quedaron a desayunar. Michel depositó a Victoria

en su cama, puso un beso en su frente y miró a Diana. Había tristeza en su mirada, pero no dijeron nada hasta salir de la habitación.

—Diana, me temo que esto toca a su fin. No sabemos qué habrá decidido el matrimonio, tal vez este encierro los haya vuelto a unir. De cualquier manera, no creo que Gerardo quiera permanecer aquí más tiempo; yo incluso le aconsejaría que volviera a España cuanto antes.

—¿Y tú qué piensas hacer, Michel?, ¿nos acompañarás igualmente o te quedarás aquí cuando nos vayamos?

—Diana, sé que no necesitáis mi ayuda. Las dos sois muy capaces para cualquier cosa. Me ofrecí a acompañaros por el momento en que Ana se encontraba. Me pareció que mi compañía podía suavizar un poco la situación. Además, vuestra salida iba a ser muy precipitada y yo me resistía a dejarte marchar así, de un día para otro, necesitaba hacerme a la idea. Así que era también una buena excusa para no despedirme de ti sin haberlo asimilado. Ahora las cosas parecen distintas.

»A menos que os haga falta, yo dejaré el viaje para el mes siguiente y mi estancia será más larga. No creo que pueda aguantar más tiempo sin verte. Cuando sepamos qué piensan hacer tus amigos, decidiremos, pero te aseguro que estoy lleno de dolor por esta separación que va a ser tan difícil de soportar.

—Tendremos que acostumbrarnos a despedirnos muchas veces —añadió Diana con tristeza.

—Confío en que algo cambie y no sean tantas.

15 de abril

A la hora del desayuno fue Ana la que acudió al comedor con sus amigos. No buscó una excusa para Gerardo, por no acompañarlos en esos momentos como habían acordado. Pretendía ser totalmente sincera con ellos.

Diana le pidió a Victoria que fuera ella misma a elegir su desayuno en el bufet mientras hablaban un poco con Ana. Victoria le guiñó un ojo y dijo a los demás:

—¿Queréis que os traiga algo?

—Gracias, tesoro —respondió Ana—. Yo pediré al camarero un desayuno continental. —Vio marchar a Victoria, que parecía muy contenta.

—Le he pedido a Gerardo que no venga, así podré hablaros con una sinceridad que quedaría muy mediatizada si él estuviera presente. Quería deciros que, de momento, no nos separamos, volveremos juntos a España y una vez en Madrid viviremos bajo el mismo techo, pero nos daremos un tiempo, antes de compartir nuestras vidas. Si es que llegamos a compartirlas. Yo no sé si voy a poder volver a confiar en él, a pesar de que lo sigo queriendo. Estoy completamente segura de que él también me quiere, pero eso en estos momentos no parece suficiente.

—¿Crees que no lo superarás?

—Me asusta que la duda haya quedado albergada en mi mente de forma definitiva, no podría vivir así, tampoco me imagino vivir sin él. Gerardo acepta lo que yo decida, claro que no es él quien ha sufrido el desengaño. No sabéis lo duro que es sentir que todo lo que hace o dice la persona en quien confiabas totalmente, de pronto, lo pasas por el tamiz de la desconfianza. Es como si, de repente, se hubiera transformado en otra persona. No quiero ser dura con él, pero quiero ser justa conmigo, no puedo vivir un matrimonio de desconfianza. No sé qué opináis.

Después de un silencio, fue Diana la que habló.

—Ana, te entiendo y creo que no tenemos nada que opinar sobre tus sentimientos, ni sobre cómo resuelves esta inesperada situación. Eres tú la que sientes y vas a continuar sintiendo dolor o desconfianza, o amor por encima de todo. Tú tienes que gestionar esta situación en función de todos esos sentimientos encontrados que, sin duda, te van a acompañar hasta que resuelvas. Solo puedo decir que te deseo lo mejor. Tú sabes que estoy a tu lado sin condiciones y que confío en tu buen juicio.

—Lo sé, Diana. ¡Gracias por tu fidelidad! —Ana se secó con disimulo unas lagrimitas que no había podido contener. Recompuso su sonrisa para decirles—: Veréis, Gerardo vendrá a comer con nosotros, pero me ha dicho que le gustaría hacerlo en el restaurante de Michel, si a todos os parece bien.

—Por supuesto —dijo Michel.

—Será una comida de despedida, porque mañana por la mañana pretendemos regresar a casa. Supongo que tú, Diana, sigues pensando volver conmigo. En cuanto a ti, Michel, también necesito saber si nos vas a acompañar para coger otro billete de avión. En realidad, Gerardo ya lo tiene retenido a falta de confirmar.

—Ya lo había hablado con Diana. Os visitaré dentro de un mes. Pretendo estar al menos tres semanas en vuestra compañía.

—Está bien, como prefieras, pero estoy segura de que a todas nos gustaría que nos acompañaras.

—Te agradezco que me lo digas, pero podré hacer un viaje más tranquilo y más largo si

lo hago dentro de un mes. No quiero ir solo para una semana, que es lo más que me puedo permitir ahora. Pero para eso necesito dejar todo muy bien organizado. Nunca hasta que fui a Bali había dejado mi trabajo tanto tiempo, pero a partir de ahora tendré que buscar la fórmula porque pretendo hacerlo varias veces al año. En cuanto a comer en mi restaurante, será un honor para mí que nos reunamos allí los cinco.

Ana se despidió de sus amigos hasta la hora de ir a comer a Sentosa. En el ascensor seguía pensando en cómo se habían complicado sus vidas: la de Diana y la suya, por motivos bien opuestos, pero, de alguna manera, las dos tendrían que solucionar la difícil situación en que ahora se encontraban.

Al entrar en sus habitaciones Ana descubrió que Gerardo no estaba en ellas. Se dio cuenta de que esto le causaba gran inquietud. A pesar de todo, la situación de su marido seguía preocupándola. Pronto advirtió una nota sobre la mesa escritorio. Le tranquilizó comprobar que no se trataba de un anónimo. Era de Gerardo, le decía:

«Ana, no he querido interrumpir vuestro desayuno, el comisario amigo de Michel ha venido a buscarme para que lo acompañe al departamento de policía. Solo se trata de unas comprobaciones antes de que nos vayamos. No hay nada que temer, recuerda que el que me acompaña es el amigo de Michel».

Ana no supo qué pensar, pero tampoco tuvo mucho tiempo para devanarse la cabeza. Gerardo no tardó en volver. Ana respiró aliviada al verlo. Él la miró con una expresión extraña.

—¡Al fin! Anda, cuéntame qué clase de problema ha surgido ahora.

—Realmente, no sé si llamarlo «problema», yo creo que acabo de realizar una comprobación, como te decía en la nota.

»¡Ha sido terriblemente desagradable! Esta comprobación ha sido doble, demuestra que no estaba equivocado en cuanto a la idea de que nuestros socios no pensaban dejarnos libres cuando todo terminase. ¡Han encontrado el cadáver de Fernando, en la orilla del río!

Ana se estremeció como si aquello fuera un mal augurio. No sentía ninguna simpatía por Fernando, tampoco le deseaba la muerte, pero sintió una gran conmoción, como si aquello abriese de nuevo una puerta a posibles situaciones terribles.

—Por lo que se sabe hasta ahora y por los cálculos del forense, su muerte ocurrió pocos días después de que viniera a buscarnos para llevarnos al cubil del que hemos «disfrutado».

—¿Y qué es lo que tú crees que ha pasado?

—Todo hace pensar que, cumplida su misión, lo quitaron de en medio sin más consideraciones. Lo metieron en un saco de plástico y cerraron la cremallera. Posiblemente lo tiraron al mar, porque, aunque lo encontraron en el río, cerca de la desembocadura, tiene restos de agua salada que evidencian dónde ha permanecido los primeros días después de su muerte. Parece que algunos peces llegaron a morder el plástico. También a él. El comisario amigo de Michel quería cerciorarse de que se trataba de Fernando. Aunque estaba muy desfigurado, sus dimensiones no dejaban lugar a dudas. No obstante, seguirán haciendo las comprobaciones necesarias, pero, como sabía que nos volvíamos a España, quería adelantarse pidiéndome que lo reconociera. No he tenido ninguna duda. Difícilmente puede haber un ejemplar parecido. Siento un dolor extraño, que se mezcla con rencor. Nunca podré tener la seguridad, pero todo me hace pensar que, cuando vino a buscarnos para encerrarnos en aquel cubil, lo hizo coaccionado bajo amenazas de muerte. Al parecer, no sirvió de nada su obediencia.

La comida de despedida, aunque espléndida, tenía flotando en su ambiente un poco de

tristeza. A pesar de que todos mostraron su mejor cara.

Gerardo comprendió el atractivo que para sus damas tenía aquel lugar y, sobre todo, admiró a Michel por su saber estar, su discreción y entrega para todos ellos. Él le estaría eternamente agradecido. Esperaba demostrárselo un poco cuando los visitara en España... ¡Ojalá todavía siguiese junto a Ana!, pensó.

Por su parte, Diana no sabía si Michel sería capaz de resistir el sistema de vida al que su amor los abocaba. Para él era su primer matrimonio y deseaba tener una familia con la que compartir su vida día a día. Confiaba en que algo cambiara para no tener que esperar hasta que Victoria fuera mayor de edad. Tendrían que vivir esa etapa, con sus momentos de felicidad, el dolor de las despedidas y los miedos a su incierto futuro.

Michel quería acompañarlos al aeropuerto, pero Diana lo convenció de que le resultaría más duro verlo al ir a embarcar o al despegar el avión. Esa noche podrían despedirse, él dormiría en su casa, no en el hotel.

Fue difícil despedirse, no llegaba el momento...

Se hicieron miles de promesas junto con otros tantos miles de planes, todos maravillosos. Soñaron despiertos con ese momento en que sus vidas se juntarían para no separarse más. Pero la realidad estaba allí. Solo era el comienzo de otras muchas separaciones. ¿Se acostumbrarían a vivir así?

Amanecía cuando se dieron el último beso de despedida.

17 de abril

Gerardo ya estaba en la entrada del hotel junto a la limusina que los iba a trasladar al aeropuerto, vigilando y terminando de dar órdenes para la colocación del abundante equipaje. Llevaba en sus manos tres cajas. A través de sus tapas transparentes se podían apreciar los primorosos y extraños ramos de orquídeas que acababa de comprar para sus damas, como despedida y recuerdo de Singapur.

Victoria y Sonia se habían parado en recepción, estaban despidiéndose y haciendo planes para ese verano, cuando Sonia fuera a Madrid de vacaciones.

Ana y Diana iban unos pasos por delante y habían iniciado ya la salida del hotel, cuando oyeron sonar el teléfono de Gerardo. Vieron que pasaba debajo del brazo las cajas de orquídeas para sujetarlas, mientras introducía su mano en el bolsillo, sacaba el móvil y se disponía a contestar.

Era el comisario amigo de Michel quien lo llamaba.

Mientras esto ocurría, una persona se dirigía hacia él con una gran sonrisa adornando su rostro. En ese preciso momento, empezaba a sacar de su cintura algo metálico.

Gerardo apenas tuvo tiempo de reconocerlo. Mientras, se escuchaba la voz del comisario a través del teléfono: «Gerardo, sé que os vais hoy, pero ten mucho cuidado, acabamos de advertir que el dueño del restaurante Lâohû ha logrado escapar, no sabemos cómo, pero no está entre las personas que apresamos...». Un disparo a bocajarro le sorprendió.

Gerardo ya no lo escuchaba, tampoco escuchó la frase completa de la otra voz, muy próxima a él:

—¿Pensabas que te podías largar a tu país sin pagar por tu cobardía y después de haber tirado por tierra mi prestigio y toda mi organización? No lo puedo permitir. Vengo para atravesarte el corazón, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Sonó otro disparo.

Las cajas de orquídeas habían caído al suelo y las flores comenzaban a teñirse con la sangre de Gerardo.

EPÍLOGO

DIANA

Madrid, 10 de enero de 2022

En Madrid, pequeños copos de nieve visten de nuevo la ciudad de blanco, con la lentitud de una novia remisa a engalanarse para la ceremonia. En un momento como este empezó nuestra historia, con promesas de felicidad para los cuatro: Gerardo, Ana, Victoria y yo misma.

Han pasado dos años, desde que salimos de Madrid y aunque nunca olvido ni podré olvidar ese viaje, los copos de nieve que hoy nos acompañan me hacen más vívidos los recuerdos.

El que pensábamos que iba a ser nuestro último día en Singapur fue un día terrible: Gerardo estaba en el suelo desangrándose y solo la sangre tenía movimiento..., empapaba las orquídeas que un minuto antes Gerardo llevaba bajo el brazo; el resto éramos espectadores paralizados por la sorpresa y el miedo.

El disparo a bocajarro del propietario del restaurante El Tigre no atravesó el corazón de Gerardo, como pretendía, pero sí sus pulmones. Fueron segundos lo que nos costó reaccionar a cuantos contemplamos la escena, Ana incluida.

El segundo disparo dejó la imagen congelada. Aquel triunfador se había suicidado. Su sangre se mezcló con la de Gerardo y las rosas de las orquídeas continuaron tiñéndose de un rojo que no distinguía su procedencia.

Ana corrió junto a su marido cuando, tras unos segundos de espantada perplejidad, logró reaccionar. Mientras, yo me interné en el hotel del que había empezado a salir, temiendo por Victoria. Quería pedirle a Sonia que permaneciera junto ella y que no se asomase al exterior. Victoria ya había vivido bastantes horrores.

Tan solo nos separaban cuatro pasos, pero antes de llegar a su lado, vi que Michel ya estaba allí, con ellas. Más tarde me explicaría que en el último minuto decidió quedarse en el hotel para vernos partir, aunque no pensaba dar muestras de su presencia.

Ana le pedía a Gerardo, entre sollozos, que no la dejara, que todo se arreglaría entre ellos, lo besaba y gemía diciendo que lo amaba demasiado para dejarlo ir... Fue una escena desgarradora.

El chófer de la limusina llamó a una ambulancia, se ofreció incluso a llevar él mismo a su cliente al hospital para mayor celeridad.

La respuesta fue «que nadie lo mueva». Fueron muy rápidos, tal vez la ambulancia estuviera al lado volviendo de otro servicio, porque se presentó de inmediato, pero no dio tiempo de llegar al quirófano: Gerardo murió en la camilla que lo trasladaba para intentar una operación casi imposible.

Cuando yo fui a pedir a Sonia que se alejara con Victoria de la puerta, que ella no debía ver aquello, ignoraba que ya no volvería a ver con vida a Gerardo. Michel acompañó a Ana al hospital.

No creo necesario decir cuánto fue el dolor de Ana, ni cuánto sufrimos todos, o cómo se complicó nuestra vuelta a casa.

La ayuda de Michel en esos momentos y más tarde para conseguir sacar el féretro con su cadáver de Singapur, de nuevo, fue crucial. En esta ocasión, el embajador español agilizó los duros trámites sin que nosotras tuviéramos que intervenir. Michel también nos acompañó en la vuelta a casa.

Han pasado dos años justos. Si las emociones tuvieran color, mis recuerdos comprenderían todo el arcoíris. O más bien parecerían un caleidoscopio.

He aceptado casarme con Michel, aunque seguiremos viviendo cada uno en nuestro país. No tiene mucho sentido mientras no podamos vivir los dos juntos en un mismo lugar, pero Michel me lo ha pedido tantas veces a lo largo de este año... Durante este tiempo ha estado viniendo a Madrid con mucha frecuencia y con estancias de al menos un mes. Ha conocido a mis padres. Se los ganó de inmediato. Yo también visité la casa de los padres de Michel, que dentro de una semana serán mis suegros. Son encantadores. Fue en el primer viaje que hice a Singapur, aunque tardé en hacerlo tras la tragedia.

En esa ocasión, Victoria se quedó en nuestra casa de Madrid, con sus abuelos, y yo no me alojé en el Marina Bay de Singapur.

Sé que para Victoria contar con Michel es muy importante.

También lo es la visión que ella tiene de este viaje. Ha conseguido recordarlo como una aventura de la que ella es la heroína. Así se lo cuenta a sus amigas, que la escuchan con una mezcla de escepticismo y admiración.

No me extraña. Porque parece difícil que estas cosas ocurran en la realidad. Ella ha pensado en escribir sus propias aventuras y Ana la anima, lo que aún le satisface más. Realmente ha sido una niña muy valiente y me siento muy orgullosa de ella. Ahora, a punto de cumplir trece años, es una niña feliz.

La boda se celebrará aquí en Madrid dentro de una semana. Repetiremos la celebración en Singapur, en nuestro viaje de novios, con la familia y amigos de Michel que no hayan podido venir a pasar frío.

Ana asegura que nuestra boda es lo único que ahora mismo le alegra la vida. Pero como antes me decía, la vida sigue, también para ella.

Hoy saldremos a cenar los dos con Victoria y Ana. Michel se ha empeñado en llevarnos a un restaurante que se inaugura esta noche y al que ha sido invitado.

Suena el timbre del portero automático. Por el video puedo ver que Michel ya está esperando con Ana, a la que ha ido a buscar hace unos minutos. Enseguida se presenta Victoria con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Son ellos, mamá! ¿Bajamos ya? —Y sin esperar mi contestación, abre la puerta camino del ascensor. La sigo divertida.

Ana está guapísima, con un vestido de seda en gris plata, abrigo negro con los puños y el cuello adornados con plumas negras mezcladas con alguna otra gris, y forrado con la misma seda del vestido. Deja patente su buen gusto. Intercambiamos piropos. Victoria estrena conjunto del tono que más le gusta: amarillo verdoso. Yo llevo un vestido entallado de lana, azul topacio, creo que me favorece, y un abrigo del mismo color. Michel esta guapísimo, con un traje azul oscuro, que hace resaltar la claridad de sus ojos.

El taxi que nos lleva para en la puerta del restaurante. Siento una especie de *déjà vu* al abrirse las puertas, y ver que un semicírculo, compuesto de cinco jóvenes, nos saludan juntando sus manos a la altura del rostro e inclinando la cabeza. Me recuerda, ¡cómo no!, al restaurante del padre de Michel. ¡Qué curioso ver aquí algo parecido!

Mostramos nuestras invitaciones y dos de las jóvenes nos acompañan a través del amplio comedor de blancas columnas, muy pulidas y brillantes. Manteles blancos sobre unos faldones de seda granate para las mesas. Son todas redondas, aunque de dos tamaños. Me encantan porque

invitan a tertulia, a confidencias, a complicidad. Los perfumes también me traen recuerdos de esa tierra que añoro a veces.

—Esta es la mesa de los señores —dice una de las jóvenes, en un correcto español, pero con un ligero deje exótico.

Estamos cerca de un amplio ventanal. Las cortinas de seda granate no permiten ver el exterior.

Michel se acerca a la ventana, toma mi mano y dice:

—Hace dos años que entrasteis en mi restaurante de isla Sentosa. —Creo descubrir un tono emocionado en su voz. Con la mano libre descorre la cortina del ventanal y lo que veo me deja atónita.

La ventana no deja ver el exterior, hace el efecto de mostrar a través de ella un paisaje hartamente conocido y emotivo para mí: una casa de cristal junto a un mar tranquilo, con árboles en sus orillas. Muestra suaves movimientos en las hojas de los árboles y el continuo ir y venir de las olas. Un sol resplandeciente parece invitar a tumbarse en su arena.

—¡Es tu restaurante de Sentosa! —exclama Victoria.

—¡Es el lugar donde empezó mi vida! Ya no podría volver a mi país para permanecer otros tres meses lejos de ti —dice Michel mirándome con arrobo.

—¡Qué bonito! —exclama entusiasmada Victoria.

—Y este es mi restaurante en Madrid —su brazo se extiende para abarcar el espacio que ocupa aquel restaurante.

—¡Michel! —No soy capaz de decir nada más, tampoco él me deja, tengo mi boca sellada con la suya.

—¿Ves, mamá, como Michel sí podía venir a vivir con nosotras? —dice Victoria mirándonos felices.

Veo que Ana le hace un guiño cómplice a Michel. ¡Ella lo sabía!

Agradecimientos.

Quiero agradecer a Ana Lena Rivera la ayuda que me presta con sus importantes comentarios, siempre estimulantes y sabios. Agradezco el tiempo que me ha dedicado, sobre todo, porque sé que dispone de él muy escasamente. Agradezco su paciencia, sus consejos y sus buenos deseos. A mis hijas Carmen y Virginia, dispuestas siempre a darme su opinión y a sacarme de apuros, sobre todo técnicos, a mi hijo Joaquín, que desde la distancia, y junto con Begoña, me animan a seguir este camino, que una vez terminada la creación de la obra, resulta tan árido. A mis nietos por estar ahí, y por último a mi marido por facilitar que pueda aislarme durante tantas horas todos los días.